

LOLES LÓPEZ



SERÍA MÁS
FÁCIL
ODIARNOS



zafiro♥



Sería más fácil odiarnos

Loles López

2019

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2019

Editorial Planeta, S. A.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

I.S.B.N.: 978-84-08-21097-9

Cuando Tobías vuelve al pueblo de sus padres tras quince años de ausencia, se encuentra con que las cosas han cambiado mucho. Por un lado, su padre ha muerto y le ha dejado en herencia la empresa familiar. Por otro, su vecinita Rocío, a la que llamaban Pippi Calzaslargas, ha dejado de ser una niña, a la que, para su desgracia, la llaman muchas otras cosas y ninguna bonita.

Después de que algunos vecinos los pillen juntos en varias ocasiones, se empieza a barajar la idea de que la desvergonzada pelirroja ya ha puesto los ojos en el heredero. Eso provocará que ambos vivan situaciones extrañas, misteriosas, intensas, excitantes... y, aunque no sepan quién está detrás de tales artimañas, sienten que alguien intenta separarlos.

Descubre esta intensa historia de amor e intriga, en la que los protagonistas, que se saltan las normas sin importarles el qué dirán, viven una aventura tan extraordinaria como peligrosa.

*Estábamos juntos,
y el resto se me olvidó.*

WALT WHITMAN

1

Costa gallega, época actual

Las gotas de lluvia golpeaban el vehículo de manera violenta y acompasada, creando tal jaleo que Tobías no era siquiera capaz de oír sus propios pensamientos. Sin embargo, en parte lo agradecía, pues desde hacía un tiempo éstos eran funestos... Miró la puerta de acceso a la ajada casa. Debía de haber poco más de un par de pasos hasta allí, no obstante, sabía que llegaría calado de arriba abajo. Alzó los ojos al cielo encapotado como si estuviera buscando la señal necesaria para salir del coche antes de que descargara todavía con más fuerza, algo que creía difícil pero no imposible, llegado el caso. Armándose de valor, se puso la capucha de su cálida chaqueta y se apeó del vehículo sintiendo cómo comenzaba a mojarse. Corrió hasta la parte trasera para sacar del maletero su equipaje y se encaminó con premura hasta la entrada, notando cómo sus botas se empapaban a cada paso y sintiendo cómo el frío se le instalaba en los pies y le recorría cada terminación nerviosa, helándolo por completo. Estaba a punto de abrir la puerta cuando unas voces, lo suficientemente altas como para atravesar la lluvia, lo hicieron volverse, alertándolo de que algo ocurría a pocos pasos de allí. Justo al otro lado de la calle, en la casa que se encontraba enfrente, pudo ver a una mujer gritar encolerizada a un hombre que se subía a su coche. La chica —mucho más joven que él, dedujo desde la distancia— iba vestida con una camiseta blanca y unas bragas del mismo color. Nada más. Frunció el ceño al ver cómo ésta salía detrás del coche gritando improperios mientras agitaba con nerviosismo las manos, haciendo que las gotas de lluvia saliesen disparadas en todas las direcciones. Estaba empapada, ni siquiera se podía adivinar de qué color tenía el cabello, podría ser rubia o morena, daba igual, ya que éste se encontraba pegado a su espalda y a su rostro crispado. En ese instante sus miradas se cruzaron en medio de la tormenta, casi como un relámpago de esos que surcaban con valentía las nubes ennegrecidas, iluminando a su paso. La de la mujer era dura y fría como el hielo; la de él estaba repleta de curiosidad por saber qué habría pasado para que ella hubiese salido así a la calle, semidesnuda en una gélida tarde de tormenta. Ella lo miró con desagrado y, como si no estuviera empapada y no tuviera los pies descalzos, sintiendo cómo éstos se hundían en los charcos, dio media vuelta con la dignidad de una princesa sin ni siquiera pronunciar una palabra. Desde su posición, un portazo fuerte y seco hizo que él se apresurara a abrir al fin aquella casa para ponerse a cubierto.

Ahogó una maldición al ver el estado del interior. Pero ¿qué esperaba?, ¿que se cuidara sola durante todo el tiempo que nadie la habitaba? Dejó la maleta justo en la entrada y comenzó a

abrir las contraventanas más para no sentirse encarcelado que para que entrara algo de luz. Se volvió para contemplar el pésimo estado de aquel lugar y observar con estupor la gran cantidad de polvo que había por doquier, por no hablar de los insectos que campaban a sus anchas y del olor a humedad, a moho, que le dificultaba la sencilla tarea de respirar profundamente.

—Lo primero es lo primero —se dijo dándose ánimos mientras se acercaba a la chimenea que presidía aquella amplia estancia que hacía las veces de salón, de comedor e incluso de cocina, en un estilo abierto muy de moda para los años que tenía la casa.

Después de varios intentos logró encender un fuego para después desprenderse de la chaqueta y así ponerla sobre una silla para que se secase, mientras él se calentaba las manos sintiendo placer al notar cómo comenzaba a entrar en calor. Se volvió de nuevo y empezó a anotar mentalmente todo lo que tendría que hacer para volver a hacer habitable aquel lugar. La lista iba creciendo a medida que deslizaba la mirada, creando todavía mayor desazón en él y un aire de arrepentimiento por haber vuelto allí. Pero ¿adónde iba a ir, si no?

Unos fuertes golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones después de haber repasado toda la vasta propiedad, retirando, a medida que pasaba, las sábanas que habían protegido los clásicos y rústicos muebles del polvo. Se acercó a la entrada contrariado, no esperaba visita; es más, nadie sabía que había vuelto. Abrió la puerta de golpe y se echó hacia atrás al ver a aquel hombre uniformado mostrándole la placa de policía local y agarrando la pistola que tenía en el cinto, por si tenía que utilizarla.

—Está usted invadiendo una propiedad privada —señaló con dureza el agente dando un paso hacia él.

—Para ser fiel a la verdad, sería al revés —añadió escudriñándolo con los ojos. Le sonaba su cara, aunque en aquellos momentos dudaba de si lo conocía realmente o tan sólo es que le recordaba a alguien.

Comenzó a observarlo con detenimiento. Era alto, aunque no tanto como él, corpulento, pero no musculado, moreno, con entradas prominentes en la frente y varias hebras canosas que cruzaban con libertad su cabeza, tenía los ojos marrones oscuros y su mirada era fiera y decidida.

—¡Identifíquese! —soltó todavía más cabreado, aferrando con fuerza la pistola, a punto de sacarla de la funda para que él le diese la información que requería.

—No sabía que ahora tratáis así a los vecinos —comentó con una sonrisa sardónica al haber reconocido al fin esas facciones endurecidas por el paso del tiempo.

—¿Tobías? —susurró el policía mientras lo observaba atentamente, intentando encontrar algún parecido con aquel muchacho que se había marchado de allí hacía tanto tiempo. Su aspecto difería bastante, ahora se encontraba delante de un hombre con el gesto serio y frío. Podría decir, sin riesgo a equivocarse, que parecía intimidante, como si el transcurso del tiempo hubiese hecho mella en su carácter divertido y afable.

—Hola, José. Por lo que veo, conseguiste ser policía —dijo al ver cómo éste se relajaba y le mostraba una sonrisa amistosa.

—¡No te había reconocido! Pero ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se abrazaban cordialmente.

—Necesitaba cambiar de aires —respondió Tobías mientras observaba a su viejo amigo—. No sabía que dentro de tus quehaceres policiales entrara la patrulla vecinal...

—¡Y no entra! Aunque, ya sabes, hay que proteger siempre a los vecinos —anunció con

orgullo—. He venido porque Rocío nos ha avisado de que alguien había entrado en tu casa. Supongo que tampoco te habrá reconocido. ¿Cuántos años hace? ¿Diez? ¿Veinte?

—Quince... —respondió en voz baja observando la casa que se encontraba al otro lado de la calle. Recordó entonces a la única persona que había visto al pisar su antiguo pueblo y supuso que era la dueña de aquel nombre—. ¿Quién es Rocío?

—¿No te acuerdas de ella? Es la hija de Toñi, esa mujer tan rara que se viste como si estuviéramos aún en los años setenta, la dueña de la ferretería... —dijo José, volviéndose hacia la casa como si ella estuviera presente—. ¡Pippi Calzaslargas! —exclamó en un vano intento de que Tobías recordara de quién estaba hablando.

—Creo que sé quién dices... —comentó intentando hacer memoria—, aunque a la que sí que recuerdo es a su madre.

—¡Para no recordarla! —exclamó con guasa, haciendo que Tobías enarcara una ceja extrañado, ya que no entendía por qué le había dicho eso—. Pues si te acuerdas de ella tienes que acordarte de Rocío. Es pelirroja, bastante más joven que nosotros, y siempre estaba haciendo trastadas por el pueblo.

—Sí, ahora la recuerdo... —susurró viniéndole a la mente una imagen de una adolescente flacucha cubierta de barro, con el cabello alborotado de un color anaranjado, mientras asustaba a la chica con la que él salía en aquel momento.

—Pues ahora es tu vecina —añadió José con soltura—. Compró esa casa hace seis años.

—Su madre vivía cerca de aquí, ¿verdad?

—Claro, cinco casas más abajo. Por eso te decía que tenías que acordarte de Pippi, aunque la verdad es que ahora no tiene nada que ver con cómo era antes... ¿Has llegado a verla?

—De lejos.

—Me da a mí que ahora tendrás más ocasiones de hacerlo de más cerca —añadió mientras le guiñaba el ojo. En ese momento su *walkie-talkie* comenzó a solicitar su presencia en el ayuntamiento—. Me alegro de que hayas vuelto, aunque te perdieras el velatorio... Supongo que, al final, los vecinos tenían razón y era cuestión de tiempo que te enteraras y decidieras volver.

—¿Qué velatorio? —preguntó extrañado.

—¿No has vuelto a por la herencia?

—No sé de qué estás hablando, José. ¿Qué herencia?

—Tu padre murió hace siete meses y te dejó todo su legado... —dijo el policía, observando cómo aquella noticia sorprendía a su viejo amigo.

—¿Mi padre ha muerto? —susurró él atónito.

—Lo siento, creía que lo sabías... —murmuró con pesar al percatarse de que Tobías no tenía ni idea de aquel triste desenlace—. Perdóname, pero tengo que marcharme. Hablamos en otro momento. Siento que te hayas enterado de esta manera. Pensé que habías vuelto por ese motivo...

—Claro, vete, no te preocupes... —comentó mientras observaba cómo éste daba media vuelta para alejarse de la casa y él cerraba casi a cámara lenta.

Se apoyó en la puerta, observando aquella casa vacía y sintiéndose como ella, solo, vacío e inútil. Su padre había muerto y ni siquiera se había enterado. Ya no podría volver a verlo jamás, no podría intentar arreglar su relación con él ni intentar hacer las paces, pues Tobías había desaparecido con tanto ahínco que nadie había podido avisarlo del fatídico final. Tragó saliva

con dificultad, se encontraba con las emociones alteradas, sin saber muy bien qué hacer o qué pensar a partir de ese descubrimiento. Era cierto que no había vuelto por él, pero, aun así, saber que ya no tendría ninguna oportunidad de volver a verlo lo sacudió con tanta fuerza que incluso sintió cómo las pocas fuerzas que le quedaban escapaban de su cuerpo. No podía volver a huir de allí, no tenía adónde ir, y notó cómo un sentimiento de culpa le martilleaba las sienes reclamando atención.

Sin ganas de nada, prosiguió adecentando aquel lugar sin permitirse pensar en el futuro próximo, algo que le fue imposible de controlar. Tenía una casa que era suya gracias a su madre, unos pocos euros en los bolsillos, lo justo para poder sobrevivir unos días, pero parecía que ahora se sumaba a todo ello el patrimonio de su difunto padre. Recordó la empresa textil que poseía, la casa en la que había crecido y un terreno a las afueras, y suspiró con melancolía al darse cuenta de que su padre se lo había cedido todo olvidando sus rencillas...

—Parece que tenías la esperanza de que algún día iba a regresar... —dijo en voz alta, como si él lo estuviera escuchando—. Pero lo que no imaginabas era que volvería porque estoy escondiéndome de algo que sé que te avergonzaría, algo que me acecha y no puedo controlar, algo que me ha hecho reaparecer en este pueblo que juré no volver a pisar.

2

Oyó el sonido inconfundible de sus tacones repiqueteando en el lustroso suelo de mármol antes siquiera de verla aparecer. Levantó los ojos un segundo de la pantalla del ordenador, presagiando que esa mañana no sería como todas las demás, y el tono de su voz, estridente y aguda, hablando por teléfono le dio la pista necesaria para corroborar aquella suposición.

—Claro, claro —oyó a pocos pasos de donde se encontraba—. Sí, por supuesto. Gracias por llamar —dijo Olalla deteniéndose delante de su mesa para guardar su teléfono móvil en su bolso de diseño—. ¿Es verdad? —le preguntó sin mayor dilación en un tono despectivo y autoritario que hizo que Rocío se preparara para batallar una vez más con esa mujer.

—¿A qué te refieres, Olalla? —bufó sin levantar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Rocío, ¡no juegues conmigo! —soltó envarada—. Me acaban de decir que fuiste tú quien vio a Tobías entrar en la casa.

—Te han informado mal —contestó mientras se quitaba las gafas de pasta negra y las dejaba con cuidado sobre la mesa para observar el rostro crispado de aquella mujer, su mirada desafiante y repleta de rencor—. Yo vi a un hombre que entraba en esa casa. Si hubiese sabido que era Tobías, no habría molestado a José.

—Pero es él, ¿no?

—Eso es lo que dice José —comentó con tranquilidad.

—Bueno, tenemos que estar preparados —añadió Olalla nerviosa mientras observaba la impoluta oficina—. No creo que tarde en venir y no quiero que nos coja en bragas —bufó sin parar de mover las manos, haciendo sonar sus pulseras de oro con cada movimiento—. ¿Está todo al día?

—Sí, como siempre.

—¿Algún fleco suelto o algún problema que alguien no me haya comentado?

—Que yo sepa, no hay nada. Aunque deberías hablar también con diseño y marketing...

—Hazlo tú —soltó echando la cabeza para atrás y estirando el cuello—. ¡Qué estrés! Esto es fatal para el cutis, ¿lo sabías? En fin, voy un momento a la peluquería, que no quiero que me pille con estos pelos —señaló su cabello castaño perfectamente enmarcado con amplias ondas, haciendo que Rocío arquease una ceja extrañada. Parecía que acabara de salir de allí—. Cualquiera cosa, me llamas.

—Claro, corre, ve a la *pelu*, creo que se te está encrespando un poco el cabello y así es imposible trabajar... —añadió con sarcasmo. A Olalla le encantaba mandar, y últimamente aquello se había convertido en un pasatiempo para ella, eso y sacarla de sus casillas, algo que la

pelirroja intentaba disimular con una amplia sonrisa y un toque de ironía.

—Rocío, te recuerdo que sigues trabajando aquí porque Santi así lo quiso. Si hubiese sido por mí... —replicó amenazante.

—Lo sé, Olalla, no dejas de repetírmelo. ¿Piensas que tal vez se me vaya a olvidar? No soy *Dory* —dijo mientras contraía los labios y los movía como si fuera un pez, haciendo que la morena la mirase como si estuviera loca, algo que también estaba a la orden del día.

—¡Eres desesperante! —bufó Olalla mientras gesticulaba con los brazos, como si quisiera apartar la visión de ésta con sus movimientos frenéticos.

Sin más, se dio media vuelta y se fue por donde había venido. Rocío se puso de nuevo las gafas y siguió con lo que estaba haciendo. Desde que había fallecido su jefe, tenía el doble de trabajo y nada de reconocimiento; es más, tenía que batallar con las continuas provocaciones de Olalla e intentar que la empresa siguiera a flote. Ahogó una maldición. Desde que Santi ya no estaba, aquello parecía Troya, a punto de arder y salir todos corriendo, importando bien poco quién se quedaba atrás. Esperaba que la llegada de su único hijo salvara aquel desastre que ya se intuía, aunque éste hubiese estado quince años sin dar señales de vida.

La mañana transcurrió como había temido, con aquella cantinela llenándolo todo, «que si Tobías esto», «que si Tobías lo otro»..., ¡estaba harta! Y eso que sólo habían pasado unas horas desde su vuelta. Por supuesto, el susodicho no había puesto un pie en la empresa de su padre, aunque todos estuvieran pendientes precisamente de eso, casi expectantes y temerosos de verlo aparecer, pues nadie sabía con qué intenciones había vuelto el heredero de la empresa al pueblo. Rocío se levantó de la mesa, se puso su chaqueta negra y salió dispuesta a tomarse un respiro para almorzar. El frío la recibió con ganas en cuanto salió a la calle, haciendo que se arrebujara en la cálida prenda mientras caminaba hasta su camioneta, una Ford de color naranja que se compró cuando se sacó el carnet de conducir. Arrancó el vehículo y enfiló por las calles hasta llegar a un bar muy cercano a la playa, con su fina arena dorada y un precioso paisaje que siempre le arrancaba una sonrisa —incluso en un día tan tenso como aquél—, para después estacionar muy cerca —gracias a que era invierno y, por tanto, temporada baja— y salir decidida a deshacerse del mal trago de estar toda la mañana hablando de la vuelta del hijo de su jefe fallecido.

—¿Qué te pongo, Rocío? —preguntó el dueño del bar en cuanto cruzó la puerta, un hombre orondo de gestos apacibles que la había visto crecer, como casi todo aquel que vivía allí.

—Lo mismo que ha pedido Lúa —dijo sentándose a la misma mesa que su amiga mientras observaba cómo los rizos negros de ésta enmarcaban como una postal su rostro sereno y redondo.

Tenían la misma edad, habían crecido juntas y habían compartido travesuras y confidencias. Aun así, eran totalmente distintas, tanto en el físico como en la personalidad, algo que hacía que se complementaran. Lúa era más menuda que Rocío, su cuerpo era más redondeado, pero su rostro era mucho más bello que el de ésta. Sus ojos almendrados iban en consonancia con su dulce voz, que apaciguaba a todo aquel que la oyese hablar un segundo. La elección de su profesión vino marcada por su carácter sosegado y ese afán por ayudar a todo aquel que lo necesitase, sobre todo a su amiga, que parecía tener un imán para que todo le saliese mal y que todo el pueblo hablase de ello, claro... Trabajaba de enfermera, y su marido, como no podía ser

de otro modo, era médico. Llevaban casados pocos años —su noviazgo fue eterno pero idílico para Lúa, ya que estaba enamorada de éste desde que tenía uso de razón—, pero Rocío sabía que eran tan felices como lo demostraban, aunque todavía no hubiesen tenido la suerte de engendrar a un bebé. Suplían esa carencia volcándose en todos los habitantes de la localidad.

—¿Te has enterado? —preguntó Lúa observando cómo Rocío se quitaba la chaqueta.

—Puf... —bufó ella asqueada al oír de nuevo aquel tema que parecía que la perseguía.

—Vale, ya veo que sí —rio divertida al verle el gesto de disgusto.

—Fui yo quien avisó a José para que se pasara por su casa... —susurró mientras se acercaba a su amiga, algo absurdo, ya que todo el mundo estaba al corriente de aquella información, que había sido facilitada con gusto por el policía del pueblo—. Te juro que no lo reconocí. Supongo que la lluvia y la escasez de luz lo dificultó, pero no sé, Lúa, percibí algo distinto en él...

—¿El qué? —preguntó ésta con intriga.

—Como peligro...

—Creo, sinceramente, que lees demasiados libros de terror —sentenció mientras volvía a ponerse recta, desechando aquella suposición de inmediato.

—Son mucho mejores que las novelas de amor que lees tú —soltó mientras le sacaba la lengua, lo que hizo que Lúa se riese.

Rocío sabía que su amiga adoraba aquel género que ella no podía siquiera leer, y no porque no le gustara, sino más bien porque desde hacía muchos años había dejado de creer en aquel sentimiento que ensalzaban con tanto entusiasmo en esa clase de libros, creyendo que ella debía de tener algo, un fallo o una alergia, que le impedía sentirlo. Algo que la frustraba y mucho, aunque nunca lo reconocería en voz alta, ni siquiera a su única amiga, una acérrima enamorada del amor.

—Hablando de amor... —añadió Lúa, y se interrumpió para dejar que les sirviesen la comida, un delicioso cocido gallego que hizo que Rocío babeara al percibir su delicioso aroma—. Se dice por ahí que Anxo fue a tu casa.

—¿Y no se dice también que lo eché a patadas? —soltó mientras cogía la cuchara y la hundía en el humeante caldo. ¡Estaba hambrienta!

—No, aunque supongo que esa parte no le interesará que se sepa a Anxo.

—Me tiene harta, Lúa. Parece que no entiende que no quiero tener nada con él... ¡Y te puedo asegurar que se lo he dicho y muy clarito! —anunció cansada de esa situación a la que no conseguía poner fin.

—Es que lo hiciste mal... No puedes acostarte con él un día y al siguiente decirle que no quieres tener nada serio —añadió su amiga mientras negaba con la cabeza con desaprobación.

—¿Y por qué no? ¿Acaso no lo hacen ellos continuamente? ¿Por qué no puedo tener sexo con un tío sin tener ganas de complicarme la vida?

—Sí, Rocío, si la teoría estaría de fábula si estuviéramos en una gran ciudad o fuera otro tío, pero... ¿con Anxo? —inquirió mientras la miraba fijamente.

—Está bueno —comentó con tranquilidad, como si con eso bastase para argumentar su encuentro sexual—. Estaba sola, él también, ¿por qué no?

—Vale, puedo entender que fue un «aquí te pillo, aquí te mato», pero a veces tienes que pensar más las cosas, Rocío. Anxo no tiene muy buena reputación que digamos...

—Yo tampoco, ¿y qué más da eso? Si tuviera que hacer caso de las habladurías, debería

haberme ido de este pueblo hace años... —susurró Rocío—. Además, es que no entiendo qué perra le ha entrado conmigo. Joder, ¡que fue una vez y hace dos meses! Y en todo este tiempo lo tengo detrás de mí, llamándome a cada segundo, presentándose en mi casa como si tuviese algún derecho a hacerlo, tratando de convencerme de que lo mejor para los dos es que volvamos a liarnos... Si lo sé, de verdad que me hago antes una paja.

—¡Qué bruta eres! —exclamó Lúa entre risas, azorada por aquel último comentario—. Anxo se ha enamorado de ti, Rocío —confesó mirándola con ternura, como si le desvelara el mayor secreto de todos.

—Anda, anda... No mezcles cosas. Lo que él quiere es mojar otra vez, pero ya te digo yo que no. Que paso de él.

—Me lo ha dicho él...

—¿Has hablado con Anxo? —La miró extrañada mientras su amiga bajaba la vista hasta su regazo, lo que la hizo deducir que era culpable de todos los cargos.

—Ayer vino a la consulta a hablar conmigo...

—Puf... Está majara —resopló con hastío. ¡Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla!

—Está enamorado, Rocío —indicó con seriedad—. E-na-mo-ra-do.

—Puf —volvió a resoplar ella con desgana al oír esa palabra silabeada por su amiga con gran entusiasmo. Lo que ella decía, Lúa vivía para y por el amor...

—Me preguntó qué podía hacer para conquistarte —confesó, y Rocío intuyó en su mirada una chispa de emoción, como si anhelase aquel desenlace para ella.

—¡Madre mía! —exclamó perpleja—. Cuánta tontería, Lúa...

—Me pareció muy franco y..., bueno, lo animé a que hablara contigo, a que se sincerara, a que desnudara su corazón —enumeró con pasión, como si estuviera ante el inicio de una romántica historia de amor, en la cual ella sería la cómplice, la que ayudaría al protagonista masculino a conquistar el duro corazón de ella...

—Y por eso se presentó en mi casa. ¡Cojonudo, Lúa! Me empapé y pasé un frío de narices para que se marchara de allí, para que saliera de mi vida, y todo porque mi mejor amiga, la cual debería saber que paso de Anxo como el que pasa del brócoli, se empecinó en que debería hablar con él. Y dime, ¿para qué?

—No lo sé, Rocío. Tal vez tenía la esperanza de que algo cambiara en ti y que dejaras entrar de una vez por todas el amor en tu vida —susurró agachando de nuevo la mirada hacia su regazo, dándose cuenta de que su amiga era mucho más dura que las dulces damiselas en apuros de sus libros preferidos.

—Eso te lo dejo a ti y a esas novelas que lees —indicó con desgana, temiéndose las intenciones de su amiga para que viviese una historia de amor, algo que sabía que jamás ocurriría—. Ya sabes que lo intenté y me salió de pena, por decirlo finamente..., aunque para ser fiel a la verdad, me salió como el culo... —bufó incómoda al recordar aquella parte de su vida de la cual no se encontraba especialmente orgullosa—. Ahora simplemente trato de disfrutar de lo que tengo. Mi casa, mi trabajo, mi madre, tú y algún tío que me apetezca llevar a mi casa, algo que últimamente me está resultando más complicado de encontrar. Y, al final, cuando me decido por alguien para pasármelo bien, porque, chica, a una también le apetece divertirse de vez en cuando..., ¡zas!, va y se enamora... Lo que yo te diga, tengo suerte hasta para esto.

—¿Nada más? De verdad, Rocío, que te oigo y a veces pienso que no te conozco... Antes

hablábamos de encontrar el verdadero amor, de sentir la pasión, el deseo, el desenfreno — enumeró con efusión—, y tú ahora...

—Las personas cambian, Lúa, y que tú hayas encontrado aquello que soñábamos cuando éramos niñas no significa que en mi caso deba ser también así.

—Pero antes lo sentiste, ¿por qué ahora no?

—O creí sentirlo, ¡yo qué sé! Hace mucho de eso, casi ni me acuerdo... —susurró Rocío con desgana, como si le diese pereza pensar en aquella época de su vida en la que creyó estar enamorada hasta las trancas.

—Ya...

—Y después de ese amor fallido o irreal, depende de cómo se mire, pues la única que sabía de su existencia era yo, sabes que he intentado enamorarme con todas mis fuerzas, pero supongo que eso es algo que pasa sin más, y no porque uno se empecine...

—Pero él ha vuelto..., ¿y si ahora ocurre? —preguntó su amiga en voz muy baja, casi en un siseo que hizo que Rocío negara con la cabeza nada más pensar en esa posibilidad, descartándola de golpe.

—No... Las cosas no funcionan así, Lúa. Sé que él jamás se fijará en mí de ese modo, nunca lo hizo, y ahora no va a ser una excepción. Además, yo no puedo volver a mirarlo como antes, después de todo por lo que he pasado... No soy la misma, ya no creo en el amor.

3

Salió de la casa mientras se subía el cuello de su cálida chaqueta sin saber siquiera su destino. Necesitaba salir de allí, ésa era la única verdad. No había parado de acondicionar la casa — limpiando, tirando basura, reparando pequeños desperfectos— durante dos interminables y agotadores días, sin darse tiempo a pensar en nada más. Ansiaba respirar el viento gélido y húmedo de aquel pueblo que lo había visto crecer, caminar por sus estrechas y serpenteantes calles, observar cómo el sol se escondía en el horizonte, oler la brisa de las rías altas que bañan el océano Atlántico y oír el inconfundible acento de sus habitantes, además de que tenía que llenar la despensa... Mientras caminaba por aquellas calles, sintiendo a cada paso más real su vuelta, observando los perceptibles cambios, las fachadas reformadas, las nuevas edificaciones, las modernas farolas, se dio cuenta de cómo lo miraban los vecinos, con curiosidad, alegría e incluso recelo, frenando su paseo, saludándolo con efusividad e intentando sonsacarle las razones por las que había vuelto. Tobías contestaba cada vez que lo había hecho para desconectar, sin ahondar más en el tema, sintiendo que con cada repetición su frialdad aumentaba considerablemente, pues lo que deseaba era pasar desapercibido y que nadie le preguntara nada de su pasado, cosa difícil cuando su vuelta era la novedad...

—¡Tobías! —oyó a su espalda al cabo del rato—. Creía que no ibas a salir nunca de la casa.

—Tenía demasiado trabajo, y también necesitaba un poco de tiempo para asimilar que mi padre ya no esté aquí —dijo mirando a su amigo José, que iba vestido con el uniforme de policía y le mostraba un gesto amable, ese mismo que él recordaba tan bien.

—Claro... Vamos a tomarnos una cerveza, tienes cara de necesitarla, y con urgencia —indicó éste mientras se colocaba a su lado intentando levantarle los ánimos. Se notaba que se encontraba afligido—. Que sepas que eres la comidilla del pueblo, y más de una está deseando volver a verte —añadió jocoso mientras lo dirigía al bar de la esquina.

—Lo que menos me apetece ahora es ligarme a alguien —susurró Tobías incómodo. Jamás le había gustado que hablaran de él, y sabía que debería aguantar tal vez unos días más hasta que se acostumbraran a su llegada.

—Bueno, bueno, ¡eso lo dices ahora! —comentó el policía con guasa—. Ernesto, dos cervezas —pidió en cuanto entró en el local.

—Y tú, ¿llegaste a casarte con...? Uf, no me acuerdo cómo se llamaba —se excusó mientras se sentaba en la barra, al lado de su amigo, y saludaba con la cabeza a los presentes, que se lo habían quedado mirando sin disimulo alguno.

—Elena —dijo José—. No, al final no me casé con ella, pero sí con Maruxa.

—¡No! —exclamó él jocoso al recordar que era una de las chicas más guapas del pueblo y que casi todos estaban deseando salir con ella. Todo menos él, que consiguió robarle un beso en las fiestas del pueblo cuando tenía dieciséis años.

—Sí... —indicó con timidez—. No pudo resistirse al uniforme, Tobías —añadió con una sonrisa socarrona.

—Me alegro. ¿Y tenéis hijos?

—Sí, tres chicos más brutos que su padre, y eso es decir —comentó divertido—. Pero hace un par de años que ya no estamos juntos... Nos divorciamos —susurró haciendo una mueca de disgusto.

—Vaya...

—No te preocupes, son cosas que pasan. Además, nos llevamos medianamente bien por nuestros hijos.

—Eso es fundamental.

—Pues sí, pero no hablemos de mí. ¡Tú eres la novedad en el pueblo!, cuéntame.

—Poco hay que contar, José... No me he casado, no tengo hijos y, como ves, he vuelto a casa sin ser Navidad...

—¿Todo bien? —preguntó su amigo en un susurro.

—Podría ser mejor, pero a veces esas cosas no se pueden elegir.

—Supongo que «esas cosas» son las que te empujaron a volver —reflexionó José mientras él hacía girar el botellín de cerveza sobre la barra.

—¡Pero si ha vuelto el cabronazo de Tobías! —soltaron a su espalda, haciendo que éste se volviera para saber quién había hablado, salvándole el cuello al no tener que responder a aquel difícil dilema.

—Joder, no puede ser, ¿Yago? —preguntó observando a aquel hombre, alto y hercúleo, que le mostraba una deslumbrante sonrisa blanca mientras se aproximaba a donde estaban ellos sentados. Tuvo la sensación de que retrocedía en el tiempo, compartiendo una cerveza con sus dos grandes amigos, sin complicaciones, sin problemas, justo antes de que su vida cambiase tan drásticamente que ni siquiera llegaba a reconocerla como propia.

—¡El mismo que viste y calza! —reiteró Yago mientras le daba la mano y abrazaba con afecto a su antiguo amigo—. Te diría que no has cambiado en este tiempo, pero, coño, ¡sí lo has hecho!

—Es difícil detener el avance de los años —objetó Tobías, dándose cuenta de que su amigo seguía igual que antes si no se fijaba en las líneas de expresión que curtían su rostro, revelando los años que había ido sumando. Tenía un aspecto moderno y cuidado, su cabello seguía del mismo tono castaño que recordaba, sus ojos marrones continuaban teniendo aquel brillo travieso que era tan característico en él y su físico era inmejorable; se notaba que hacía ejercicio a menudo.

—De eso, nada. Nosotros nos hacemos añejos, como el whisky —terció Yago mientras se sentaba a su lado—. Ponme una cerveza, Ernesto.

—Te veo genial —añadió Tobías.

—Es que lo estoy —anunció Yago mientras le guiñaba un ojo—. La vida y las mujeres no me han tratado mal.

—Eso está bien.

—Por cierto, cuando puedas, pásate por mi despacho. Tengo que hablar contigo del testamento de tu padre —comentó cambiando el semblante a uno profesional y serio.

—¿Al final conseguiste ser abogado?

—Quien la sigue la consigue —indicó mientras le guiñaba el ojo—. Pásate mañana, ¿vale?

—Claro.

—¡Si es el gran Tobías! —exclamó cerca de él una mujer morena de suaves curvas mientras le acariciaba el brazo para que él le prestara atención.

—Ya están aquí... —susurró Yago muy bajito con la misma entonación que en la famosa película de terror, haciendo que José se atragantara con la cerveza y rompiera en sonoras carcajadas.

—Hola... —dijo Tobías intentando guardar la compostura, algo difícil cuando sus dos amigos se habían puesto a reír a mandíbula batiente.

—Soy Áurea, la amiga de Olalla —informó la mujer, observando cómo éste no se alegraba tanto de verla como ella de tenerlo delante.

—¡Áurea! —dijo él asombrado, ya que no la había reconocido en un primer momento. Había cambiado bastante, su rostro se había redondeado y ahora llevaba el cabello liso, cuando en su juventud era rizado—. ¿Qué tal?

—Muy bien, pero ahora que te veo, mucho mejor —repuso ella sin dejar de acariciar su brazo con su perfecta manicura recién hecha—. La que has liado con tu vuelta —añadió seductora—. Por cierto, siento mucho lo de tu padre.

Mientras Tobías hablaba con Áurea, o más bien fingía que escuchaba su larga y aburrida perorata, centrada en su persona y en la de su amiga, en sus aficiones y en todo lo que había hecho o dejado de hacer en todo ese tiempo —recalcándole con sus roces intencionados que estaba sin compromiso alguno y disponible para cuando él quisiera—, una cabellera pelirroja llamó su atención. Acababa de entrar en el bar, y se acercó a una mesa donde sólo había hombres. Al percatarse de su presencia, pasó a ser el centro de atención de todos, como si estuvieran esperándola para comenzar a divertirse, como si fuera una más en aquel corrillo masculino.

—¿Ésa es Rocío? —preguntó al cabo de un rato, cuando pudo quedarse solo con sus amigos. Algo que le costó bastante, ya que Áurea no se daba por vencida fácilmente.

—Sí —contestó José.

—La he reconocido por el color del pelo, porque no tiene nada que ver con la muchacha que recuerdo... —comentó sin dejar de mirarla.

Su cuerpo era delgado, con sinuosas y tentadoras curvas, sus labios rojizos y mullidos esbozaban una sonrisa repleta de picardía, sus movimientos eran seguros, nada que ver con la timidez que recordaba que poseía años atrás, y su precioso cabello se mecía con atrevimiento en una alta coleta que danzaba juguetona sin parar. Los cuatro hombres que la acompañaban, a los que recordaba vagamente, estaban hechizados ante su imagen y, sobre todo, ante su magnetismo. Y no era para menos, ya que era la mujer más atractiva de aquel bar, incluso podría atreverse a asegurar que de todo el pueblo.

—Ya te dije que había cambiado —añadió José guasón.

—Ya te digo...

—¿El gran Tobías ha puesto la mira en una mujer? —soltó Yago jocoso.

—Qué va... No está mal, pero no es mi estilo... —replicó sin dejar de mirarla. Rocío reía divertida mientras gesticulaba sin parar con los brazos, haciendo que sus amigos se contagiaran de su buen humor.

—Bueno, vamos a lo importante, chicos: ¿cuándo salimos a romper corazones? —soltó de repente Yago, haciendo que Tobías sonriese y centrara su atención en él.

—No me digas que sigues soltero.

—Y al verte aquí solo, supongo que tú también. Podemos acercarnos este sábado a la ciudad y nos ponemos las botas, como en los viejos tiempos. A José lo dejaremos al cuidado de sus retoños —añadió socarrón.

—Cabrones —murmuró el aludido, haciendo reír a los dos amigos—. Tiene que ser este fin de semana, que estoy con mis hijos, y no el que viene, ¿no?

—El que viene ¡repetimos! —propuso Yago sin dejar de reír.

—Claro, podría estar bien —aceptó Tobías dubitativo, pues no sabía si salir de aquel pueblo, del cual nadie de su anterior entorno sabía de su existencia, era lo más apropiado para pasar inadvertido, pero le apetecía hacer algo, sentir que poseía una vida normal, aunque llevara tanto tiempo sin saber qué significaba precisamente eso.

—Uf... El que faltaba... —susurró de repente José, incómodo al ver quién acababa de entrar en el bar, un hombre alto, castaño y muy musculoso.

—¿Qué pasa? —preguntó Tobías sin entender el cambio de actitud de su amigo y sin reconocer a ese hombre, al que José no quitaba ojo.

—Espero que nada, aunque me temo lo peor —murmuró este último, cogiendo su cerveza y observando detenidamente la mesa que ocupaba Rocío con sus amigos, para después centrar la vista de nuevo en el recién llegado, evaluando cada movimiento de éste y de los ocupantes de la mesa de la pelirroja.

—No te angusties, Tobías. Aquí, nuestro amigo el policía no puede dejar de trabajar nunca —comentó Yago sin ni siquiera volverse a mirar, como si supiera hacia dónde iba a dirigirse ese hombre y por qué estaba preocupado su amigo policía.

—Por lo que veo, las cosas por aquí han cambiado mucho —presintió Tobías.

—Supongo que en nuestra época también habría líos de este tipo, pero estábamos absortos en ligarnos a las muchachas —indicó José.

—Yo sigo absorto en ligarme a cualquier tía buena —declaró Yago con guasa—. Anda, relájate, José, que ya se va —bufó al ver al culpable de que éste se pusiera a la defensiva salir del bar cabizbajo, después de haber dado una vuelta alrededor de la mesa de Rocío sin obtener el resultado que esperaba.

—Mejor —dijo José mucho más relajado al ver que, en efecto, ese hombre se iba.

—¿Quién es? No lo recuerdo... —añadió Tobías.

—Vino con su familia después de que tú te marcharas. Se llama Anxo... —informó José, observando cómo Yago le daba un largo trago a su cerveza hasta acabársela.

—Me voy, cabrones, tengo a una bonita mujer aguardando a que vaya a verla y no está bien hacerla esperar demasiado, sólo lo justo y necesario, para que tenga muchas ganas de... complacerme —soltó éste mientras se levantaba del taburete y pagaba la cerveza que se había tomado—. Te espero mañana, Tobías. —Él asintió mientras observaba cómo se marchaba su amigo.

—Yo también debería irme... —murmuró José mientras vaciaba su botellín de un trago y sacaba el dinero para pagar—. Me marchó a batallar con mis bestiecillas —anunció mientras se colocaba la chaqueta—. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No, me apetece pasear —respondió Tobías pagando también su cerveza.

—Nos vemos, amigo, y me alegra que hayas vuelto —comentó José mientras daba media vuelta y salía del bar.

Tobías se puso su chaqueta y salió a la calle presintiendo que los habitantes de aquel entrañable pueblo también habían cambiado, como lo había hecho él. Supuso que habían pasado muchos años para pretender que todo siguiese igual, con aquel ambiente relajado y familiar que recordaba. Mientras rumiaba aquello deshizo el camino a su casa, pensando en que no le había dado tiempo al final de ir a comprar nada para cenar y barajando la posibilidad de acercarse a casa de su padre, pero aún no podía afrontar la idea de que se la encontraría vacía, sin él... Aún le parecía tan increíble que hubiese muerto que parecía que todo era una mentira y que en cualquier momento lo vería caminando por esas calles que lo habían visto crecer.

—Al fin se te ve el pelo. Ya creía que me iba a tocar ir a tu casa para verte —oyó al rato, muy cerca de su casa.

Delante de él había una mujer con el cabello azul y un corte desenfadado, con ropa de colores vistosos y una mirada repleta de ternura y una pizca de locura, la misma que le hacía tener la reputación de rara y estafalaria, aunque Tobías siempre había pensado que esa mujer en realidad era valiente.

—Toñi —dijo acercándose a ella para darle un par de besos en las mejillas.

—Ahora sí que te pareces a tu madre —confesó con melancolía mientras le cogía el rostro con las manos para observar sus ojos—. ¿Cómo estás?

—Bueno...

—Se te ve cansado.

—Tenía mucho que hacer en la casa...

—Y también te habrá sorprendido lo de tu padre, ¿no? —soltó como si le leyese el pensamiento.

—Sí, no me lo esperaba...

—¿Has cenado? —preguntó observándolo de arriba abajo. Estaba flaco y ojeroso, se notaba que no lo estaba pasando bien y que su aspecto no era causado por el posible trabajo que tuviera la casa, sino por algo más.

—No, vengo de tomarme unas cervezas con José y Yago —indicó con una sonrisa.

—Pues vamos a arreglar eso —terció Toñi mientras le cogía el brazo y lo guiaba al interior de su casa, sin darle opción a que rechazara su oferta.

Entrar en aquella casa fue como retroceder más de veinte años. Parecía que podía oír a su madre conversar con Toñi mientras tomaban un café y él, simplemente, se aburría en el salón, observando a la tímida niña pelirroja que, de vez en cuando, aparecía por donde él se encontraba, pero con la que jamás habló, y eso que lo intentó repetidas veces...

Se sentó delante de la mesa de madera del salón y en pocos segundos tuvo delante un plato de comida que lo llenó de nostalgia con su humeante aroma. Comida de verdad y no enlatada. Toñi se sentó a su lado dispuesta a cenar con él y le sirvió vino tinto en la copa que tenía al lado; lo observó con ternura mientras Tobías cogía la cuchara y la hundía en la crema de verduras. Al

probarla, poco le faltó para gemir del gusto. Hacía muchísimos años que no comía nada tan delicioso.

—¿Desde cuándo no comes una comida de verdad? —preguntó ella adivinándole los pensamientos.

—Demasiado —confesó Tobías.

—Mañana te espero a almorzar y a cenar.

—No quiero ser un estorbo.

—¿Qué estorbo ni qué leches? Eres el hijo de mi querida Antía, y mientras yo viva a ti no te faltará un plato de comida caliente —terció con rotundidad, haciendo que Tobías la mirase agradecido.

—Gracias, Toñi. Siempre te has portado bien con nosotros.

—Y tu madre conmigo. Eso jamás se me olvidará... Además, tu padre se portó también muy bien con mi hija, y no puedo hacer otra cosa que ayudarte en todo lo que pueda.

—¿Mi padre? —preguntó extrañado de que éste hiciera algo bueno por alguien.

—Contrató a Rocío nada más terminar la carrera; aún sigue trabajando en la empresa.

Tobías la observó en silencio. Su padre jamás había sido un hombre que ayudara a nadie sin obtener nada a cambio. Eso fue lo que lo llevó a ser un empresario despiadado y también rico, ignorando a su madre y a él y centrándose en el negocio. En nada más. Sonrió tímidamente a Toñi, que continuaba hablando de las bondades de su querida hija, aunque él simplemente pensaba qué habría hecho la pelirroja para obtener esa ayuda por parte de su progenitor... Sin duda, Rocío era una mujer hermosa, ¿habría utilizado sus encantos para conseguir algún favor de su indiferente padre?

4

Los primeros rayos de sol lo hicieron achicar los ojos. Tobías se puso los auriculares y comenzó a correr en dirección a la playa, sintiéndose bien con cada zancada que daba, dándose cuenta de lo mucho que le gustaba hacerlo al aire libre y no encima de una máquina, algo que llevaba haciendo demasiado tiempo... Esa noche había conseguido dormir un poco más que las anteriores, pero su desazón lo hizo levantarse antes del alba y dar vueltas por la vasta propiedad como un león enjaulado, hasta que al final, cansado de caminar sin ton ni son, se puso la ropa de deporte para quemar un poco toda aquella frustración que arrastraba. Se llenó los pulmones de aire, disfrutando de la soledad a esas horas del día, pudiendo observar con libertad las calles, las casas y todo su alrededor sin tener que parar a cada segundo para saludar a algún vecino o responder a la eterna pregunta que llevaban formulándole desde que había llegado. Cerró los ojos un instante para después abrirlos y forzar a su cuerpo un poco más, obligándose a no pensar en nada que le entorpeciese aquel dulce momento. Al alcanzar la playa, se detuvo y se sentó sobre la húmeda arena dorada, admirando los primeros rayos que comenzaban a despuntar en el horizonte, sintiendo cierta nostalgia al encontrarse de nuevo en aquel precioso lugar, recordando cuando aún vivía allí y se divertía con sus amigos. Sonrió al darse cuenta de que durante esos años había sido feliz de verdad, sin preocupaciones, sin miedos, simplemente disfrutando el momento, riéndose, jugando a cualquier deporte, intentando seducir a alguna chica o bromeando con sus amigos... Pero ya no era ese joven, las circunstancias y sobre todo sus malas elecciones lo habían llevado por un camino difícil donde todo se había complicado demasiado. Se levantó de un salto al darse cuenta de que volvía a darle vueltas a ese asunto que prefería desechar de su vida y retomó la carrera deshaciendo el camino, observando cómo el astro rey se alzaba con descaro en el horizonte azul entorpecido por finas nubes blanquecinas. Cuando llegó a su calle, vio cómo una camioneta naranja salía del garaje de la casa de Rocío y desaparecía velozmente calle abajo. Seguramente iría a trabajar. «A la empresa que ahora te pertenece...», se recordó Tobías, sintiendo un nudo en la garganta al darse cuenta de cómo había cambiado su vida tan sólo con volver al pueblo.

Después de una ducha reconfortante, se puso sus vaqueros favoritos y una cálida sudadera negra para, acto seguido, enfundarse la chaqueta e ir a visitar a Yago. Lo cierto era que no le apetecía saber nada al respecto de la herencia de su padre, pero sabía que era de locos ignorar algo así en un lugar donde todos se conocían y prácticamente memorizaban los pasos del prójimo.

El despacho de abogados se encontraba en el centro del pueblo, justo en la parte de arriba de

la casa de los abuelos de su amigo, como le había indicado uno de los vecinos cuando preguntó dónde se encontraba el negocio. Al entrar, se percató del lujo y la modernidad que reinaba allí, ofreciendo con un simple vistazo la seguridad y la profesionalidad que quería transmitir Yago con la decoración. Una bonita mujer morena con un pronunciado escote y un vestido ceñido en color negro lo recibió con una sonrisa, haciéndolo pasar sin esperar.

—Entra —dijo su amigo al verlo junto a su secretaria—. ¿Has visto qué buena está? —susurró cuando la morena cerró la puerta de su despacho.

—No la recuerdo, ¿la conozco? —comentó Tobías, percatándose de que su amigo seguía siendo un ligón en potencia.

—No. Lleva en el pueblo unos pocos años, y no te puedes imaginar cómo es en la cama. Ayer mismo hicimos horas extras, tú ya me entiendes... —soltó con guasa, invitándolo a sentarse mientras él sonreía: su amigo seguía siendo el mismo—. Bueno, vayamos al lío, Tobías —indicó cambiando el gesto por uno más serio mientras abría el dossier con el testamento—. Tu padre te ha dejado a tu nombre el terreno, que es urbanizable y del cual puedes sacar una buena tajada, y la empresa. La casa y el coche se los ha dejado a Olalla.

—¿Y por qué le ha dejado algo a Olalla? —preguntó extrañado.

—No me jodas que no lo sabes —soltó Yago mirándolo atónito.

—¿Qué tengo que saber, Yago?

—Joder... Este pueblo es la hostia. Para unas cosas, las noticias vuelan, y para otras... —bufó incómodo al tener que ser él quien le dijera eso. ¡No le gustaban los chismorreos!—. Tu padre se casó con Olalla.

—¿La misma Olalla con la que salí yo cuando tenía diecinueve años?

—Me temo que sí.

—¿Me estás diciendo que tengo una madrastra de mi edad? —preguntó Tobías con los puños cerrados intentando controlar su carácter, que se encontraba en aquellos momentos a punto de explotar.

—Sí. Se casaron hará cinco años...

—Joder —masculló con los dientes apretados por la furia que sentía—. Pero mi padre, ¿en qué narices pensaba?

—Supongo que en tener compañía para variar. No lo sé, Tobías. Eso lo tendrás que hablar con ella. Trabaja en la empresa...

—Como Rocío —resopló despeinándose con ambas manos el cabello, intentando saciar un poco su frustración con ese gesto nervioso.

—Y como muchos vecinos del pueblo. La empresa de tu padre creció considerablemente en los últimos años y ha ayudado a muchas personas con un puesto estable en un negocio que va en aumento, tanto a nivel económico como en nombre.

—Ya... —bufó incómodo, pues saber que su padre había vuelto a casarse no le había sentado precisamente bien.

—Lamento que te hayas encontrado con esto de esta manera. —Yago lo miró un instante, su rostro estaba serio, crispado, y su frialdad era palpable, para después volver a concentrar su atención en el testamento.

—Tú no tienes la culpa. Aunque me parece increíble que mi padre cambiara tanto en este tiempo...

—A veces ocurre, Tobías; las circunstancias pueden hacer cambiar a cualquiera. —Giró la carpeta con los papeles y le tendió el bolígrafo—. Tienes que firmar aquí.

—No voy a firmar nada, Yago. No quiero nada de él. —Se cruzó de brazos, reflejando así la seriedad con la que hablaba. Saber que su padre había rehecho su vida le había molestado mucho y no podía siquiera pensar en aceptar algo de él, aunque le perteneciera por ser su hijo.

—Pero, Tobías..., te corresponde y tu padre lo quiso así.

—No he vuelto para encargarme de la empresa de mi padre, ni tampoco para vender sus bienes...

—Eso da igual. Estás aquí y tienes esto a tu alcance.

—Pero es que no lo quiero, Yago.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Piénsalo, ¿vale? Mientras tanto dejaré esto a mano, por si cambias de opinión, echas una firmita y listo —murmuró sacando de dentro del dossier un sobre blanco sellado donde se podía leer su nombre—. Tu padre me pidió que te diera esta carta y que te dijera que la leyeras en su totalidad. —Se la tendió y Tobías la cogió extrañado.

—Mi padre jamás fue de escribir cartas... —susurró observando la letra inconfundible de su padre. Al verla, se acordó de las noches en que se quedaba sentado a la mesa del comedor, rodeado de facturas, mientras él hacía balance y un Tobías demasiado pequeño para comprender esas cosas leía un cómic.

—Supongo que no tenía más opción para dejarte un mensaje por si algún día volvías por el pueblo...

—Claro.

—Léela, Tobías. A lo mejor cambias de idea..., o no.

—De acuerdo. Gracias por todo, Yago. Te dejo que sigas trabajando...

—Cualquier cosa, estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé —susurró mientras se levantaba para encaminarse hacia la puerta.

Salió de allí sintiendo cómo esa carta le quemaba las yemas de los dedos, anhelando leer las últimas palabras de su padre y a la misma vez sintiendo, de nuevo, aquel pesar en su interior al saber que podría haberlas oído de sus labios si hubiese vuelto antes... Se encontraba extrañado por todo lo que había descubierto. Aún le parecía increíble que su padre hubiese vuelto a casarse, pero lo que más lo sorprendía era que lo hubiera hecho con una mujer muchísimo más joven que él, para ser exactos, de la edad de Tobías... Comenzó a andar hasta alcanzar, sin darse cuenta, el edificio donde se encontraba la empresa textil de su padre. Observó los cambios perceptibles en la fachada. Ahora era moderna, blanca y con un letrero en gris en el que se podía leer el nombre del negocio. Recordó cómo era antes: una fachada beige deslucida y un cartel blanco con letras negras decían que ahí se encontraba TEXTILES PIÑEIRO. Dudó un instante si entrar o continuar andando, pero la curiosidad ganó a cualquier razonamiento previo. Se guardó la carta en la chaqueta y empujó la puerta acristalada. En cuanto entró lo recibió el amplio y lustroso vestíbulo, su moderna recepción, cuyos colores concordaban con el de la fachada. Una risueña empleada con el cabello negro recogido en una pulcra coleta lo observaba acercarse.

—Buenos días, señor Piñeiro —lo saludó sin dudar ni por un momento quién era él, algo que no le ocurrió a Tobías, pues no recordaba a la mujer.

—Buenos días. Quiero ver a Olalla. —Miró un segundo a la recepcionista, supuso que sería una vecina del pueblo.

—Claro —soltó ella nerviosa mientras levantaba titubeante el teléfono y oprimía la tecla de una extensión—. Ya está aquí —le dijo a su interlocutor. Parecía que lo estuvieran esperando, pues ni siquiera dijo su nombre...—. Gracias. —Finalizó la llamada y dejó el teléfono en su base—. Ahora mismo viene.

—¿Está arriba? —preguntó, haciendo que la joven se sobresaltase un poco al no esperar esa pregunta.

—Sí —titubeó. No sabía qué era lo correcto en ese caso: si hacer caso a Olalla o al heredero de la empresa.

—Iré yo en su busca. Aunque su aspecto haya cambiado, este edificio sigue siendo el mismo —comentó mientras se encaminaba hacia la escalera, oyendo cómo la recepcionista volvía a llamar y le susurraba algo a su interlocutor.

Al alcanzar la segunda planta, la que siempre había estado destinada a los trámites, papeles, diseño, marketing y publicidad, se percató de que todo se había modernizado y de que los colores seguían siendo los mismos: blancos y grises... ¿También se notaría ese cambio en la primera planta, en la zona de fabricación? No sabía la respuesta, pero se propuso averiguarlo en breve.

—¡Tobías! —oyó que lo llamaba con efusividad una voz femenina.

Al volverse, la vio. Iba enfundada en un ceñido vestido blanco de manga larga que delineaba cada una de sus curvas. Su melena castaña caía a la perfección sobre sus hombros, donde se abría en unas amplias y perfectas ondas.

—¿Olalla? —soltó asombrado, ya que ésta había cambiado muchísimo durante esos años, sobre todo en el físico. Había pasado a tener curvas donde antes no las tenía. ¿Cirugía tal vez?, dedujo. Observó sus labios siliconados, las largas pestañas que enmarcaban su mirada y el canalillo que le asomaba estratégicamente por el escote del vestido.

—Madre mía, Tobías, ¡estás estupendo! —exclamó ella mientras le daba un par de besos y él permanecía inmóvil, observando sus gestos y sobre todo su aspecto.

—No pareces la misma —terció todavía asombrado.

—Bueno, una, que se cuida —indicó mientras agitaba el cabello con coquetería—. ¿Has ido a hablar con Yago?

—Sí.

—¡Genial! Estábamos deseando que algún día volvieses. Mientras tanto, hemos cogido las riendas nosotros y hemos llevado la empresa lo mejor posible —comentó mientras empezaba a caminar, haciendo que él la siguiese de cerca, como si le estuviera haciendo un *tour* por las instalaciones.

—No he venido hasta aquí para hacerme cargo de la empresa —anunció él con voz afilada.

—¿No? —Olalla dudó un instante, deteniéndose a pocos pasos de donde se encontraba el despacho del director.

—No —contestó observándola atentamente; se encontraba pendiente de cada una de sus palabras—. ¿Por qué se casó contigo mi padre? —soltó haciendo que ella ahogase un grito.

Se había ruborizado e incluso se podría decir que temblaba. Tobías supuso que no esperaba que ahondara en esa cuestión de esa manera tan directa, pero la curiosidad lo carcomía, y verla tan distinta, tan exuberante, hizo que dejara los modales para otro momento.

—¡Aquí no! —susurró angustiada mientras se volvía y comprobaba que Rocío seguía absorta en la pantalla de su ordenador—. Vamos al despacho de tu padre —señaló mientras pasaba por

delante de la pelirroja.

Entonces Tobías reparó en ella, en cómo le sentaban de bien esas gafas de pasta negra, acentuando su gran atractivo, en su cabello rojo sujeto en una alta coleta que dejaba ver sus suaves y armoniosas facciones, en su actitud segura y su concentración en lo que estuviera haciendo, pues ni siquiera levantó la mirada cuando él pasó por delante de ella, dejándolo con ganas de ver su mirada, incluso de oír su voz.

—Aquí mejor —murmuró Olalla cerrando la puerta cuando él entró en el despacho de su padre—. A ver, uf..., esto es muy difícil de explicar, sobre todo cuando tú y yo tuvimos algo...

—Olalla, lo nuestro fueron dos besos, y hace una eternidad de eso —comentó Tobías con frialdad sintiéndose extraño, casi como si profanase aquel lugar donde sabía que su padre había pasado multitud de horas.

—Santi y yo nos enamoramos —sentenció levantando la cabeza con orgullo. Se notaba que no le había sentado bien aquel resumen de su relación con Tobías y lo contrarrestaba con esa actitud altiva tan característica de ella.

—Podrías ser su hija.

—Pero no lo soy y por eso nos casamos —añadió mordaz mientras colocaba una mano en su cadera.

—¿Te quería? —Escudriñó sus gestos, quería saber si su unión fue real o un mero trámite para sacar tajada del patrimonio de su difunto padre.

—Sí. —Alzó la cabeza haciendo que sus largos pendientes dorados se meciesen por el movimiento.

—Pero no te dejó todo esto —indicó señalando la empresa.

—Me dejó encargada hasta que tú volvieras. Tu padre te quería, Tobías, y siempre tuvo la esperanza de que algún día recapacitaras y regresaras a su lado.

—Que haya vuelto no significa que lo haya perdonado.

—Mira, no sé qué os pasó. Tu padre jamás me lo quiso contar, pero creo que después de quince años, pasara lo que pasase, ya deberías haberlo olvidado, ¿no crees?

—¿Ahora haces de madre, Olalla? —soltó él malhumorado, pues, aunque sabía que tenía razón, olvidar esa parte de su vida le había costado, precisamente, salir de ese pueblo.

—¿Quieres que lo sea, Tobías? —añadió perspicaz, haciendo que él se irguiese displicente.

—No sé qué coño le hiciste, Olalla, pero no me creo ni un segundo que estuvierais enamorados. Sé cómo eres y, aunque las personas cambien, me temo que tú jamás lo harás —añadió con seriedad.

—¿Y cómo soy, Tobías?

—Una persona capaz de hacer cualquier cosa por alcanzar su objetivo.

—Por lo menos tengo objetivos en la vida, y no sólo matar a disgustos a mis padres. Dime, ¿has encontrado eso que te hizo huir de este pueblo sin ni siquiera despedirte de tu padre? ¿O te has cansado de propagar preocupaciones allá por donde vas?

—¡Tú no sabes nada! —gruñó mientras apretaba los dientes con furia y la miraba desafiante.

—Es cierto, no tengo ni idea de por qué tu padre te dejó esto, porque cualquier persona que ha trabajado aquí estaría más capacitada para llevar este negocio que tú —acusó sin achantarse un segundo.

—En eso estamos de acuerdo. Por eso lo mejor es que siga como está.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Olalla con altanería.

—¡Sí! —bramó con furia mientras abría la puerta y salía de allí, dando un fuerte portazo.

Al hacerlo, unos ojos más verdosos que pardos lo miraron con desaprobación. Él simplemente volvió la cabeza y se concentró en salir de allí, del recuerdo vivo de su padre y del legado que le había cedido sin consultárselo, como si fuera un castigo por todos los quebraderos de cabeza que le había dado tanto en su adolescencia como en su edad adulta.

«¿Por qué narices habré vuelto?!», pensó mientras salía de la empresa.

Sus pasos lo llevaron de nuevo a la playa, donde se sentó en la húmeda arena y se quedó absorto mirando el agua mecerse. Jamás pensó que su decisión de regresar a casa tuviera una repercusión tan drástica. No entendía cómo iba a afrontar aquello, pues él sólo había vuelto para esconderse de su pasado, y no para afrontar otro tiempo que debería haber estado olvidado.

Las horas transcurrían sin freno y, hasta que observó cómo el sol comenzaba a descender en el firmamento, no se dio cuenta de que había permanecido allí, helado de frío y sin comer, simplemente pensando en lo que debería hacer... Deshizo el camino hasta su casa, todavía más confuso que antes, y al meter las manos en los bolsillos de la chaqueta tocó el sobre en el que llevaba las últimas palabras de su padre. A lo mejor necesitaba leerlas para comprender mejor su último deseo. Supuso que, si le había escrito un mensaje póstumo, debería ser algo importante, algo que debería saber él para poder entender mejor su última voluntad...

Pasó por delante de la casa de Toñi y sonrió al recordar que ésta lo había invitado a almorzar y a cenar, algo que no había hecho al mediodía, pero que sí haría en aquellos momentos, pues su estómago le reclamaba con urgencia alimentos. Pulsó el timbre y la mujer le abrió la puerta con la vitalidad de una adolescente, mientras le mostraba una sonrisa resplandeciente que lo hizo olvidar un poco el extraño día que llevaba.

—Ya pensaba que tendría que ir a tu casa y arrastrarte hasta aquí —soltó haciéndolo sonreír—. Anda, pasa, que tienes que estar muerto de hambre.

Tobías entró y la siguió hasta donde se encontraba la mesa puesta para dos, como si lo estuviera esperando.

—Perdóname, esta mañana no he podido acercarme...

—¿Desde cuándo llevas sin comer?

—Desde anoche...

—¡Válgame, Señor! —exclamó llevándose la mano al pecho—. Pero, alma de cántaro, necesitas comer, si no enfermarás. Anda, siéntate, que ahora mismo te pongo ración doble —indicó mientras lo hacía sentar y ella entraba en la cocina.

Al poco salió con dos humeantes platos de sopa de pollo, cuyo delicioso aroma hizo que a Tobías le rugiera el estómago.

—Me he enterado de que has ido a la empresa —dijo Toñi observando cómo éste comenzaba a comer.

—Sí —susurró mientras se percataba de que era imposible dar un paso sin que nadie lo supiese.

—¿Y qué tal te ha ido? —preguntó observando sus gestos.

—Supongo que también lo sabrás —añadió alzando los hombros con resignación.

De repente, el sonido de la puerta de entrada hizo que levantara la mirada con curiosidad y se encontrara con la sonrisa afable de Toñi, que sabía quién iba a aparecer en breve.

—Mamá, dime que te queda cena y te doy un besazo de esos que resuenan durante días... —
oyeron mientras Rocío se aproximaba al salón.

5

La sonrisa se le congeló al toparse con unos ojos almendrados que la hicieron detenerse justo en la entrada del salón. Se encontraba sentado al lado de su madre, cenando, como si su presencia en aquella casa fuera lo más normal del mundo, como si no se hubiera marchado hacía tanto tiempo, desapareciendo sin dar una explicación a sus amigos más íntimos, dejando sólo un trozo de papel con una escueta frase dirigida a José, despidiéndose para siempre... Lo había visto de espaldas en el bar la tarde anterior, aunque se había obligado a centrarse en sus amigos e ignorar por completo el foco de atención de todo el pueblo. Y esa misma mañana lo había visto también unos segundos en la empresa, pero prácticamente había sido de refilón. La conversación —o la discusión, pues los gritos podían oírse desde fuera— que había mantenido con Olalla dentro del despacho y su visible malestar al salir la hicieron estar alerta por lo que pudiera pasar a partir de ese instante... Pero ahora ahí lo tenía, en su casa, cenando al lado de su madre, clavando su enigmática mirada en ella. En ese preciso momento Rocío sintió pena de su yo adolescente, ese que, después de darse cuenta de que él no iba a volver —después de haber llorado durante días y de sentirse como si una parte de su corazón se hubiese ido con él—, había aprendido a enfrentarse a la vida sola, desprendiéndose de paso de aquella vergüenza que le impedía hablar con Tobías en el pasado. En cambio, el actual aspecto de éste difería bastante de aquella imagen tenue e idealizada que poseía en su mente, y eso la ayudó a aferrarse al presente, a un tiempo más práctico, donde no había cabida para el romanticismo ni para los sentimientos, ¡y mucho menos para afectos idealizados! Se detuvo a observar cómo su cabello, de tono castaño con reflejos dorados, estaba alborotado, como si se hubiese peinado simplemente atusándolo con ambas manos, otorgándole así un aspecto más moderno y juvenil. Su porte era misterioso, sus labios definidos y ligeramente rosados se movieron sutilmente forzando una diminuta sonrisa. Todo él llamaba la atención, su belleza masculina, que se había acrecentado con el paso del tiempo, su seguridad innata, una barba bien cuidada que le otorgaba mayor madurez y aquellas primeras arrugas que curtían su rostro, confiriéndole todavía más atractivo. Rocío recordaba que Tobías siempre había sido guapo, pero el hombre que tenía ahora delante era mucho más que eso: era atrayente, misterioso, y con una energía peligrosa que lo envolvía como un manto de seducción que la hacía permanecer cautelosa.

—Creía que no ibas a venir a cenar —dijo Toñi sin dejar de comer.

—Hoy no he tenido tiempo de ir a casa y no tenía nada preparado... —susurró sin poder apartar la mirada de él, que la observaba con atención.

—¿Te acuerdas de mi hija?

—Sí... —dijo Tobías con una sonrisa fugaz—. Hola, Rocío.

—Hola —saludó ella mientras se encaminaba a la cocina, rompiendo de golpe el contacto visual y resguardándose en un lugar donde poder controlar aquella situación que no esperaba.

Cerró los ojos frente a la cacerola con la cena, pensando en lo surrealista de la escena. Tobías estaba en su casa, cuando su difunto padre había estado esperando precisamente esa situación tantísimos años... Tragó saliva desechando ese sentimiento de rechazo por ese hombre que se encontraba hablando afablemente con su madre, intentando ser justa y no dejarse llevar por el cariño que siempre había sentido hacia Santi. Su jefe se había portado bien con ella, le había dado un puesto de trabajo, algo que necesitaba y que le estaba siendo imposible encontrar en su pueblo, pues todas las puertas se le cerraban nada más presentarse delante de sus vecinos; además, le enseñó el oficio, le dio una seguridad laboral y un puesto de responsabilidad al convertirla en su secretaria personal.

Se sirvió la cena en un plato, cogió un vaso y los cubiertos y volvió al salón, obligándose a ser cordial con ese hombre. Tenía que intentarlo por todos los medios. En principio, él era su jefe —aunque Olalla hubiese comentado a todo el personal que éste no quería hacerse cargo de la empresa—, uno que había estado desaparecido demasiado tiempo y sin dar señales de vida.

—Le estaba preguntando ahora a Tobías si os habíais visto hoy en la empresa —dijo su madre cuando se aproximó a ellos, dejando el plato y el vaso encima de la mesa para después quitarse la chaqueta.

—Sí, pero de pasada. Prácticamente ha entrado y ha salido —comentó mientras se sentaba y comenzaba a cenar.

—Tu padre le tenía mucho cariño a mi chica —confesó Toñi observando a su hija con adoración e ignorando su comentario—. ¿Te he dicho que es toda una manitas con el bricolaje?

—¿En serio? —preguntó él asombrado.

—¿Tan raro te resulta que una mujer sepa hacer algo más que enhebrar una aguja? —terció ella desafiante mientras se servía vino en el vaso.

—Tú no sabes coser, hija mía —cortó Toñi, haciendo que Tobías se aguantara la risa—. Y, a decir verdad, yo tampoco. Somos mujeres atípicas, podríamos decir. Preferimos arreglar enchufes o reparar tejados antes que ponernos con el hilo y la aguja.

—Tú no sabes hacer nada de eso, mamá —replicó Rocío, haciendo que su madre riera pizpireta.

—Pero tú sí —indicó con alegría—. Intenté que trabajara en la ferretería, pero mi chica es de ideas fijas —comentó con una amplia sonrisa—. Si necesitas ayuda con tu casa, Tobías, ya sabes que Rocío es una entendida en la materia.

—Lo tendré en cuenta —señaló él risueño—. Y si necesitáis que os arregle alguna prenda, yo sí sé coser, aunque sea un hombre —confesó, haciendo que Rocío lo mirase asombrada.

—Seguro que te enseñó tu madre. ¡Qué manos tenía Antía para la costura! Aún tengo un vestido que me confeccionó ella. Lo guardo como un tesoro en el armario —dijo Toñi con cariño—. Voy a sacar el segundo —indicó mientras se levantaba de la mesa y recogía su plato vacío y el de Tobías.

—Jamás te habría reconocido —dijo él cuando ésta desapareció en la cocina.

—Era una cría cuando te marchaste —comentó Rocío entre cucharada y cucharada—. Es absurdo que te diga que yo tampoco te reconocí el otro día, ¿verdad?

—¿Sueles salir semidesnuda de tu casa? —preguntó con curiosidad al recordar su imagen aquella tarde lluviosa en la que llegó.

—Claro, hombre. Me encanta pasar frío y mojarme. Es como un pasatiempo para mí —replicó ella con ironía—. En el pueblo me llaman la loca de las bragas.

—Parece mentira que seas la hija de Toñi... ¿Dónde está la chica tímida que no hablaba delante de mí? —susurró Tobías extrañado por aquel cambio tan radical de ella. Incluso haciendo memoria no recordaba haber hablado con ella ni dos frases seguidas, y mucho menos que le sostuviera la mirada un par de segundos... Si jamás supo de qué color tenía los ojos, y éstos eran tan llamativos como su cabello.

—Tuve que maniatarla —soltó con seriedad, haciendo que él contrajera ligeramente el ceño, pendiente de su explicación—. Era una aburrida y una siesa... Pero, chist..., no digas nada. Los vecinos no han reparado en su pérdida y puedo seguir suplantando su vida un poco más —añadió con tanta seriedad que Tobías se echó a reír al no esperarse aquella contestación por parte de la pelirroja.

—Vamos a comernos las sardinas antes de que se enfríen —anunció Toñi, colocando la fuente en medio y llenándolo todo con su apetecible aroma.

—Qué buena pinta tiene, Toñi —dijo Tobías haciéndosele la boca agua mientras alcanzaba un par de sardinas y las colocaba en el plato que había puesto delante de él—. Mañana pasaré por la ferretería a comprar unas cosas que necesito para arreglar el tejado.

—Dime qué necesitas y mi hija te lo acercará. Seguro que estos días te habrán parado mil veces para intentar sonsacarte la razón por la que has vuelto.

—Sí —confesó incómodo al recordar las veces que había tenido que pronunciar la misma frase hueca para apaciguar su sed de información.

—Hay cosas que no cambian en este pueblo... —susurró Toñi mientras negaba con disgusto con la cabeza, desaprobando aquel comportamiento.

—Sabía a lo que me exponía al volver... —murmuró él, bajando la mirada hacia su cena—. ¿Vosotras no vais a preguntarme? —quiso saber, extrañado de que en ningún momento (ni siquiera el día anterior) hubiese salido el tema que llevaba persiguiéndolo desde que había puesto un pie allí.

—No, Tobías —contestó Toñi mientras sonreía con ternura—. Intuimos que algo debe de haberte pasado para que vuelvas al pueblo después de tanto tiempo sin saber de ti. Sin embargo, también sabemos que muchas veces no estamos preparados para hablar con sinceridad de lo sucedido y guardamos esa información en nuestro interior como un oscuro tesoro, pensando, de manera equivocada o no, que al contarlo, que al abrirnos con alguien de esa manera, volcando nuestros miedos o nuestros secretos, todo se volverá todavía más complicado de lo que ya lo es —susurró haciendo que los tres se mirasen, dando por sentado que todos escondían algún secreto que no podrían verbalizar jamás.

—Para resumirte —añadió Rocío, que observó cómo la tensión, una bastante incómoda y difícil de digerir, crecía en la mesa, dificultando la velada—, que no te vamos a preguntar, básicamente, porque no queremos explicar la razón de que yo sea pelirroja cuando mi madre tiene el pelo azul... A veces pienso que ella es un pitufo y yo me he desteñido por el camino —soltó con guasa, lo que hizo que se disipara aquella extraña tensión, como si los fantasmas del pasado estuvieran acechándolos, susurrándoles aquel tiempo vivido que anhelaban mantener

oculto.

—¿Un pitufo? ¡Y luego dices que la que tiene la imaginación desbordante soy yo! —se carcajeó Toñi mirando con cariño a su hija—. En serio, Tobías, siéntete como en tu casa. La verdad es que me hizo mucha ilusión saber que habías vuelto... Esta tierra vio crecer a tus abuelos, a tus padres y a ti... —dijo con cariño.

—Gracias, Toñi —repuso él con una sonrisa mientras dejaba la servilleta encima de la mesa y comprobaba que habían acabado de comer—. La cena estaba exquisita, pero creo que debería irme ya a casa...

—Ahora te llevará Rocío en su coche. Al fin y al cabo, sois vecinos —concluyó Toñi, levantándose de la mesa y observando cómo recogían la mesa—. Anda, anda, dejad eso y marchaos ya —añadió quitándoles los platos de las manos a Tobías y a Rocío.

—Muchas gracias por todo, Toñi —dijo él con gratitud.

—No me las des... Es lo mínimo que puedo hacer por ti —comentó ésta con una tierna sonrisa, dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta al hijo de su gran amiga.

—Anda, vámonos, Tobías, que mi madre ya está nerviosa perdida porque no quiere que nos topemos con su visita nocturna —anunció Rocío mientras le guiñaba el ojo a la susodicha.

—Pero... ¡serás lianta! No hagas caso a mi hija, Tobías, esta noche está muy chistosa —declaró con una sonrisa nerviosa, lo que hizo que él las mirase divertido al percatarse de la gran complicidad que había entre madre e hija.

—Sí, sí... Di lo que quieras, pero sabes que es la verdad —replicó Rocío, acercándose a ella para darle un beso en la mejilla—. Diviértete —le susurró haciendo que ésta se echara a reír jovial mientras observaba cómo se ponían sus chaquetas y salían de su casa.

—Tu madre no ha cambiado, sigue igual que como la recordaba... —comentó Tobías, ya en el interior del coche de Rocío.

—Bueno, ha cambiado el fucsia por el azul —lo informó ella mientras ponía el motor en marcha.

—Sí, ¡ya me he fijado! —asintió con una sonrisa al recordarla con ese otro tono de cabello—. Rocío... —Tobías titubeó y ella simplemente esperó a que él prosiguiera. Su tono había cambiado, ahora era más serio, e incluso su mirada era esquiva, como si no quisiera mirarla, más pendiente de observar la calzada—. ¿Qué le pasó a mi padre?

—Un derrame cerebral —dijo ella casi con un hilo de voz, se notaba que aún le afectaba—. Fue fulminante, dicen que ni se enteró.

—Si hubiese sabido que él ya no estaba vivo, creo que no habría vuelto —susurró mirando por la ventanilla, verbalizando lo que realmente pensaba.

—Entonces, es verdad lo que dice Olalla: no vas a hacerte cargo de la empresa —confirmó anonadada. Había pensado que era simplemente una estratagema por parte de la viuda.

—Yo no pedí que mi padre me la dejara —contestó él mirándola de reojo. Se encontraba pendiente de la calzada, con el gesto serio, casi molesto por lo que oía.

—Claro, ¡es verdad! El hijo rebelde de los Piñeiro ha vuelto, no quiere problemas y sólo ansía divertirse. ¡Es increíble! —exclamó indignada de que él siguiera siendo el mismo irresponsable que había sido.

—Pero ¿qué problema tienes con que yo no acepte la herencia? —cuestionó, pues lo asombraba que ella se pusiera a la defensiva por ese tema, que sólo le concernía a él.

—Problema ninguno. Pero me parece horrible que incluso después de muerto sigas portándote mal con tu padre. ¡Él sólo pensaba en ti, joder! —bramó dándole un manotazo al volante después de haber detenido el coche justo delante de la puerta de Tobías.

—Pues si pensaba en mí, debería haber sabido que jamás habría aceptado la empresa.

—¿Por qué?

—Porque ha sido el motivo de mi desdicha.

—¡Ver para creer! —exclamó ella crispada al oír esas palabras—. Me parece a mí que no tenías ni idea de cómo era en realidad tu padre.

—¿Y tú sí? —soltó enfrentándose a su mirada acusadora.

—¡Sí! —replicó con rotundidad, sin bajar un segundo la mirada—. Buenas noches —indicó mientras señalaba la puerta para que él saliese.

—¿Me estás echando? —Vaciló un segundo. Era la primera vez que le ocurría algo así.

—Sí, no quiero hablar ahora mismo de este tema contigo. Estoy molesta y soy capaz de decir cualquier burrada.

Tobías la miró confundido, abrió la puerta y salió. Acto seguido, Rocío hizo las maniobras para introducir su vehículo en el garaje de su casa. Cuando apagó el motor y observó cómo la puerta automática se cerraba del todo, se apeó alterada y abrió la puerta que unía el garaje con la casa, para después cerrar tras de sí de un sonoro portazo. ¡Estaba que echaba humo por las orejas! Ese hombre era un egoísta de primera. Una persona incapaz de ver que Olalla era la peor opción para llevar la empresa que había fundado Santi, por eso mismo se la había dejado en herencia a su hijo y no a ella. Pero ¿qué le habría pasado a Tobías para que se comportara de esa manera tan cobarde? Él jamás había sido así, al contrario, era un temerario, un valiente, un joven dicharachero, canalla y divertido que volvía locas a todas las mujeres que posaban la mirada en él.

6

Se despertó de madrugada. En la calle sólo se oía algún perro que ladraba a lo lejos, pero nada más. El silencio era absoluto y, en vez de tranquilizarlo, lo puso todavía más ansioso. Se removió en la cama, pensando en las palabras de Rocío, en la mirada acusadora de esa mujer, en la manera que había tenido de echarlo de su coche sin darle opción a réplica. Aún lo asombraba su actual imagen, tan alejada de la que recordaba (había pasado de ser una joven sin curvas y poco agraciada a convertirse en una mujer atractiva); pero lo que más lo había sorprendido era el cambio en su personalidad, en su carácter. Rocío se había convertido en una persona decidida, fuerte y capaz de bromear en las situaciones tensas, y había dejado atrás esa timidez que él recordaba. Encendió la luz y volvió la cabeza, encontrando sobre la mesilla de noche la carta que su padre le había escrito todavía sin abrir, llamándolo a gritos. Había intentado leerla la noche anterior antes de dormir, pero no se sintió capaz de hacerlo. Resopló con fuerza mientras se sentaba en la cama, cogió el sobre y lo rasgó en un movimiento decidido para después sacar la misiva. Al observar la letra de su padre, se removió inquieto y se concentró en leerla. Ya había esperado suficiente, tenía que afrontar aquellas últimas palabras de una vez por todas.

Tobías:

No sé si algún día leerás esta carta, y si lo haces significará que al final no pudimos vernos una última vez, algo que deseé el mismo día que me enteré de que te habías marchado...

Es complicado volcar todo lo que pienso y lo que siento en un trozo de papel blanco, intentar ordenar mis ideas para que me entiendas, aunque sepa que será tarde para ese abrazo que siempre he deseado darte pero que, a la misma vez, he temido que rechazaras. Sin embargo, necesito creer que algún día podrás comprenderme y perdonarme.

Ahora, después de tantos años sin tener tiempo ni para pensar, me doy cuenta de que no he sabido aprovechar la vida, aunque en este último tiempo lo he intentado con todas mis fuerzas. No me entiendas mal. No me arrepiento de haberte tenido cuando éramos unos jóvenes alocados, tampoco lamento haberle pedido a tu madre que se casara conmigo cuando la dejé encinta, ni mucho menos haber dedicado toda mi vida al negocio familiar, a esa pequeña sastrería que tenía mi padre y que me cedió cuando formé mi propia familia, a ese negocio que ha ido creciendo con toneladas de esfuerzo y echando demasiadas horas al día... Aunque precisamente de eso sí que me siento culpable, porque dejé a tu madre sola a tu cargo, y yo llegaba a casa tan cansado que no tenía ganas ni de hablar con ella y mucho menos de ponerme a jugar contigo, viendo el

tiempo pasar y a ti crecer, casi sin percatarme de ello, centrado en que esto creciera lo suficiente como para poder darte un futuro mejor del que yo tuve. Aunque no te lo creas, lo hice por vosotros y no por mí. Sólo pensaba en daros lo mejor, cuando la realidad era que lo que necesitabais era precisamente mi presencia y no el dinero que iba ganando... Fui un imbécil, ésa es la verdad, y no sabes cuánto me odio por haberos fallado en ese aspecto, sobre todo a tu madre... Pero cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

Tu madre... Aún la recuerdo y siento que mi corazón aletea en su busca, dispuesto a volver a conquistarla cuando éramos jóvenes, a enamorarla entre versos y flores, entre besos y susurros al oído... Qué estúpido fui, Tobías. Tenía a mi lado a una mujer maravillosa, una madre valiente, una esposa increíble, una amiga fiel, una compañera extraordinaria, y me di cuenta de todo ello cuando ya la había perdido. Ver que os marchabais de mi lado fue un duro golpe. Cuando me presentó los papeles del divorcio sentí que me podía morir en aquellos momentos, y abrir la puerta de casa y encontrármela vacía era vivir en el infierno. Pero, aun así, entiendo por qué lo hizo, y jamás la culparé de haberme dejado. Fui un egoísta, un tremendo inepto que se creía en posesión de la verdad absoluta y con el poder de hacer lo que quisiera sin que hubiese consecuencias. Sólo miraba por el negocio, para ganar más dinero, creyendo que eso era lo que necesitaba tu madre. Ahora sé que no, pero en aquellos momentos no pude comprenderlo. Yo miraba por vuestro bienestar y no por el mío, jamás por el mío... No obstante, el dolor que sentí en esos años de separación no puede compararse con el de cuando le sucedió aquella fatalidad que aún no tiene respuesta y, justo después, tú abandonaste este lugar... Jamás creí que se pudiera estar muerto en vida, y así me sentí después de ver que lo había perdido todo. A tu madre y a ti.

Desde entonces albergaba la esperanza de que algún día volvieras al pueblo, a mi lado. Pero los días pasaron, luego las semanas y los meses y, después, todo se hizo demasiado angustioso. En todo este tiempo he aprendido a hacer las paces conmigo mismo, saber que intenté hacer las cosas bien, aunque no del todo, y aceptar mis errores, que fueron muchos, pero también vislumbrar los de tu madre, al no hablarme con franqueza, al encubrir sus sentimientos, sus temores, sus anhelos... No supimos mantener una relación, no supimos crecer como pareja, no supimos seguir queriéndonos porque estábamos demasiado pendientes de lo que el otro hacía para poder contraatacar. Deberíamos habernos dado cuenta de lo importante que habría sido para nosotros hablar con franqueza, desnudando nuestras almas sin temores ni reproches. Eso nunca lo hicimos, y ése fue nuestro final...

Quiero confesar que jamás he querido a otra mujer como he amado a mi bella Antía, tu madre, el amor de mi vida... Pero la soledad tiene dientes afilados que dejan el cuerpo helado y unas ansias voraces de cariño. Entonces, sin darme cuenta, Olalla comenzó a entrar poco a poco en mi vida, dándome lo que necesitaba, un apoyo, consuelo y afecto. Ella me enseñó a disfrutar de los pequeños placeres de la vida, a dejar de lado el remordimiento, y me hacía sentir bien. Poco a poco esa amistad fue a más, hasta que me di cuenta de que la quería, no de la misma manera que a tu madre, pero sí que anhelaba estar más tiempo a su lado, pues ella me hacía sentir más animado.

Olalla es una buena mujer, espero que, si vuelves, te ayude en todo lo que necesites, como me ha ayudado a mí a aceptarme de nuevo, a quererme y a seguir adelante.

Y a ti, hijo mío, sólo te pido que me perdones, que entiendas que sólo soy un hombre que

cometió errores, que he pagado por ellos con creces y que te he querido con todo mi corazón. Sólo espero que algún día vuelvas y que puedas disfrutar de tu legado, ese que trabajé duramente para vosotros, para que alcanzara un nivel alto, para que te sintieras orgulloso de mí, dichoso de ser un Piñeiro...

Antes de despedirme de ti quiero hablarte de Rocío, mi secretaria personal, una mujer extraordinaria, inteligente y sagaz, que te ayudará en todo lo que necesites. Sé que lo hará, nunca me ha fallado. Confía en ella, pues jamás encontrarás a otra persona dispuesta a decirte la verdad sin miedo al qué dirán.

Un consejo: no te dejes marear por las habladurías y abre los ojos a la realidad.

¡Y ya está! Éste es tu padre. Un hombre que no supo compaginar el amor y los negocios, una persona imperfecta que os ha querido tanto que ha preferido veros desde lejos para no importunaros, para que fuerais felices, aunque fuera sin mí...

Espero que algún día me perdones y que lleves a la empresa todavía más alto de lo que ya lo está. Confío en ti, hijo mío.

Te quiere,

TU PADRE

Tobías dejó la carta sobre la cama y miró al techo. Esas palabras, los recuerdos, se amontonaban en su mente, impidiendo que pudiera pensar con claridad. Sólo veía imágenes: su madre llorando, su padre mirándolo con gesto serio y él sintiéndose responsable incluso de su separación.

Se levantó cansado de estar allí sin hacer nada, se puso ropa deportiva y salió a correr, importándole poco que todavía fuera de noche. Lo único que ansiaba era desprenderse de aquel remordimiento al pensar que su padre había reconocido sus errores, al saber que había amado a su madre y que, aun así, no había podido retenerla a su lado, al sentir su dolor reflejado en cada línea, su desesperación al comprender que no lo vería más y la decisión de retomar de nuevo su vida con una mujer mucho más joven que él pero que le había dado lo que necesitaba. ¡Era de locos! Y aquella carta, en vez de reconfortarlo, le había hecho pensar demasiado. Él no quería quedarse en ese pueblo, sólo había ido allí a esperar que se calmaran las aguas, pero ¿y si ese día nunca llegaba y tenía que estar en aquel lugar para siempre? ¿Qué haría entonces? Aceleró todavía más el paso, sintiendo cómo le quemaban los pulmones al forzar su cuerpo. No quería pensar eso, pero a la vez sabía que era una posibilidad. Había cometido demasiados errores y por eso había tenido que esconderse allí, en el único lugar donde sabía que nadie lo buscaría, pues nadie estaba al corriente de esa parte de su pasado, y mientras tanto... Cabeceó desechando esa posibilidad. No podía. No quería. Pero ¿y si...? Siguió corriendo, obligándose a no detenerse para mantener así la mente despejada, y cuando notó que su cuerpo se resentía, volvió a casa. Se duchó con la sensación de que aquel esfuerzo no había valido la pena; seguía ansioso, notando cómo el desasosiego lo desquiciaba hasta el punto de no saber realmente lo que hacer. Mientras se estaba atando las zapatillas, alguien llamó a la puerta. Sin ganas de mantener una conversación falsa con nadie, abrió de mala gana, pero una sonrisa pizpireta y unos ojos un poco más verdosos esa mañana soleada lo hicieron sonreír inconscientemente.

—Buenos días —lo saludó Rocío.

—Buenos días —repuso él, extrañado al verla cargada de bolsas y una caja de herramientas.

—Sé que te sorprende mi presencia, sobre todo después de haberte invitado a salir de mi coche anoche, pero mi madre, alias la pitufa entrometida, ha venido a mi casa bien temprano para que viniera a ayudarte —explicó con apatía, esclareciendo así el motivo de su visita, el cual la había llevado a tragarse su orgullo para contentar a su madre.

—Si son las siete de la mañana —susurró él mirando su reloj.

—Lo sé —bufó con resignación. Su madre podía ser letal cuando se le metía algo en la cabeza, y ayudar a su vecino era su meta ese día, importándole bien poco que ella no estuviera de acuerdo en la decisión que había tomado Tobías de no hacerse cargo de la empresa de su padre.

—Y hoy es sábado...

—Mi madre es tozuda como ella sola... —resopló, sabiendo que en esos instantes podría haber estado durmiendo plácidamente, disfrutando de su merecido descanso semanal—. Bueno, ¿me dejas entrar ya o tengo que decirle a mi madre que al final no has querido que te ayudara? Pero te aviso de que es muy cabezota y es capaz de hacerme venir todas las mañanas hasta que aceptes. ¡Menuda es *la* Toñi cuando se le mete algo entre ceja y ceja! —exclamó con resignación.

—No quiero hacerle ningún feo a tu madre —contestó mientras la ayudaba a coger todo lo que había traído y la invitaba a entrar.

—Uf... —resopló Rocío echando un vistazo a la casa—. Menos mal que he venido con tiempo... —Silbó al ver el estado en el que se encontraba el techo y algunas paredes.

—Y eso que aún no la has visto en todo su esplendor —susurró Tobías, que notó su preocupación al observar las manchas visibles de moho y la pintura desconchada.

—Es una casa antigua que ha estado muchos años cerrada, es normal que necesite cuidados... Pero todo se puede arreglar con maña y ganas —dijo ella mientras se ceñía a la cadera un cinturón donde tenía colgadas las herramientas que necesitaría—. Lo primero es lo primero: vamos a ver el tejado.

—¿Vas a subir? —preguntó mientras la seguía a la calle.

—Pues me temo que el tejado solo no baja, por tanto, me tocará subir a verlo. ¿Tienes escalera?

—Sí, pero subiré yo. No quiero que te hagas daño. Tu madre me mataría.

—A ver, Tobías... —murmuró ella despacio mientras colocaba los brazos en jarras, haciendo que él contuviera una sonrisa, pues en aquella postura estaba adorable—. No es la primera vez que subo a un tejado y mucho menos que lo arreglo. ¿Tú cuántas veces has arreglado uno?

—Jamás.

—Pues no me toques la moral y déjame trabajar —añadió Rocío mientras cogía la escalera que él había sacado del envejecido garaje y la apoyaba en un lateral de la casa.

Sin vacilar, comenzó a subir mientras Tobías la miraba conteniendo el aire, temiendo que resbalara y se cayera, algo que no se perdonaría en la vida. Ella y su madre eran las únicas personas que no lo habían atosigado, cosa que agradecía.

Al poco, Rocío llegó a lo más alto y comenzó a evaluar los daños.

—Tienes un área que hay que cambiar por completo. Supongo que el granizo que cayó hace unos años terminó de romperlo —le comunicó desde lo alto.

Tobías empezó a subir despacio por la escalera y, cuando la vio agachada —lo que hacía que

sus vaqueros se ciñeran todavía más a sus torneadas piernas y a su trasero respingón—acariciando las tejas, comprobando las juntas, se dio cuenta de que Rocío entendía de eso mucho más de lo que él había imaginado, además de fijarse en lo erótica que era la imagen de una mujer haciendo ese tipo de trabajo...

—Ah, estás aquí —dijo ella al verlo gatear con cuidado por el tejado—. Lo bueno es que las tejas y las juntas están secas, por tanto, podemos comenzar a arreglarlas hoy mismo. Aún queda mucho invierno por delante y, si llueve, te entrará agua otra vez en casa.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto?

Rocío lo miró y sonrió mientras comenzaba a acercarse de nuevo a la escalera, esta vez, para bajar.

—Soy observadora y he tenido muy buenos maestros que me han ido enseñando sin darse cuenta —contestó descendiendo.

—¿Chicos del pueblo? —preguntó él ya abajo mientras la observaba sacar todos los materiales necesarios de su camioneta y su garaje, incluso había traído tejas nuevas.

—Sí.

—Eso era una excusa barata para intentar ligar contigo.

—No te creas —repuso ella con una sonrisa divertida—. Mi desarrollo fue tardío y prácticamente nadie se había fijado en mí, pero yo ya sabía varias cosas de electricidad, fontanería y albañilería... Además de saber cambiar el aceite de mi coche. Supongo que hacerme amiga de los chicos del pueblo me vino bien.

—¿También sabes de mecánica?

—Muy poco, lo justo para apañármelas si me ocurre algo en la carretera.

—Eres una chica llena de sorpresas.

—Como un huevo Kinder —indicó con guasa, haciendo que él riera de su respuesta.

—Lo que no entiendo es cómo una chica como tú, tan capaz de hacer cualquier cosa, tan amiga de los chicos y tan... llamativa, sigue soltera —dijo Tobías.

Rocío esbozó una sonrisa juguetona.

—¿Y cómo aseguras con tanta rotundidad que sigo soltera?

—Por lo que he visto, vives sola.

—Sí —dijo echándose a reír—. Te contaré un secreto, Tobías —susurró acercándose a él—. Los tíos me tenéis miedo —soltó mientras le guiñaba el ojo y comenzaba a subir con una mochila a la espalda con el material para aislar las zonas deterioradas.

Él se quedó observándola y supo que en parte tenía razón. Muchos hombres se sentirían intimidados por una mujer como ella, temerosos de que les hiciera sombra, incapaces de darse cuenta de lo valioso que era encontrar a una mujer así. Y, con una sonrisa en los labios y sintiendo cómo el ánimo comenzaba a volver a su cuerpo, la siguió hasta el tejado, dispuesto a conocer un poco más a la mujer en la que se había convertido la tímida y traviesa Pippi Calzaslargas.

7

Después de limpiar la zona, levantar el caballete, rehacerlo, aplicar mortero y colocar debajo unas placas asfálticas, volvieron a poner las tejas mientras pegaban cinta de impermeabilización en las juntas y sellaban algunas con espuma de poliuretano.

—Y ya está —dijo Rocío mientras se alejaba de la zona.

—No ha sido difícil —observó Tobías, que había estado ayudándola a pasarle los materiales según ella se los iba pidiendo.

—Cuando se sabe lo que se hace, no —indicó con una sonrisa mientras bajaba por la escalera.

—En eso tengo que darte la razón.

—Y ahora, vamos a ver cómo está el techo —añadió dando un salto grácil al suelo para después entrar de nuevo en la casa.

Tobías sonrió caminando tras ella. Seguía siendo una polvorilla, no paraba ni para coger aire, era incansable, y se notaba que le gustaba realizar esa clase de trabajo.

—Debemos arreglar esas grietas, y yo esperaré a que hiciera un poco de mejor tiempo para darle una buena capa de pintura a toda la casa. La mancha de moho la puedes limpiar con lejía, por lo menos el olor y la mancha desaparecerán considerablemente —indicó Rocío en cuanto lo vio aparecer. Se había desprendido del chaquetón y pudo vislumbrar su cuerpo atlético—. Acércame la otra escalera —lo apremió mientras preparaba la argamasa con cemento y agua.

En cuanto lo tuvo todo preparado, se subió a la escalera para rascar la superficie abombada y comenzó a alisar la zona con aquella pasta marrón que deslizaba con profesionalidad.

—¿Por qué no te has dedicado a esto? Se nota que te gusta... —dijo Tobías, pendiente de sus movimientos seguros.

—Me gusta, pero no para dedicarme a ello. Prefiero el trabajo que tengo.

—¿Por qué me echaste anoche de tu coche? —preguntó él al poco, cambiando de tema, pues tenía curiosidad por saber las razones que había tenido para hacer eso.

—Porque no entiendo por qué le tienes tanto odio a tu padre —susurró sin dejar de enlucir el techo.

—Es complicado...

—A veces nos complicamos nosotros mismos por miedo a no hablar con claridad. Tu padre te quería, siempre me lo decía, y su última voluntad fue dejarte la empresa... Y tú, simplemente, la rechazas, sin pararte a pensar en nada más.

—¿Te llevabas bien con él?

—Sí... —susurró Rocío—. Por eso no entiendo los motivos que tuviste para abandonarlo...

—No lo abandoné, sólo me marché. Necesitaba irme lejos de este pueblo, rehacer mi vida y encontrarme —confesó con un hilo de voz.

Se quedaron los dos en silencio, Tobías pensando en las palabras que había dicho la pelirroja y ella terminando de arreglar la gotera, dándose cuenta de que no podía culparlo de algo sin saber su versión de los hechos. Había aprendido que, para saber la verdad de una situación, había que escuchar las dos versiones, y ella sólo sabía una...

—Tobías —lo llamó al darse cuenta de dónde tenía él puesta la mirada, enarcando una ceja divertida—. ¿Me estás mirando el culo? —preguntó incrédula aguantándose la risa al haberlo pillado *in fraganti*.

—Es bastante difícil no hacerlo, Rocío —terció él con guasa al señalar su posición justo debajo de la escalera, sujetándola mientras ella estaba encima, con una magnífica visión de su retaguardia casi en primer plano—. Pero puedo asegurarte que no ha sido mi intención hacerlo...

—Ay, pobrecito, que se ha visto obligado a tener la vista clavada en mi culete durante todo este rato. Supongo que te habré causado una especie de trauma, ¿no? —soltó en broma—. Anda, coge esto —añadió mientras le daba la paleta y la llana dentada dentro del cubo donde llevaba la argamasa.

—No te preocupes por mí, ha sido un placer... sujetarte la escalera —replicó él con picardía mientras observaba cómo Rocío bajaba por ella.

A ella le entró la risa de golpe, con tan mala suerte que apoyó mal el pie y sintió cómo resbalaba sin poder hacer nada por evitar la caída. Pero unos fuertes brazos la rodearon con firmeza, impidiendo que notara la dureza del suelo, estrechándola contra su duro pecho y envolviéndola en un manto de calidez que la dejó noqueada, tanto por la celeridad con que ocurrió aquello como por el modo en que su cuerpo reaccionó a ese contacto imprevisto.

—¿Estás bien? —susurró Tobías pegado a su oído, oliendo su dulce aroma y sintiendo cómo su cabello color fuego le hacía cosquillas en la cara.

—Sí... —logró decir mientras notaba que él la liberaba de su abrazo, dejándola titubeante y sintiendo cómo un frío punzante la sorprendía al verse desprovista de su agarre—. Bueno... —titubeó mientras se ajustaba la coleta en un movimiento rápido, intentando controlar aquella situación de la mejor manera, sin dar muestras de flaqueza, aunque sintiera que su cuerpo temblaba como una fuente enorme de gelatina—, ¡es todo por hoy!

—¿Te marchas ya? —carraspeó Tobías sin poder apartar la mirada de ella, de sus labios entreabiertos y jadeantes, de sus mejillas rosadas y de sus ojos febriles.

—Sí..., ¡ya sabes!, tengo que llevarle los materiales que no he utilizado a mi madre, si no, vendrá hasta aquí para arrastrarme de los pelos.

—Tienes que decirme cuánto te debo.

—¿Cómo?

—Por el arreglo del tejado —dijo dando un paso hacia ella mientras deslizaba con cuidado el dedo sobre su rostro suave y pálido para quitarle una mancha de argamasa—. Ahora mucho mejor —susurró al ver su rostro limpio.

—Ah, sí... —Tragó saliva sintiendo su tentador contacto, intentando encontrar lógica a todo aquello y notando cómo le había incendiado la piel sólo con ese simple gesto. Tenía que serenarse y, sobre todo, tenía que salir de allí—. Pregúntaselo a mi madre. Yo... me marcho —

susurró mientras se dirigía hacia la salida de la casa. Necesitaba pensar y necesitaba hacerlo sin la influencia de ese hombre que de repente le había trastocado todos sus esquemas haciéndola *sentir*, con todo lo que significaba esa palabra. Al darse cuenta de que no llevaba la chaqueta, volvió sobre sus pasos—. Se me olvidaba... —Al verlo a él con la prenda en la mano, le sonrió para después cogerla en un rápido movimiento.

—¿Estás bien, Rocío? Te veo como... sofocada —indicó humedeciéndose despacio el labio inferior.

Su pose segura y su sonrisa socarrona hicieron que ella se irguiera demostrándole un control que en esos precisos momentos no poseía. No quería que pensase algo que no era..., aunque lo fuera.

—¿Sofocada, yo? No, te equivocas. Estoy estupendamente, Tobías. Sólo tengo prisa. He quedado con los chicos y no soy de las que llegan tarde —se obligó a decir mientras forzaba una sonrisa y se concentraba en no mirarlo.

«Puedo hacerlo, sólo tengo que centrar mi atención en algo que no sea su boca, ni sus ojos, ni su torso... Pero ¡¿qué ha pasado para que haya cambiado tanto el ambiente?! Sólo me ha tocado, ¡por el amor de Dios! Como si fuera la primera vez que un tío me toca...», pensó mientras intentaba encontrar lógica a lo vivido para después encaminarse a la calle, haciendo caso a su mente, que le gritaba que era preciso que saliese de allí cuanto antes.

—Buenos días.

Aquel saludo nada más salir por la puerta de la casa de Tobías la hizo volver a la realidad de un pueblo donde todos se conocían, para lo bueno y lo malo; dejando relegado lo que había sentido segundos antes, entre los brazos de él, notando su respiración y percibiendo cómo él la miraba, de una manera muy distinta de como lo hacía antaño, notando cómo su cuerpo se incendiaba sólo al tenerlo pegado a ella, percibiendo algo que creía que no existía, pues jamás lo había encontrado y mucho menos comprobado...

No obstante, todo aquello se evaporó como una tenue nube en un día ventoso, cuando vio que delante de ella se encontraban Olalla y Áurea, que la miraban con curiosidad, tanto a ella como al lugar de donde salía a la carrera y visiblemente azorada. Rocío les devolvió el saludo a regañadientes, sabía que aquello no lo pasarían por alto ninguna de las dos mujeres. Las conocía lo suficiente como para asegurarlo con tanta rotundidad, llevaban demasiados años a la gresca, ellas atacándola y Rocío intentando defenderse como buenamente podía. Antes de subir al coche, se volvió hacia la casa.

—Prepárate —le susurró a Tobías, que acababa de salir a la calle, intentando alcanzarla para hablar—, ahora sí que vas a estar en boca de todo el pueblo.

Y, sin más, se subió al coche para alejarse deprisa calle abajo. Tobías se quedó unos segundos más fuera, asimilando aquella última frase y aquellos minutos en los que todo había cambiado tan radicalmente que incluso lo sorprendió a él.

Había pasado una mañana entretenida con una mujer inteligente y ocurrente, intentando conocerla mejor —pues le resultaba curioso que ésta hubiese cambiado tanto—, sintiendo que aquel remordimiento, aquel rencor que sentía hacia todos y hacia todo se disipaba con el transcurso de los minutos. Pero, de repente, algo había pasado para que Rocío saliese corriendo de allí. Como si, al cogerla, al tocarla, hubiese ocurrido algo en ella... Al levantar la vista, Olalla y Áurea se encaminaron hacia él, haciendo que Tobías despejara su mente y se preparara para

mantener una conversación banal con aquella mujer que se había casado con su padre...

—¿Te está arreglado Rocío el tejado? —preguntó Olalla sin rodeos.

—Sí, tenía goteras —dijo observando su actitud desafiante, su pose orgullosa y esa manía que todavía conservaba de alzar la cabeza más de lo necesario, para asegurarse de que todo el mundo la estuviera observando sin dificultad.

—¿No sabes que el hijo de Jenaro es albañil?

—No.

—Pues deberías llamarlo a él para arreglar tu casa... —añadió con prepotencia, algo que, recordó, siempre la había caracterizado en su juventud. Eso y la vanidad, y a Tobías no le gustaba ninguna de las dos cosas. ¿Cómo había podido liarse con esa mujer? Y, lo peor de todo, ¿cómo era posible que su padre se hubiera casado con ella?

—Ya no hace falta, me lo ha arreglado Rocío —replicó con rotundidad.

—¿Recuerdas a Áurea? —preguntó Olalla señalando con la mano a su amiga.

—Sí, la vi el otro día en el bar —dijo observando que ambas iban con chándal; supuso que las había pillado dando su caminata matutina.

—Sé que acabas de llegar y a lo mejor no estás al tanto de las cosas que ocurren en el pueblo ahora, pero yo de ti contrataría a un profesional y no a... una aficionada —soltó Olalla con desdén, observando los movimientos esquivos de Tobías. Era obvio que éste deseaba entrar de nuevo en la casa, pero ella volvió al meollo del asunto, dejándole claro el resquemor que sentía hacia la pelirroja—. Rocío es una buena secretaria, por lo menos es lo que decía tu padre, pero no creo que te convenga que esté jugando a hacer cosas de hombres...

—Bueno, eso lo decidiré yo, aunque me sorprende que una mujer de mi edad tenga pensamientos tan machistas. —Se metió las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero sin dejar de observar a esas mujeres ni disimular un segundo que aquella conversación no le estaba gustando y lo que deseaba era que se marcharan de allí cuanto antes.

—Claro, no sé por qué me asombro. Tobías jamás ha hecho ascos a una chica guapa. —Olalla chasqueó la lengua con desaprobación, creyendo haber dado con el quid de la cuestión.

—Además, es mucho más joven que nosotras, menudo chollo, ¿verdad? —anunció Áurea con malicia, siguiéndole el juego a su amiga.

—¿Estáis celosas? —soltó él con una sonrisa chulesca que las escandalizó.

—¿De ti? ¡Ni locas! Te falta mucha clase para que pose mis preciosos ojos en ti —replicó Olalla, muy digna—. Sólo te digo que te andes con cuidado con esa mujer...

—No es trigo limpio.

—Ella misma se ha creado una famita... —añadió mientras negaba con la cabeza, desaprobándola.

—A lo mejor es lo que quiere, Olalla —terció Áurea—. Metérsela en la cama y si te he visto no me acuerdo...

—Pero a Tobías nunca le ha gustado la mercancía usada —repuso ella, mirándolo de arriba abajo.

—Pues creo que Rocío ha perdido la cuenta de cuántos se ha llevado a la cama.

—¡Ya te digo! —se carcajeó.

—Tobías, Rocío te meterá en problemas —añadió Áurea con seriedad mientras ambas daban media vuelta y lo dejaban solo, sin darle siquiera opción a que rebatiese todo aquel despropósito

de conversación a dos bandas malmetiendo en contra de la pelirroja.

Él las miró atónito. Pero ¿qué había pasado en ese pueblo para que todo el mundo se comportara de esa manera tan extraña? Como si escondiesen algo o como si quisieran convencerlo de algo que él pensaba que no era así. ¿Cómo podía creer que la llamativa y singular pelirroja fuera perjudicial para él?

8

Lo mejor de salir de fiesta con sus amigos era que se olvidaba de cualquier preocupación, y ese día no fue distinto, pues gracias a las ocurrencias de Aleixo, las bromas de Esteban y la calma de Ricardo, Rocío comenzó a pensar que lo que había sucedido esa misma mañana en casa de Tobías había sido una alucinación, porque era imposible que ella pudiera sentir tanto con tan poco. Habían ido a cenar a la ciudad ellos cuatro, los demás habían quedado o bien con sus respectivas parejas o habían hecho planes con otros amigos. Después de una amena cena regada con mucha cerveza, se marcharon a una discoteca de moda y, entre copas, risas y miradas furtivas a cualquier chica que se les acercara, pasaron las horas sin que se percataran de ello.

—Ésa está buena —le señaló Rocío a Aleixo, el único de los tres chicos que aún no había encontrado ligue esa noche.

—Demasiado para mí —terció él mientras la descartaba en el acto, haciendo que la pelirroja se echara a reír.

—¿Y por qué es demasiado para ti?

—¿Es que no me has visto? —preguntó señalándose.

Rocío dio un paso hacia atrás y comenzó a mirarlo exhaustivamente, haciendo que su amigo se riera por la cara de concentración de ella, como si jamás se hubiese parado a mirarlo concienzudamente. Aleixo era alto y delgado, era cierto que no podía catalogarlo de guapo, pero poseía armonía en sus facciones, y sobre todo su carácter, divertido y abierto, era lo que más destacaba en él.

—Pues no sé qué quieres que vea... Podrías tener a cualquiera.

—No —dijo Aleixo entre risas—. Eso les ocurre a esos dos —señaló con la cabeza hacia el fondo de la discoteca, donde Rocío vio a Yago y a Tobías rodeado por varias mujeres que les habían echado el ojo, ¡y para no hacerlo! La pelirroja tuvo que reconocer que eran los más atractivos del lugar, sobre todo cierto hombre que con sólo tocarla la había incendiado, dejándola tan atónica como confundida—. ¿Ves? Ellos sí que pueden tener a cualquiera, yo no...

—Pues te digo una cosa, no tienes nada que envidiarles a esos —añadió intentando animarlo mientras desechaba de golpe aquel cosquilleo que había comenzado a sentir nada más reparar en Tobías.

—Lo sé, pero ellos son atractivos y yo soy sólo el amigo simpático.

—Qué bobo eres —indicó mientras negaba con la cabeza. No le gustaba que Aleixo hablara mal de sí mismo—. Cada uno es como es y, te digo una cosa, a las mujeres nos gusta reírnos, pasarlo bien y no sólo tener a nuestro lado a un hombre atractivo.

—Pero es lo primero que llama la atención —repuso su amigo con resignación, haciendo que Rocío asintiera.

Eso no podía discutirlo. Se notaba que en el local todas las mujeres se habían puesto de acuerdo en intentar llamar la atención de esos dos hombres, algo que entendía, pues ella misma estaba haciendo un esfuerzo titánico por no acercarse al más alto de los dos, al dueño de esos ojos almendrados que la había hecho erizarse entera... «Ro, ¡concéntrate, por favor!», pensó mientras le sonreía a su amigo.

—Ven, te invito a un chupito, y luego vamos a encontrar a una mujer que babea por ti. Estoy pensando en comprar varios baberos para las *chatis* cuando se den cuenta de cómo eres en realidad —añadió mientras lo cogía del brazo y se lo llevaba hasta la barra, haciendo que Aleixo riera complacido por las palabras de ánimo de su amiga, poniendo todavía más distancia con esa tentación que debía quitarse de la cabeza. Sin percatarse de que en aquel momento Tobías había reparado en ella...

—Esta noche follamos seguro —terció Yago al oído de Tobías señalando a su alrededor, donde varios grupos de mujeres intentaban llamar la atención de los dos amigos.

—No sabía que Rocío venía también a este sitio... —dijo él sin venir a cuento y sin perderla de vista. Se encontraba en la barra, hablando animadamente con un hombre alto y delgado cuya cara le sonaba, supuso que sería del pueblo. Desde que habían llegado al local, habían encontrado a varios vecinos pasándoselo bien.

—Sí... Suele venir por aquí con sus amigos —comentó Yago observándola desde lejos—. Ése es Aleixo.

—¿Su novio?

—No, qué va... —indicó Yago con una sonrisa—. Rocío no es de tener novios. Ella tiene amigos y, después, amigos con derechos. ¡Nada más!

—¿Sabes por qué razón Olalla y Áurea no la pueden ver?

—Ni idea... Aunque por ahí se va diciendo que Rocío le levantó el novio a Áurea —contestó sin darle mayor importancia a ese hecho.

—Ya... —susurró Tobías mientras observaba cómo ella se alejaba de la barra y comenzaba a caminar por el local.

—También se va diciendo por ahí que tú y ella... —añadió Yago guiñándole un ojo.

—¿Que ella y yo qué?

—Habéis follado.

—¿Qué dices? —soltó perplejo.

—La han visto salir muy temprano de tu casa esta mañana...

—Ha venido a arreglarme el tejado.

—Y se lo pagaste en carne, ¿no? Menudo eres —soltó mientras negaba con la cabeza divertido—. Eres de los míos: donde pones el ojo, pones la polla —se jactó.

Tobías lo miró atónito. Pero si esa mañana no había ocurrido nada, ¿por qué no lo creía? Era cierto que cuando vivía en el pueblo tenía fama de mujeriego, pero habían pasado demasiadas cosas en todo ese tiempo y él ya no era el mismo.

—Parece que se ha quedado sola —señaló Yago al ver cómo ella se apartaba de donde estaba Aleixo hablando con una mujer castaña y se dirigía de nuevo a la barra—. Supongo que ahora

desplegará sus encantos y cazará a un tío.

—¿Por qué hablas así de ella?

—Porque es lo que hace, Tobías... Rocío no repite, es como nosotros, por eso se lleva tan bien con los hombres. Sólo folla y a otra cosa, mariposa —confesó mientras le sonreía a una morena despampanante que se había puesto delante de él—. Hola, preciosa —le dijo.

—Voy a por otra copa —comentó Tobías. Yago le hizo un movimiento con la mano para que se marchara tranquilo y prosiguió su conversación con la mujer.

Tobías se fue acercando a la barra, mirándola de reojo. Se encontraba quieta sin perder de vista a Aleixo, que hablaba con aquella mujer, sonriendo al ver que la chica le acariciaba el brazo, como si se sintiera orgullosa de que éste hubiese encontrado ligue para esa noche, sin percatarse de que él se le estaba aproximando, observándola detenidamente: ese vestido negro ceñido y la melena suelta la hacían todavía más llamativa.

—Una cerveza —pidió Tobías al camarero muy cerca de ella. Rocío, al oírlo, levantó la mirada con curiosidad—. Hola.

—Hola —dijo ésta dándole un trago a su copa—. ¿No encuentras a ninguna mujer a quien tirarle la caña? —preguntó intentando forzar una sonrisa tranquila, aunque tenerlo tan cerca comenzaba a ponerla de nuevo hipersensible, algo que jamás le había ocurrido con ningún otro hombre, y había conocido a muchos.

«Joder, qué bien le queda la camisa blanca... Y ese cabello rebelde que le cae por la frente..., ¿es que nunca se peina? Creo que lo hace adrede, sabe que las mujeres nos ponemos bizcas cuando sonrío así, de medio lado, humedeciéndose el labio inferior, mostrando la seguridad que tiene y el control de todo y que estamos deseando hundir las manos en su cabeza para despeinarlo un poquito más... Vale, Ro, déjate de tonterías. Está bueno, sí, pero ¡ya está!», pensó.

—No he venido a ligar... —contestó Tobías.

—Pobres... —Chasqueó la lengua, haciendo que él sonriese—. Se van a llevar un chasco enorme al no verte hablar con ninguna mujer.

—Ahora mismo estoy hablando contigo —comentó mientras pagaba al camarero y cogía el botellín de cerveza.

—Y aún no entiendo cómo te atreves a hacerlo. ¿Es que no has oído lo que van diciendo ya por ahí de nosotros? Que sepas que hemos tenido sexo y ni siquiera nos hemos enterado —soltó con gracia mientras negaba con la cabeza divertida.

—Y sólo por arreglarme el tejado...

—Pues ya ves —bufó apartándose el cabello de la cara y mirando a su alrededor—. Y esto —señaló el poco espacio que había entre ellos— dará para hablar un poco más. ¿No has visto que está medio pueblo esta noche en la disco?

—Sí, me he dado cuenta... Pero ¿por qué hablarán de nosotros?

—Supongo que la gente se aburre y les encanta creer que soy una especie de devorahombres en potencia, no sé. Creo que me llaman la Mata Hari gallega —añadió jocosa.

—Pero no lo eres —afirmó sin dejar de mirar sus gestos nerviosos.

Rocío sonrió ampliamente, para después morderse el labio inferior.

—A veces eso da igual si todo el mundo cree que sí —confesó.

—Yo creo en lo que veo, y acabo de presenciar cómo has ayudado a tu amigo a acercarse a

una mujer.

—Aleixo es un poco tímido y no se quiere como es, ¿sabes? Sólo necesita una mujer que vea lo que tiene dentro, y te aseguro que su interior es enorme —confesó haciendo que él enarcara una ceja divertido al oír su descripción final—. Su personalidad —especificó—. No sé si tiene la polla grande o pequeña, no es algo que me enseñen por ser una más de ellos... —aclaró, haciendo que Tobías reprimiese una carcajada. Esa mujer era letal a la hora de expresarse.

—Me sorprendes... —terció sin poder dejar de mirarla un segundo.

—¿Por qué?

—Porque tú antes no eras así. Siempre te sonrojabas y jamás hablabas conmigo, y ahora...

—Ahora soy una *palabrotera*, lo sé, mi madre me lo dice... —Bufó con resignación—. He pasado de un extremo al otro. Pero, chico, ¡hay que reinventarse! Prefiero decir las cosas como son a dar mil vueltas para no herir sensibilidades... —indicó mientras observaba a Aleixo, que le hacía una señal de que se marchaba y ella le sonreía con dicha—. Bueno, ya tengo a mis chicos emparejados, ahora me toca retirarme a mi Batcueva.

—¿No vas a ligarte a ningún tío? Seguro que más de uno estaría deseoso de que una chica como tú se le acercara.

—Hoy no tengo ganas de charlas superficiales —repuso dejando la copa vacía sobre la barra—, y mucho menos de pararme a pensar a quién tirarle los tejos.

—Entonces, somos dos... ¿Has venido en tu coche?

—Sí, ¿por?

—¿Me llevas?

—Claro... ¿No has traído el tuyo?

—No, he venido con Yago y, por lo que veo, esta noche él sí que va a dormir calentito —dijo mirando hacia donde él estaba. Su conquista comenzaba a besarle el cuello y él se dejaba con gusto mientras la estrechaba contra su cuerpo.

—Vamos —dijo Rocío observando cómo Tobías dejaba el botellín en la barra.

Se dirigieron al guardarropa, cogieron sus respectivas chaquetas y salieron a la calle, donde el frío los despejó de golpe.

—¿Vienes mucho por esta zona? —preguntó él mientras la seguía hasta su coche.

—Sí, solemos venir todos los fines de semana. A mis amigos les gusta, y a mí, por distraerme un rato, no me importa ser la conductora oficial —comentó mientras sacaba la llave de su camioneta y accionaba el mando, haciendo destellar las luces intermitentes.

—Pero has bebido...

—Era sin alcohol —dijo mientras le guiñaba un ojo y subía al vehículo.

Puso el motor en marcha y se dirigieron hacia el pueblo. El silencio los envolvió, pero lo que más nerviosa puso a Rocío fue sentir de nuevo aquella extraña sensación que la recorría de arriba abajo, saber que él estaba a su lado, mirando por la ventanilla, a tan poca distancia de ella. Era tan novedoso que no sabía cómo catalogar aquello. «Recuerda, es sólo un tío, uno que está bueno, sí, el único del que estuviste pillada, sí..., pero sólo es un hombre, y tú puedes con todo», pensó intentando darse ánimos para afrontar con soltura aquella situación en apariencia inofensiva, pero para ella desquiciante y excitante.

—Yago no ha cambiado nada —dijo Tobías sonriendo, rompiendo así el silencio reinante en el interior del vehículo e intentando no mirar cómo el vestido se subía por sus torneadas piernas

—. Pensaba que estaría ya casado y, fíjate, sigue como siempre... ¿Nunca ha tenido novia?

—Sí que tuvo, pero hace muchos años.

—Cuando hablábamos del futuro él aseguraba que jamás se casaría, decía que había demasiadas chicas en el mundo como para atarse a una.

—¿Tú también pensabas eso?

—Sí —rio Tobías—. ¿Por qué saliste corriendo de mi casa esta mañana? —preguntó cambiando drásticamente de tema, lo que hizo que ella contuviera por un segundo la respiración.

—Ya te lo dije —contestó mientras apretaba el volante con fuerza, obligándose a no decirle la verdad, pues ni ella misma sabía qué le había sucedido esa mañana—. Tenía prisa.

—Olalla y Áurea me estuvieron hablando de ti...

—Supongo que mal, es lo que suelen hacer —resopló con fastidio.

—¿Por qué?

—No lo sé... Me imagino que no debo de caerles bien.

—¿Le quitaste el novio a Áurea? —preguntó casi en un susurro. Necesitaba saber qué era verdad en todo aquel cúmulo de información sobre ella, y se hablaba tanto de esa mujer que no comprendía nada. O era como decían o disimulaba muy bien...

—No, por Dios —soltó mientras sonreía divertida por aquella suposición—. No soy de ese tipo de personas, aunque no paren de intentar que todo el mundo lo crea.

—Es que no lo entiendo, Rocío.

—Pues ya somos dos —dijo con resignación—. Antes me lo preguntaba mucho, intentaba investigar qué había hecho mal o qué había dicho para que no se parara de hablar de mí. Al final, después de volverme loca tratando de encontrar una respuesta lógica, me di cuenta de que daba igual. Hiciera lo que hiciese, hablarían de mí, sin motivos, simplemente por ser yo... Ahora mismo, que tú y yo estemos en mi coche, de noche, de camino al pueblo, dará para hablar un poquito más de lo que ya han hablado.

—¿Siempre ha sido así?

—Un poco sí, pero es verdad que desde que volví a estar soltera ha ido en aumento.

Tobías se quedó callado intentando entender aquello, observando que, cuanto más conocía a la pelirroja, más se daba cuenta de lo equivocados que estaban todos con ella. Llegaron sin darse cuenta a su casa y la miró una última vez. Su rostro era tan llamativo como todo su ser. Le sonrió obligándose a salir del vehículo, pues su presencia lo apaciguaba y a la vez lo animaba.

Antes de entrar en su casa, sonrió decidido. Ya sabía lo que iba a hacer, Olalla y Áurea se lo habían puesto en bandeja. Aceptaría la herencia e intentaría descifrar lo que ocurría en aquel pueblo, con esa pelirroja a la que había protegido su padre otorgándole un puesto tan importante como el que tenía, sabiendo que incluso su viuda malmetía en su contra y despotricaba de ella a la primera oportunidad. Era todo tan extraño, tan misterioso, que anhelaba saber cuánto de cierto había en esa fama que precedía a Rocío. Además, así, no se aburriría y dejaría de darle vueltas a lo que realmente lo había hecho volver. Era sólo momentáneo, para no aburrirse y para conseguir algo de dinero, que comenzaba a escasear...

9

Encendió el ordenador y, mientras arrancaba, miró la puerta cerrada del despacho de Santi, recordando sus palabras de confort cuando sabía que alguien de la oficina malmetía en su contra, dándole el apoyo que necesitaba para continuar a su lado y no marcharse a otro lugar, lo suficientemente lejos como para que ningún vecino pudiera estorbarla. Desde hacía siete meses debía afrontarlo sola, temiendo que algún día, no muy lejano, le tocaría tomar la decisión de marcharse de allí y abandonar aquel trabajo que había ido creciendo al mismo ritmo que ella. Se puso las gafas y comenzó a poner al día el correo, obligándose a no fijarse en la gente que hubiese alrededor, que empezaban a mirarla con curiosidad mientras cuchicheaban sin disimulo alguno. Supuso que Olalla y Áurea ya habían informado a todo aquel que hubiera querido escuchar que ella había estado la mañana del sábado en la casa del heredero de la empresa, arreglándole el tejado, y que, además, alguien les habría dicho que por la noche habían salido juntos de una discoteca, inventándose mil razones para que ella hubiese hecho algo así, siempre alejadas de la realidad, sin pararse un segundo a pensar que tal vez ella simplemente estuviera ayudando a un vecino. El día anterior había preferido no salir de casa, utilizando el tiempo disponible para limpiar y poner en orden su hogar, además de descansar e intentar esclarecer qué le había ocurrido el sábado cuando Tobías impidió que se cayera al suelo. «Ya podría haberme dejado estamparme, por lo menos ahora no estaría dándole vueltas a algo que jamás me ha pasado», pensó frustrada al no dar con el quid de la cuestión.

—¡Rocío! —oyó la voz estridente de Olalla, que caminaba en su dirección haciendo repiquetear sus altos tacones de firma mientras mecía su melena recién peinada—. ¿Estás confabulando en mi contra? —soltó a pocos pasos de ella.

—Si lo estuviera haciendo no tendrías dudas, Olalla.

—Joder, con la mosquita muerta... —añadió mordaz—. Ambas sabemos que sigues aquí porque Santi quiso protegerte hasta después de su muerte. Escúchame, porque no te lo voy a repetir: tú trabajas para esta empresa. Deja de hacer chapuzas por ahí y céntrate en lo que importa, ¿entendido? —soltó desafiante.

—¿Acaso no lo hago, Olalla? —Rocío se desprendió de las gafas para mirarla a los ojos y enfrentarse una vez más a ella, algo que iba siendo costumbre desde que Santi ya no se encontraba en el edificio y ponía paz entre ambas.

—Mira, no me vengas con psicología inversa, ¿eh? —dijo mientras sacaba su teléfono móvil, que había comenzado a sonar—. ¿Qué? —soltó de malas maneras a su interlocutor—. No puede ser... —susurró clavando la mirada en ella—. ¿Qué leches le has dicho? —le preguntó a Rocío

mientras guardaba el teléfono, dando por finalizada la llamada.

—¿A quién? —susurró ella, cansada de aquella conversación.

—A Tobías, por supuesto. Está subiendo —dijo nerviosa—. ¿Qué leches le has dicho para que vuelva?

—Que eres Cruella de Vil y que estás utilizando la piel de inocentes cachorritos para hacerte un abrigo —replicó con seguridad. Era absurdo decirle a esa mujer que ella no le había dicho nada. Al fin y al cabo, Olalla sólo creía en sus suposiciones, en nada más.

—De verdad, ¡maldita la hora en que Santi te contrató! —replicó con furia. Al volverse, vio cómo el hijo de éste caminaba en dirección a ellas—. ¡Tobías! —exclamó con una exagerada alegría, lo que hizo que Rocío pusiera mala cara al presenciar tanta falsedad concentrada en una persona, para después volver a ponerse las gafas y proseguir con su trabajo.

—Olalla —dijo él secamente mirando de reojo a Rocío, que ni siquiera hizo el amago de saludarlo.

—Dime —añadió la mujer solícita, dulce y sumisa, nada que ver con cómo le había hablado el sábado por la mañana junto a su amiga.

—He cambiado de opinión —comentó él con seriedad percibiendo el sutil cambio en su rostro, había pasado de la expectación a la sorpresa en décimas de segundo—. Puedes hablar con Yago si quieres, acabo de firmar la herencia —añadió sin titubeos—. Estaré en mi despacho. Rocío, pásame los últimos balances y las cuentas de estos últimos años —indicó mientras caminaba en dirección a su nuevo lugar de trabajo.

—Oh... Eso es estupendo —masculló Olalla con los dientes apretados, observando que él ni siquiera la había mirado un segundo—. ¡Haz lo que te ha pedido! —soltó despectivamente dirigiéndose a Rocío.

—No estoy sorda, Olalla —replicó ella sosteniéndole la mirada—. Además, tú ya no das las órdenes, sino él.

—Aaaahhh —bramó furiosa—. ¡Eres imposible! —exclamó para después darse media vuelta y marcharse por donde había venido visiblemente furiosa.

Rocío miró la puerta cerrada del despacho donde se encontraba ahora Tobías, ¡su nuevo jefe! Tragó saliva al no entender qué lo había hecho cambiar de opinión, qué había ocurrido en ese fin de semana para que pasara de no querer saber nada de la empresa de su padre a querer llevarla. «¿Y si ha vuelto por mí?... Por favor, Ro, ¡suenas patética! ¿Cómo va a volver por ti? Como si fueras tan importante para que alguien hiciera algo así por ti...», pensó sin encontrar una respuesta coherente a ese dilema. Se concentró en prepararle todo lo que le había pedido, ansiando no volver a sentir aquello que la había hecho huir de Tobías. «Seguro que me pilló medio adormilada y por eso sentí aquel cosquilleo, aquella excitación e incluso aquellas ansias de devorarle la boca. Sí, seguro que fue por culpa de dormir poco el viernes... Si al final la culpable va a ser mi madre por hacerme levantar un sábado tan temprano», se dijo, reafirmando la explicación más coherente que se le había ocurrido para dar nombre a lo que le había pasado. Sin embargo, todo había cambiado, pues ya no sentía esa tranquilidad al pensar que sólo tendría que verlo desde lejos, en el bar o en la calle; ahora él iba a trabajar a escasos pasos de donde se encontraba ella, y temía volver a sentir aquella electricidad, aquella tensión, aquella extraña energía que la arrastraba hasta el increíble cuerpo de su ahora jefe. «Madre mía, Ro..., y tú que creías que lo tenías todo controlado... ¡Ja! Y ahora te va a tocar verlo todos los santos días.

¡Toma ya!», pensó sintiéndose cada vez más nerviosa.

Al rato, la puerta del despacho se abrió y Tobías se asomó.

—¿Puedes venir un momento?

Ella asintió mientras se quitaba las gafas y se levantaba para dirigirse al despacho.

—Tienes que decirme cómo funcionan el teléfono y el ordenador. Mi padre tenía puesta una contraseña... —dijo mientras la dejaba entrar y cerraba la puerta.

Rocío sonrió mientras se acercaba hasta la mesa, dándose cuenta de que éste llevaba un jersey marrón que le quedaba espectacular con esos vaqueros. Le señaló el asiento para que él se sentara y ella se posicionó muy cerca, lo justo para tener una buena visión de la pantalla del ordenador.

—La contraseña es «TobíasAntía», todo junto y las iniciales de los nombres en mayúsculas —susurró mientras observaba como él se extrañaba al oírla, para después teclearla y abrir la pantalla de inicio—. Si quieres llamarme a mí —señaló el teléfono que había sobre la mesa—, sólo tienes que marcar la almohadilla y el cero. Luego te pasaré todas las extensiones para que no te hagas un lío. ¿Alguna duda más?

—Mi padre debía de confiar mucho en ti para que supieras incluso su contraseña —dedujo él, todavía atónito.

—Me la dio por si volvías...

—¿Olalla también la sabía?

—No... Tu padre tenía configurado el ordenador con dos sesiones por si le ocurría algo antes de que tú volvieres...

—¿Por qué mi padre no quería que Olalla lo supiese?... —susurró observando el fondo de pantalla. Una foto de Tobías con seis años miraba a la cámara con una amplia sonrisa, señalando el hueco del diente que se le había caído. Ver aquella imagen lo afectó, pues jamás habría pensado que su padre tuviese una foto de él como fondo de pantalla.

—Supongo que no se fiaba del todo de ella... —comentó Rocío, que no sabía muy bien la razón—. Tobías, ¿por qué has cambiado de opinión y has aceptado llevar la empresa? —preguntó a continuación, arrepintiéndose en el acto de formular aquella duda. Ella no cuestionaba jamás, pero era tan extraño su cambio de opinión que su lengua fue más rápida que su mente.

—Me estaba quedando sin ahorros... —contestó sin decir el verdadero motivo.

—Claro... —susurró aceptando aquella respuesta.

«¿Ves? —Rocío se recriminó al darse cuenta de que la verdad era más práctica que aquel castillo de naipes que se había creado en segundos—. Si al final va a ser verdad que todo se pega...», pensó al temerse que en aquellos momentos se parecía a su amiga Lúa, que era muy dada a imaginarse siempre la versión romántica de todas las situaciones cotidianas.

—Ahora mismo te envío lo que me has pedido —avisó para después salir del despacho.

Tobías la observó marcharse, contoneando sus caderas envueltas en un pantalón vaquero estrecho. Una blusa negra hacía que su cabello suelto llamara todavía más la atención, incendiándole la espalda. Volvió la vista a la pantalla del ordenador al ver cómo ella cerraba la puerta, observando el gesto inocente de un niño, la sonrisa franca, sin temores, simplemente dichoso de que se le hubiera caído un diente mientras se lo mostraba a su padre... Habían pasado tantas cosas desde entonces... Al poco, surgió en la pantalla un correo electrónico. Era de ella, en él le enviaba todo lo que le había pedido. Lo abrió y comenzó a leer los informes del balance

de cada año, las cuentas, que iban en ascenso, hasta que una llamada de teléfono lo sobresaltó.

—¿Sí? —contestó al descolgar.

—Me marcho a almorzar, ¿necesitas algo? —preguntó Rocío al otro lado de la línea.

—No, pero gracias —dijo observando la hora en el ordenador. ¡Se le había pasado la mañana en un abrir y cerrar de ojos!

—De acuerdo.

La llamada se cortó y Tobías dejó el teléfono en su base, percatándose de lo distinta que estaba siendo esa mañana, sin pensar en nada más que en los números, en los gananciales y en el visible crecimiento de la empresa. Se despeinó con ambas manos haciendo memoria de todo lo aprendido en la universidad, cuando comenzó a estudiar empresariales, sabiendo que lo hacía para trabajar en otro lugar y no allí —era su peculiar venganza por lo que su padre le había hecho a su madre—, donde ahora mismo se encontraba, con todo lo aprendido oxidado, pues en todo ese tiempo no lo había puesto en práctica, ni siquiera para seguir aquel absurdo plan de fastidiar a su padre...

Salió de la empresa de los últimos. El día transcurrió sin darse cuenta hasta que Rocío volvió a llamarlo para avisarlo de que la jornada laboral había finalizado. Él había aprovechado todo ese tiempo para recordar cómo era trabajar delante de un ordenador, pensar en números y productos, para que todo cuadrara. Comenzó a caminar en dirección a su casa, dándose cuenta de que seguía siendo el centro de atención de todos escuchando barbaridades que lo dejaron extrañado. Como Rocío había predicho, su visita y su encuentro casual en la discoteca había ido de boca en boca, envolviendo un inocente arreglo en un tejado y un paseo en coche en una historia de seducción y sexo desenfrenado, aderezado con mil posibilidades para que la hija de la ferretera hubiese puesto la mira en él. ¿Acaso se había enterado de que tenía una fortuna oculta? ¿O tal vez lo había seducido para hacerle daño a su ex? ¿O quizá, al no poder conquistar al padre, había puesto la mira en él para poder quedarse con la empresa? Tobías había pasado de ser el centro de atención por su repentina vuelta a casa a tener todavía más el foco encima por su presunta relación con la pelirroja, dejándole bien claro que, en ese aspecto, el pueblo seguía como siempre, inventando historias y aderezándolas con multitud de mentiras que con el transcurso de los días iban en aumento. Incluso oyó que la decisión de aceptar la herencia había estado condicionada por Rocío, para fastidiar a la viuda y quedarse con todos los gananciales... Tobías no daba crédito a tantas calumnias juntas, sin que le diesen siquiera la oportunidad de explicar su versión, simplemente dándolas por hecho, como si fueran una verdad tan rotunda que no hiciera falta nada más.

Al rato, unos gritos de júbilo lo hicieron torcer a la derecha al asociar aquel jaleo con el campo de fútbol que había pegado al pueblo. Se acercó con curiosidad. En aquel lugar había pasado muchísimas horas, tanto jugando a aquel deporte como hablando con sus amigos en las gradas (sin contar las veces que por la noche se escondía en ese mismo lugar para robarle algún que otro beso a la chica de turno). Delante de él, con fervor y sin achantarse un momento, como si estuvieran disputándose una final de la UEFA, dos equipos se enfrentaban sin compasión. Sus jugadores, de entre veintipocos y treinta y muchos, corrían de un lado a otro mientras gritaban sin detener un segundo su carrera. Estaban a punto de marcar un gol al rival, pasaban el balón a cada uno de sus atacantes, hasta que uno de ellos propinó tal patadón que entró sin dificultad en

la portería, lo que hizo que todos fueran hasta él para celebrar el tanto. Entre gritos y risas, comenzaron a dispersarse para volver a formar la alineación y seguir el partido. Y fue entonces cuando la vio. Con su maravillosa melena sujeta en una coleta, sonriendo dichosa, pues había sido ella la encargada de aquel gol, que no tenía nada que envidiar a los retransmitidos por la televisión. Rocío guiñó un ojo a uno de sus compañeros segundos antes de que volviera a retomarse el partido y Tobías no consiguió apartar la mirada de esa mujer, que volvía a sorprenderlo. Embestía con fiereza a su rival, y se percibía que tanto sus compañeros como sus atacantes no la subestimaban. Luchó con uñas y dientes para arrebatarse el balón, para después pasárselo a uno de sus compañeros y, acto seguido, seguir la jugada para acercarse a la portería del contrario. Un pase a otro hombre, éste le pasó el balón despacio a un tercero, para después pasárselo de nuevo a ella, que, sin dudarle un segundo, chutó con acierto hacia otro compañero mejor posicionado, ayudando así a que volvieran a marcar y haciendo que su equipo ganase esa pachanga.

Entre vítores y abrazos efusivos, Rocío sonrió, para después, al volverse, toparse con los ojos de Tobías, que no se perdían detalle. Ella frunció el ceño sorprendida al verlo, antes de chocar la mano con todos los implicados en el partido, para después acercarse a él, balanceando su coleta pizpireta, haciendo que Tobías se recrease en sus movimientos y en su cuerpo, enfundado en ropa deportiva: *leggings* negros, zapatillas y una sudadera corta. Esa mujer, hiciera lo que hiciese, era el erotismo en persona, incluso con esa ropa tan común era imposible no fijarse en ella, en su manera de caminar, en su forma de mirarlo e incluso de hablar...

—No sabía que jugaras al fútbol —dijo él cuando la tuvo cerca, haciendo que Rocío sonriera ampliamente, como si le hiciese gracia esa afirmación.

—Es lo que hacen los chicos y, como te conté, me hice amiga de ellos hace mucho tiempo —indicó como si fuera lo más normal del mundo—. Pensé que los números te habían aburrido tanto que te habrías echado una buena siesta.

—Uf... Llevo demasiado tiempo sin tratar con ellos, y la verdad es que me ha costado un poco coger el ritmo.

—¡Todo es ponerse! —exclamó para animarlo—. Dime, ¿te han molestado mucho los vecinos con nuestro supuesto escarceo? —preguntó con sorna, temiéndose que le hubiese ocurrido como a ella.

—Un poco sí —contestó con una mueca de terror—. Ha sido pisar la calle y no han parado de preguntarme.

—Eso es al principio. Antes me relacionaban con todos ellos —señaló a su equipo de fútbol, que se encontraba cerca de donde estaban, bebiendo agua sin apartar la mirada de ellos dos, como si estuviesen expectantes por si ocurría alguna fatalidad—, ¡imagínate! —exclamó entre risas—. Como si tuviera tiempo o ganas de salir con todos a la vez. En fin...

—No te quitan el ojo de encima —observó Tobías extrañado de aquella actitud protectora.

—No les gustas. —Levantó los hombros con resignación—. Son muy protectores conmigo, algo ilógico, cuando ellos mismos me han enseñado a pelearme como un tío —anunció con orgullo, haciendo que él la mirase todavía más asombrado por aquella revelación.

—Seguro que eres todo un hombre —dijo sin poder dejar de mirar cómo estiraba sus labios en una maravillosa sonrisa.

—¡Por supuesto! —exclamó vivaracha agitando su coleta.

—¡Rocío! —la llamó Aleixo, lo que hizo que ella se volviera para observar el gesto de éste, que reclamaba su presencia allí.

—Bueno, ¡hablamos otro rato! Voy a ver qué quieren mis muchachos —anunció con alegría, dejándolo solo de nuevo.

No pudo apartar la mirada de ella, dándose cuenta de la gran complicidad que tenía con esos hombres, de cómo ellos la protegían, envolviéndola entre todos y desapareciendo de allí, como si quisieran que nadie la mirase o la tocase. Tobías permaneció sentado en las gradas cavilando, observando aquel lugar que no había cambiado ni un ápice, sintiendo como si no hubiese transcurrido el tiempo e imaginándose cómo habría sido su vida si no hubiese tomado la decisión de marcharse de allí... ¿Se habría casado? ¿Habría conseguido hacer las paces con su padre? ¿Habría logrado sentirse dichoso en alguno momento? Harto de hacer conjeturas sobre algo que ya no podía cambiar, se levantó y se dirigió al bar, esperando tener la suerte de encontrar allí a sus amigos, pues no le apetecía volver a casa y lo único que tenía en mente era esa extraña necesidad de saber un poco más sobre la pelirroja. Desconocía las razones, pero aquel chisme falso que circulaba sobre ellos lo hizo pensar que ésta tenía más enemigos que amigos, y la actitud de aquellos hombres simplemente lo corroboraba...

10

—Si está aquí el hombre del momento —terció José con guasa en cuanto lo vio entrar en el bar. Él se encontraba en la barra, tomándose una Coca-Cola.

—¿Ya has terminado la jornada por hoy? —preguntó Tobías sentándose a su lado.

—Qué va. Estoy haciendo un descanso —susurró con una sonrisa—. Por lo que dicen por ahí, ya has sucumbido a los encantos de Pippi e incluso has repetido.

—Ya sabes que tienes que creerte la mitad de lo que se dice —replicó Tobías tras pedirle una cerveza a Ernesto.

—¿Y eso qué significa?, ¿hubo o no hubo tema? —inquirió su amigo jocoso.

—Rocío sólo me arregló el tejado.

—Bueno, y el sábado por la noche os vieron salir juntos de la discoteca —indicó mientras le guiñaba el ojo.

—Sólo me llevó a casa...

—Y ayer a ninguno de los dos se os vio el pelo por el pueblo —volvió a la carga aguantándose la risa—. Que no pasa nada, tío, joder, somos amigos, puedes decírmelo con completa confianza...

—José, yo estaba en casa y ella..., pues no tengo ni idea de lo que estaría haciendo ayer —comentó alzando los hombros sin comprender por qué tenía que dar explicaciones de algo que no había sucedido—. No entiendo cómo os habéis montado una película de algo que no ha pasado.

—Bueno, no es tan extraño si sabemos cómo sois... Tú siempre has tenido fama de mujeriego y ella..., bueno, está mal decirlo de una mujer, pero le va la marcha. Tú ya me entiendes —dijo mientras le guiñaba el ojo.

—Le va la marcha —repitió extrañado de que en él sonara como un halago y, en cambio, en ella pareciera un insulto.

—Y, por lo que cuentan, es una bomba sexual —susurró José, volviendo a dirigirle aquel guiño que a cada repetición le sentaba peor.

—Ya... —masculló Tobías incómodo. No sabía la razón, pero hablar de ese tema no le estaba resultando ni fácil ni agradable—. ¿Ha tenido muchos novios?

—No —dijo su amigo tras pensarlo unos segundos—. Que se sepa, uno formal, que acabó como acabó... Lo otro ha sido un «aquí te pillo, aquí te mato» —contó, haciendo que Tobías cogiera el botellín de cerveza y le diese un trago—. Vamos a ver, que yo te entiendo. Rocío está para tener una y mil aventuras, pero si al final es verdad que tú y ella os desmadráis, ten cuidado.

—Eres la segunda persona que me dice que tenga cuidado con ella. ¿Por qué? ¿Qué tiene de

malo para que deba estar alerta?

En ese mismo momento, como si supiera que estaban hablando de ella, la pelirroja apareció por el bar, contoneando sus caderas enfundadas en unos vaqueros de pitillo ceñidos que se amoldaban a la perfección a su atlético cuerpo. Su cabello liso caía suelto sobre su espalda, protegida por su cálido chaquetón. Al pasar por delante de ellos, Rocío le guiñó un ojo a Tobías y éste le sonrió. El gesto no les pasó desapercibido al resto de los vecinos que se encontraban en el local y acrecentó los rumores de que era verdad todo lo que se decía de ellos. Tobías se quedó observando sus andares hasta que llegó a una mesa y se sentó al lado de una morena con el cabello ensortijado...

—Te creará problemas. Muchos y de diferentes tipos... —dijo José respondiendo a su pregunta mientras se levantaba del taburete y le pagaba a Ernesto—. Por cierto, me alegro de que al final aceptaras la herencia y te pusieras a trabajar en la empresa de tu padre. Él estaría contento de verte ahí. Bueno, voy a seguir —alegó para después marcharse del bar y dejarlo solo.

Tobías le dio otro trago a la cerveza sintiendo las miradas curiosas de los vecinos puestas en él, como si estuvieran esperando a que diera un paso que confirmara aquellos rumores. La miró de reojo, se encontraba de espaldas a él, hablando animadamente con esa otra mujer, gesticulando y riendo a carcajadas.

—No te quita la vista de encima —susurró Lúa observando los movimientos, para nada discretos, de Tobías.

—Pues deja de mirarlo —replicó ella con una sonrisa nerviosa. No le gustaba que su amiga estuviera pendiente de Tobías, no quería que pensara que estaban hablando de él, aunque fuera así.

—Que deje de mirarlo no hará que él lo haga. De verdad, ¿no has tenido nada con él?

—No, Lúa —bufó al repetir por segunda vez aquella cuestión—. Pero...

—Pero ¿qué? —la animó su amiga.

—¡Nada! Es una tontería —indicó intentando no dar tanta importancia a lo que había sucedido el sábado.

—Pero ¿qué? —la apremió ansiosa.

—Me salvó de caerme por la escalera —susurró en un tono tan extremadamente bajo que hizo que Lúa se acercara para poder escuchar cada palabra con atención—, y cuando noté su cuerpo pegado al mío, su aliento en mi cuello, yo...

—¿Qué? —susurró reprimiendo el aliento, anhelando más información.

—Sentí algo que jamás había sentido con alguien.

—¿El qué?

—No lo sé, Lúa. Fue como si el tiempo se hubiese detenido. Sentí cómo mi piel se erizaba, cómo mis pezones se endurecían y, ¡joder!, sentí incluso que mi corazón dejaba de latir por una milésima de segundo.

—Ay, Virgencita —suspiró Lúa como si viviese todo lo relatado por su amiga—. ¿No hace calor hoy aquí? —preguntó visiblemente sofocada mientras se abanicaba con la mano—. ¿Y qué hiciste?

—Salir cagando leches de allí —terció con rotundidad, lo que hizo que Lúa la mirase extrañada—. Jamás había sentido algo igual, y mucho menos por un roce tan fortuito como

inocente. No sé qué me ocurrió, la verdad... Creo que fue porque había dormido poco.

—Y entonces por la noche... —susurró Lúa para que prosiguiera contándole.

—Por la noche lo acerqué a su casa, nada más. Aunque el viajecito que pasé al saber que estaba a pocos centímetros de él... ¡no se lo deseo ni a mi peor enemigo!

—¡Lo sabía! ¡¡Lo sabía!! —exclamó con gran emoción, haciendo que Rocío gesticulara para que se calmara un poco. ¡Estaban en el bar y cualquiera podía oír lo que decían!—. Sabía que aún seguías pillada por él —murmuró para que sólo la oyese ella.

—¿Qué? No, no, ¡te equivocas!

—Dime, Rocío, ¿cuándo has sentido algo así por un tío?

—Eehhh..., nunca. Pero eso no quiere decir nada. A lo mejor me pilló con el día tonto o más cansada de lo habitual. ¡Vete tú a saber! —repuso restando importancia a ese hecho que la sacudió tan de golpe que la hizo recular, ¡a ella!

—¡Excusas! —soltó Lúa con gran emoción al imaginarse ya la apasionante historia de amor que viviría su gran amiga con su primer amor platónico—. ¿Y qué vas a hacer? Él sigue mirándote, creo que le gustas...

—¿Qué quieres que haga? ¡Nada! —replicó. Conocía a su amiga lo suficiente como para saber que ya estaría imaginándose su posible boda, ya habría encargado los detalles e incluso reservado el vestido de novia—. Además, que me mire no significa nada. Hoy ha vuelto a la empresa y parece que quiere hacerse cargo de ella. Seguramente estará pensando en alguna estrategia para aumentar los beneficios y querrá contármela para que mañana la analice.

—¡Qué *chafamomentos* eres! —bufó al oír aquella suposición tan alejada de lo que ella tenía en mente, donde todo era pasión, amor y deseo—. Ay, Rocío, es tan guapoooooooo.

—Pero tiene la señal de peligro encima, y a mí no me apetece volver a complicarme la vida. ¡Con lo bien que estoy ahora! —confesó sabiendo que no podía dejarse llevar, o por lo menos no debía.

—Ya... Pero jamás has vivido un romance de verdad, ¿y si él te lo da?

—No... Estoy resignada a no saber lo que es eso, jamás me ha ocurrido y ahora no puede ser una excepción. ¡Y mucho menos con él! —terció con rotundidad mientras negaba con la cabeza, reafirmandose.

Lúa lo miró con mayor detenimiento. Se encontraba en la barra, observando a Rocío de reojo absorto en sus pensamientos, dejando claro a quien lo mirara que no deseaba hablar con nadie a excepción de la persona a la que iba dirigida su mirada. Contempló a su propia amiga. A veces pensaba que ella misma se ponía trabas para no enamorarse, pues no comprendía que aún no hubiese experimentado ese gran sentimiento por nadie más, sólo por ese hombre que había vuelto al pueblo, del que se enamoró hasta las trancas cuando era una adolescente y lloró su partida con tanto dolor que a Lúa se le rompió el corazón. No sabía si aquel desenlace, aquel amor platónico arruinado por su marcha, había sido el desencadenante de la falta de amor en las relaciones que tuvo Rocío después, pero desde aquel día su gran amiga comenzó a no ser la misma.

Tobías notó la mirada de esa mujer de la que no conseguía recordar el nombre, supuso que sería la única amiga de Rocío. Lo miraba con atención, como si estuvieran hablando de él, algo que, lejos de molestarle, le gustó... De repente, el ambiente distendido de los vecinos que se encontraban en el bar cambió drásticamente y, sin disimulo alguno, se volvió para buscar al

causante de aquel cambio. Un hombre castaño, musculado y con el gesto serio, acababa de entrar en el local y se acercaba sin titubeos a la mesa de Rocío. Al verlo, recordó su cara, era Anxo, aquel hombre al que vigilaba José... Al darse cuenta de su presencia, Rocío se envaró y su gesto se volvió duro y serio. Tobías afinó el oído para saber de qué estaban hablando. ¿Era posible que entre ellos dos hubiese algo?

—Necesito hablar contigo —le dijo Anxo sin mayor dilación, con voz gutural y posesiva.

—Creo que ya está todo hablado —replicó ella con seriedad.

—Rocío, no quiero montar una escena delante de todo el mundo —masculló con los dientes apretados, frenando su altivo carácter.

—Y no tienes por qué hacerlo... Lo que me tengas que decir puedes hacerlo delante de Lúa —añadió con terquedad.

—¿Es verdad lo que dicen por ahí? —preguntó apretando los puños, que se encontraban pegados a sus costados. Se notaba que lo estaba pasando mal, como si estuviera sufriendo por aquello.

—Se dicen demasiadas cosas. Sé más concreto —siseó incómoda. Odiaba ser el centro de atención y sabía que sus vecinos estaban al quite de lo que ocurría en su mesa.

—¿Te has acostado con ese tipo que ha vuelto al pueblo? —quiso saber, y nada más formular la pregunta, los cuchicheos cesaron y en el local sólo se oía la conversación de ambos, como si todos estuviesen anhelando salir de dudas ante esa cuestión que había ido de boca en boca.

—Creo que no le debo explicaciones sobre mi vida privada ni a ti ni a nadie —dijo alzando un poco la voz para que todos los presentes la oyesen.

—¡Joder, Rocío! ¿Sí o no? —soltó elevando el tono un poco más de lo estrictamente necesario.

Ella se levantó con tranquilidad de su silla y se acercó a él. A su lado era tan menuda y enclenque que la escena era muy peculiar. Uno tan grande y fornido y ella tan delgada y pequeña. Tobías podía decir que no era especialmente bajita, pero, en comparación con ese hombre, parecía una muñeca de porcelana.

—Anxo —susurró muy despacio clavando en él sus ojos, que, con esa luz, parecían más pardos que verdes—, como si me da por follarme a todos los hombres del pueblo. A ti te tiene que dar igual, ¿me has entendido? Tú y yo no somos nada. ¡Nada! —reiteró clavando su mirada fiera en él.

—¡Sí lo somos! —bramó cogiéndola con fuerza del brazo para arrimarla a su forzado cuerpo ante el asombro de todos los presentes.

—¡¡Suéltala!! —vociferó Tobías acercándose a ellos sin pensar, anhelando que dejara de tocarla y se apartara de ella.

—¿Quién coño eres tú? —soltó Anxo sin dejar de apretarle el brazo a Rocío, impidiendo que ella se soltara, aunque lo estuviera intentando con todas sus fuerzas.

—No te metas —le pidió ella a Tobías con coraje, dejándolo pasmado. Necesitaba ayuda, ¿es que no lo veía?—. ¡Déjame en paz! —exclamó mientras clavaba sus fieros ojos en Anxo, haciéndolo titubear—. Me estás haciendo daño y, como no me sueltes, te voy a dar tal patada en los huevos que vas a estar sin poder andar en semanas, ¿me has oído?

Sin apartar la mirada de ella, que cambió de la frialdad más absoluta a la vergüenza, Anxo comenzó a aflojar el agarre hasta soltarla. Después empezó a mirar a su alrededor, todos habían

sido testigos de cómo había perdido los papeles. De nuevo, observó a Tobías y todo cuadró en su mente, haciendo que sintiese de nuevo aquella rabia que se le instalaba en la garganta y que lo hacía apretar los puños con fuerza, frenando su altivo carácter, que lo arrastraba a cometer alguna locura.

—Tú eres el que ha vuelto —razonó dando un paso hacia él—. Rocío es mi chica, que no se te olvide —anunció con dureza sin dejar de mirarlo a los ojos desafiante para, acto seguido, empujarlo adrede al marcharse, dejando a los vecinos mudos por la tensa escena vivida.

—¡Yo no soy la chica de nadie!! —gritó Rocío furiosa viéndolo marchar, pero Anxo simplemente no la oyó o hizo como si no lo hubiese hecho, pues ni siquiera se volvió y mucho menos le contestó.

—¿Estás bien? —le preguntó Tobías entonces, observándola con fascinación. Jamás había visto a una mujer enfrentarse de ese modo a un hombre como Anxo sin achicarse un segundo, simplemente encarándose a él como si pudiese ganarle en mil batallas.

—Fantásticamente —indicó Rocío con sarcasmo, forzando una sonrisa mientras se erguía sintiendo cómo los cuchicheos aumentaban de volumen y las miradas la seguían a cada movimiento—. Lúa, hablamos mañana.

—Claro —susurró su amiga, que se veía pálida tras presenciar aquello.

Rocío cogió su chaqueta y salió del bar anhelando el viento fresco de aquella noche y, ante todo, la soledad para poder relajar su coraza, que le impedía mostrarse vulnerable ante nadie y mucho menos ante sus vecinos, a quienes les encantaba inventarse historias sobre ella. Seguramente aquello les daría para hablar durante días...

—Espera —dijo Tobías alcanzándola.

—No quiero hablar —susurró sin detenerse mientras se dirigía a su camioneta. En su mente sólo había un fin: llegar a casa.

—¡Y una mierda! Me tienes que explicar quién coño es ése y por qué dice que eres su chica.

—Quédate en el bar, seguramente nuestros queridísimos vecinos están deseando ponerte al día de todo lo concerniente a mí.

—No quiero chismorreos. Quiero la verdad.

—Como tú la has dicho en cuanto has llegado, ¿verdad? —soltó Rocío con gesto cansado mientras se volvía para mirarlo a los ojos—. Mira, Tobías, como dijo mi madre, no preguntamos básicamente porque tampoco nos gusta que nos pregunten —añadió mientras se subía a la camioneta, la arrancaba y lo dejaba solo en mitad de la calle.

Él parpadeó confuso. No entendía nada de lo que sucedía allí, y mucho menos comprendía a esa mujer que a veces le mostraba su faceta más valiente y otras la más vulnerable, haciendo que dudase de cómo era en realidad. Comenzó a caminar hacia su casa pensando en aquel fantasma que ensombrecía la imagen de Rocío. Parecía que alguien maldecía en su contra, porque no le entraba en la cabeza que una mujer como ella pudiera atraer los problemas sin más...

Al poco, se plantó delante de su puerta y llamó al timbre. Su respuesta tardó bastante en llegar, tanto que creyó que no estaría en casa.

11

—Parece que no pillas las indirectas —dijo ella con voz seria tras la puerta.

—Quiero hablar contigo, Rocío. Déjame entrar...

—Si te dejas pasar, las habladurías crecerán todavía más y esto pasará de un supuesto escarceo a un romance en toda regla.

—¡A la mierda lo que piense la gente! —soltó convencido.

El sonido de la llave al girar lo avisó de que ésta había accedido a su petición sin que le importasen las habladurías. En cuanto abrió la puerta, lo sorprendió su gesto agobiado y furioso. Tobías pasó mientras ella cerraba a su espalda. Observó la casa, moderna, luminosa y de tonos neutros y suaves, tan distinta de Rocío —que llevaba la palabra *extravagancia* tatuada en la frente— que parecía que estuviera en el hogar de otra persona. Ella comenzó a caminar hasta el salón y se sentó en un mullido y confortable sofá gris oscuro de tres plazas que se encontraba delante de una maravillosa televisión de plasma.

—¿Qué quieres, Tobías? —susurró casi en un hilo de voz.

—Saber si estás bien... —Se sentó a su lado sin dejar de mirar sus gestos.

—Sí, no te preocupes. No es la primera vez que me toca enfrentarme a un tío que se cree que soy de su propiedad —bufó con hastío.

—¿Es tu exnovio?

—¡Qué va! —exclamó mostrándole una fingida sonrisa—. Ya le gustaría a él... No... Fue un lío de una noche.

—¿Sólo de una noche?

—Sí... —masculló con desdén para después observar la televisión apagada—. A veces pienso que estoy cautiva en otra época, ¿sabes? Como si nadie me entendiese, como si para los demás estuviera loca y tuviese que dar mil explicaciones por todo lo que hago...

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, haga lo que haga, la gente se escandaliza... Como si estuviera estipulado que una chica como yo, a mi edad, tuviera que comportarse de una manera u otra, como si ya tuviera que estar casada y con hijos, y no dando tumbos como hago, haciendo simplemente lo que me apetece en cada momento.

—¿Cuántos años tienes, Rocío?

—Soy siete años más joven que tú, Tobías —dijo con una seductora sonrisa—. Tengo treinta y dos, y con cada año cumplido sé que los vecinos me miran disconformes, como si creyesen que estoy tirando mi vida al cubo de la basura.

—Da igual lo que hagas, siempre habrá alguien que hablará de ti. Por eso es tan importante que tu decisión haga feliz a la única persona que debería importarte: tú misma —comentó él con seriedad.

—Por eso te marchaste, ¿no? Recuerdo que cuando murió tu madre no paraban de hablar de ti, de por qué hacías eso así o por qué lo hacías de la otra manera...

—Fue duro afrontar aquella situación —susurró nostálgico al recordar los últimos días en los que vivió allí—. Me quedé solo con veinticuatro años, perdido ante la rabia y el dolor, ante la frustración que me suponía que no hallaran a la persona que provocó esa desgracia y sintiéndome, con cada día transcurrido, todavía más solo de lo que ya estaba... Puede que parezca de cobardes, pero no tenía escapatoria, al fin y al cabo, mi madre era la única razón que me ataba a este pueblo...

—Pero tenías a tu padre, Tobías...

—La relación con mi padre era tan fría y distante que parecíamos más extraños que familia. Sé que en parte fue por mí... Cuando se divorciaron lo culpé de que mi madre acabara sola en casa de mis abuelos, llorando todas las noches e intentando aparentar estar bien cuando me veía. Era muy pequeño para razonar y, cuando fui mayor, simplemente seguí acrecentando ese odio irracional por él, culpándolo de todas mis desgracias, incluida la de aquel día que lo cambió todo...

—Se habló mucho de las razones por las que te marchaste, incluso dijeron que el culpable podrías haber sido tú y que por eso te habías marchado sin ni siquiera despedirte...

—La gente habla demasiado y sin tener idea de nada. Yo adoraba a mi madre y habría sido incapaz de hacerle algo así... —bufó visiblemente molesto porque la gente pensara eso de él.

—Lo sé. Siempre he creído en tu inocencia —susurró convencida de sus palabras, aunque también sabía que muchos de los habitantes de ese pueblo creían que era culpable.

—José me comentó que ese hombre, Anxo, llegó aquí al poco de marcharme —dijo Tobías, encauzando de nuevo la conversación.

—Sí, a los pocos días de irte llegó con su familia.

—¿A qué se dedica?

—Pues depende de si haces caso de las habladurías o no... —masculló mientras negaba con la cabeza—. Viven en las afueras del pueblo, en una casa enorme con un gran garaje que han habilitado como taller, donde arreglan cualquier cosa que tenga motor y ruedas. Se dice por el pueblo que la mayoría de los coches que arreglan son robados, ellos les borran el número de bastidor y les ponen una matrícula nueva, para después venderlos a países del Este de Europa o a Marruecos... Aunque ya sabes que esas cosas pueden ser verdad o no... Lo que sí sé es que es un gran mecánico.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Tobías con curiosidad.

—No lo sé... No es algo que me haya cuestionado... Sólo pasé una noche con él y precisamente no indagué si esos rumores eran ciertos o no.

—¿Y qué piensa José de todo eso?

—José duda hasta de su propia sombra —dijo ella mientras negaba con la cabeza, divertida ante lo desconfiado que era el policía del pueblo—. Él intenta pillarlos *in fraganti*, pero aún no lo ha conseguido. Dice que siempre que aparece sin previo aviso todo está en regla. O son muy listos o es mentira que se dediquen a ese negocio ilegal.

—Ya... —susurró pensativo—. ¿Crees que es capaz de hacerte daño?

—No creo —dijo Rocío volviendo la cabeza para mirarlo—. No sé qué le ha ocurrido hoy, pero jamás se había puesto así de violento, y mucho menos delante de los vecinos. Aunque lo veas tan grandote y fortachón, es una persona muy amable, un poco pesado, pero ése es otro tema...

—Ten cuidado, ¿vale? Vivimos cerca, si aparece por aquí o lo que sea, grita y vendré corriendo.

—Como un superhéroe —dijo ella mordiéndose ligeramente el labio inferior y captando todavía más la atención de Tobías en ese punto de su anatomía.

—No soy tan bueno, Rocío, pero podría intentarlo... —susurró sin desviar un segundo su intensa mirada de ella, algo que a la pelirroja la sacudió por dentro, volviendo a revivir aquel cosquilleo que la asustó al sentir sus brazos alrededor de su cuerpo.

—¿Por qué dices que no eres tan bueno? —quiso saber sin dejar de observar sus movimientos. Se notaba que intentaba frenar algo, pero ella no sabía el qué.

—No soy el mismo muchacho que creció aquí... —confesó con dolor mientras se frotaba despacio su cuidada barba, haciendo que ella no perdiera detalle de sus movimientos.

—Nunca he pretendido que lo fueras. Todos hemos cambiado... —dijo embelesada por su mirada, en la que se reflejaba el calvario que había soportado todo ese tiempo.

—Te has convertido en una mujer preciosa —comentó sin pensar casi en un susurro. Estaba pendiente de los labios de Rocío, que se estiraron en una maravillosa sonrisa, haciendo que se diese cuenta de lo que había verbalizado de manera inconsciente, simplemente dejándose llevar por la influencia de esa mujer.

—Vaya, he pasado de ser llamativa a preciosa en poco tiempo —soltó con guasa, haciendo caso omiso de sus palabras. Al fin y al cabo, eran eso: palabras, y ella sabía, por propia experiencia, que éstas eran efímeras y a veces se decían sin pensar, arrastradas por el momento, uno que se estaba creando demasiado íntimo y peligroso.

—Es la verdad.

—Bueno, la verdad es muy relativa. Hasta hace unos años era invisible... —susurró haciendo una mueca divertida.

—¿Invisible? —preguntó él sin entender a qué se refería.

—¡Ya te digo! —exclamó riendo de su propia broma—. Pero ahora deberías marcharte... —se obligó a decir mientras se levantaba del sofá. Aquello se estaba tornando peligrosamente íntimo y debía cortarlo de raíz ahora que se veía con fuerzas—. Como ves, estoy bien, de una pieza, lo que ha pasado es una anécdota más que les dará a nuestros queridísimos vecinos para unas cuantas tardes de sobremesa.

Tobías la siguió hacia la puerta sin ganas de marcharse. La miró a los ojos y supo que algo había cambiado en ella, aunque no sabía si la razón era aquélla que Rocío había dicho u otra cosa...

Cuando salió a la fría noche oyó el motor de un coche arrancar y alejarse de allí a gran velocidad sin que le diese tiempo a comprobar de quién se trataba. Se volvió, sin darle mayor importancia a ese hecho, y los ojos de ella, un poco más verdes que pardos, lo miraban con atención, como si quisiera decirle algo, como si sintiera lo mismo que él en ese instante. Se quedaron unos segundos mirándose, sin decir nada, palpando una extraña y tentadora tensión que

los empujaba hacia el otro, hasta que Tobías sonrió lentamente mientras le deseaba una feliz noche y se forzaba a dirigirse a su hogar, tratando de no retroceder y volver a entrar en aquella casa. Era una locura, ¡lo sabía!, pero le habría encantado quedarse un poco más con ella, hablando de cualquier cosa, descubriendo qué escondía esa mujer detrás de aquel carácter explosivo, para, así, mientras tanto, él imaginarse algo que debería desechar por completo. ¡No había ido al pueblo a seducir a ninguna mujer! Aunque ésta tuviera los labios más asombrosos, apetecibles y endiabladamente seductores que jamás hubiera visto y mucho menos probado...

Se metió en la ducha sintiendo cómo su cuerpo comenzaba a excitarse nada más pensar en aquel momento tan íntimo vivido con Rocío y en aquellas palabras que lo cambiaron todo, enfriando aquella tensión sexual que los envolvía como un manto. No pudo evitar masturbarse al recordarla, tan atractiva y tan segura, visualizando sus tentadores labios, su cuerpo y esa fuerza que poseía y que lo arrastraba hacia ella. Sonrió al pensar que al día siguiente volvería a verla, delante de su mesa, con esas gafas negras que ansiaba quitarle para poder devorarle la boca... Era posible que tuviera un pequeño problema con la pelirroja, uno diminuto que no lo dejaba concentrarse en otra cosa que no fuera juntar su cuerpo con el suyo, pero todo cuanto la rodeaba era tan apetecible y misterioso que sólo deseaba saber más y más y tenerla cada vez más cerca. Tenía varios puntos a su favor, era el jefe y ella su secretaria personal, además de que sus casas estaban a pocos metros... Todo eran ventajas. Pero ¿arriesgaría su escondite por una mujer? No, no lo haría, y aunque le costara un mundo se mantendría esquivo con ella, sólo hablaría de trabajo con Rocío, ¡nada más! Era lo mejor para ambos, era lo mejor para él. Cuando supiera que estaba a salvo, volvería a marcharse de allí, dejándolo todo de nuevo atrás. Sólo estaba de paso, tenía que recordarlo cada vez que los ojos verdosos de esa pelirroja se posaran en él.

12

—¿Es verdad? —la abordó nada más verla. Se encontraban a las afueras del pueblo, lejos de las miradas curiosas de sus habitantes, ocultos por la oscuridad parcial de aquella zona que nadie frecuentaba a esas horas.

—Por supuesto, si no, no te habría hecho venir hasta aquí para hablar —bufó con resquemor mientras se arrebujaba en su cálido chaquetón.

—¡Estoy harto! —exclamó agotado de todo aquello—. Lo he intentado de mil maneras, haciéndome el difícil, tratando de volver a ser su amigo, pero no hay manera: Rocío sigue en sus trece y no quiere darme otra oportunidad.

—Ella siempre ha sido muy cabezota y un poco rara... No me mires así. ¡Las cosas por su nombre! —replicó con determinación al ver que a él le habían sentado mal sus palabras—. Aún no entiendo cómo no está contigo, viviendo en vuestra bonita burbuja de amor y sexo, al margen de todo y de todos, y sólo de saber que ha puesto la mira en Tobías... —susurró sintiendo cómo la rabia se le agolpaba en la garganta, haciendo incluso que no le saliesen las palabras.

—No puedo permitir que estén juntos, ¿me has oído? No sabes lo que me costó que ese gilipollas, prepotente y cabeza hueca se marchara del pueblo para que ahora regrese y me quite con esa facilidad lo que me pertenece. Porque Rocío es mía, diga lo que diga ella o quien sea —anunció con arrojo—. ¡Es mía y de nadie más! —reiteró con aplomo.

—Yo tampoco quiero que estén juntos... —indicó mientras se atusaba el cabello, que se mecía a causa del viento—. Tenemos que hacer algo para que se separen.

—¿Aún sigues enchochada de él? ¡Cómo sois las tías! Ha sido poner un pie de nuevo en el pueblo y que haya un reguero de babas a su paso... —señaló con desgana mientras negaba con la cabeza—. No sé qué coño le veis... Es un chulito de playa que se cree irresistible, pero te aseguro que detrás de esa fachada no hay nada que valga la pena.

—No estés celoso, cariñito. Tú también tienes tu aquél —añadió con sorna mientras le guiñaba el ojo con coquetería—. Además, tú quieres a la pelirroja y yo quiero ver cómo Tobías me suplica, ¡me implora!, que vuelva a mirarlo como cuando éramos jóvenes, y no como si fuera un fantasma. Porque para mí está muerto y enterrado. Lo que me da rabia es que se pasee por el pueblo creyéndose un dios del Olimpo y que se haya fijado en Pippi... De verdad, ¿qué narices veis en ella?

—No te preocupes, *cariñito* —se mofó él—, que no estoy celoso, sólo digo que parece que no evolucionáis. Tobías es un imbécil que no se merece que ni una sola mujer pose la mirada en él —susurró mostrándole una amplia sonrisa—, y jamás comprenderías por qué mi calabacita

llama tanto la atención.

—Ni quiero saberlo. Lo único que deseo es que esté contigo y que engorde mucho con sus embarazos —soltó con malicia—. No pido tanto, ¿verdad?

—Tú no te preocupes por Rocío, que cuando vuelva a ser mía, no te va a dar tantos problemas. En cambio, Tobías...

—Estoy deseando verlo sufrir, que se dé cuenta de que una cara bonita y un cuerpo de infarto no son motivo para que juegue con nosotras, para que nos utilice a su antojo. ¡Va a desear no haber puesto un pie de nuevo en este pueblo! —exclamó ella con decisión.

—¿Y qué piensas hacer para vengarte?

—Quiero destrozarle la vida y, de paso, su corazoncito, como él hizo picadillo el mío cuando me dejó para liarse con otra y al poco se marchó del pueblo —murmuró con resquemor—. Tenemos que hacerles la vida imposible a esos dos. Que se den cuenta de que tienen que alejarse el uno del otro. Pero tenemos que hacerlo bien. Nadie debe enterarse de que nosotros estamos detrás de todo eso, si no, ni tú tendrás a Rocío ni yo a Tobías...

—Qué miedo me das cuando me miras así —indicó él entre risas, mucho más animado al ver que ella ya había tramado algo para hacer que esos dos se separaran—. A ver, ¿qué ha pensado esa cabecita tuya?

Ella lo miró con una sonrisa cruel mientras se le acercaba y le apretaba con coquetería uno de sus increíbles brazos, que se intuían debajo de su chaqueta, para así explicarle el plan que se le había ocurrido esa mañana. ¡No iba a consentir que la historia se repitiera! Tobías debía pagar por cada lágrima que ella había derramado en su día, por cada burla que había recibido por su culpa y por cada chisme en su contra. Por su parte, él sonrió dichoso mientras escuchaba el plan. ¡Al fin iba a conseguir que Rocío volviese a su lado! Ahora ya no estaba solo, ahora contaba con una aliada tan vil y despiadada como él.

13

Tobías se dirigió al despacho después de haber pasado toda la mañana revisando las diferentes áreas de la empresa. Tenía que confesar que el legado que había dejado su padre era de primera, todo estaba medido al milímetro, todo tenía sentido en aquel caos que podía llegar ser el área de diseño, compras, producción, ventas y marketing. Allí trabajaba medio pueblo y varias personas de las localidades colindantes, lo que le dejaba claro a Tobías que, gracias a la visión de futuro de su padre y al tiempo invertido, éste había creado un negocio solvente que daba para mantener a una gran plantilla. Además, aquella excursión sorpresa le vino bien para poder comprobar que las prendas eran de calidad y se distribuían, dependiendo del modelo, a diferentes tiendas de lujo.

Sin embargo, no había pasado toda la mañana en la parte de abajo del edificio para asegurarse de que todo estuviera en orden. Lo cierto era que lo había hecho para no tener que estar tanto tiempo cerca de Rocío, algo difícil de conseguir, cuando él había aceptado la herencia y, por tanto, era el jefe de aquella empresa y ella su secretaria... Sabía que era absurdo, pero no quería tentar a la suerte. Al llegar a la segunda planta la vio subida a un taburete, intentando coger unas carpetas que se encontraban en la parte más alta de una estantería. Su postura, con el brazo estirado tratando de alcanzar la última balda, hizo que el jersey se le levantara, dejando al descubierto la blanca piel de su espalda y su estómago. Tobías tuvo que obligarse a no mirarla y a centrarse en caminar. Jamás pensó que esa imagen pudiera afectarle tanto como lo hizo. Era posible que aquel «diminuto» problema con esa mujer no fuera tal, porque lo único que ansiaba en esos momentos era lamer aquella parte de su piel que había quedado al descubierto y hacerla gemir de mil maneras distintas.

—Estaré en mi despacho —masculló con voz ronca cuando pasó por su lado.

Ella lo miró un segundo para después bajar de un salto del taburete y dejar la carpeta sobre su mesa, advirtiéndole la extraña forma en que la había saludado.

—De acuerdo —le dijo mientras observaba cómo él cerraba la puerta y desaparecía de su vista.

Tobías se sentó tras la mesa intentando centrarse en el trabajo que le tocaba realizar mientras estuviera en el pueblo, obligándose a no pensar en esa pelirroja de labios succulentos y ojos capaces de hechizar a cualquiera. Entonces, algo llamó su atención. Sobre la superficie barnizada de la mesa había un sobre marrón en el que se podía leer su nombre. Lo cogió para ver si tenía remitente, pero no. Miró la puerta cerrada para después devolver la atención al sobre y, finalmente, rasgarlo. En el interior había unas fotografías y una nota escrita a ordenador, con

letra grande y en negrita, que decía:

NO TE FÍES DE ELLA.

Frunció el ceño y observó las instantáneas. Eran dos imágenes muy similares, lo único que las diferenciaba eran el ángulo desde el que se habían tomado. En ellas se podía ver a Rocío sonriendo mientras se cogía del brazo de un risueño Santi... Tobías tragó saliva al verlas, al analizar el gesto de diversión de la pelirroja, la mirada cariñosa de su padre, la complicidad que había entre ambos... Observó de nuevo la puerta cerrada como si pudiera ver tras ella a esa misma mujer que tenía retratada en aquellas fotos. Las dejó sobre la mesa y se despeinó su alborotado cabello intentando encontrar lógica a todo aquello. No entendía por qué alguien le había dejado ese sobre en su despacho y, sobre todo, no comprendía qué querían decirle con que no se fiara de ella... En ese momento llamaron a la puerta y Tobías guardó las fotos y la nota debajo de unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Adelante.

—Acaban de subir las pruebas para los nuevos diseños que comenzaremos a comercializar la próxima temporada —lo informó Rocío mientras se aproximaba a la mesa con una gran carpeta negra—. Tienes que darles el visto bueno o, si algo no te gusta, anotarlo antes de que pase al área de producción —dijo dejándola en la mesa.

—De acuerdo. ¿Para cuándo es?

—Cuanto antes, mejor.

—Gracias —contestó él mientras la abría y observaba los bocetos.

Rocío se dio media vuelta y salió del despacho. De nuevo a solas, Tobías volvió a examinar las fotos y centró su mirada en el aspecto de su padre... No había cambiado tanto en todo ese tiempo. Por la imagen de Rocío intuyó que la instantánea no debía de ser muy antigua, a lo mejor de unos meses antes del triste desenlace... El aspecto de su progenitor era cuidado, su cabello canoso estaba perfectamente peinado hacia atrás y su pose era elegante, podía ir incluso con vaqueros y una sudadera y tener clase, aunque la verdad es que jamás lo había visto con esas prendas, sino como en la imagen, con un traje a medida. Sonrió inconscientemente al verlo reír a carcajadas en la foto, tan relajado que no parecía él, tan feliz... Frunció el ceño sintiendo de nuevo aquel remordimiento que le contraía las entrañas, que lo estrujaba sólo de pensar que había tenido la oportunidad de arreglar las cosas con él cuando aún vivía ahí y su padre intentaba, de todas las maneras posibles, acercarse a él. No obstante, Tobías siempre reaccionaba de la misma forma, echándolo de su lado sin darle opción a que él se explicara... Volvió a guardarlas y se concentró en los bocetos, aunque su mente lo llevaba a la razón de que alguien le hubiera hecho llegar precisamente esas imágenes en ese momento, justo cuando todo el pueblo creía que entre él y Rocío había algo más que una simple relación de vecinos.

Después de cinco minutos intentando concentrarse en los dibujos, se levantó y fue hasta la puerta para abrirla. Rocío lo miró desde detrás de sus gafas, y él tuvo que tragar saliva para poder hablar. Sus ojos verdosos enmarcados en la montura negra, su cabello suelto llenando de fuego sus hombros, su tez blanquecina sin rastro de maquillaje... Todo en ella era excitante, como si fuera una fruta prohibida, mientras que todo el mundo le aconsejaba que no la probase, que no se acercara a ella. Pero ¡qué tentador era traspasar esa línea prohibitiva!

—¿Puedes venir un momento?

—Claro —dijo Rocío mientras se quitaba las gafas y se levantaba de la silla—. Dime. —Se volvió después de observar cómo Tobías cerraba la puerta y caminaba hasta su mesa.

—Tienes que echarme una mano. De esto no entiendo —bufó señalando la carpeta.

Ella sonrió mientras se sentaba en una de las sillas que se encontraban delante del escritorio. Cogió la carpeta y comenzó a mirar los bocetos.

—Normalmente no hace falta hacer cambios. Ellos tienen un registro de los modelos que ya han sido comercializados para no repetir —comentó sin dejar de pasar las hojas y observar con detenimiento cada diseño—. Pero a Santi le gustaba ser él quien diera el visto bueno a todo. Decía que así todavía seguía formando parte de cada detalle de la empresa... —añadió con una sonrisa.

—¿Te contrató directamente como su secretaria? —preguntó él con curiosidad.

—No, qué va —dijo con una sonrisa—. Entre que tu padre era desconfiado y mi fama demasiado dudosa, tuve que pasar por todos los departamentos, empezando desde bien abajo como auxiliar, para, así, ir conociendo cómo se trabajaba en cada área y, mientras tanto, él comprobar cómo era en realidad, hasta que al final me ascendió. Comentó que me lo gané a pulso, pero pienso que simplemente hizo oídos sordos a lo que decía la gente.

—¿Qué has hecho para que la gente del pueblo tenga esa mala imagen de ti?

—Nada —añadió encogiéndose de hombros—. Simplemente ser como soy, sin esconderme y tampoco disimular. Piensa que nada más nacer ya fui noticia aquí. El color de mi pelo y el de mis ojos delataban que mi madre había tenido un romance exprés con algún extranjero que vino de vacaciones...

—¿Conoces a tu padre?

—No —chasqueó la lengua con disgusto—. Creo que ni lo sabe. Mi madre era y es un alma libre, y yo me parezco bastante a ella.

Tobías la observó con atención mientras reflexionaba sobre aquellas palabras. A lo mejor era eso lo que a la gente le molestaba, que ella simplemente hacía lo que le apetecía en cada momento, sin importarle el qué dirán...

—¿Te ha vuelto a molestar Anxo? —preguntó al poco, haciendo que Rocío lo mirase con atención. Normalmente nadie se preocupaba por ella, eso era una novedad.

—No. Sólo vino anoche a pedirme perdón por su comportamiento del otro día y, de paso, me confesó que está enamorado de mí.

—Pero tú no lo quieres —afirmó, haciendo que ella agachase de nuevo la cabeza concentrada en los bocetos.

—No —confesó pasando otra hoja, dándole de paso el visto bueno.

—Me dijeron que tuviste un novio formal... ¿Qué ocurrió?

—Sí... Estuve con él cinco años. Incluso vivimos juntos un par de años, pero... no cuajó.

—¿Te dejó?

—No, lo dejé yo... Me pidió que me casara con él, ¿sabes? —susurró con una nota sarcástica en su voz—. Cuando era una adolescente pensaba que cuando alguien me pidiese matrimonio yo sentiría tal dicha y tanto amor que sería incapaz de pronunciar la respuesta. Pero eso no ocurrió. Él me lo pidió y yo me sentí vacía, preguntándome qué había pasado para que me sintiera así delante de un hombre con el que estaba compartiendo mi vida...

—¿No lo querías?

—No —susurró incómoda.

—¿Había otro hombre?

—¿Eh? No, ¡no! —exclamó mirándolo a los ojos mientras negaba con la cabeza—. Al principio me obligaba a creer que eso que tenía con él era el amor, estar con alguien, compartir mi día a día, dejarme querer e intentar demostrarle algo que no sentía. Forzándome a hacer cosas que en principio deberían salirme solas, sólo por la idea equivocada de que así todo sería mejor, para él y para mí... Es triste, pero estaba con él por inercia, porque me lo pidió y yo, al final, accedí. Sé que él me quiso mucho y que le rompí el corazón al no pronunciar la respuesta que deseaba. Pero, Tobías, yo no podía atar mi vida a alguien a quien no amaba, aunque supiera que él sí, sabiendo que estaba renunciando a un buen hombre por una quimera, por algo que pensaba que no llegaría a sentir jamás, pero aun así no podía conformarme con menos...

—Fuiste valiente.

—No, qué va. Fui una cobarde que tardó cinco años en decirle a un buen hombre que no lo amaba —susurró con frustración al no sentirse especialmente orgullosa de aquella parte de su vida—. Y tú, ¿qué? ¿Has tenido muchas novias en este tiempo? Seguro que sí, no eres el típico hombre que puede estar mucho tiempo solo... Cuando vivías aquí, ibas de mujer en mujer, importándote muy poco que éstas acabaran con el corazón roto.

—No te creas que lo era tanto, muchas de ellas se inventaban que habían estado conmigo... —murmuró él incómodo—. Algo que tampoco me importaba y por eso no aclaraba...

—Chico, ¡como una superestrella! —exclamó con guasa—. Por lo que veo, no me vas a contestar —dijo cogiendo un lápiz de dentro del bote que tenía en la mesa y comenzando a escribir un comentario en el margen de la página para mejorar aquel modelo.

—Cuando me marché de aquí —empezó a decir él, haciendo que Rocío se quedara quieta para escucharlo; su tono de voz había cambiado notoriamente, prácticamente susurraba, como si estuviese reviviendo cada palabra—, al poco conocí a una mujer que me ayudó cuando más perdido me sentía. Gracias a ella, o por su culpa, depende de cómo se mire, descubrí un mundo distinto... —comentó con dificultad, se notaba que lo afectaba hablar de ese tema—. Estuvimos juntos trece años. No nos hacía falta formalizar nuestra relación, porque ambos sabíamos que éramos del otro... Pero... —se detuvo y la miró a los ojos, ella se encontraba expectante para que siguiera hablando— todo cambió... No sé si fui yo, ella o los dos. A veces pienso que simplemente abrí los ojos y me di cuenta de la realidad. Intenté dejarla varias veces, pero ella siempre me convencía para que le diese otra oportunidad, alegando cualquier excusa lo suficientemente válida para hacerme recapacitar. Entonces...

—Te dejó ella —afirmó casi con un hilo de voz al ver que no continuaba hablando.

—Murió.

Rocío tragó saliva al sentir el dolor que refulgía en sus pupilas. Debía de haberla amado mucho para que aún sintiera aquel vacío con tan sólo relatarle su historia. Tobías se levantó de la silla y se despeinó todavía más su revuelto cabello mientras se alejaba de ella, como si necesitase espacio para pensar o para controlar sus emociones. Ella siguió cotejando los bocetos, dándole el espacio que necesitaba, sin preguntar nada, aunque tuviera mil cuestiones en la cabeza. No obstante, intuía que él ahora mismo no deseaba hablar. Se imaginó el calvario que habría pasado al tener que enterrar a la mujer que lo había ayudado a desprenderse de aquella parte de su vida

que lo dejó indefenso y solo, y supuso que seguramente su fallecimiento había sido la razón por la que había vuelto allí. Aunque él había dicho que había estado trece años con ella, y si la había conocido nada más marcharse del pueblo..., ¿qué había hecho durante los dos años siguientes?

—No tuvimos hijos —comentó él mientras miraba por la ventana, contestando así una de sus cuestiones no verbalizadas.

—No tienes por qué darme explicaciones de nada, Tobías.

—Lo sé, pero necesitaba decírtelo...

—¿Fuiste feliz con ella?

—Es complicado responder a esa pregunta... —dijo mostrándole una diminuta sonrisa—. Me agarré a ella como a un clavo ardiendo. Creo que, si me hubiese pedido que me tirara por un puente, lo habría hecho sin rechistar. —Negó con la cabeza, reprochándose aquel comportamiento a sí mismo—. Era muy fuerte y decidida, también un poco irresponsable y temeraria, pero creo que precisamente fue todo eso lo que me arrastró hasta ella. Al principio fue divertido vivir a su lado, aunque también soy consciente de que ahora, sabiendo todo lo que sé, no habría escogido ese camino... Esa diversión, poco después, comenzó a transformarse en algo que pensé que de ningún modo viviría...

—Lo pasaste mal...

—Me convertí en la persona que jamás quise ser —susurró con resquemor mientras volvía a acercarse de nuevo a la mesa—. No me siento orgulloso de esa parte de mi vida, Rocío, por eso...

—¿Sí? —dijo posando sus sinceros ojos en él, haciéndolo titubear.

«¿Cómo puedo decirle que no soy bueno ni para ella ni para nadie?», pensó Tobías afligido, embebiéndose de esa mujer que tenía delante, expectante para que continuara hablando, sintiendo de nuevo aquella vibración que envolvía todo su ser nada más tenerla a pocos centímetros de él, empujándolo hacia ella, tirando con fuerza hacia su cuerpo, como si de un hechizo se tratara.

—No creo que sea buena idea que seamos amigos.

—No te preocupes, Tobías, que ni lo hemos sido, ni lo seremos —repuso ella con rotundidad, sin dar muestras de flaqueza, aunque aquel cambio en él la hubiese trastocado considerablemente.

—No lo entiendes, Rocío, no quiero...

—No te preocupes por eso —reiteró interrumpiendo su explicación. No hacía falta que le diese explicaciones, lo principal era que no quería que ella estuviera allí y eso era precisamente lo que haría. Cerró la carpeta y se levantó de la silla—. Ya está todo revisado y he puesto algunas notas, poca cosa, para darles un toque más moderno a algunos modelos muy sobrios. Ahora los enviaré a producción —anunció mientras salía del despacho con la carpeta bajo el brazo.

Tobías observó cómo ella cerraba la puerta sintiéndose un ser despreciable al haber puesto el freno de mano a esa amistad que comenzaba a desviarse por otro camino, uno muy peligroso y tentador. Sin embargo, Rocío había sido la única persona con la que se había sincerado, por la que empezaba a sentir una atracción física que debía parar, y lo único que deseaba era no lastimarla por culpa de un pasado que no habría tenido que ocurrir y con el cual debería convivir el resto de su vida, así, resguardado y oculto para que éste no volviera a encontrarlo...

14

—Empieza a largar por esa boquita *salá* que tienes y ponme al día —soltó Lúa en cuanto vio que su amiga se sentaba delante de ella.

—Pues si no quieres que te cuente lo que he hecho en la oficina, más no te puedo contar... —bufó para después pedirle a Ernesto un refresco. Acababan de terminar de trabajar y habían quedado para tomar algo en el bar que frecuentaban a esas horas normalmente.

—Mentirosa —añadió mientras le sacaba la lengua—. Seguro que habrá pasado algo más con el heredero —susurró con una risita divertida.

—Nada de nada. Es más, me ha dicho, muy clarito, que no quiere siquiera ser mi amigo. Con eso te lo digo todo.

—¿Qué has hecho? O, lo que es peor, ¿qué has dicho para que te dijera eso? —preguntó, consciente del carácter altivo de Rocío, que no era dada a suavizar las conversaciones y sí, en cambio, a soltar sin titubeos sus pensamientos.

—¡Nada! —exclamó mientras le sonreía a Ernesto, que acababa de servirle.

—Pues no lo entiendo.

—Es muy sencillo, Lúa —dijo mientras le daba un sorbo a su Coca-Cola para apaciguar su sed—. Habrá hablado con alguien del pueblo que lo habrá puesto sobre aviso diciéndole: «Por el amor de Dios, ¡aléjate de ella, insensato!» —exclamó mientras gesticulaba con los brazos como si apartara a alguien de un peligro inminente.

—Qué exagerada —terció entre risas—. Es cierto que la gente piensa de ti que eres demasiado desvergonzada, pero dudo que lleguen a ese extremo.

—Nunca dudes, Lúa, a veces la realidad supera a la ficción. Pero, vamos, que no te creas que estoy molesta por eso; al fin y al cabo, se lo agradezco. Ahora mismo no estoy para pamplinas...

—No me digas que te estás volviendo una señora seria...

—Por supuesto. A partir de ahora tomaré el té a las cinco mientras levanto el meñique —replicó ella mientras hacía aquel gesto al tomarse el refresco.

—Qué loca estás, Rocío —rio su amiga.

—Bueno, ¿y tú qué tal?

—Puf... —resopló, haciendo que ella la mirase extrañada. ¡Su amiga era doña Positividad! —. No sé... Roi y yo no estamos pasando por una buena temporada.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé... Bueno, un poco sí. No me quedo embarazada —resopló abatida.

—Pensad que así tenéis más tiempo para disfrutar del proceso —indicó mientras alzaba las

cejas repetidamente.

—Al principio fue así, ¿sabes? Todos los días lo hacíamos y, cuando ovulaba, lo repetíamos varias veces, pero ahora...

—¿Ahora qué?

—No sé. Creo que tengo algo que hace que no cuaje —resopló con angustia—. Y Roi, aunque no me lo diga, piensa lo mismo, y eso está afectando a nuestras relaciones... A mí ya no me apetece tanto, y él ya no hace ademán de querer hacerlo. Creo que me culpa.

—A lo mejor es él quien falla...

—No. Se hizo un análisis de espermatozoides y sus bichitos están fuertes como un roble... ¡Soy yo, Rocío! —exclamó al borde del llanto.

—Lúa, obsesionarse con quedarse embarazada tampoco te hace un favor. ¡Relájate y ya verás cómo llega cuando menos lo esperéis!

—No lo sé, Rocío, cada vez estoy más decaída y, cuando viene una mujer al centro de salud embarazada, yo... ¡me pongo a llorar! —soltó mientras escondía el rostro entre las manos y lloraba desconsolada. Jamás había pensado que no podría llegar a quedarse embarazada; es más, era de las que pensaban que, en cuanto se pusiera a ello, se quedaría enseguida, cosa que no fue así.

—Ya verás cómo al final lo conseguís y, si no, siempre podéis adoptar —comentó mientras le cogía la mano para que su amiga sintiera su cariño.

—Sí..., lo sé —gimoteó sin poder contener las lágrimas.

—Ahora lo que tienes que hacer es centrarte en pasarlo bien y, de paso, dejar seco a Roi.

—¡Qué bruta eres! —dijo Lúa entre lágrimas y risas al tiempo que intentaba coger el teléfono móvil, que había comenzado a sonarle—. Ay, mira, es él —anunció mientras descolgaba y se secaba las lágrimas con la otra mano—. Hola, cariño... Sí, estoy con Rocío... Claro, dentro de cinco minutos voy para casa... Y yo a ti. —Colgó la llamada y la miró con ojitos de enamorada.

—Anda, vete ya, petarda —soltó Rocío—. Luego vas diciendo que la cosa está fría con tu chico, cuando va y te llama como un loco enamorado.

Lúa rio un poco más animada.

—Parece que hoy está de mejor humor. Deséame suerte.

—¿Aún más? —soltó de guasa—. Anda, que sólo te falta tatuarte en la frente un trébol y una herradura para atraerla todavía más. Tú dale duro y déjalo sin una gota.

—Rocío, chist —susurró azorada—. De verdad, qué bruta eres.

—Pero te gusta —replicó mientras le enseñaba la lengua, haciéndola reír.

—Anda, ven aquí —dijo Lúa mientras le cogía la mano para levantarla y así darle un fuerte abrazo—. La gente de este pueblo no sabe lo que se pierde al no querer conocerte.

—Venga, boba, corre con tu chico y disfruta de la noche mientras yo ceno con mi madre —comentó mientras hacía una mueca divertida.

Lúa sonrió mientras se ponía el abrigo y salía del bar bajo la cariñosa mirada de su amiga. Rocío se terminó el refresco y pagó a Ernesto.

—Bueno, bueno, buenooooooooo —soltó de pronto Áurea, acercándose a ella—. Parece que te ha faltado tiempo para saltarle al cuello a Tobías. ¡Ya podemos decir que has catado a todo el pueblo!

—Sí, cuando quieras te digo quién folla bien y quién lo hace de pena —repuso Rocío

mientras se ponía la chaqueta—. Ay, no, ¡qué cabeza la mía! Que tú no eres de esas —añadió mientras echaba a andar en dirección a la puerta.

—Algún día alguien te parará los pies, Rocío.

—¿Vas a ser tú, Áurea? —preguntó desafiante mientras se volvía en mitad del bar—. Cachis —bufó teatralmente—, es verdad. No está tu amiguita del alma a tu lado y no vas a poder hacer nada más que verme salir de aquí y morderte la lengua. Pero ten cuidado por si, al hacerlo, te envenenas —indicó para después salir a la calle.

Rocío se subió a la camioneta y se dirigió a casa de su madre sintiendo cómo la furia la cegaba. Pero ¿por qué no la dejaban en paz? Ella no se metía con nadie, ¿por qué no paraban de provocarla? Además, se había cansado de callarse. Con eso no conseguía nada, al contrario, ellos se crecían más y las habladurías aumentaban, por lo que había decidido contestar y seguirles el juego. ¿Que tenía fama de devorahombres? Pues ella lo exageraría, aunque en su registro personal sólo estaba su ex, un extranjero que había estado veraneando allí y Anxo. ¡Nadie más! Y no porque no tuviera oportunidades para tener más amantes, sino porque no encontraba ninguno interesante y mucho menos que la hiciera vibrar como había descubierto con Tobías...

—Mamá —dijo al cerrar la puerta—, espero que tu visita nocturna no se haya adelantado, porque vengo con hambre —anunció mientras se acercaba al comedor.

—Pues llegas justo a tiempo —comentó Toñi mientras ponía la mesa.

—¿Quién viene a cenar? —preguntó ella recelosa al ver que sacaba otro vaso y, con los dos que había sobre la mesa, hacían tres...

—Hola.

No le hizo falta volverse para saber de quién era esa voz grave, teñida de sensualidad y pecado. Cogió aire lentamente para después soltarlo igual de despacio, y así mirarlo, de pie, con una botella de vino en la mano y las copas en la otra, tan atractivo que dolía y tan tentador que era absurdo negar que su cuerpo se erizaba teniéndolo cerca.

—Venga, vamos a sentarnos, que la cena se enfría y luego no vale ni para decorar el plato —terció Toñi, rompiendo así aquella extraña tensión entre los dos.

—Acabo de recordar que había quedado con un chico en mi casa —improvisó Rocío—. Pero mañana vengo a cenar seguro —dijo mientras se acercaba a su madre y le daba un beso en la mejilla.

—Espero que no sea Anxo —indicó Toñi—. No me gusta ese hombre para ti... —informó, haciendo que Rocío sonriese—. En cambio, Tobías sí me gusta para ti —soltó, lo que hizo que Rocío la mirara atónita esta vez y él reprimiera una carcajada al ver la cara de susto de la pelirroja.

—¡Mamá! —exclamó mientras negaba con la cabeza para que dejara ese tema.

—¿A que mi hija es muy guapa? —soltó Toñi, aferrándose a esa idea que había aparecido de pronto en su mente—. Pues está soltera, entera no, pero es por una buena razón. Las mujeres de esta familia somos muy fogosas, ¿sabes? —Le guiñó un ojo, lo que hizo reír a Tobías, más por la cara de susto de Rocío que por las palabras de la ferretera.

—Es muy guapa —contestó Tobías sin dejar de observar que Rocío estaba cada vez más nerviosa.

—Mamá, deja de hablar de cómo soy en la cama, que a Tobías no le interesa... Bueno, ¡me voy! —soltó casi a la carrera, saliendo de la casa de su madre y de esa extraña conversación que

se estaba tornando demasiado peligrosa para ella y para las nuevas sensaciones que la embargaban cuando ese hombre se encontraba cerca.

—Toñi, creo que se ha marchado por mí —confesó Tobías sentándose a la mesa después de oír cómo la puerta se cerraba.

—Anda, ¿por qué dices eso? Mi chica es un poco para dentro, ¿sabes? Le han dado demasiados palos en esta vida y ha aprendido a no mostrarse como es a la primera de cambio... —comentó ella mientras pinchaba con el tenedor la ensalada campera—. A veces pienso que soy la culpable de que aún esté sola. La fama que tenía yo de buscona la ha heredado ella, sin parecerse en absoluto a mí...

—Pero tú tampoco lo eras, ¿no?

—Bueno, un poco sí, sobre todo en aquella época —indicó con una sonrisa traviesa—. Me gustan los hombres, Tobías, pero las relaciones me aburren un poco. Me gusta ir a mi aire y, claro, eso en un pueblo no está muy bien visto. ¡Pero a mí no me importa que me digan esto o lo otro! Una se acostumbra a que la miren mal, y sé que quien está a mi lado es porque de verdad me aprecia. Gracias a eso me he ahorrado las amistades falsas, la verdad...

—A Rocío tampoco le importa.

—Mi hija se ha acostumbrado a ser el foco de atención, aunque ella, en cambio, sin hacer nada en absoluto, ya está en boca de todo el mundo. Puedo asegurarte que ni una décima parte de lo que dicen de ella es verdad... Mi hija no es como yo en ese aspecto. Ella, aunque me lo niega mil veces por activa y por pasiva, sigue buscando el amor, aunque aún no lo ha encontrado —comentó mientras negaba con la cabeza—. ¿Te ha contado que estuvo a punto de casarse?

—Sí...

—Menos mal que se dio cuenta a tiempo. Yo ya lo sabía, ¿sabes? Sus ojos me lo decían. Ella no era feliz, aunque lo intentó con todas sus fuerzas...

—Toñi —titubeó. No sabía si tenía derecho a preguntarlo, aunque la curiosidad lo estaba matando.

—Dime.

—¿De verdad que no sabes quién es el padre de Rocío?

Ella lo miró con seriedad para después romper a reír a carcajadas, con tanta fuerza y de una manera tan escandalosa que Tobías no pudo hacer otra cosa que unirse a ella.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó limpiándose las lágrimas causadas por la risa.

—Rocío.

—Ay, mi chica... —dijo con cariño—. Creía que no se acordaba de esa conversación. ¿Sabes?, sólo me lo ha preguntado una vez, cuando tenía diez años, y, sí, confieso que la engañé porque no quería que fuera corriendo a buscarlo. ¡Ella era mi hija! Su padre sólo estuvo unos minutos sobre mí, pero yo la tuve en mi interior nueve largos y eternos meses.

—¿Él sabe que tiene una hija?

—Sí... Incluso la conoció. Rocío tenía unos meses cuando regresó al pueblo, vino a buscarme y, en cuanto la vio, salió corriendo y aún no ha vuelto. Algo que no entiendo. Jamás le dije que tenía alguna obligación con ella o conmigo. Seguí con el embarazo porque quise, y no me arrepiento ni un segundo de haberla traído al mundo.

—¿Y por qué no se lo dices ahora?

—No sé. Supongo que ni ella ni yo deseamos hablar de ese tema con la otra. Pertenece al

pasado, Tobías, y decírselo no va a afectar a su persona. Rocío es especial. Es una mujer de bandera, se ha hecho a sí misma, es valiente, trabajadora e increíble; pero aún nadie se ha dado cuenta de lo valiosa que es...

Tobías pinchó la ensalada con el tenedor y pensó en esas palabras. Para él, Rocío era como un haz de fuego que lo envolvía todo con su luz, incluso despuntaba entre esas sombras alargadas que la cubrían, esos murmullos que intentaban apagar su esencia, su verdadera personalidad. Algo que, con cada día transcurrido, hacía que aumentaran más las ganas de saber qué había de cierto en esas palabras que ensombrecían a la pelirroja y, sobre todo, por qué esa mujer tenía tantas enemistades en el pueblo.

Se metió en la cama y miró el techo, pensando en cómo su cuerpo había reaccionado al verlo en casa de su madre, de nuevo tan cómodo y tan a gusto en aquel lugar que incluso le parecía un chiste. Por supuesto que le había mentido a su madre para marcharse de allí, pues lo que no deseaba era que aquella tensión que sentía cuando lo tenía cerca siguiera creciendo, y para eso debía poner límites, algo que también había puesto él y que en parte Rocío agradecía. Ella necesitaba controlar todo lo que le ocurría y, con él, ese control desaparecía, lo que la hacía sentir indefensa y expuesta a su alrededor. Jamás había sentido nada igual, pues era absurdo compararlo con aquel amor adolescente que recordaba vagamente. Cuando Tobías la miraba con fijeza o cuando se encontraba cerca de ella, era como si todo a su alrededor se difuminara, enfocándolo sólo a él, anhelando que se aproximara más para poder tocarlo, acariciarlo y cerciorarse así de que era real. ¡Era una locura! Lo sabía. Prácticamente no lo conocía, sólo había hablado un poco con él, era cierto que de una manera muy íntima, mucho más que con cualquiera que la conocía de siempre, pero con él... no entendía qué le ocurría. Sin embargo, cuando comenzaba a hablar con Tobías, las palabras brotaban solas y afloraba algo a lo que no podía poner nombre pero que latía tímidamente en su ser, como si fuese un brote verde surgiendo en un desierto árido, devastado por todas las malas experiencias que ella había tenido. Pensando en cómo debía afrontar aquella nueva situación que se le escapaba de las manos, se quedó durmiendo, anhelando no caer en la tentación, pero, al mismo tiempo, imaginándose cómo se sentiría llegado el momento.

Después de una apática semana en la que sólo habló por teléfono o por correo electrónico con su ahora jefe, obligándose a no permanecer solos en un lugar cerrado, se dirigió a su acostumbrado bar y se sentó a la mesa que ocupaban sus amigos. ¡Necesitaba un rato divertido para celebrar que era viernes! Entre risas y charlas distendidas, comenzó a relajarse, a desprenderse de aquella sensación que no podía catalogar. Aunque poco le duró la tregua, pues vio entrar por la puerta a Tobías, seguido de Yago. Ambos se sentaron a la barra y ella se removió inquieta en su silla, intentando disimular que tan sólo con verlo su cuerpo reaccionaba por su cuenta, dándole igual que su mente estuviese impidiendo aquello, que intentase apaciguarlo para que al fin se olvidara de él. De pronto, la puerta del bar se abrió violentamente y Lúa entró hecha una furia. Rocío la miró asustada. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado y temblaba como un tímido pajarillo. No entendía qué le habría ocurrido para llegar a ese extremo. Se le acercó y Rocío se levantó para hablar con ella y así saber qué le ocurría a su querida amiga

para que se encontrase en ese estado tan alejado de su tranquilo comportamiento habitual.

—Lúa, ¿qué te sucede? —preguntó intentando cogerle la mano, pero ella simplemente la apartó de un movimiento rápido.

—¿Por qué lo has hecho, Rocío? —la acusó con voz temblorosa.

—¿Cómo? —titubeó ella al no saber a qué se refería.

—Dime, ¿por qué lo has hecho?

Rocío observó cómo los vecinos que se encontraban en el bar estaban pendientes de la conversación.

—¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo y hablamos?

—¡No quiero! Quiero que lo digas aquí, delante de todos.

—Si me dices qué se supone qué he hecho, te explicaré encantada las razones.

—Jamás pensé que mi mejor amiga podría hacerme eso... De verdad, ¿no te basta con tener a cualquier hombre que también tienes que provocar al mío? —masculló con rencor.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Lúa?

—No te hagas la tonta, Rocío... ¡Y dímelo a la cara! Siempre me has tenido envidia porque yo he conseguido encontrar el amor, porque me he casado con un buen hombre, pero jamás pensé que pudieras llegar a eso. ¡Pensaba que éramos amigas!

—Joder, Lúa, ¡y lo somos! Por favor, vayamos a otro sitio y hablemos tranquilamente de esto.

—No quiero ir a ningún otro sitio —soltó tozuda—. Has intentado seducir a Roi —masculló mientras la señalaba con el dedo con desprecio.

—¿Cómo? ¡Eso es mentira! ¿Quién coño te ha dicho esa barbaridad?

—Es verdad, Rocío —dijo al borde del llanto—. Me lo acaba de confesar él mismo...

—¿Roi? —titubeó tratando de encontrarle la lógica a todo aquello—. Lúa, jamás he pretendido nada con él.

—¡MENTIRA! —bramó descargando su furia con ese alarido.

—Lúa, por favor, piénsalo fríamente. Jamás te haría algo así —dijo intentando que recapacitara, pero ella la miró con odio mientras negaba con la cabeza.

—Roi nunca me mentiría —sollozó—. No quiero volver a verte en la vida.

—Lúa, por favor, yo no soy así...

Ella la miró una última vez y salió del bar con la misma celeridad con que había entrado, dejándolos a todos atentos a la reacción de Rocío. La pelirroja ahogó un sollozo, observó a sus amigos, que se encontraban pendientes de ella, y, sin decir nada, cogió la chaqueta y salió de allí, dejando un reguero de murmullos y suposiciones a su espalda que la hizo sentir de nuevo sola. El viento gélido la recibió con ganas, permitiendo que sus lágrimas abandonaran sus ojos, sintiendo que aquello cada vez se complicaba más. Ella jamás le haría daño a Lúa, pero ¿por qué Roi había dicho semejante mentira? Se subió a la camioneta y se dirigió sin vacilar a casa de su amiga. En ese momento su teléfono móvil comenzaba a sonar de forma persistente, pero no tenía ánimos de atender ninguna llamada.

Pulsó repetidamente el timbre de la puerta hasta que, al final, Roi salió a abrir. La miró con seriedad y con algo que Rocío no supo distinguir. Roi era un hombre corpulento pero muy atractivo, moreno, con los ojos negros y la piel bronceada por el deporte al aire libre que hacía todo el año.

—No quiere verte —le dijo con desprecio.

—¿Por qué has dicho esa mentira, Roi?

—No es ninguna mentira. Intentaste que me acostara contigo, pero yo me negué —replicó con frialdad.

—¡Esto es una locura! Jamás he intentado nada contigo.

—¿Es que no te acuerdas? —soltó con una seguridad tan aplastante que la hizo incluso dudar—. Fue hace unos meses, cuando viniste a la consulta. Me dijiste que tú sí podías darme un hijo y comenzaste a desnudarte delante de mí. Incluso vi el tatuaje que tienes en el culo.

Rocío ahogó un sollozo mientras abría los ojos desmesuradamente y comenzaba a negar con la cabeza. ¡Era imposible! Pero entonces ¿cómo sabía que tenía un tatuaje precisamente ahí? Ni siquiera Lúa lo sabía...

—Ahora, vete, Rocío, y déjanos vivir —indicó con dureza cerrándole la puerta sin darle opción a réplica.

—Es mentira, ¡joder! —gritó ella en un vano intento de que la creyesen, de que su amiga la escuchase y se diese cuenta de que ella jamás haría algo para lastimarla.

Se subió de nuevo a la camioneta y volvió a su casa mientras le daba vueltas a lo ocurrido. No entendía nada y no comprendía cómo Roi era capaz de asegurar algo con tanta rotundidad —incluso con pruebas—, sin que hubiese llegado a pasar. Porque Rocío no era de esas, aunque todo el pueblo pensara que sí. Para ella, Lúa era como parte de la familia y jamás intentaría robarle el marido.

No cenó nada, simplemente se metió en la cama después de hablar con Aleixo —que no había dejado de llamarla desde que había salido del bar—, de escuchar sus palabras de ánimo y de saber que alguien en el pueblo sabía que ella no sería capaz de hacerle algo así a su mejor amiga. Después de prometerle, varias veces, que no hacía falta que fuera a su casa para reconfortarla, finalizó la llamada y, tapada hasta el cuello con su cálido edredón, lloró su frustración al no comprender qué ganaba Roi al decirle eso a Lúa... Cuando se le acabaron las lágrimas, se quedó dormida, pensando en su buena amiga y en cómo sería su vida sin ella.

—¿Qué ha sido eso? —se sobresaltó incorporándose en la cama.

Aguardó un segundo conteniendo la respiración, prestando atención a todos los sonidos que le llegaban de fuera. Al volver a oírlo se levantó sin dudarlo un segundo y fue en busca de aquello que la había despertado tan bruscamente de madrugada. Era un ruido metálico, afilado, casi chirriante, que le puso el vello de punta y que iba acompañado por otro sonido más suave, como un silbido, parecido al que hacía un bote de espray. En el silencio de aquella noche oscura se podían apreciar además maldiciones susurradas que hicieron que, a cada paso que daba, su corazón cabalgase desbocado en el pecho y un sudor frío se instalase en la parte baja de su espalda. ¡Había alguien fuera! Se acercó vacilante a la ventana del salón que daba al frente de la casa y apartó un poco las cortinas, pero no pudo ver nada desde allí. Quería saber si esa persona tenía la intención de entrar en su casa, para estar preparada y poder hacer algo para impedirlo. De repente, el sonido inconfundible de un coche al derrapar por la carretera hizo que Rocío echase a correr hacia la puerta de la entrada y saliese precipitadamente a la calle, sin pensar siquiera que podía estar poniendo en peligro su vida, sólo deseando saber quién era el causante de aquello que la había atemorizado a esas horas de la madrugada.

—¡Mierda! —gritó al ver las luces traseras de aquel vehículo que había interrumpido su descanso, ya demasiado lejos como para distinguir el color, el modelo y mucho menos la matrícula—. Joder... —maldijo al contemplar la fachada de su casa pintada con unas enormes letras negras, así como la puerta metálica del garaje.

—¡Rocío! —oyó entonces a sus espaldas.

Al volverse vio a Tobías, que corría hacia ella. Llevaba la misma ropa que el día anterior y las deportivas a medio atar. Incluso recién levantando —con aquel cabello rebelde que era su seña de identidad—, parecía un adonis, tan guapo, tan masculino y tan terriblemente tentador que tuvo que cabecear un poco para volver su atención a aquello que la había hecho levantarse a altas horas de la madrugada. ¡Le era muy difícil concentrarse cuando él estaba cerca! Al contemplar lo que habían hecho, él se quedó congelado, primero mirándola a ella —que sólo llevaba puestas unas minúsculas braguitas y una camiseta de tirantes, lo que dificultaba que prestara atención a otra cosa que no fuera su cuerpo semidesnudo—, y después esas letras enormes donde se podía leer sin dificultad, tanto en la fachada como en la puerta del garaje, aquella palabra ofensiva dirigida a Rocío: PUTA.

—¿Estás bien? —quiso saber acercándose a ella.

—No —susurró la pelirroja sin poder dejar de mirar esa palabra que había ensuciado su preciosa fachada y destrozado la puerta de su garaje.

—Vamos adentro, si continuas así en la calle, cogerás un resfriado... Ahora llamaremos a José... —dijo Tobías mientras le pasaba el brazo por la cintura y la hacía avanzar, sintiendo cómo ella temblaba, no sabía si del frío que hacía en aquella noche cerrada o por el susto.

—Esto es una locura —añadió ella desbordada mientras gesticulaba ya en el interior de su casa—. ¡Yo no he hecho nada!

—Lo sé —añadió con voz ronca intentando no mirar su cuerpo semidesnudo, pero a la vez, sin poder dejar de mirarla, ansiando tocarla, borrar aquella desazón de su rostro y protegerla del mundo con su cuerpo—. Ve a vestirte, por favor.

Rocío lo miró un segundo, resopló con frustración e hizo lo que le pedía.

—Pero ¿por qué me están haciendo esto? —bramó desde su habitación mientras se ponía algo encima.

Tobías tampoco tenía la respuesta para aquella pregunta y, sin perder tiempo, llamó a su amigo para avisarlo de lo ocurrido. A los pocos minutos, sin darles tiempo para hablar a solas, José ya estaba llamando al timbre de la puerta.

—Dios mío, ¿estás bien? —preguntó visiblemente preocupado cuando Rocío le abrió.

—Sí, sí... Sólo siento rabia por lo que me han hecho... —contestó mientras se metía las manos en el bolsillo delantero de su cálida sudadera blanca y se dirigía al salón, donde se encontraba Tobías de pie.

—¿Habéis podido ver la matrícula o algo que pudiera darnos una pista?

—No... Cuando he salido, el coche estaba lo suficientemente lejos como para no poder distinguirlo.

—¿Te han amenazado o has visto hostilidad en alguien para poder sospechar?

—Muy querida no soy, eso ya lo sabes —dijo forzando una sonrisa—. Pero nadie me ha amenazado a la cara; que lo hayan hecho a mis espaldas, lo que sabes que aquí es práctica común, ya no podría decirte...

—El otro día tuvo un encontronazo con Anxo en el bar —dijo de repente Tobías, atrayendo la atención de José.

—Anxo no es capaz de hacer esto. —Rocío negó con la cabeza reafirmando sus palabras, o por lo menos eso era lo que quería creer.

No podía imaginar que ese hombre al que no paraba de darle largas desde su aventurilla sexual fuera capaz de algo parecido... Pero ¿y si así fuera?! Rocío tragó saliva con dificultad.

—Eso no lo sabes. Tampoco era capaz de hacerte daño y el otro día te lo hizo —concluyó Tobías mientras José anotaba en un pequeño cuaderno lo que decían.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Hay testigos?

—Quiso saber si eran ciertos los rumores que circulaban por el pueblo —informó Rocío.

—¿Se lo desmentiste?

—No le debo a nadie ninguna explicación, y mucho menos a él —declaró con rotundidad.

—Todos los que nos encontramos en el bar fuimos testigos de su actitud violenta con ella —añadió Tobías. No sabía la razón, pero en el mismo instante en que vio a ese hombre no le gustó y mucho menos cuando la cogió con posesión, como si fuera de su propiedad, como si ella no tuviera ni voz ni voto en ese asunto.

—De acuerdo. Haré unas fotografías de esa fechoría y de la marca del derrape que hay en la carretera y me pondré a investigar. Aunque debéis saber que, al no haber ni robo ni violencia, poco más podré hacer...

—Me imagino... De todos modos, gracias, José.

—Rocío, cualquier cosa, a cualquier hora, no dudes en llamarme —añadió con seriedad para después salir a la calle.

—Ahora vengo. —Tobías la miró un segundo para después salir detrás del policía—. ¿Crees que puede ser Anxo? —susurró mientras observaba cómo José comenzaba a hacer fotos utilizando el *flash* de su teléfono móvil.

—No lo sé, aunque de momento todo apunta a él —comentó con voz cansada—. ¿Has pasado la noche con Rocío? —preguntó mirándolo fijamente, evaluando sus gestos y sus movimientos con atención.

—No, he dormido en mi casa. Al oír ruidos he salido a ver qué ocurría... ¿Por qué?

—Sólo pregunto.

—No estarás sugiriendo que he podido ser yo, ¿no? —soltó perspicaz. No le había gustado la manera que había tenido su amigo de mirarlo.

—Yo no he dicho nada de eso, Tobías. Lo único que sé es que, antes de marcharte hace quince años, hubo un montón de sucesos que no pudieron esclarecerse; al irte, todo se calmó, y ahora... se ha reavivado.

—¡Yo no tengo nada que ver ni con esto ni con nada! —exclamó harto de aquella cantinela que volvía a repetirse.

—No te estoy culpando de nada, sólo te digo lo que sé... —murmuró incómodo mientras se daba media vuelta y, antes de subir a su coche, hacía unas fotografías del derrape que había en la calzada.

Tobías se quedó observando cómo José se marchaba pensando en aquella acusación. ¿Era posible que él atrajera los problemas? Sin darse opción a darle vueltas a aquella idea, entró en casa de Rocío, desechando de golpe la promesa autoimpuesta de mantenerse alejado de ella, una

promesa que lo había hecho quedarse esa noche en su casa sabiendo que la pelirroja lo estaba pasando mal por culpa de otro rumor que circulaba sobre ella, obligándose a no visitarla, aunque lo que más deseara fuera precisamente estar con ella. Ahora no tenía excusas, no podía dejarla sola después de eso.

16

Entró de nuevo en casa de Rocío y se la encontró sentada en el sofá, con las rodillas encogidas mirando a la pared. Parecía vulnerable en esos momentos, como si hubiera empequeñecido y aquella fuerza que la acompañaba se hubiese volatilizado...

—En cuanto amanezca te ayudaré a limpiar esa mierda —le dijo mientras se acercaba a ella.

—Muchas veces se me ha pasado por la cabeza coger mis cosas y marcharme de este pueblo... —empezó a decir Rocío casi en un hilo de voz, como si diese rienda suelta a sus pensamientos más íntimos—. Comenzar en otro lugar, uno mucho más grande, donde pueda pasar desapercibida, sin que nadie ni nada impida que sea yo misma. —Tobías se sentó a su lado mientras ella continuaba con la vista clavada en la televisión apagada—. Sin que nadie analice mis movimientos, mi forma de vestir o con quién me junto y con quién no. Poder ser libre... —Sonrió lánguidamente, como si fuera algo difícil de conseguir—. Sé que mi madre me apoyaría si un día decidiera marcharme, pero también sé que no quiero, ni puedo, dejarla sola...

—En estos años que he estado fuera, ¿te ha ocurrido algo parecido?

—No, jamás. Sé que han hablado de mí y me han llamado esa palabra que tengo ahora visible en mi fachada para todo aquel que pase por delante, pero siempre a mis espaldas... No tengo muchas amigas en el pueblo, ¿sabes? Sólo tengo a Lúa... Bueno, ya ni siquiera ella quiere ser mi amiga... —susurró con dolor al recordar cómo le había hablado la noche anterior.

—¿Es verdad lo que dijo ayer en el bar?

—No, jamás he intentado nada con Roi. No entiendo por qué le ha contado eso a Lúa —bufó confusa—. ¿Qué gana al decirle esa mentira, Tobías?

—Que deje de ser tu amiga —contestó él, haciendo que ella asintiera despacio.

—Que es lo que ha ocurrido... Y lo peor es que no me cree. Sólo a él.

—Es que no lo entiendo... ¿Qué ha pasado para que ahora, además, pasen a la acción? —preguntó él atrayendo su atención.

—Lo único distinto es que has vuelto... —susurró Rocío, intrigada, mientras observaba su mirada.

—Yo jamás te haría daño —anunció con rotundidad, acariciando con delicadeza su maravilloso rostro, sin darse opción a pensar en lo que estaba haciendo, sólo dejándose llevar por el impulso de reconfortarla, por protegerla y por hacer que desapareciera esa incertidumbre de sus preciosos ojos.

—Lo sé —murmuró perdiéndose en su mirada almendrada y en aquella electricidad que la envolvía, focalizando sólo ese momento, ellos dos solos, él acariciándola, ella observándolo,

nada más.

—¿Crees que nuestro supuesto «romance» puede tener relación con esa fechoría? —quiso saber, pues desde que ella le había arreglado el tejado, todos daban por hecho que eran algo más que vecinos. Cosa absurda, cuando ninguno de los dos había dado ese paso, que lo complicaría todo mucho más.

—Es una posibilidad... —susurró tragando con dificultad. Tenerlo tan cerca y notar su cálido aliento a pocos centímetros de ella la estaban excitando tanto que le estaba costando incluso razonar, pues sólo podía pensar cómo se sentiría al besarlo—. Yo no me meto con nadie e intento hacer mi vida sin meter ruido, Tobías. No me gustan los problemas, y a veces pienso que precisamente lo que quieren es eso, que los busque para tener todavía más razones para repudiarme y marginarme como a una apestada...

—No te rebajes... Además, te aseguro por propia experiencia que no sirve de nada llegar a ese extremo... —dijo irguiéndose un poco, dejando de tocarla, pues al notar su piel se le había despertado un deseo que lo estaba cegando hasta tal punto de importarle muy poco las razones por las que se había obligado a mantener las distancias con ella.

—Han dicho barbaridades de mí, cuando todo era mentira —confesó Rocío con rencor—. Incluso Lúa las cree...

—¿Quién puede estar detrás de todo eso?

—No lo sé... —susurró encogiéndose de hombros—. Buf..., aún no entiendo cómo has tenido el valor de volver... Yo de ti jamás habría pisado de nuevo este pueblo.

—No tuve otra opción, te lo aseguro —murmuró él sin dejar de mirarla, haciendo que ella enarcara una ceja asombrada por su confesión—. Además, si no hubiese vuelto, no habría visto con mis propios ojos a la mujer en la que te has convertido... Ya con eso ha merecido la pena —añadió para restarle importancia a su afirmación, haciendo que Rocío comenzase a reír a carcajadas—. ¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó contagiándose de sus risas.

—Lo que me has dicho —contestó todavía sin poder parar de reír, dándose cuenta de que cuando Tobías reía aquel halo de misterio que siempre lo rodeaba desaparecía por completo, dejándole ver al chico que ella recordaba, al muchacho del que se enamoró por su manera de ser divertida, canalla y atrayente—. Cuando vivías aquí, si me hubieses dicho precisamente esas palabras, habría estado durante un mes flotando sobre una nube algodonada de fantasía con mil unicornios dando vueltas a mi alrededor. ¡Qué pánfila era! —exclamó mirándolo a los ojos mientras negaba divertida con la cabeza por recordar aquella época en la que suspiraba por él en secreto.

—¿Me estás diciendo que antes te gustaba? —preguntó él sorprendido. ¡Jamás lo habría imaginado! Parecía que lo temía, ya que nunca hablaba con él y siempre estaba con la cabeza agachada, como si quisiera evitarlo.

—Decir que me gustabas se queda corto —confesó con una maravillosa sonrisa, haciendo que él se apoyara con el codo en el respaldo del sofá para quedar frente a ella y, así, observar sus maravillosos gestos al hablar—. Estaba perdidamente enamorada de ti desde que cumplí los trece, y cuando te marchaste tenía diecisiete, imagínate...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó asombrado mientras se mordía el labio inferior, atrayendo justo en ese punto la atención de Rocío, que pensó cómo sería acercarse a él y besarlo—. Pues parecía todo lo contrario.

—Era muy tímida por esa época —bufó con resignación mientras alzaba los ojos al techo, obligándose a centrar la visión en otro lado que no fuera él.

—¿Por eso boicoteabas todas mis citas? —quiso saber intentando esclarecer aquella parte del pasado que nunca entendió.

—Por supuesto. Esas tías eran unas imbéciles de tomo y lomo que se hacían las importantes sólo porque habían estado contigo una noche, y no entendía cómo era posible que no te fijaras en mí. Como ves, aunque era tímida, creía en los cuentos románticos —repuso mientras negaba con la cabeza disgustada por su «yo» antiguo, que pensaba firmemente que ella podría conquistar el corazón rebelde del chico más guapo del pueblo.

—Comprende que yo tenía veinticuatro años y tú aún no tenías ni la mayoría de edad...

—Lo sé, lo sé —dijo rápidamente. No quería que pensara que se lo estaba echando en cara, ¡al contrario!—. Sólo me ha hecho gracia oír esas palabras que había imaginado durante demasiados días en una época en la que estaba muy acomplejada por el color de mi pelo y las pocas curvas que poseía —añadió poniendo cara de espanto, algo que lo hizo sonreír.

—¿Estabas acomplejada? Jamás lo habría dicho. Recuerdo que eras muy tímida, sobre todo conmigo, y me alegro de que eso haya cambiado.

—Uf..., ¡ya te digo! Por nada me ponía del mismo color que mi pelo. Además, con lo blanca que soy, el sonrojado era del mismo tono que el tomate..., vamos, un espectáculo...

—Me gusta más la Rocío de ahora que la de antes... A la anterior, prácticamente, no pude conocerla y a la que tengo delante me encantaría conocerla mucho más.

—Pero me dijiste... —replicó ella confundida.

—Sé lo que te dije, Rocío —la interrumpió Tobías con voz ronca—. Ojalá comprendieras que no soy el mismo chico del que te enamoraste. No soy bueno para ti... —susurró con dolor.

—Yo tampoco lo soy para ti, Tobías —confesó ella para su sorpresa.

Se quedaron callados, mirándose a los ojos, intentando descifrar las razones del otro para decir tal cosa, sólo oyendo el sonido de sus respiraciones pesadas, notando cómo la atmósfera que los rodeaba cambiaba drásticamente, cómo la temperatura se caldeaba a su alrededor, sintiendo que sólo existían ellos dos en aquel mundo complicado en el que les había tocado vivir, dos personas con un pasado distinto pero a la vez peliagudo que posiblemente afectaría a su futuro más inminente. Ella pensando en esas palabras pronunciadas por él, y Tobías asumiendo que esa mujer había estado enamorada de él. ¿Todavía sentiría algo? No lo sabía, pero en lo único que no podía dejar de pensar era en cómo sería lamer sus labios despacio, tan lentamente que pudiera arrancarle un gemido de lo más profundo de su garganta. Estaba en un lío, y de los gordos. Llevaba demasiado tiempo sin saber lo que era tener a una mujer entre los brazos, una mujer tan sexy como fantástica, una mujer que lo estaba tentando sin darse cuenta, simplemente mostrándose como era en realidad y, aun así, le tocaba frenar aquella locura, aquella necesidad que se le despertaba cuando se encontraba a solas con ella. No podía dejarse llevar. No quería que le ocurriese nada a nadie más, y mucho menos a ella.

—Creo que no podré volver a dormirme. —Rocío carraspeó, obligándose a desviar la mirada de sus ojos almendrados, que la reclamaban ávidos mientras se ponía en pie rápidamente, apartando de golpe aquella atracción y retomando el control de la situación—. Voy a ver si empiezo a limpiar antes de que mi casa se convierta en lugar de paso obligado para los vecinos.

—Te ayudo —comentó él levantándose también y observando que la tensión entre ambos se

había esfumado con la misma celeridad que había surgido.

—Vete a descansar, Tobías. Aún quedan unas horas para que amanezca. Además, mañana es sábado...

—Lo sé, pero yo tampoco voy a poder dormir.

—Pero dijiste que lo mejor para ambos era mantener las distancias, no ser amigos...

—Lo sé, pero no voy a permitir que limpies esa mierda tú sola —la cortó tajante—. Voy a por una chaqueta y vuelvo.

—¿Te gusta el café?

—Sí.

—Voy a prepararlo, creo que lo vamos a necesitar, y en cantidades industriales.

Tobías sonrió pensando en la suerte —o no, según se mirase— que había tenido al sentir cómo Rocío, gracias a su acción, rompía aquel momento tan tenso y sexual que se estaba formando entre los dos, pues intuyó que, si no lo hubiese hecho, en esos instantes la tendría entre sus brazos, haciendo realidad aquello que se estaba prohibiendo por su propio bien y, sobre todo, por el de ella.

17

—¡Al fin! —jadeó exhausta dejando el rodillo dentro del cubo de pintura blanca y estirando, de paso, su engarrotada espalda.

—Ha quedado como nueva, como si no hubiese ocurrido nada —indicó Tobías, dejando también su rodillo en el mismo lugar que ella.

Habían pasado prácticamente todo el día intentando devolver su aspecto normal a la casa de Rocío, limpiando con disolvente la pintura de la fachada y cubriendo con una masilla especial los arañazos de la puerta del garaje para después poder darle un par de capas de pintura tanto a un sitio como al otro. Tras tantas horas sin parar, sólo para desayunar y almorzar casi obligados por Toñi —que había llamado a los amigos de Rocío para que los relevaran y, así, ellos descansaran y recuperaran fuerzas—, después de presenciar cómo desfilaban por su lado todos los vecinos que querían ver con sus propios ojos cómo la casa de la hija de la ferretera había sido ultrajada, de intentar guardar las distancias e incluso de procurar no tener contacto con la piel del otro, al fin, habían acabado.

—Habéis hecho un buen trabajo —dijo José apareciendo por detrás de ellos.

—¿Se sabe algo? —preguntó Rocío sin más dilación.

—He hablado con Anxo, pero tiene coartada... De momento no tenemos nada.

—Bueno, que tenga coartada no significa que no fuera él —apuntó Tobías—. Puede que hayan mentido para salvarle el culo.

—Es posible... De momento no podemos hacer nada más. Puede ser incluso algo aislado que no se vuelva a repetir, por tanto, esperaremos.

—¿Y si no lo es? —quiso saber Tobías.

—Entonces esperemos que en esa ocasión sean menos cuidadosos y dejen pistas. Lo siento, chicos, pero no puedo deciros más.

—Gracias de todas formas, José... —susurró Rocío cogiendo los cubos de pintura para limpiarlos dentro del garaje.

—¿Cómo está? —preguntó José a Tobías cuando ella se hubo alejado.

—¿Cómo va a estar?

—Ya... —susurró con gesto serio, entendiendo que cualquiera, en su situación, tendría un mar de dudas por saber quién había sido el causante de aquello—. Por lo que veo, vuestra relación va mejor que bien, ¿no? —apostilló mientras le guiñaba el ojo con intención—. ¿Me tocará decirle a Yago que seremos uno menos esta noche?

—Somos amigos, nada más —reiteró Tobías. Parecía que no pudieran serlo...—. No me

acordaba de lo de esta noche. Contad conmigo, claro... —susurró sin un ápice de ganas.

—Así me gusta. ¡Los amigos, lo primero! —añadió divertido—. Bueno, os dejo. Voy a seguir.

—Cualquier cosa que sepas, por favor, házmelo saber.

—Lo mismo te digo, Tobías. Nos vemos dentro de un rato —dijo mientras se alejaba para subirse a su coche y desaparecer de la vista de éste.

—Gracias por ayudarme —susurró Rocío en cuanto lo vio entrar en el garaje—. Sin ti, habría tardado dos días...

—Tú me arreglaste el tejado, es lo menos que puedo hacer por ti —dijo con una sonrisa.

—Si tienes hambre, tenemos la especialidad de mi madre esperándonos en la nevera —comentó sin mirarlo a los ojos, dejando los rodillos alineados para que se secasen, anhelando que aceptase, pero, a la vez, rogando que se negase. Era demasiado contradictorio y ella estaba demasiado cansada como para pararse a analizar aquello.

—Aunque suene a excusa, ya había quedado con Yago y José...

—Ah, claro. Pues entonces corre y ve a prepararte. No hagas esperar a tus amigos —dijo mientras le sonreía.

—Me habría encantado...

—No digas nada —replicó Rocío mientras le tocaba el hombro. Al darse cuenta de lo que hacía, apartó la mano de él como si su piel quemase—. Es mejor así para ambos —añadió sintiendo todavía la calidez de él en las yemas de los dedos y aquella extraña sensación recorriéndole todas las terminaciones nerviosas.

Tobías asintió mientras se obligaba a dar media vuelta para salir del garaje, teniendo grabada en la retina la mirada confundida de la pelirroja, sintiendo todavía ese contacto efímero que lo llenaba de calor mientras caminaba hacia su casa, pensando que el único lugar donde le apetecía estar era precisamente el sitio del que acababa de salir.

Cerró la puerta y se obligó a prepararse para esa noche, en la que saldría con sus dos amigos, aunque en su mente sólo había cabida para esa mujer que, poco a poco, lo llenaba todo con su presencia...

—Las de la derecha no nos quitan ojo —informó Yago.

Tobías sonrió. Llevaban un buen rato en la misma discoteca en la que habían estado el fin de semana anterior, después de haber cenado en un restaurante de la ciudad entre risas y conversaciones, donde José y Yago llevaron la voz cantante, mientras que él intentaba centrarse en ellos y no en lo que estaría haciendo Rocío en esos momentos. Sabía que se había quedado en su casa, hacía un rato había visto a sus amigos entrar en el local y ella no iba con ellos, algo que lo frustró bastante; tenía la esperanza de volver a encontrársela y poder tener la oportunidad de acercarse a ella para hablar de cualquier cosa o incluso sugerirle que lo llevara de nuevo al pueblo, porque lo que tenía claro era que aceptar salir esa noche había sido una mala idea. No lo estaba pasando bien, no le apetecía ver cuántas mujeres había pendientes de ellos, y mucho menos le apetecía ligarse a alguna. Sólo quería saber cómo se encontraba Rocío, nada más... Era cierto que ese pequeño problema que tenía con su vecina y ahora también secretaria se estaba convirtiendo en gigante, pero no podía negar lo que deseaba, y era estar con ella.

—¿No os cansáis de todo esto? —preguntó con curiosidad.

—¿De intentar llevarme a una tía buena a la cama? ¡Por supuesto que no! —anunció Yago con una amplia sonrisa.

—¡Ni yo! —añadió José sin dejar de observar a las mujeres que se les acercaban—. Llevo demasiado tiempo en el redil, ahora me estoy resarcendo con creces.

—Entiendo que José no se haya cansado, pero tú, Yago, ¿me estás diciendo que en todo este tiempo no has tenido ninguna novia formal? —preguntó con curiosidad. Aunque esa cuestión se la había respondido Rocío hacía unos días, quería saber si había más de lo que ella le había comentado.

—Alguna me ha durado un tiempo, pero no gran cosa. Prefiero esto. Cero complicaciones y muchos beneficios.

—¡Di que sí! —añadió José animado.

—Esto ya no es para mí, chicos —confesó Tobías mientras le daba un trago a su bebida.

—¿El qué no es para ti? —preguntó Yago mirándolo con seriedad.

—Esto —dijo señalando la discoteca—. Estar aquí, buscar a una mujer para comenzar a hablar y después llevármela a la cama. Eso lo hacía hace quince años. Ahora ya no me motiva.

—¿Me estás diciendo que ya no te gusta follar? —preguntó Yago incrédulo.

—Yo no he dicho eso —replicó entre risas, más por la cara de susto de su amigo que por la cuestión en sí—. Lo que no me gusta es ligar por ligar. Prefiero otras cosas...

—¿Como cuáles? —quiso saber José.

—Prefiero que me sorprenda, y no tener un día a la semana señalado para intentar encontrar a alguna tía a la que seducir.

—¿Que te sorprenda? —inquirió Yago con un gesto de desagrado—. ¿Me estás diciendo que esperas un flechazo?

—No, no me has entendido. Quiero encontrar a alguien a quien ansíe acariciar, a quien me apetezca besar y arrancarle la ropa. No porque esté buscándola aquí, sino que sea algo tan natural que me encuentre en cualquier lugar, que me sorprenda y que sea imposible de ignorar.

—Joder —soltó Yago boquiabierto—. ¿Qué coño te han hecho en estos quince años?

—No eres el mismo, tío —reiteró José, atónito por lo que acababa de oír.

—Habré cambiado de gustos.

—Lo que te ha pasado es que te has vuelto un calzonazos —bufó Yago mientras negaba con la cabeza.

—¿Por querer algo más que un revolcón con una tía que haya visto un par de segundos?

—¡Sííí! —soltó Yago con efusividad—. Entonces ¿lo que quieres es una futura señora Piñeiro?

—No —dijo él sonriendo. Parecía que sus amigos no entendían que a él ya no lo motivaba salir a ligar como un pasatiempo—. Da igual, parece que no lo comprenderéis jamás.

—Sí, creo saber por dónde vas, y a eso, amigo mío, se lo llama noviazgo —terció José, asintiendo al dar con el meollo del asunto.

—Te equivocas, no quiero una novia, eso sería complicarme todavía más la vida y es lo que menos me apetece hacer ahora.

—Pues, tío, no sé qué estás buscando. Aunque, sea lo que sea, te aseguro que esto es mejor —indicó Yago señalando la sala, donde la gente reía y bailaba—. ¿O es que tú ya has encontrado eso que dices?

—¿A quién?

—A una tía que no hayas conocido en una discoteca. —Yago lo miró interrogante y José prácticamente ni parpadeó, pendiente de su contestación.

—No, qué va. —Aunque en su mente la imagen de Rocío brilló con tanta fuerza que le fue imposible ignorarla—. Pero no pierdo la esperanza.

—Claro —repuso Yago incrédulo—. Mientras tanto, vamos con esas monadas que nos están poniendo ojitos —comentó mientras andaba hacia ellas y José sonreía dispuesto a pasárselo bien.

Tobías negó con la cabeza. Era increíble, pero Yago no había cambiado ni un ápice en todo ese tiempo y José había vuelto a las andadas después de su divorcio, algo que en el fondo entendía. Se acercó a ellos, más para darles apoyo moral que para otra cosa. Lo único que deseaba era marcharse de allí y dejar de hacer algo que no le apetecía en ese momento. Sonrió sin ganas y volvió la cabeza para ver el ambiente de la discoteca, que se encontraba muy animada a esas horas de la madrugada. Se sentía viejo entre todas esas personas, como si ya no encajara, algo que era absurdo, pues también había visto gente de su edad e incluso mayor, pero era lo que sentía en esos momentos. No pertenecía allí, donde antes sí. Lo que antes era divertido ahora le resultaba tedioso y un sinsentido. Lo que antes lo atraía ahora simplemente no le llamaba la atención. Y lo que no debería atraerle ahora mismo no podía quitárselo de la mente...

De pronto, entre toda esa gente vio un rostro conocido. Volvió la cabeza con rapidez clavando la mirada en la pared que tenía enfrente, ignorando a la bonita mujer que intentaba llamar su atención con una amplia sonrisa y una caída de ojos al más puro estilo de Marilyn Monroe. Se quedó quieto, casi paralizado, notando cómo un sudor frío ascendía de lo más bajo de su espalda hasta su cuello. Su respiración se alteró y, sin decir nada, se alejó de allí a grandes zancadas, saliendo de aquel lugar, intentando que no lo viese, anhelando ser él el único que se hubiese percatado de su presencia.

El ambiente gélido de la calle lo devolvió un poco a la realidad, haciendo incluso que dudase de si en realidad lo había visto o era producto de su desbordante imaginación. Se despeinó nervioso, sintiendo que iba a volverse loco de un momento a otro. No podía ser. Nadie sabía que él había vivido cerca de allí. Entonces ¿cómo era posible que estuviera en esa discoteca? «Cálmate, ¡joder!, pareces un puto loco. A lo mejor era alguien que se le parecía», pensó mientras intentaba razonar todo aquello y daba vueltas en círculo, despeinándose y mirándose la punta de los zapatos, tratando de hallar la respuesta a esa locura.

—Tobías —dijo José, que observó cómo él se sobresaltaba al oírlo—. Tío, ¿estás bien?

—No... Creo que me ha sentado mal la cena. Voy a coger un taxi y me volveré a casa —contestó inventándose una excusa plausible para salir de allí cuanto antes.

—Puedo decirle a Yago que nos marchamos...

—No, quedaos y divertíos —comentó mientras sonreía sin ganas.

—Como quieras. Cuídate, ¿vale?

Tobías asintió mientras observaba cómo su amigo regresaba al interior de la discoteca. Sopesó un instante volver dentro y asegurarse de que en verdad era él o marcharse a su casa con esa incertidumbre revoloteando en su mente. Volvió a despeinarse sintiendo cómo su cuerpo lo llevaba lejos de allí a la seguridad de su casa, pero no podía, necesitaba corroborar aquello, aunque arriesgara de ese modo su vida o, en el mejor de los casos, su escondite. Entró en la discoteca, pidió en el guardarropa su chaqueta, para después ponérsela y subirse la capucha para

cubrirse lo máximo posible. Quería ver sin ser visto. Entró de nuevo, intentando bordear la pista, observando a toda esa gente. Cada cara, cada gesto, cada cabello rubio era observado por él minuciosamente, como si anhelara volver a verlo, pero a la vez lo temiese.

Después de pasar un calor brutal y de recorrerse toda la discoteca, salió de allí frustrado y confundido pero a la vez aliviado, pues no había vuelto a verlo. «Ya veo fantasmas donde no los hay», pensó mientras buscaba un taxi para marcharse a su casa y dar por finalizada aquella extraña noche en la que su propia mente le había jugado una mala pasada y le había recordado que no estaba allí por placer, sino por necesidad.

Se bajó del taxi y se quedó en la calle, observando la ventana iluminada de la casa de Rocío, que indicaba que ésta aún seguía despierta. Entonces, pensó en ir a verla, preguntarle cómo se encontraba, pasar un rato con ella, verla sonreír y sentirse un cabrón afortunado cuando posara sus increíbles ojos en él... No obstante, negó con la cabeza y se dio media vuelta. No era buena idea, ¡debía ser fuerte y no caer en la tentación!

Al abrir la puerta de su casa, un papel en el suelo llamó su atención. Tobías lo cogió y leyó:

ALÉJATE DE ELLA.

Tragó saliva para después mirar hacia la casa de Rocío. Pero ¿qué ocurría en ese pueblo?

Cerró la puerta mientras dejaba aquel papel encima de la mesa, dándose cuenta de que tenía que hacer algo al respecto. Se había cansado de esperar a que las aguas se calmaran y aquello, en vez de detenerse, estaba yendo a más... Observó la quietud de aquella casa, el vacío que sentía cada vez que entraba en aquel lugar donde había pasado tantos años con sus abuelos y después sólo con su madre... Uf..., su madre. Aún tenía viva la imagen de ella sobre ese suelo que pisaba, tumbada boca abajo con un charco de sangre a su alrededor, inmóvil, pétrea e indefensa... Apretó los ojos con fuerza para desprenderse de aquella sensación de impotencia y, al abrirlos, un sonido cercano de pisadas lo hizo girarse hacia la calle, como si pudiese ver a través de las paredes. Sin pensarlo —y sintiendo unas fuerzas que pensaba que ya no poseía—, apagó la luz y se aproximó a la ventana que se encontraba más cercana al origen de aquel ruido. Se quedó allí quieto, observando la oscuridad parcial de la calle, sin ver nada en un primer instante. Sin embargo, justo antes de abandonar su búsqueda pensando que habrían sido imaginaciones suyas —una más en aquel disparate de noche—, observó al otro lado de la acera cómo alguien espiaba a través de la ventana iluminada de su vecina.

Tobías salió de su casa como un resorte y corrió hasta allí para poder cazar *in fraganti* a esa persona que espiaba a la pelirroja, pero sus zancadas alertaron al intruso antes de que alcanzara a verlo, y salió corriendo calle abajo sin darle opción a ver siquiera su rostro. Nada, a excepción de su vestimenta: chaqueta negra con capucha tapándole la cabeza y pantalones también oscuros... De espaldas parecía un hombre, pero tampoco podría asegurarlo con rotundidad.

—¡Joder! —bramó con impotencia al haber visto su oportunidad truncada.

Se volvió al oír cómo la puerta de Rocío se abría. Ella lo miró confundida y él se percató de que tan sólo llevaba puesta una camiseta y unas braguitas; pensó que oficialmente ésa debía de ser su ropa para dormir, pues la había encontrado varias veces de aquella guisa.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándolo extrañada, alertada por el grito que había dado él.

—Había alguien espiándote a través de la ventana —contestó Tobías acercándose a ella—. ¿Qué estabas haciendo?

—Viendo una película... ¿Dices que había alguien mirándome?

—Sí —resopló cada vez más preocupado por la situación—. ¿Puedo entrar? Creo que deberíamos hablar.

—Claro —dijo haciéndolo pasar.

—Puedes ir a cambiarte si quieres —susurró intentando no mirar sus pechos, que se intuían a través de la fina prenda. Eran redondos, pequeños y..., «jodidamente perfectos», pensó Tobías

tratando de controlar a su cuerpo, que lo arrastraba hacia ella.

—¿Para qué? Creo que ya me has visto así unas cuantas veces. No creo que te sorprenda ni te asuste volver a hacerlo —añadió ella con indiferencia mientras se encaminaba hacia el salón.

Tobías la siguió, pudiendo tener una maravillosa visión de su trasero respingón y sus largas piernas, que lo hicieron carraspear mientras se concentraba en lo que había ido a hacer allí. Se sentó a su lado y observó que la televisión se encontraba encendida, con la imagen congelada de una película en la pantalla.

—Que no me sorprenda no quiere decir que no me afecte —confesó con voz ronca obligándose a no mirar su cuerpo, algo tan difícil como dejar de respirar.

—¿Te afecta verme así? —inquirió extrañada, posando su increíble mirada verdosa en él.

«Joder, a mí y a cualquiera que tenga un par de ojos», pensó Tobías.

—Todo lo que hagas tú me afecta.

—¿No habías quedado con tus amigos? —preguntó ella cambiando de tema a uno más inofensivo, pues ése se había desviado provocándole algo que no debería pensar.

«Rocío, céntrate, por favor. No mires sus increíbles ojos almendrados, no te fijes en sus tentadores labios ni se te ocurra bajar la mirada a su espectacular cuerpo. Vale, disimula, que comienzas a babear y eso no te ayudará a parecer indiferente a sus encantos. Pero ¿qué me pasa con él? Cuando está cerca, sólo deseo tocarlo y besarlo, y eso... eso me aturde porque jamás me había pasado algo así», pensó.

—Sí, acabo de llegar... —contestó él a su pregunta—. He oído un ruido que me ha hecho asomarme a la ventana y entonces he visto que había alguien merodeando por tu casa.

—Esto es una locura —bufó angustiada mientras colocaba los pies sobre el sofá y se abrazaba las piernas. En ese momento parecía tan inofensiva que Tobías tuvo que frenar a su cuerpo, que lo arrastraba a protegerla por encima de todas las cosas.

—Lo es todavía más... Rocío, desde que me arreglaste el tejado y comenzó el rumor de que habíamos tenido algo, han estado llegándome notas e incluso fotos de manera anónima, avisándome de que no eres buena para mí y que debería alejarme de ti...

—¿Cómo? —titubeó ella atónita.

—Al principio no le di mucha importancia, por eso no te lo conté. Pensé que sería algún pretendiente tuyo que querría apartarme de ti, pero después de lo que te han hecho en la fachada y ahora ver a alguien espiándote fuera de tu casa, justo cuando encuentro dentro de la mía una nota recordándome que tengo que apartarme de ti... No sé, Rocío, todo esto es muy extraño y quiero saber qué pasa para que alguien tenga tanto interés en que tú y yo ni siquiera nos acerquemos.

—No lo sé, Tobías. Ojalá pudiera contestarte y decirte quién puede estar detrás de todo esto. Pero ¡es que no tengo ni idea! Es la primera vez que me está pasado algo así de extremo, es verdad que hace mucho que no se me relacionaba con nadie durante tanto tiempo, pero esto es surrealista.

—Pero ¿te ha ocurrido antes algo parecido?

—Se podría decir que sí, porque lo que me pasa no tiene otra explicación: o hay alguien que malmete en mi contra o tengo un imán en la frente para que todo me salga mal. Me explico, cuando me fijo en un hombre o al revés, de repente, al poco, éste huye alegando cualquier excusa, como si alguien le contara algo de mí que lo hiciera replantearse salir conmigo o se diera

cuenta de que atraigo los problemas, no lo sé muy bien... Me ha ocurrido varias veces con hombres con los que me he relacionado, pero no de esta manera tan contundente.

—¿Puede ser algún ex resentido?

—No, sólo tengo un ex, y es imposible que esté detrás de todo esto. Él no es así.

—¿Lo conozco?

—¿A quién?

—A tu ex.

—Sí.

Tobías la miró, esperando a que prosiguiera y que le dijera el nombre del único hombre con el que había tenido una relación formal, pero ella se calló y él prefirió no preguntar.

—Quiero hacerte una pregunta y quiero que seas sincera conmigo... ¿Tuviste algo con mi padre?

—¡Por Dios, no! —exclamó con determinación—. ¿Por qué piensas eso?

—En las fotos que recibí se os veía juntos.

—Tu padre siempre se portó bien conmigo y jamás tuvimos nada. Éramos más que un jefe y su secretaria, éramos amigos, sólo eso...

—Entonces ¿por qué recibí esas fotos?

—Para que dudara de mí... —dijo con una sonrisa—, que es precisamente lo que has hecho.

—No he dudado de ti. Pero quería asegurarme de que no me equivocaba... —explicó Tobías mientras la miraba fijamente—. Tengo un plan y, si lo hacemos bien, creo que puede resultar.

—Desembucha —pidió ella con interés.

—Voy a contar que esta noche he conocido a una mujer y me he acostado con ella. —Rocío asintió para que prosiguiera, sintiendo cómo se le contraía el estómago. «Mala señal, Ro», pensó intentando centrarse en las palabras de él y obviando la voz de alarma que le lanzaba su mente—. Además, para redondear, empezaré a decir que no te soporto, que te has convertido en una lapa y que no entiendes que lo nuestro sólo fue cosa del momento.

—Vale, creo que sé por dónde vas. Quieres que la gente piense que ni siquiera podemos vernos, para que así dejen de pensar que tenemos una relación y que, por consiguiente, dejen de intentar separarnos.

—Exacto. Todo comenzó cuando creyeron que nos habíamos liado. Tenemos que hacerles ver que lo nuestro acabó.

—No perdemos nada por intentarlo. Parece que no vernos juntos no es suficiente para ellos, pues siguen creyendo que estamos liados...

—Tenemos que hacerlo bien para que todo esto acabe de una vez por todas. Para que crean que nos odiamos tanto que no podemos trabajar juntos.

—Puedo intentarlo —indicó ella con una sonrisa traviesa—. Puedo decir que ya no me ponías en la cama.

Tobías la miró y sonrió.

—Y yo diré que se me hacía cuesta arriba tener que besarte...

—Que tu cuerpo no es tan perfecto...

—Que verte desnuda me revolvía el estómago...

—Que me daba asco que me tocaras...

—Que verte es como estar en el infierno...

—Contaré que me has decepcionado, que no eres para tanto y que tu polla es así de pequeñita —dijo Rocío mientras ponía el pulgar y el índice muy juntos, como si midiese pocos centímetros, haciendo que Tobías se echara a reír al ver el diminuto espacio entre los dos dedos.

—Pues yo diré que no eres la bomba sexual que todos creen y que eres bastante puritana.

—Ay, pobre, tuviste un gatillazo al verme desnuda... —añadió juguetona.

—Tus tetas son pequeñas.

—No sabes lo que es el clítoris —soltó aproximándose un poco a él.

—Y tú lo que es hacer una mamada.

Rocío se echó a reír divertida.

—Feo —insultó sin más, haciendo que él se acercara un poco más a ella.

—Mandona.

—Creído.

—Rara —añadió sin dejar de mirarla ni un segundo.

—Diré que aborrecía tu barba porque es tan áspera que me araña mi delicada piel —dijo Rocío mientras su mano se dirigía, de manera inconsciente, precisamente a la cara de Tobías para tocar el recortado vello que enmarcaba sus tentadores labios y lo hacía todavía más atractivo de lo que era—. Qué suave es —susurró asombrada.

Él la miró fijamente mientras sentía su mano recorrerle las mejillas, obviando sus labios entreabiertos y su pesada respiración causada por su roce, concentrada en su tacto. Un suspiro bastó para que él la cogiera de la nuca y le devorara los labios con un hambre tan atroz como irrefrenable. Rocío gimió al sentir la lengua diestra de él, sus cálidos labios succionando los suyos, sus dientes tentándola. Su boca... Lamerla... Besarla... Deslizar la lengua por sus mullidos labios, batallar con su lengua, rozarla, tentarla, notar las manos de ella rodeándole el cuello, sentir cómo se estrechaba contra su cuerpo y se subía a su regazo abierta a él, semidesnuda... Más besos, más lengua, dientes, jadeos, caricias, anhelo, deseo... Todo había desaparecido a su alrededor. Nada era comparable a eso. A ella. A ese beso que se había prohibido dar. A esa mujer que lo enloquecía, que lo excitaba y lo encandilaba.

Ella se separó jadeante, con la mirada enfebrecida por el deseo, y sonrió mientras se lamía despacio el labio inferior. ¡Tobías quería volver a besarla! Rocío le guiñó entonces un ojo y se levantó del sofá mostrándole su maravilloso cuerpo, dejándolo desamparado.

—Tobías... —susurró todavía afectada por el beso.

—Lo sé —dijo tragando saliva, intentando frenar a su cuerpo, que lo arrastraba de nuevo a ella, aunque su mente le decía que aprovechara aquel parón y saliera de allí cuanto antes.

Ella se dirigió a la puerta de entrada. Él la siguió mientras se percataba de que ella se encontraba igual que él, excitada, temblorosa, y podía asegurar que también quería más, aunque, como le ocurría a él, la razón había puesto el freno de mano en aquella situación. La miró a los ojos antes de que abriera la puerta, se acercó a sus labios y le dio un suave beso que la hizo ahogar un gemido.

Tobías sonrió mientras le guiñaba un ojo y salía a la calle. Había conseguido averiguar a qué sabía y, como se había temido, quería más, mucho más... Podía decir que su sabor preferido era el de esa pelirroja que acababa de cerrar la puerta de su casa y que le había dado el aliciente que necesitaba, esa chispa que creía perdida, esas ansias de volver a vivir para poder crear un futuro alternativo al que se encontraba condenado.

Abrió los ojos y observó que por la ventana entraba claridad. Extrañado, cogió el móvil y observó que eran pasadas las nueve de la mañana. Sonrió mientras se colocaba un brazo debajo de su cabeza. Llevaba tanto tiempo sin dormir del tirón que pensó que jamás lo lograría, pero esa noche lo había conseguido... La imagen de los labios mullidos de Rocío lo sacó de la cama. Tenía mucho que hacer y allí metido no conseguiría que todos los habitantes de ese pueblo supieran que él, Tobías Piñeiro, no soportaba a la atípica y deslumbrante pelirroja.

Después de una ducha y de desayunar algo rápido se encaminó al campo de fútbol, si las costumbres seguían intactas, encontraría a dos equipos jugando y a algunas personas observando la pachanga, algo que le vendría bien para comenzar a hacer correr los rumores.

Como había predicho, el campo estaba lleno de gente y él comenzó a lanzar pullitas para que esas personas fueran las encargadas de hacer circular su actual situación. Cuando se aseguró de que la mayoría de los presentes sabían lo que había hecho la noche anterior, se fue al bar, donde seguramente encontraría al resto tomando un aperitivo.

—¡Al fin! Ya pensé que me tocaría llamar a emergencias —soltó Yago en cuanto lo vio aparecer, lo que hizo que Tobías sonriera mientras se acercaba a él.

—He estado bastante ocupado —indicó guiñándole un ojo mientras se sentaba en el taburete de al lado.

—¿Y eso? Me dijo José que tuviste que marcharte anoche porque te encontrabas mal... No me digas que te has quedado todo este tiempo abrazado al váter...

—No. —Sonrió divertido—. Al final no tuve que coger un taxi para volver a casa.

—¿Y eso?

—Salió una preciosa mujer de la discoteca, comenzamos a hablar y, bueno, una cosa llevó a la otra y me acompañó a casa...

—Joder, ¿qué me estás contando? Al final conseguiste lo que querías, ¿no?

—Pues ya te digo. Se me pasó todo el malestar de un plumazo. ¡Menudo bombón!

—¿Es del pueblo?

—No, qué va —repuso con rotundidad antes de interrumpir un momento su explicación para pedirle una cerveza a Ernesto—. Tengo su teléfono y no descarto volver a verla...

—Cojonudo —añadió Yago con alegría al ver que su amigo había ligado—. Bueno, no es por nada, pero nosotros también triunfamos anoche —indicó con una sonrisa resplandeciente.

—No esperaba menos de vosotros —comentó oyendo cómo la puerta del bar se abrió y varios cuchicheos y miradas furtivas le daban la pista que necesitaba para saber quién había hecho acto de presencia.

La vio pasar por su lado contoneando sus caderas en unos vaqueros de pitillo claros; su melena caía suelta, y le costó un mundo no cogerle la mano para volver a probar esos labios tentadores que poseía. Rocío, tal como habían acordado, pasó por su lado ignorándolo, se acercó a la mesa de sus amigos y se sentó encima de Aleixo mientras le pasaba el brazo por la espalda y se amoldaba a su cuerpo como si fuera algo común en ellos.

—Parece que ella también ha pasado página —susurró Yago al percatarse de hacia dónde miraba su amigo.

—Le doy unos días. Esa mujer es insoportable —contestó sin sentir esas palabras; es más, lo que realmente deseaba era cogerla de la mano y llevársela a un lugar íntimo donde pudiera

arrancarle gemidos y volver a saborear sus maravillosos labios. Desde que los había probado no había podido parar de pensar en hacerlo de nuevo, algo que intentaría cuanto antes. ¡Ya se había cansado de reprimir lo que ansiaba con todo su ser!

19

Miró la hora en su reloj. Iba un poco apurado de tiempo, los lunes eran días de mucho trajín, pero necesitaba saber si aquel rumor que había llegado hasta sus oídos era cierto, porque, si lo era, todo podía cambiar en favor de su causa.

—Me han dicho que han venido preguntando por Tobías —soltó en cuanto tuvo a Anxo delante.

—Sí —contestó él mirándolo fijamente mientras se limpiaba las manos de grasa con un trapo—. Fue el viernes.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Estaba terminando de arreglar un coche, era por la mañana, sobre las doce. Entraron en el taller dos hombres vestidos de negro, más altos que yo, rondarían los dos metros sin problemas, cabello rubio y acento marcado. Creo que podrían ser del Este de Europa. Me dijeron que estaban buscando a un hombre que había vuelto después de mucho tiempo. Me dijeron un nombre, pero no lo asocié con nadie que conocía..., ahora mismo no lo recuerdo, creo que comenzaba por «R» o por «S»... ¡Da igual! Eso es lo de menos... Hasta que me enseñaron una foto —dijo negando con la cabeza dando a entender lo que sintió al verla—. Se veía a una pareja. Una chica rubia, muy guapa, abrazada a ese hombre que acaba de volver y al que se lo relaciona con Rocío. Tobías, si es que en realidad es su verdadero nombre.

—Ése sí lo es; el otro, lo dudo... Y dime, ¿les dijiste dónde podían encontrarlo?

—Al principio dudé, pero sí, se lo comenté, pues me dijeron que eran amigos suyos pero que habían perdido el número de teléfono y querían contactar urgentemente con él. Según uno de ellos, la razón de ir a buscarlo era porque esa chica que salía en la foto abrazada a él era su novia y estaba embarazada de él...

—Embarazada —reiteró mientras asentía con la cabeza, confirmando que Tobías no era tan bueno como mostraba, algo que él ya sabía desde hacía mucho tiempo.

—Eso me dijeron. No sé, esos dos hombres no me gustaron nada. Tenían una manera de preguntar, me miraban de una forma...

—¿Y por qué les dijiste dónde estaba si no te dieron buena espina?

—Porque quiero que vuelva a marcharse —confesó mientras apretaba el trapo con saña—. Es difícil hablar contigo de este tema, porque tú y ella... —susurró Anxo sacudiendo la mano en el aire, dándole a entender así a lo que se refería.

—Tuvimos una relación —terminó la frase por él.

—Exacto. Pero la verdad es que quiero que se marche, que deje este pueblo para que Rocío

vuelva a estar libre.

—Parece ser que ya no están juntos, o por lo menos eso es lo que dicen los vecinos.

—No me creo esa patraña. He visto cómo la mira, y ella lo mira igual... ¡Y no quiero, joder!
—bramó Anxo con frustración.

—Bueno, hagamos una cosa —indicó con astucia al ver un aliado más en su plan—. Lo que acabas de contarme no se lo digas a nadie más. Trataré de indagar, saber quiénes son y por qué buscan a Tobías. A ver si vienen a por él para llevárselo o qué pretenden.

—De acuerdo. No diré nada —respondió contundente—. Por cierto, sobre lo que se dice de Rocío y Roi...

—Es una calumnia.

—¿Y sabes quién la ha difundido?

—El propio Roi, aunque no entiendo por qué razón...

—Si es mentira, ¿cómo sabe que Rocío tiene un tatuaje en la nalga derecha?

—No lo sé. De mis labios tampoco ha salido esa información. Supongo que ella ha tenido algo más con otro hombre... —susurró sintiendo cómo se le contraía el estómago al pensarlo. Ya le costaba mirar a los ojos a Anxo sabiendo que éste había tenido la suerte de acostarse con la pelirroja como para sumar más ligues a la ecuación.

—Es posible —dijo cambiando el peso de una pierna a la otra. Pensar eso le revolvía el estómago. Ya era difícil hablar con ese hombre, con el que Rocío había tenido una relación formal, como para pensar que alguien más había visto lo que él ansiaba tener para siempre.

—Aunque eso es lo de menos, Anxo. Lo que no quiero es que nadie lastime a Rocío.

—Lo sé. Yo tampoco, aunque me repatee saber que no quiere nada conmigo.

—Si vuelven, por favor, dales mi número de teléfono —añadió con determinación—. Y, lo dicho, no he venido hasta aquí y esta conversación no ha existido.

—Claro, así lo haré. Mantenme informado.

—Por supuesto. Rocío no se merece estar con un hombre como Tobías —dijo mostrándole una sonrisa mientras salía del taller.

Se colocó las gafas de sol y se dirigió a su coche. Necesitaba encontrar a esos dos hombres, era de vital importancia saber qué había hecho Tobías durante esos años que había estado desaparecido, con esas personas que habían intimidado al mismísimo Anxo, un hombre capaz de amedrentar a cualquiera con su corpulencia. Se sentó tras el volante sonriendo y sintiendo que estaba cada vez más cerca de conseguir su propósito. Si tenía que aliarse con aquel hombre que había tenido la suerte de tener una noche de pasión con Rocío, lo haría. Ya se ocuparía después de Anxo si ella volvía a fijarse en él, claro está...

Aquel lunes fue diferente por muchos motivos: los rumores habían cambiado y ya no se hablaba de Tobías y Rocío como amantes, sino que todos especulaban para saber quién era esa mujer misteriosa que había desbancado a la pelirroja. Además, a eso había que sumarle que él la ignoró por completo cuando pasó hacia su despacho, ni siquiera la saludó, como era su costumbre, y mucho menos la miró, cosa que frustró bastante a Rocío, aunque le costara reconocerlo. El plan funcionaba de maravilla, lo que en parte la alegraba, pues ya era suficiente batallar con la idea de que su buena amiga siguiera en sus trece y no quisiera escuchar su versión de los hechos como para añadirle un hipotético romance con un hombre que la trastocaba sólo con posar sus increíbles ojos almendrados en ella. ¿Por qué Roi se había inventado algo así? Ésa era la pregunta que la carcomía por dentro y no la dejaba descansar, pues jamás se había fijado en ese hombre; desde que Lúa había posado sus ojos en él, para ella era terreno vedado. La amistad antes que nada... No obstante, parecía que Lúa no la conocía tan bien como para saber que no haría tal cosa. Rocío incluso volvió a presentarse la tarde anterior en la casa de su amiga con la esperanza de que ésta recapacitara y la dejara hablar. Sin embargo, sólo obtuvo el silencio como respuesta y, abatida por las circunstancias, volvió a su casa sintiendo que la había perdido para siempre.

Levantó la mirada hasta la puerta del despacho de Tobías rememorando aquel beso que se habían dado la noche del sábado. Disimuló una sonrisa al recordar sus manos envolviéndole la cara, sus labios poseyendo con calor y devoción su boca, y tuvo que moverse inquieta en su silla al sentir cómo su cuerpo se preparaba para volver a experimentarlo. Para ella, ese beso había significado sentir lo que era la verdadera pasión, el erotismo y el desenfreno, algo que jamás había experimentado pero de lo que sí había hablado con Lúa en multitud de ocasiones. Su amiga le juraba que eso existía de verdad, y ella, más por hacerla rabiar que por otra cosa, contestaba que todo era una invención de esas novelas que leía... Si ahora pudiera, si todo fuera diferente, correría a confesarle que llevaba razón, que ese frenesí existía y que le daba miedo haberlo descubierto con un hombre que había vuelto al pueblo sin dar ni siquiera una vaga explicación de lo que había hecho tanto tiempo fuera. Realmente ese pensamiento, el no saber cómo era el verdadero Tobías, había sido lo que la había ayudado a separarse de él para acompañarlo a la puerta. Aunque, cuando la cerró, se dio cuenta de que lo que más deseaba era descubrir un mundo nuevo de sensaciones tan brillantes, tan deslumbrantes, que todo lo que había vivido en el pasado se quedaba a la altura del betún, importándole muy poco las posibles consecuencias de su posible elección, dándole igual qué hubiera hecho Tobías en esos quince años, simplemente

aferrándose a esa novedad y poder sentir de verdad con ese hombre atrayente y misterioso, con ese adonis que había vuelto para enseñarle lo que era de verdad el deseo.

Ahogó un suspiro y siguió trabajando, tratando de desechar todo aquello de su mente. Sabía que lo mejor para ellos era eso: aparentar que se caían mal y mantener las distancias, aunque dejarse llevar era cada vez más tentador, y más aún desde que había probado cómo besaba su ahora jefe...

El sonido del teléfono la despejó por completo. Descolgó e intentó que su voz sonara lo más indiferente posible, aunque su interior estuviera revolucionado, como si las hormonas camparan a sus anchas, y parecía más una adolescente a la que acababa de besar su primer chico que una mujer que había tenido entre sus piernas a unos cuantos...

—Dígame.

—Entra, necesito tu ayuda —le pidió Tobías.

—Ahora mismo, señor Piñeiro —contestó mientras dejaba el teléfono sobre su base.

Se levantó de la silla y se dirigió al despacho. Antes de abrir llamó a la puerta y esperó a que él le diese paso. Se había propuesto que en el trabajo sus compañeros se dieran cuenta de la frialdad que reinaba entre los dos, y qué mejor que hacerlo de esa manera: hablándole de usted y aparentando que le caía mal desde el principio.

—Cierra, por favor —indicó Tobías tras su mesa repleta de papeles.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a él, una vez a salvo de las miradas curiosas de sus compañeros de trabajo.

—Es el contrato que tenía sobre la mesa, supongo que me lo has dejado tú aquí —dijo mientras la veía acercarse, repasando su atuendo. Aquella mañana se había puesto un vestido con unas medias negras que lo dejaron unos segundos noqueado.

—Sí, antes de que llegaras.

—¿Lo has leído?

—No, pero si quieres lo hago. Normalmente ese tema lo llevaba tu padre y, después, Olalla...

—Ven, porque me estoy volviendo loco con estos términos, que no recuerdo de mis años de universidad —señaló para que ella se pusiera a su lado.

Rocío se acercó y cogió el dossier que ella misma le había facilitado. Se apoyó en la mesa mientras lo leía, a pocos centímetros de él; si quería, podría rozar con la mano sus piernas, subirle la falda y... Tobías carraspeó con dificultad, llamando la atención de la pelirroja, y negó con la cabeza para que ella prosiguiera con su lectura, como si no le ocurriese nada, aunque su mente se había propuesto algo a lo que ya se había rendido a que sucediera. La volvió a mirar. Estaba muy concentrada leyendo mientras se mordía el labio inferior, pero no pudo mantenerse quieto, era demasiado tentador, y él... él ya había perdido la poca fuerza de voluntad que le quedaba para frenar aquello. Poco a poco, su mano comenzaba a acercarse a las piernas envueltas con unas finas medias negras. Cuando alcanzó la más cercana a él, oyó un gemido de sorpresa de la pelirroja, que clavó sus maravillosos ojos en él, mostrando su asombro y su excitación al notar la caricia. Dejándose llevar por lo que sentía en ese momento, Tobías se levantó entonces de la silla, cogió el dossier y lo dejó sobre la mesa para, después, con celeridad y seguridad, poseer su boca entreabierta con la misma necesidad que aquella noche, cuando no pudieron ponerle freno a esa atracción. Se colocó entre sus piernas y ella le cogió la nuca para profundizar más en el beso,

para devorar con ardor sus labios. No se cansaba de sentir aquel fuego que lo prendía todo, incluso la poca razón que pudiera quedarle. Era como si, al notar los labios de Tobías sobre su boca, todo desapareciera a su alrededor. Las manos de él avanzaron por su pierna, hacia arriba, ella jadeó al sentir cómo alcanzaba su trasero, envolviéndolo con fuerza y posesión, excitándola hasta tal punto de notar las braguitas húmedas y el sexo contrayéndose por el placer, uno sin límites que rozaba la locura, tan dulce y caliente que nublaba la razón. Cegada por las sensaciones, Rocío comenzó a acariciar a Tobías, metiendo una mano por debajo del jersey azul que él llevaba, notando su torso esculpido, su maravillosa y cálida piel, y creyendo que podía morir en ese mismo momento porque ya podía decir que sabía lo que era el deseo sin control, ese que la estaba arrastrando a besar a su jefe en su despacho, sin importarle que a escasos pasos de ellos sus compañeros estuvieran trabajando.

El sonido de alguien llamando a la puerta los hizo separarse a toda velocidad. Rocío se recompuso el vestido y se alejó de él.

—Si no le gusta cómo trabajo, ya sabe lo que tiene qué hacer —soltó en un tono un poco más alto de lo normal, dirigiéndose hacia la puerta y abriéndola de golpe.

Quien había llamado era nada más y nada menos que Olalla...

Las dos mujeres se miraron con curiosidad, pero Rocío pasó por su lado haciéndole ver lo furiosa que estaba, aunque en realidad lo que se encontraba era frustrada por no poder seguir besando a su atractivo jefe.

«En menudo lío te has metido tú solita, Ro», pensó mientras se sentaba tras su mesa y observaba la puerta cerrarse, ocultando al objeto de su deseo e intentando que su cuerpo se calmara. Quería más, mucho más, pero sabía que estaba cruzando una línea que se había impuesto ella sola, algo que temía que trastocara todo su mundo, pues, después de él, no podría conformarse con las migajas, cuando había averiguado al fin lo que era sentir con cada terminación nerviosa de su ser.

Miró la hora por enésima vez en esa noche. Se encontraba nerviosa, ansiosa, y comenzaba a enloquecerla aquella situación. Estaba en su casa, tras una jornada laboral bastante frustrante y desquiciante, pues no volvió a entrar en aquel despacho, aunque Tobías la había llamado en un par de ocasiones, algo que ella rehusó de la mejor manera posible. No obstante, no podía volver a perder el control y permitir que su mente se nublase sólo con sentir cómo él la besaba o la acariciaba. Si Olalla hubiese abierto la puerta sin llamar, los habría encontrado metiéndose mano, algo que habría desbaratado todo aquel plan que se habían inventado para que los demás creyesen que no estaban juntos. Resopló inquieta, mirando la oscuridad de la calle, la calma reinante a esas horas, cuando los vecinos acababan de cenar y se disponían a ver la televisión, dando por finalizado el día. Se levantó del sofá dándose cuenta de que debía hablar con él, necesitaba decirle que no podían volver a perder los papeles y dejar que esa atracción los llevara a vivir algo que ninguno de los dos deseaba de manera consciente. No debían dar ese paso, era de vital importancia no dejarse llevar, pues para Rocío todo era demasiado nuevo como para controlar lo que sucedería después, cuando saciaran aquel apetito sexual, cuando se cansaran del otro, cuando se dieran cuenta de que no podían seguir juntos. Era demasiado lo que perdería por sentir algo que jamás había vivido.

Antes de salir de su casa, miró a ambos lados de la calle y salió corriendo hasta la puerta de

su vecino. Llamó con los nudillos para no alertar a los vecinos con el sonido del timbre. Al poco, Tobías le abrió. Iba descalzo, con unos pantalones de algodón anchos y sin camiseta... Su increíble torso musculado estaba perlado de gotitas de sudor, pero unos tatuajes que ascendían por su brazo derecho y que llegaban hasta su pectoral la dejaron boqueando como si fuera un pececillo, tanto que se le olvidó por un instante que podía hablar e incluso moverse. Aquella visión era digna de memorizar y de evaluar exhaustivamente, e incluso de palpar, para asegurarse de que no era producto de su imaginación y que ese hombre era así realmente. «Jo... der...», pensó perdiéndose en aquella imagen suya tan erótica.

—¿Ocurre algo? —susurró Tobías mientras la hacía pasar para cerrar la puerta y que nadie los viese.

—Eehh... —Rocío cabeceó intentando recuperar la concentración.

Sin embargo, esa tableta de chocolate y esa uve señalando la zona prohibida la cautivaron demasiado como para no evaluarla con detenimiento. «Debería ir sin camiseta todo el día. Ay, madre, ahora puedo afirmar con pruebas que Tobías está para hincarle el diente y dejarlo ahí por si las moscas...», pensó sin ni siquiera parpadear.

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado al verla tan desorientada.

—Sí, sí. —Carraspeó con dificultad apartando la mirada de su magnífico torso para posarla en sus increíbles ojos—. ¿Estabas haciendo ejercicio?

—Sí —dijo con una sonrisa mientras se acercaba a la cocina para beber agua.

—He venido hasta aquí... —comenzó a decir ella, siguiéndolo mientras admiraba su fuerte espalda y su cintura estrecha. «Madre mía, me he metido sola en la boca del lobo y me da a mí que no sé si sabré salir o, peor aún, no sé si querré salir de una pieza», pensó dándose cuenta de que comenzaban a flaquearle las fuerzas, esas que había ido reuniendo en la soledad de su casa— para hablar contigo.

—Pues tú dirás —indicó antes de beber agua mientras ella no perdía detalle de cada uno de sus movimientos: de sus brazos tatuados tensándose para acercarse el vaso a los labios, de esa boca húmeda que bebía con avidez, de esa gota que envidió por un instante y que se paseó por sus pectorales perfectos.

—No podemos dejar que nos vuelva a pasar —soltó de memoria, casi sin darse cuenta de que estaba verbalizando la frase que se había repetido hasta la saciedad, más para autoconvencerse que por otra cosa.

—¿El qué? —soltó Tobías echándose el cabello hacia atrás, tan despeinado y rebelde como él mismo.

Era un adonis y besaba de una manera que la enloquecía. «No pienses eso, Ro, que al final vas a salir en llamas», se dijo intentando recomponerse, aunque fuera difícil, pues su libido comenzaba a dispararse y sólo ansiaba una cosa, algo que ella misma se había prohibido pero que cada vez le resultaba más apetecible y tentador.

—Ya sabes el qué —contestó apoyando una mano sobre la encimera de la cocina, intentando mostrar una calma y una determinación que no sentía en absoluto, pues lo único que deseaba era atrapar esos labios con sus propios dientes mientras hundía las manos en aquel cabello rebelde.

—No —dijo él con una sonrisa tan traviesa que calcinó sus braguitas en el acto.

—Tobías, no podemos tener nada —murmuró con voz ronca, casi jadeante, verbalizando algo que no sentía.

—Lo sé, Rocío, y no quiero, pero... —dijo acariciándole con lentitud la mejilla, haciendo que se le olvidara todo o que incluso no le importara.

Su mirada, su tacto, su cercanía volvieron a crear esa burbuja que los envolvía. En su interior no había cabida para la razón, sino tan sólo para el deseo, uno tan palpable que los arrastraba hacia el otro con una fuerza que dejaba la razón enterrada bajo su peso.

—Bésame —jadeó Rocío perdiendo aquella batalla que ella misma se había impuesto, dándose cuenta de que se había quedado sin fuerzas y de que lo quería todo con él, sin importarle lo que sucediera luego, anhelando volver a sentir aquel fuego que lo arrasaba todo a su paso.

—Joder, pensaba que jamás me lo pedirías —gruñó excitado mientras envolvía con su mano la nuca de ella.

Buscó con desesperación sus labios entreabiertos y ambos se fundieron en un beso tan urgente como frenético. Gemidos, respiraciones aceleradas y sus manos explorando el cuerpo del otro con ardor, deseando llegar a más, anhelando sentirse sin barrera alguna. Rocío se amoldaba a sus exigencias, se estrechaba contra su cuerpo. Comenzó a acariciar su torso, pasando despacio su mano por cada músculo, haciendo que él perdiera la poca razón que poseía en ese momento. De repente, sintió cómo las traviesas manos de la pelirroja comenzaban a bajarle el pantalón, agarrándole las nalgas, haciendo que gimiera al sentir su mano en su trasero.

—Me estás volviendo loco —jadeó mientras la alzaba del suelo y la sentaba en la encimera, para colocarse justo entre sus piernas.

Sin dejar de besarla ni por un instante, comenzó a acariciarle las piernas todavía enfundadas en esas medias que ansiaba arrancar, subiéndole poco a poco el vestido mientras notaba las manos revoltosas de ella acariciarlo sin compasión, tentándolo, llevándolo al límite, uno que ni siquiera sabía que existía, pues con ella todo era llevado al máximo de sus posibilidades. Se miraron un instante, enfebrecidos, jadeantes, excitados. Ella alzó los brazos para que él le quitara el vestido, y así lo hizo, descubriendo su maravillosa piel, esa que ansiaba tanto lamer. La observó un instante para embeberse de su imagen natural. El cabello lo tenía revuelto, los labios enrojecidos e hinchados por sus besos, la respiración alterada, y estaba tan preciosa en esos momentos, tan seductora, tan única, que deseó poder detener el tiempo para retenerla por siempre para él. Observó sus pechos envueltos en la fina tela de encaje blanco, liberó uno y lo devoró con tantas ansias que incluso gruñó de satisfacción por haber conseguido probarlos. Le torturó sin compasión el pezón, notando las manos de ella en su cabello, abrazándose a él con las piernas, sintiendo cómo su sexo se adivinaba húmedo oculto bajo sus braguitas y esas medias que comenzaban a estorbarle, gimiendo con cada roce de él mientras Tobías la degustaba con ardor. Ahora no tenía dudas: ella era su sabor preferido. Le sacó el otro pecho, que se alzó con descaro sobre el sujetador. La miró, tenía los ojos brillantes, sin dejar de balancear su cuerpo, anhelando más, y él..., ¡él quería dárselo todo! Aunque fueran directos al infierno, aunque estuvieran condenados a vagar eternamente por el purgatorio, culpables de caer en esa tentación que habían intentado frenar de todas las maneras posibles, pero sin éxito alguno, pues habían querido probar lo prohibido. Sin embargo, Tobías jamás había deseado algo con tanto ahínco, y ella... ella estaba tan hermosa, tan majestuosa, que tuvo que rendirse a sus pies y adorarla como nunca había hecho antes con ninguna otra mujer.

—Levanta el culo —dijo agarrándole el borde de las bragas y de las medias.

Rocío se mordió el labio mientras alzaba su cuerpo para que él pudiera quitarle las prendas,

sintiendo cómo todo se volvía confuso y, a la vez, tan nítido, como si estuviera viviendo un sueño que había recreado en su mente demasiadas veces como para ser real. Él la miraba, abierta y desnuda, tan mojada que era impensable para ella aquel grado de excitación, pero todo con él era diferente, todo era llevado a un plano superior, uno que ni siquiera sabía que existía y que estaba ansiosa por conocer en profundidad.

—Me encantaría lamerte entera, pero ahora sólo puedo pensar en follarte —dijo mientras tentaba su clitoris con uno de sus dedos, haciendo que Rocío gimiese descontrolada, al borde de un orgasmo tan mayúsculo que incluso la sorprendió por sentirlo tan sólo con rozarla un poco.

—Tomo la píldora —jadeó mientras se cogía del borde de la encimera, anhelando que él cumpliera su deseo.

—Estoy sano.

—Lo sé.

Tobías ahogo una blasfemia mientras liberaba su erección sintiendo que podía alcanzar el clímax nada más oír esa frase. Esa confianza ciega que tenía puesta en él lo enloquecía, pues, para él, saber que lo creía era como un chute de adrenalina. Jamás pensó que eso lo llevara a excitarse tanto, pues nunca nadie había confiado de esa manera en él. La miró a los ojos, asegurándose de que ella también lo deseaba, y guio su pene hacia su abertura, que lo recibió con tantas ganas que los dos gimieron a la vez, al sentirse al fin conectados, piel contra piel.

—Mírame —le pidió Tobías mientras comenzaba a moverse.

Rocío lo miró, al protagonista de sus sueños adolescentes, a la persona de la que había estado enamorada durante tantos años, al hombre al que había tenido que decir adiós sin que él supiera lo que ella sentía. No obstante, ahora todo eso era insignificante, pues ahora él estaba allí. Ambos estaban desnudos, saciando aquella necesidad que los ahogaba, jadeando cada vez que él se abría camino más profundamente, más fuerte, más rápido, sin darle tregua, firmando con cada embestida esa atracción irrefrenable, ese deseo al que habían intentado poner límites, algo que había sido imposible, pues ambos estaban predestinados a sentirse así, conectados, convirtiéndose en un solo ser, sin dejar de mirarse, rozando el nirvana con cada arremetida, diciéndose palabras que no podían verbalizar, pues era demasiado complicado de explicar, pero sintiéndolas como si las dijeran. Rocío no pudo más y alcanzó un orgasmo tan bestial que incluso la sorprendió por su velocidad y su potencia. Gimió sin control sin dejar de llamarlo por su nombre y él llegó al clímax sintiendo como si se quitara un peso de encima, pensando que a lo mejor no había sido tan mala la idea de volver y dejarse llevar con esa pelirroja que lo había hecho sentirse como él siempre había deseado ser...

Toda la excitación se esfumó después del último gemido, dejando la dura realidad ante ellos. Rocío lo miró con curiosidad, todavía se encontraba recuperando el aliento y seguían unidos. Tobías levantó los ojos y sonrió tímidamente mientras le daba un pequeño beso en los labios y salía de su interior sin decir palabra. Rocío se temió, por su actitud esquiva, que se estuviera arrepintiendo de haber dejado que ocurriera, lo que la hizo tomar el control de la situación. ¡No quería ser ni el estorbo de nadie ni una equivocación! Aunque la fastidiara ser una cosa o la otra.

—¡Ha estado bien! —exclamó dando un salto para bajarse de la encimera y, así, comenzar a recoger su ropa interior y ponérsela sin ni siquiera mirarlo a los ojos—. Ahora toca descansar, que mañana hay que trabajar.

—¿No te quedas? —preguntó él, observando sus movimientos frenéticos. Se notaba que

deseaba salir de allí en el menor tiempo posible, aunque él no sabía el porqué de aquella repentina prisa.

—No —contestó con rotundidad, afanándose en abrocharse el sujetador. Él seguía espléndidamente desnudo, contemplándola, sin hacer el amago de vestirse. «Ay, Ro, cómo está el vecino y cómo te ha hecho sentir...», pensó mirando de reojo su fibroso cuerpo, marcado por el ejercicio físico—. Me gusta dormir sola y en mi cama.

—¿Estás bien?

—¡Por supuesto! Bueno... ¡Nos vemos! —exclamó mientras se colocaba el vestido, cogía las medias con la mano y se encaminaba con celeridad a la puerta de la calle, dejando a Tobías extrañado ante su actitud esquiva, sin entender qué le habría pasado para marcharse tan rápido de su casa.

Prácticamente huyó de allí, sin darse cuenta de que, oculto entre las sombras, alguien la había visto salir de la casa mientras se recolocaba la ropa, visiblemente acalorada, zarandeando las medias a medida que cruzaba la calle casi a la carrera. Esa persona maldijo su suerte por dentro y la siguió con la mirada hasta que entró, de nuevo, en su casa. Luego dio media vuelta e hizo lo propio mientras pensaba en el siguiente paso que le tocaría dar para conseguir su propósito, pues se había cerciorado de que ellos dos seguían juntos y de que aquel rumor de que estaban enemistados era simplemente una patraña...

21

Rocío alzó la mirada hacia el despacho de Tobías, que había llegado a la empresa hacía unos minutos y ni siquiera la había mirado. Sabía que era parte del plan, pero, aun así, la repateaba sentir esa indiferencia cuando la noche anterior no había podido frenar la atracción que sentía por él. Tragó saliva mientras se obligaba a concentrarse delante del ordenador, sintiendo todavía aquel cosquilleo latente en su piel, los besos de él en sus labios, sus manos envolviendo su cuerpo, su tacto, su calor, su olor... Era una locura, pero jamás había sentido algo parecido, ese grado de excitación, esa manera de perder la noción del tiempo, esa sensación que la llenaba por dentro y que hacía que se sintiera distinta, como si fuera otra persona, como si hubiese nacido para eso, como si existiera sólo para estar con él... Y lo peor de todo era que seguía necesitando sus manos, sus besos y su presencia. ¡No le había bastado con hacerlo una vez! Quería más, y eso... eso sí que era nuevo. Abrió el correo pensando en él y sabiendo que se había marchado de su casa casi como una fugitiva. No obstante, no podía continuar a su lado, era impensable hacer como si no hubiese ocurrido nada, pues para Rocío todo había sido tan distinto como novedoso, y eso, aunque le costara reconocerlo, le daba terror, pues no tenía ni idea de cómo debía comportarse ahora con él...

De repente, un correo del protagonista de sus pensamientos la hizo esconder una sonrisa bobalicona:

Rocío, entra con algún papel y que te vean muy seria. Quiero hablar contigo sin testigos.

Ella cogió un dossier que tenía a mano, se levantó de la silla mientras se bajaba la falda y se dirigió al despacho de éste.

—Señor Piñeiro —dijo antes de cerrar la puerta para que sus compañeros la oyeran—, aquí tiene el informe que me ha pedido —anunció cerrando a su espalda.

Al volverse se encontró con la mirada hambrienta de Tobías, que estaba sentado ante su mesa, observándola de arriba abajo. Rocío se le acercó y dejó el dossier sobre la mesa.

—Siéntate —susurró él con voz ronca.

La pelirroja se sentó cruzando las piernas con coquetería, percibiendo que no había sido buena idea ponerse precisamente ese día una falda tan corta —mucho más que la del día anterior—, pues la mirada de él y el recuerdo de lo sucedido la otra noche revoloteaban con fuerza a su alrededor, caldeando el ambiente e incluso haciéndolo irrespirable. Sin embargo, ansiaba saber si a él le ocurría lo mismo, darse cuenta de que estaban los dos condenados a sentir aquella

atracción que no tenía freno ni tampoco fin, percatarse de que no eran figuraciones suyas provocadas por su desbordante imaginación, sino algo que ansiaban sentir de verdad. Lo de la noche anterior había sido distinto, había sido único, había sido perfecto...

—Tú dirás.

—¿Por qué te marchaste tan pronto ayer? —preguntó clavando su maravillosa mirada en ella.

—Ya te lo dije... Me gusta dormir sola —respondió notando de nuevo aquel cosquilleo que la hacía flaquear. ¡Y eso que estaba la mesa de por medio!

—Lo de anoche...

—Estuvo muy bien, pero... —lo interrumpió. No quería oír que él se arrepentía de haberlo hecho. No podría soportarlo, para ella había sido tan maravilloso que siempre lo guardaría en su mente como un dulce recuerdo de haber conseguido algo que creía que jamás sentiría por alguien.

—No digas que no podemos repetirlo —replicó Tobías sin dejar que ella terminara la frase, echándose el pelo hacia atrás, pero éste, rebelde como su dueño, volvió a colocarse donde se encontraba antes.

—Es que no debemos... —dijo con una sonrisa, observando su gesto serio—, no podemos decirles a los vecinos que nos caemos mal para después vernos a hurtadillas —añadió haciéndole caso a su razón, aunque su cuerpo estuviera en esos momentos burlándose de sus palabras.

—Sé que lo mejor sería seguir como estamos y pensar que lo de anoche fue una equivocación... —Bufó con apatía, como si pensar tal cosa lo desanimara—. Llevo toda la mañana intentando convencerme precisamente de eso, de que no tiene que volver a pasar, de que no podemos dejarnos llevar de nuevo y... ¡Joder! Rocío, llevo demasiado tiempo adormilado, como si nada me importara, como si nada mereciera la pena, como si estuviera hueco por dentro —dijo señalándose el pecho—. Ahora, de repente, me siento entusiasmado por algo, sólo anhelo verte lejos de esa gente que se ha propuesto jodernos todavía más la vida, importándoles bien poco lo que deseemos o no. Sé que suena egoísta, ¡y lo es!, sobre todo cuando sé que tú sentías algo por mí en el pasado. Puede que eso vuelva a surgir, o no, ¡no lo sé!, y lo único que no quiero es hacerte daño... Pero, Rocío, quiero ser sincero contigo desde el principio. No puedo prometerte nada porque no sé cuánto tiempo más podré continuar en este pueblo, no sé si tendré que marcharme pronto de aquí o, en cambio, me quedaré durante años, ni yo mismo lo sé. Lo único que puedo decirte es que, dure lo que dure, quiero verte a solas, lejos de todo, para poder besarte... ¡Joder, cuántas ganas tengo ahora mismo de volver a probar tus labios!, poder volver a acariciar tu cuerpo, dejarnos llevar, sentirme de nuevo vivo...

—¿Me estás proponiendo una relación de sexo a espaldas de todos los vecinos? —preguntó ella moviéndose inquieta en la silla. Sus palabras y sobre todo su voz la habían excitado. A él también le ocurría lo mismo, y eso para Rocío fue un alivio. No estaba loca, sino tan sólo loca por él.

—Sí —contestó avergonzado de no poder ofrecerle algo mejor. Sin embargo, no podía mentirle, a ella no, su estancia allí tenía fecha de caducidad y su vida aún no estaba fuera de peligro, algo que se temía nunca acabaría—. Sé que me merezco una negativa tan grande que no cabría en este despacho, pero ¿qué me dices?

—Yo también quiero volver a besarte, Tobías —respondió ella con una amplia sonrisa—. No me importa lo que pueda decir la gente si algún día se enteran..., y no te preocupes, que no soy

de las que se enamoran —añadió mientras le guiñaba un ojo, completamente segura de sus palabras.

Desde ese amor platónico no había vuelto a sentir nada igual, no lo engañaba cuando le decía que ella no se enamoraba, jamás lo había hecho, y esa ocasión no sería distinta, ¿no? Lo que sentía por él era atracción, era desenfreno, frenesí, y eso no tenía nada que ver con el amor...

Tobías sonrió dichoso mientras frenaba a su cuerpo, que lo empujaba hacia ella. Rocío se lamió despacio el labio inferior pensando en lo tentadora que era su propuesta. ¿Cómo iba a negarse, si lo único que deseaba era volver a estar entre sus brazos?

—Te espero esta noche en mi casa —dijo mientras se levantaba de la silla—. Ven tarde y asegúrate de que no hay nadie en la calle.

—Allí estaré —prometió él sin dejar de mirarla, ansiando que las horas pasaran veloces para poder volver a estar con ella a solas.

Rocío salió del despacho sintiendo cómo aquel cosquilleo comenzaba a llenarlo todo. Se sentó en su silla y prosiguió con su trabajo, aunque en lo único que podía pensar era en verlo de nuevo a solas, lejos del foco de atención, para poder liberar aquella atracción que sentían hacia el otro. Mientras tanto deberían seguir aquel tortuoso plan de aparentar que se caían mal. «Rocío llamando a cerebro..., ¡¡tenemos un problema!!», pensó al notar cómo su corazón, poco a poco, comenzaba a despertarse después de un largo letargo. No obstante, ella simplemente lo ignoró; estaba demasiado impaciente para que llegara la noche como para hacerle caso a algo que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Las horas pasaban con lentitud en el trabajo. Tenerlo tan cerca pero a la vez tan lejos era desquiciante. Cuando terminó su jornada se fue directamente a casa, quería limpiarla y preparar algo de cenar, aunque lo único que deseaba en cuanto lo viera era besarlo y desnudarlo, y no tenía que ser en ese orden precisamente...

Cuando tuvo la casa reluciente y la cena preparada dentro del horno para que no se enfriase, se duchó y se preparó para recibirlo, dudando sobre si ponerse algo sexy o sorprenderlo con su acostumbrado atuendo, ese que él mismo había confesado que le afectaba... Cuando el reloj dio la medianoche, el sonido de alguien llamando suavemente a la puerta hizo que su corazón se revolucionara, olvidando toda la desazón que había soportado en el transcurso de las horas. Abrió la puerta y lo hizo pasar mostrándole una amplia sonrisa. «Joder, si es que cada vez que lo veo me parece todavía más guapo», pensó repasando su cuerpo. Él la miró, de esa manera que se estaba convirtiendo en la favorita para Rocío, con hambre, con deseo, y se alegró de que le gustara su elección: un vestido de algodón gris. Se aproximó a ella y, sin mediar palabra, la besó con ansia, con desesperación, haciendo que ella se apoyase contra la puerta y lo agarrase por la nunca con las manos mientras sentía las de él estrecharla contra su cuerpo.

—¿Tienes hambre? —preguntó entre beso y beso.

—Mucha —contestó él sin dejar de besarla, haciendo que ella sonriese al percibir a qué clase de hambre se refería, una mucho más carnal, donde ellos dos eran los protagonistas y la ropa sobraba.

—Vamos, he preparado cena —dijo mientras lo cogía la mano y lo arrastraba a la cocina.

Mientras él se dejaba guiar, observó que las cortinas del salón estaban cerradas, impidiendo así que alguien los viese, y una tenue luz proyectada por una lámpara de pie cercana al sofá

iluminaba la estancia de una manera muy seductora. Al volver la vista se dio cuenta de que Rocío ya tenía preparada la mesa, para dos, con una botella de vino sobre ésta y otra lámpara de pie más cercana iluminando con suavidad esa zona de la casa.

Tobías sonrió sintiendo una especie de calor que lo llenaba por dentro, volviendo a sentir eso que sólo sentía cuando estaba a su lado. Verla tan preciosa con ese vestido, con el cabello suelto y descalza, lo hizo sentir algo que pensaba que no existía... Entraron en la cocina y Rocío lo soltó para dirigirse al horno, pero, antes de que pudiera hacerlo, él le cogió la cara entre las manos y volvió a besarla con ansia, como si no pudiera frenar aquellas ganas locas de notarla, de sentirla... La joven gimió al darse cuenta de que él comenzaba a acariciar su cuerpo, sin abandonar sus labios. Empezó a subirle el vestido notando la piel desnuda de ella, excitándose. Abarcó su trasero y lo apretó mientras la aproximaba hasta su erección, sintiendo que no había tela que lo cubría. Tanteó buscándola, pero nada. La miró hambriento mientras ella sonreía traviesa, sabiendo lo que estaría pensando en esos momentos. Le levantó el vestido hasta media cintura y la encontró gloriosamente desnuda.

—Joder, Rocío, ¿qué narices me has hecho? —soltó rendido a aquel deseo que todo lo cegaba, volviendo a besarla mientras tentaba con sus dedos su sexo húmedo y receptivo.

Un jadeo salió de la boca de ella mientras él le acariciaba el clítoris, notando cómo sus manos intentaban liberar su erección, ansiando aquello como él, olvidándose de la cena y de cualquier otra cosa que no fuera ese hombre que la enloquecía. Se deseaban, y eso era imposible de detener. Tobías le devoró con fuerza los labios para después ponerla de espaldas, haciéndola gemir tan sólo con el movimiento. Con la mano le acarició la espalda, haciendo que ella jadeara loca del placer, para después recorrer la piel hasta alcanzarle la nalga derecha, donde vio un pequeño tatuaje, un símbolo que le llamó la atención y que lo excitó todavía más.

—Agárrate a la encimera —dijo observando cómo ella se tumbaba sobre ésta, ofreciéndole su sexo abierto.

Liberó su erección y la embistió de una sola estocada, quedándose así acoplados, jadeantes, anhelando más, mucho más. Se acercó a su espalda y la lamió, haciendo que ella se arqueara excitada, cegada por aquella conexión que tenían. Tobías empezó entonces a moverse más rápido, más profundo, haciendo que gimiesen al compás, notando cómo ella se abría más y más. Era como estar en un sueño, uno alejado de todos los problemas y todas las complicaciones. Sólo ella y él, sólo dos cuerpos que se necesitaban, que conectaban y que, juntos, podían ser más, fuego, agua, tierra o cielo, no importaba, si podían besarse, lamerse y sentirse.

—He nacido para follarte, Rocío —gimió febril, notando cómo se aproximaba el clímax.

—No pares nunca de hacerlo —le pidió entre jadeos, notando que, con cada palabra, su alma se desnudaba ante él, sintiéndose vulnerable pero fuerte a la vez.

Con él, podía ser ella sin máscaras, sin modales aprendidos, sin frases memorizadas. Con él todo surgía de manera natural, como si hubiese estado durmiendo durante todo ese tiempo y Tobías la hubiese despertado con un simple beso.

—Nunca, Rocío —jadeó él sin dejar de moverse, prometiéndole algo que no sabía si podría cumplir, aunque lo deseara con todas sus fuerzas.

Y eso bastó para que ella alcanzara el orgasmo, uno tan increíble que la dejó temblando de la cabeza a los pies, sintiendo cómo él también se abandonaba al placer, notando su cuerpo envolviéndola en un cálido abrazo. Permanecieron unos segundos así, jadeantes, tratando de

recuperar el aliento, pensando que no podrían escapar ilesos de lo que estaban comenzando a sentir por el otro. Poco a poco, Tobías se fue separando de ella, le dio la vuelta y la besó con fuerza, con un deseo que era imposible de saciar. Le cogió la cara entre las manos y la miró a los ojos, deseando decirle tantas cosas con esa acción, palabras que no surgían de sus labios, frases que sabía que ella no querría oír, pues estarían motivadas por el momento..., o no, ¿cómo podía saberlo si jamás le había ocurrido algo así?

—Ahora mucho mejor —dijo ella mientras le daba un beso en los labios—. Vamos a cenar —añadió mientras se bajaba de paso el vestido.

—¿Qué significa el tatuaje? —preguntó él mientras la ayudaba a llevar los platos a la mesa.

—Es un símbolo celta —contestó mientras se sentaba a la mesa y observaba cómo él hacía lo mismo—. Es un trisquel, y tiene varios significados. Puede representar la perfección, el equilibrio entre mente, espíritu y cuerpo, la eterna evolución o el aprendizaje perpetuo; también puede representar tanto la buena suerte como un remedio para el mal... Incluso decían que era un símbolo de protección ante los demonios —explicó con una sonrisa.

—¿Y para ti qué significa? —preguntó con curiosidad. Aquel tatuaje le había llamado la atención, era una espiral de tres brazos unidos por un punto central, rodeado de un círculo que recreaba una runa, una moneda muy antigua. Quien se lo había hecho era sin duda un gran tatuador, por la calidad del dibujo repleto de detalles.

—Es la primera vez que me hacen esa pregunta —comentó con una sonrisa mientras observaba cómo él servía el vino en las copas—. No te creas que el culo me lo ha visto medio pueblo, que es mentira —añadió entre risas—, pero los que lo han hecho se conformaban con la explicación que acabo de darte...

—Yo también tengo tatuajes, y creo que por eso sé que significan mucho más de lo que aparentan —dijo haciendo que Rocío recordara la visión erótica de él aquella noche que le abrió la puerta con el torso desnudo, pudiendo descubrir aquellos tatuajes que había comentado. Tuvo que moverse en la silla para intentar que ese recuerdo no volviera a incendiarla. «Joder, pero si acabamos de hacerlo, ¿cómo es posible que tenga ganas de más?», pensó tratando de centrarse en la conversación.

—Después del siglo VIII a. C., la cultura y el idioma celta se propagaron por el sur de Escocia —comentó ella sin más.

—¿Y eso es importante para ti por...? —preguntó cortando la sabrosa carne con salsa que Rocío había preparado, haciendo que ella sonriera al ver que él seguía empeñado en saber la razón de que llevara un símbolo celta tatuado en el trasero.

—Porque mi padre vive allí —soltó, liberando así un peso que tenía sobre ella al ocultar aquella parte de su vida.

—¿Sabes quién es tu padre?

—Sí —contestó con una sonrisa mientras se llevaba la copa a los labios—. Es la primera vez que se lo digo a alguien, pero conocí a mi padre.

—Tu madre no tiene ni idea de eso —afirmó degustando la cena, ¡estaba deliciosa!

—No..., qué va. Ella piensa que sigo sin saber quién es y que no me importa. Por eso, cuando me preguntaste al principio no fui del todo sincera, pero es que no quería que ella se enterara. La verdad es que sé de su existencia desde hace diez años, cuando vino un hombre preguntando por ella a casa. Tenía el pelo y los ojos iguales que yo... Fue curioso, porque, sin

hablar, ambos supimos quiénes éramos —informó con una tímida sonrisa al recordar la situación—. Me confesó que había vuelto porque se sentía un ruín por no haber ejercido de padre y que durante esos años no había podido seguir adelante, como si se hubiese quedado anclado en ese verano que supo de mi existencia, pues sabía que hasta que arreglara ese asunto no podría descansar. Hablamos durante mucho rato, de cómo se asustó cuando mi madre le dijo que habían tenido una hija, de cuando me vio cuando yo tenía unos meses y de cómo se había sentido al saber que una parte de él estaba en España...

—¿Tu madre no llegó a verlo?

—No, tuve que hacer malabares para que no se enterara, ¿sabes? Mi madre tiene un sexto sentido para saber cuándo miento o no, pero esa vez pude esconderle el secreto... Es lo mejor para todos. Ella no quería que él me diese sus apellidos, él me lo confesó hace poco... Dice que lo intentó cuando yo tenía siete años, pero ella se negó en redondo, incluso le impidió volver a verme... Por eso regresó de nuevo, para intentar acercarse a mí, para que supiera que, aunque se había marchado como un cobarde cuando se enteró de que existía, él siempre me había llevado en su mente y en su corazón. Es un buen hombre... Un escocés de la antigua escuela, con su falda y todo —contó entre risas—. Por eso me hice ese tatuaje, quería llevar una parte de mis orígenes grabada en mi piel..., y ahora me preguntarás: «¿Y por qué lo llevas en el culo, ¡insensata!?» —añadió de mejor humor, haciéndolo reír—. Porque esa parte del cuerpo no la enseño a cualquiera, y quiero que mi madre siga creyendo que no conozco a mi padre. Sé que, si lo viera, ataría cabos... ¡Menuda es *la Toñi* cuando quiere!

—Tu madre te quiere mucho y supongo que entendería que tuvieses contacto con él.

—Sé que me quiere, pero la conozco lo suficiente como para saber que se montaría en su cabecita una historia disparatada cuando se enterara... Lo mejor para todos es continuar así.

—¿Has ido a Escocia?

—Sí... Fui de vacaciones, tuve que decirle a mi madre que me iba a Noruega, a ver los fiordos —indicó con una sonrisa al recordarlo—. Fue genial ver a mi padre en su tierra, conocer a mis abuelos, a mis tíos... Todos me trataron como una más, aunque no llevara su apellido, y fue allí cuando vi este símbolo... —dijo señalándose el trasero.

—¿Has pensado en cambiarte el apellido?

—No, mataría a mi madre de un disgusto. Además, eso es lo de menos, sé que tengo un padre y él sabe que me tiene, eso es lo que importa.

—¿Nunca has pensado en marcharte allí?

—Sí, muchas veces, pero no podría dejar a mi madre aquí sola...

—Te entiendo —comentó sabiendo a lo que se refería, a él le había ocurrido lo mismo con su madre...

—Luego quiero ver tu tatuaje con detenimiento —añadió Rocío mientras pinchaba un trozo de carne para después llevárselo a la boca.

—Claro, no tenía pensado irme nada más cenar, tenemos muchas cosas... pendientes —comentó él mientras le guiñaba el ojo y se metía un gran trozo de carne en la boca, haciendo que la pelirroja se relamiera los labios expectante.

«No quiero que esta noche acabe nunca», pensó ella anhelando más, mucho más, de ese hombre que la miraba de esa manera terriblemente sensual que la hacía vibrar sin ni siquiera rozarla.

22

Se puso la chaqueta y salió del trabajo, sin despedirse de Tobías, sin prácticamente hablar con él, ignorándolo, para, después, en la soledad de su casa, sin que nadie los viese, disfrutar de su compañía y de su cuerpo. Llevaban seis días así, viéndose a escondidas, intentando saciar aquel apetito que era cada vez más fuerte, riéndose, hablando y conociéndose, tanto en cuerpo como en alma, y, lejos de cansarse de esa relación, la esperaba cada día con más fuerza y con más ganas, como si fuera lo único que valiese la pena. El fin de semana lo pasaban separados, cada uno con sus respectivos amigos. Si se veían, disimulaban tan bien que todo el pueblo creía que se caían cada vez peor, pero, cuando llegaba la noche, se buscaban con tanto ardor como desesperación.

Rocío miró la hora, no le apetecía ir al bar, donde lo encontraría intentando que todos creyesen que se aborrecían hasta el punto de no mirarse a la cara siquiera —algo que seguía funcionando, dejándoles libertad para seguir viéndose sin aquellos extraños sucesos que trataban de separarlos—, por lo que se dirigió a casa de su madre. Al menos así estaría entretenida hasta que se hiciera de noche y Tobías fuera a verla.

—Hola, mamá —dijo entrando en la casa de su progenitora.

—¡Al fin! —exclamó Toñi al verla aparecer—. Ya pensaba que te habían abducido los extraterrestres, que te habían borrado la memoria y que por eso no sabías llegar a la casa de tu madre.

—¡Madre mía, mamá, vas para escritora! ¡Menuda imaginación tienes! —exclamó mientras le daba un par de besos y se sentaba al lado de ella en el sofá.

—Sí, sí... Tú di lo que quieras, pero llevas varios días sin venir a verme. ¿Qué tal todo? —soltó escudriñándole el gesto.

—Bien.

—¿Y el trabajo?

—Bien. Ahora mismo vengo de allí —respondió con desdén.

—¿No me vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó expectante. Lo mejor era dejarla hablar para no meter la pata.

—Si es verdad lo que se dice por el pueblo.

—Sé más concreta, mamá. Se dicen demasiadas cosas y sabes que la mitad son mentira.

—¿Has tenido algo con Tobías? —soltó a bocajarro.

—Eehhh... —titubeó ella. ¿Qué podía decirle? Dijera lo que le dijese, sabría que le estaría

mintiendo.

—También se dice por ahí que él ya ha encontrado a otra mujer y que estáis enemistados... Mira, cariño, puedo entender que tuvierais algo. Me di cuenta de cómo os mirabais, y ya te dije que el muchacho es muy guapo y me gustaba para ti... Pero no puedes enfadarte con él y decir burradas a sus espaldas. ¡Es tu jefe!

—Lo sé, mamá...

—Es que no sabes la semanita que llevo... Entre eso y que supuestamente trataste de seducir a Roi, ¡me llevan loca! —exclamó agotada de que los vecinos no parasen de hablar de su hija y de intentar sonsacarle la verdad de todo lo que se decía de la pelirroja.

—Eso es mentira.

—¡Ya lo sé! Te conozco lo suficiente como para saber que jamás le harías algo así a Lúa. Pero ¿por qué ese hombre jura que intentaste algo con él?

—Ni idea.

—Es todo tan raro...

—Demasiado —bufó sin ganas de seguir dándole vueltas a algo que no podía probar para que su amiga se diese cuenta de que él mentía.

—¿Tienes un tatuaje en el culo? —soltó Toñi de repente, haciendo que Rocío se echara a reír por la seriedad con que había formulado la pregunta.

—Sí.

—¿Cómo es que él lo sabe?

—No lo sé... Ni siquiera lo sabe Lúa.

—No me gusta esto, cariño.

—Ni a mí.

—¿Has hablado con José?

—¿Y qué quieres que le diga, mamá? Es su palabra contra la mía...

—Hablaré con Roi —repuso pensativa.

—No. Ya lo he intentado yo y no he conseguido nada. También he tratado de hablar con Lúa, pero no quiere saber nada de mí. Ella cree a su marido...

—¡Sois amigas desde niñas! ¿Cómo es que no sabe cómo eres?

—Tuvo que elegir entre creer a Roi o a mí...

—Uf..., difícil elección... —resopló frustrada sin dejar de mirarla—. Te veo bien...

—Vaya, gracias —añadió procurando aparentar indiferencia, aunque sabía que su madre había percibido algo que nadie más podía ver.

—No, no me has entendido. Te veo demasiado bien para todo lo que te está ocurriendo. ¿Hay algo que me estés ocultando? —añadió sin dejar de observar sus gestos.

—Es posible. Eres mi madre, no puedo contártelo todo.

—Ahí te equivocas, cariño. Poder, puedes, e incluso te diría que debes. No habrá ninguna persona que desee más tu bien que yo.

—Lo sé —indicó con una sonrisa.

—Rocío —dijo mientras negaba con la cabeza, dándose cuenta de que no conseguiría que su hija le confiara aquel secreto que sabía que guardaba en su interior—, no sé qué está ocurriendo, pero espero que, hagas lo que hagas, seas feliz, ¡y a los vecinos que les den! —soltó con rotundidad, haciéndola reír a carcajadas al cambiar el matiz de la conversación.

—Lo intento, pero es difícil...

—Espero que no sea Anxo... —avisó alzando un dedo amenazador—. Fíjate que, cuando me han dicho que habías tenido algo con Tobías, me he alegrado y todo. Es un buen chico y ha pasado por mucho, por demasiado, creo yo... Es posible que algún día le cuente algo que le hará cambiar su visión del pasado. Pero, claro, ahora os lleváis mal —bufó negando con la cabeza con astucia.

—¿Qué sabes?

—No, no —replicó con una sonrisa traviesa—. No preguntamos, pero de vez en cuando es bueno dejar libres los secretos que nos han confiado...

—¿Es algo de sus padres?

—Sí...

—Habla con él... Sé que siente remordimientos por todo lo que les ha pasado.

—Sabes demasiado de él, para no caerte bien... —soltó Toñi sin dejar de mirarla escudriñando sus gestos.

—Ay, mamá —dijo ella entre risas. ¡Su madre era única! Y con dos frases inocentes, había descubierto qué le ocurría.

—¿Te gusta?

—Mucho —confesó con un hilo de voz. Era absurdo negarle una obviedad como aquella.

—Y a él, ¿le gustas?

—Algo le tendré que gustar para verme a escondidas... —contestó temiéndose la reacción de su madre, que no tardó en llegar.

—¡Ay, Rocío! —bufó con desaprobación—. Ten cuidado, ¿vale? Las mentiras tienen las patitas muy cortas, y lo que en un principio es morboso acabará convirtiéndose en un problema, y espero que no sea de los grandes.

—Es posible, pero, mamá, quiero disfrutar de esto, pase lo que pase y dure lo que dure.

—Mírame —dijo mientras le alzaba la barbilla para verla bien—. Nunca he visto este brillo en tus ojos, se nota que te hace bien ese hombre.

—Me hace sentirme yo misma.

—Eso es lo suyo, cariño. Ahora me cae todavía mejor, y espero que nadie se entrometa en esa felicidad que estás empezando a sentir. Porque ya va siendo hora, le pese a quien le pese.

Un suspiro de satisfacción salió de sus labios cuando alcanzaron el orgasmo casi a la vez. Se tumbaron juntos, Rocío envolviendo su cuerpo y él acariciándole la espalda, en silencio, recuperándose de la maravillosa sesión de sexo que habían compartido después de cenar.

—No me canso de encontrar detalles escondidos en tu tatuaje —dijo ella mientras deslizaba su dedo índice por el brazo derecho de Tobías, perfilando los trazos tribales, en los que se podían vislumbrar un sinfín de dibujos escondidos entre sus gruesas líneas.

—Hay muchos... —susurró medio adormilado—. Sobre todo, lugares donde he pensado que era feliz.

—Como este pueblo —dijo dibujando con el dedo la playa escondida entre su codo y su antebrazo.

—Exacto...

—Tienes un castillo aquí —declaró entreviéndolo.

—Es de Praga. Estuve un par de años viviendo allí... Fue la primera ciudad que pisé después de marcharme de aquí.

—Y también en San Petersburgo —dijo al recordar la famosa basílica de la ciudad oculta en su hombro que había descubierto la pasada noche.

—Y en Cracovia, Bratislava, Kiev, Bucarest... —nombró sólo algunas.

—Madre mía, pareces Willy Fog —replicó al darse cuenta de todo lo que había viajado en esos años.

—Sí —susurró sin emoción alguna—. Al principio era emocionante coger una mochila, descubrir una nueva ciudad, buscar trabajo, ¡de lo que fuera!, y vivir al día... Luego, todo se complicó mucho y lo que en un principio ansiaba comenzó a desquiciarme.

—¿Por qué dices que se complicó? —quiso saber, observando cómo él fruncía ligeramente el ceño, como si recordar le hiciera daño—. Por ella, ¿no? —dedujo al observar que a Tobías le costaba hablar del tema.

—Sí, y por todo lo que la rodeaba... —añadió colocando un brazo detrás de su cuello, observando el techo, recordando aquellos días en los que creyó ser feliz, aunque ahora sabía que simplemente era una ilusión provocada por la necesidad de tener una excusa para no volver—. Ella no era como yo pensaba, o tal vez sí, y no quise verla, desesperado por salir de aquí, por tener algún motivo para seguir adelante y volver a empezar...

—Pero la amabas —afirmó, haciendo que él sonriera vagamente.

—No, Rocío, eso no era amor: era dependencia. Me costó mucho poder diferenciarlo. Yo también creía que la quería, que eso era lo normal y que ella velaba por mi bienestar..., pero me autoengañaba. Ella no me aceptaba como yo era, me cambió y me obligó, mediante chantajes, a hacer cosas de las que no me siento orgulloso. Se aprovechó de mí, minó mi autoestima, para así poder manejar a su antojo, creándose una necesidad para que ella me valorara. Quería sentir que había encontrado una razón por la que vivir, necesitaba pensar que eso era lo que yo quería, porque la otra opción, volver aquí, me disgustaba tanto que no entraba en mis planes. Ella creó un hombre que no existía, y que no quería ser..., pero por ella lo fui, durante años, hasta que abrí los ojos...

Rocío siguió acariciando su tatuaje, respetando su silencio, aunque quisiera seguir averiguando más cosas de ese hombre al que le costaba hablar de esos quince años que había estado fuera del pueblo. Le parecía curioso lo que le había confesado, ella lo recordaba como un chico fuerte, con una gran personalidad, y le parecía increíble que una mujer lo hubiese vapuleado hasta tal punto de mermar su confianza. Le dio un pequeño beso en el pecho, haciendo que él la estrechara más contra su cuerpo. Luego siguió repasando aquella encrucijada con calma, hasta que un nombre le llamó la atención.

—Antía —susurró acariciando su pecho.

Tobías sonrió al darse cuenta de que ella había descubierto esa palabra que tenía escondida en el único lugar donde podía tatuarla, cerca de su corazón.

—Fue mi primer tatuaje —confesó.

—Tienes que hablar con mi madre —añadió Rocío, haciendo que él la mirase con curiosidad, pues no entendía aquel cambio en la conversación—. Creo que sabe algo que concierne a tus padres, algo que te hará cambiar tu visión del pasado; por lo menos, eso es lo que me ha dicho esta tarde...

—Lo haré —resopló mientras se despeinaba el cabello, alterado por estar tratando ese tema con ella.

—Tu padre te quería mucho —susurró Rocío, notando cómo él se quedaba quieto—. Siempre me hablaba de ti, de cómo eras cuando vivías aquí, y me confesó que siempre se había sentido orgulloso de tu forma de ser, de pensar y de proteger a tu madre. —Él no contestó, y ella no quiso seguir hablando.

—Tengo que marcharme —dijo al cabo de unos minutos.

—Lo sé.

Tobías le dio un beso en los labios y se levantó de la cama para comenzar a vestirse y salir de la casa.

Cuando se fue y cerró la puerta, ella volvió a acostarse, sintiendo un vacío demasiado grande como para poder razonarlo a esas horas de la noche. Cerró los ojos e intentó dormir, aunque en su mente comenzó a revolotear una pequeña sospecha, aún diminuta, pero no por eso menos importante, de lo que en realidad escondían las palabras de Tobías y, sobre todo, de lo que empezaba a sentir ella por él.

23

Dudó un instante y miró al cielo. Aquel nuevo día comenzaba a despuntar y él prácticamente no había podido dormir esa noche. Sabía que si se hubiese quedado entre los cálidos brazos de Rocío lo habría conseguido, ella era capaz de hacerlo olvidar aquel pasado que todavía lo alteraba y que lo hacía sentir como un mísero ser que no tenía derecho a ser feliz; pero no podía, o no debía, poner en riesgo aquella artimaña confeccionada por ellos simplemente por estar tentado de sentirse en paz. Cuando llegó a su casa después de salir de la de Rocío, los recuerdos lo asaltaron sin compasión: cómo conoció a Iryna, todo lo que hizo por ella, en quién se convirtió por seguir a su lado. Se había sentido tan mal consigo mismo, tan ruin, que era incapaz siquiera de soportarse, pues se había dado cuenta de que el único culpable de todo aquello era él. Un tonto que había creído que eso era lo mejor para olvidar, para comenzar de cero, para reinventarse alejado de todo lo que dejaba en aquel pueblo, de todo por lo que había pasado... Después, sin tregua, lo asaltó el recuerdo latente de su madre, su repentina e inexplicable muerte. Su padre, su enemistad y las palabras que le había dicho Rocío hicieron el resto. Se culpaba de tantas cosas, se daba cuenta de tantos errores cometidos, de tantas oportunidades fallidas, de tantas ocasiones en las que podría haber cambiado el rumbo de su vida que era demasiado difícil no flagelarse por sus malas decisiones...

Llamó al timbre, anhelando encontrar respuestas, algo que lo ayudara a seguir adelante, aunque él ya no fuera el mismo de antaño, y aunque éstas se pidieran a primerísima hora de la mañana...

—Qué temprano —soltó Toñi al abrir la puerta y encontrar a un ojeroso Tobías con el gesto cansado y abatido—. ¿Ocurre algo?

—Buenos días... —dijo forzando una sonrisa afable—. Quería hablar contigo.

—Anda, entra, creo que sé a por lo que has venido —comentó haciéndolo pasar—. ¿Has desayunado?

—No.

—Pues vamos a hablar delante de un café caliente y unos ricos sobaos —anunció mientras se encaminaba hacia la cocina y servía el café que tenía recién hecho en dos grandes tazas—. Coge esto —señaló mientras le tendía un plato con los sobaos y ella salía al comedor con las tazas.

—Perdona por presentarme tan temprano en tu casa —susurró Tobías mientras removía el delicioso café con leche, después de unos segundos en silencio.

—Me imaginaba que no tardarías en venir, sobre todo cuando ayer mismo le dije a mi hija que quería contarte algo sobre tus padres —repuso con una sonrisa al percatarse de que a su hija

debía de gustarle muchísimo ese hombre para confiarle algo así.

—¿Y me lo vas a contar?

—Sí, creo que ha llegado el momento de que sepas la verdad —susurró Toñi para después darle un trago a su taza—. Sé que mi hija y tú os estáis viendo a escondidas.

—¿Y qué piensas de eso?

—Depende de las intenciones que tengas con ella...

—No puedo pensar mucho en el futuro, sólo sé que jamás se me ocurriría hacerle daño y que ella me hace bien... —contestó con sinceridad.

—Y tú a ella. Nunca la había visto así de radiante, y no sólo por fuera, sino también por dentro, algo que cuesta mucho más de conseguir —comentó con una sonrisa—. A ver cómo te digo esto... —titubeó, encontrando las palabras para comenzar a hablarle de aquello que había ido a buscar—: Tu madre no fue sincera contigo...

—¿A qué te refieres?

—Ella no dejó a tu padre porque se hubiera cansado de estar sola en casa o de verlo trabajar sin descanso, no... —murmuró con seriedad mientras pensaba en la mejor manera para abordar ese tema tan delicado—. Antía se enamoró de otro hombre y por eso dejó a tu padre.

—No puede ser..., ella me contó que nos marchamos de casa porque mi padre estaba más pendiente de su trabajo que de nosotros...

—No... Ésa fue la razón más sencilla que encontró para poder explicarte que no podía seguir viviendo con él, pues ella estaba comenzando a conocer a otra persona y se sentía culpable por engañar a tu padre...

—¿Y no se sentía culpable por hacerme creer algo que no era? —preguntó atónito de que su madre hubiese sido capaz de hacer tal disparate.

—A veces las cosas son más difíciles para uno que como son en realidad —explicó Toñi con ternura—. Para ella, confesarte que había otro hombre en su vida era un gran dilema, pues no quería perderte y tampoco quería perturbarte por sus elecciones...

—Pero me engañó, y yo comencé a aborrecer a mi padre porque pensaba que él era el culpable de verla llorar todas las noches...

—Lo sé. Hablé muchas veces con Antía de ese tema, pero para ella ya no había vuelta atrás... Y lloraba, porque no sabía qué hacer con su vida. No podía borrar sus sentimientos hacia esa persona, pero tampoco podía sincerarse contigo, y mucho menos con tu padre...

—Pero no lo entiendo, Toñi, jamás la vi con nadie —repuso incrédulo—. Ni tampoco oí que nadie dijese algo de ella, y eso, en este pueblo, casi es una misión imposible.

—Eso fue porque él no era del pueblo, sino del de al lado... —susurró con cariño—. Antía era lista y, aunque ocultar algo a los vecinos es difícil, no es imposible si uno esconde hasta sus propios sentimientos. Ella se guardó de demostrarlos, aunque los sentía con la misma fuerza que una adolescente con su primer amor, porque lo que no quería era que nadie sospechara que tenía a alguien en su vida. Estuvieron juntos durante años, manteniendo una relación a escondidas, viéndose de vez en cuando, pues tu madre creía que, si te enterabas y descubrías la verdad, te enfadarías tanto que no querrías saber nada de ella.

—No me lo puedo creer... —bufó Tobías, tocándose con nerviosismo la recortada barba. Jamás habría pensado que su madre había mantenido una relación entre las sombras. Aquello era tan confuso, tan extraño, que no sabía qué pensar.

—Aunque te cueste creerlo, es la verdad y sé que Antía me perdonará, allá donde esté, por desvelar este secreto que llevo ocultando demasiado tiempo. Sin embargo, creí que debías saberlo para poder hacer las paces con tu padre, aunque él tampoco esté ya con nosotros... Santi la quería mucho, Tobías, pero ella encontró a otra persona con la que fue feliz hasta su muerte. Por lo menos, eso debería tranquilizarte, pues Antía fue dichosa durante muchos años, aunque nadie sabía la razón de esa felicidad, nadie excepto yo y ese hombre con el que tuvo un romance.

—¿Fue al entierro de mi madre? —quiso saber por si recordaba haberlo visto, aunque de ese día prácticamente no recordaba nada, sólo dolor y desdicha, nada más.

—No... Él se suicidó el mismo día que la encontraron muerta.

—¿Y si fue él quien la mató? —preguntó al darse cuenta de la coincidencia.

—No... Él la quería, Tobías.

—Pero se suicidó el mismo día —reiteró cogiendo aquella opción como válida. Podría ser él y, así, haber dado con la persona que había asesinado a su madre, conseguir cerrar ese interrogante que lo perseguía todavía allá donde iba.

—Porque no soportaba vivir en un mundo donde no estuviera ella. La quería muchísimo, Tobías —confesó con un hilo de voz. Era tan triste recordar aquel desenlace...

—¿Por qué no contaste esto antes? Es posible que se hubiese resuelto el caso de mi madre, que hubiesen atado cabos y se hubiera esclarecido por qué la asesinaron.

—Tobías, no lo conté porque no tiene relación una cosa con la otra. Tu madre era feliz con ese hombre y él era feliz con tu madre. Se querían, tiene que bastarte saber eso, saber que fue feliz hasta el día de su muerte.

—Pero no estaban juntos como una pareja normal. Es posible que él se hubiese cansado de esperar a que ella se decidiera y que, por esa razón, hiciera lo que hizo. No sería la primera vez que ocurre algo así, Toñi, hay mucho demente por ahí suelto...

—No... —susurró ella convencida—. Yo lo conocía, los vi juntos, y él no era de esos, te lo puedo asegurar. No sé quién mató a tu madre, pero no fue él.

—¿Por qué lo dices con tanta rotundidad? ¡Tú no puedes saberlo! —añadió Tobías, visiblemente molesto.

—Sí lo sé, créeme... Él estaba aquí, esperando a que Antía viniera a casa para verse. Yo los ayudaba a encubrir su amor, por eso sé que él no fue, porque yo estaba con él —confesó Toñi al darse cuenta de que no podía ocultar esa parte de la historia que la descubría a ella como celestina.

—Joder... —resopló frustrado al percatarse de que la muerte de su madre seguía siendo una incógnita—. ¿Mi padre llegó a saberlo alguna vez?

—Que yo sepa, no... Jamás he hablado de esto con nadie, sólo contigo... —añadió observando la incertidumbre en su rostro. Se notaba que aquel descubrimiento lo había trastocado, era algo que jamás se había imaginado, para él Antía era una madre ejemplar, abnegada y perfecta, y ahora acababa de descubrir que era una mujer con debilidades y secretos —. Necesitaba que comprendieras que tu padre no tuvo ninguna culpa de que Antía se marchara de casa; al contrario, él intentó recuperarla en numerosas ocasiones, pero ella le negaba cualquier posibilidad...

—Lógico, estaba con otro... —resopló, encajando en su mente pequeñas frases, detalles que antes no tenían sentido pero que ahora resultaban obvios al saber esa parte de la vida de su

madre.

—Ambos sabemos que Antía no lo hizo bien, que debería haber sido sincera, primero contigo y después con tu padre; pero eso no tiene vuelta atrás. Ella eligió ese camino, y te aseguro que le costó lograr que nadie se enterara. Además, por ese afán que tenía por ocultar su historia de amor, se perdió momentos bonitos y únicos que no pudo vivir con él...

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No lo conoces.

—Me da igual. Quiero saber su nombre.

—Se llamaba Xacobo.

Tobías hizo memoria, no conocía a nadie que se llamara así... Resopló mientras observaba la mesa puesta, con el desayuno enfriándose, notando cómo se le había cerrado el estómago de golpe.

—Ahora no sé qué pensar...

—Es normal. Te acabas de dar cuenta de que lo que habías creído toda la vida no es real.

—No... ¿Y por qué no me lo dijo? Yo lo habría comprendido, lo habría aceptado... ¡Era mi madre! Lo único que quería era que fuera feliz.

—No lo sé. Hablamos muchas veces de eso, pero ella me decía que prefería que las cosas se quedaran como estaban. No quería perderte, ésa es la verdad.

—No me habría perdido, Toñi... Es posible que me hubiese cabreado con ella, sobre todo cuando he estado culpando a mi padre de su desdicha, algo que era irreal, pues ella era feliz con otro hombre...

—Por eso quería que lo supieras. Es importante hacer las paces con nuestro pasado para poder construir un presente con cimientos sólidos que lleguen hasta un futuro floreciente.

—Yo... —bufó sin saber qué decir o qué hacer a partir de ese momento—. Se me ha quitado el hambre —señaló el café intacto y los sobaos—. Lo siento.

—No te preocupes por eso... Y piensa que, al final, los dos fueron felices en algún momento de su vida. Es cierto que por separado, pero juntos jamás podrían haberlo conseguido.

Tobías se levantó de la silla, la miró mientras fruncía el ceño al intentar asimilar todo aquello y se dio media vuelta para salir de la casa, colocándose la chaqueta y anhelando respirar el aire fresco de esa mañana en la que había cambiado la percepción de su pasado. Ahora entendía tantas cosas, tantos momentos que tenía grabados en su mente, que en un principio le habían parecido extraños, pero que ahora encajaban de una manera tan asombrosa como sencilla, al saber que su madre había ocultado con tanto ahínco al hombre que la hacía feliz. No supo cómo reaccionar ni tampoco qué hacer a partir de ese momento, era como si la imagen de su madre se hubiese derrumbado en sus propias narices. Sin embargo, no podía culparla, ésa era la verdad, y aunque le molestara, se había dado cuenta de que Antía era una persona de carne y hueso que también cometía errores.

Sus pies lo llevaron a la empresa de su padre. Supo que lo saludaban a medida que avanzaba por el edificio, aunque él no tenía fuerzas ni ganas de hablar, de decir nada, nada más que de estar solo, o tal vez no. No sabía qué hacer. Pasó por delante de su secretaria, que lo observó con atención. Él le dedicó unos segundos una mirada que a ella la alarmó por la desolación que reflejaban sus pupilas. Cerró la puerta de su despacho y, antes de llegar a su mesa, ésta volvió a abrirse sin que hubieran llamado siquiera. Tobías se volvió y la vio, visiblemente preocupada,

cerrando a su espalda. Ella se acercó a él y se detuvo a un paso de donde estaba. Se miraron sin decir nada, pues sabía que las palabras no podían brotar de sus labios; demasiadas equivocaciones, demasiados errores, hacían de eso algo complicado. Rocío le acarició el rostro y él se acercó a ella, buscando sus labios, anhelando sentir, olvidar y retomar las fuerzas que siempre notaba cuando estaba cerca de esa pelirroja que le estaba enseñando lo que era vivir de nuevo. Las manos de ella volaron a su cabello, alborotándolo más, acercándolo a su cuerpo. Él comenzó a desnudarla, a desabrochándole los vaqueros, anhelando sentirla contra su piel, necesitando que ella lo ayudase a entender por qué su madre no había sido nunca sincera con él. Rocío exploró su abdomen, acarició sus oblicuos y lo tentó con pequeñas caricias que le incendiaron la piel. No dejaron de besarse ni un segundo, desesperados por sentirse. Él le bajó los pantalones y ella liberó tan sólo una pierna, luego él la cogió en brazos para que entrelazara las pantorrillas alrededor de su cintura, acercándose a una de las paredes, para que pudiera apoyarse. Liberó su erección, le apartó la bragueta y la embistió con ansia. Se miraron a los ojos, notándose, sintiendo que conectaban como jamás lo habían hecho con nadie, pues sobraban las palabras para saber que él lo estaba pasando mal, y ella sólo quería volver a ver esa chispa traviesa en sus pupilas. Tobías comenzó a moverse en su interior, cada vez más rápido, más profundo, intentando no gritar ni jadear alto, pues podrían oírlos. Pero aquello, lejos de asustarlos, los hizo estar más excitados. Lo prohibido, el morbo de saber que podían abrir la puerta y encontrarlos de pie, liberando aquella atracción irracional, fue como un aliciente para aquel encuentro sexual imprevisto. Rocío volvió a besarlo, lamiendo sus labios, mordiendo su lengua, entrelazando sus manos en el cabello de él, sintiendo como él se abandonaba, cómo se relajaba y dejaba entrever lo que escondía su resquebrajada armadura. Un hombre, una persona con problemas, con virtudes y con un pasado que no lo dejaba respirar. Una persona imperfecta, como lo era ella, un ser que la llenaba por dentro como nunca nadie lo había hecho antes. Tobías sintió entonces que una pequeña parte de él comenzaba a latir, que revivía, como si comenzara a entrever un resquicio de luz entre las tinieblas que siempre lo habían rodeado. Una luz anaranjada, con tonos verdosos y una suave melodía de una risa sincera, una luz que lo hacía alcanzar el orgasmo entre gemidos y besos, entre caricias y entrega, y él... se abandonó, dándose cuenta de que no podía frenar aquello y de que esa mujer le estaba dando algo que jamás creyó que podría tener: una ilusión y la certeza de que podía ser él mismo, sin romperse, sin artificios, sin obligarse a nada, pues con ella todo era natural, sencillo y grandioso.

Rocío lo besó con ansias después del último gemido al alcanzar el clímax a la vez, mientras él salía de su interior con cuidado. La dejó en el suelo y se agachó para colocarle bien el pantalón. A medida que él se lo subía le acariciaba las piernas con adoración, para, después, abrochárselo y darle un beso que le arrancó una sonrisa a la pelirroja por aquel momento compartido tan íntimo y especial.

—Ven —dijo Tobías cogiéndole la mano y acercándola a la silla que presidía la mesa. Se sentó y la colocó sobre sus piernas.

—Alguien podría entrar y vernos así —susurró ella observando la puerta cerrada.

—Me da igual —farfulló mientras le daba un beso en el hombro, haciendo que ella se acomodase en su regazo mientras los envolvía el silencio, uno sereno que la hizo sentirse bien—. Sé que sería más fácil odiarnos, dejar de vernos, de buscarnos, de besarte... —confesó sin dejar de acariciarla—. Sé que nuestras vidas serían mucho más sencillas, que nadie intentaría

separarnos ni hablarían de nosotros a nuestras espaldas, pero, Rocío, eres lo único bueno que tengo en mi jodida vida y yo no quiero, no puedo, seguir disimulando que no me importas... No quiero esconder esto —declaró mientras levantaba sus manos entrelazadas haciendo que ella las observara—, porque es lo único que me hace levantarme por las mañanas y seguir adelante.

Ella lo miró con una maravillosa sonrisa para después cogerle la cara y besarlo, con ternura, comprensión, con un cúmulo de sensaciones a las que no podía poner nombre, pues jamás las había experimentado anteriormente. Era mucho más que atracción física, era mucho más que conexión entre dos personas. Era estar ante el hombre que la hacía sentir única, especial, y más ella de lo que jamás había sido... Reprimió un suspiro al notar cómo él la abrazaba, con anhelo, abandonándose como ella a ese sentimiento que crecía sin poder ponerle freno, sin poder detenerlo, simplemente dejándolo libre, aunque ello supusiera estar de nuevo en peligro...

24

El teléfono sonó un par de minutos antes de que finalizara su jornada laboral. Tobías levantó el auricular y esperó a oír la seductora voz de su secretaria.

—Espérame y nos vamos juntos —dijo nada más oírla, notando cómo sus labios se estiraban en una sonrisa al imaginársela.

—He quedado con mis amigos para jugar un partido de fútbol. ¿Nos vemos después?

—¿En tu casa?

—Claro —respondió con rotundidad, haciendo que él se despeinara con la mano que tenía libre y sonriese como un bobo.

—Hasta luego —dijo colgando el teléfono para después quedarse observando el despacho.

Tras terminar unas gestiones de última hora, se levantó de la silla y se puso la chaqueta pensando en el paso que iba a dar a partir de ese momento. Era cierto que no sabía con exactitud cuánto tiempo se quedaría en el pueblo, pero lo que tenía claro era que quería pasarlo al lado de esa mujer que le hacía ver la vida de distinta manera, mucho más parecida a como era la suya, esa que había olvidado en esos quince años en manos de esa pérfida rubia que le había arrebatado su identidad, lo que no se perdonaba. ¡Él jamás había sido un hombre cándido! ¿Por qué con ella sí?...

Caminó hasta el campo de fútbol pensando en presenciar aquella pachanga entre amigos. Le encantaba ver a Rocío en su salsa, observar lo fabulosa que era hiciera lo que hiciese, ver cómo sus compañeros y sus contrincantes no la infravaloraban. Ella era una más, una mujer que se había hecho a sí misma, importándole muy poco lo que la gente pensara al respecto, y se sintió orgulloso de ella. Se sentó en las gradas y observó cómo los dos equipos comenzaban a alinearse. Había llegado justo a tiempo, cosa que lo alegró, pues así podría disfrutar de la esencia de la pelirroja mucho más rato.

—Desde que te has hecho cargo de la empresa de tu padre prácticamente no se te ve el pelo —oyó que decía alguien.

Tobías se giró y vio a su buen amigo José que se acercaba a él; iba sin el uniforme.

—Tenía que ponerme al día. Demasiados años alejado de los números... —comentó observando cómo se sentaba a su lado.

—¿Durante todos estos años no has trabajado en lo tuyo? Recuerdo que pasaste mucho tiempo estudiando muy duro para sacarte la carrera.

—Qué va... —bufó sin apartar la mirada del campo—. He trabajado de todo menos de esto...

—Bueno, supongo que será como montar en bici, nunca se olvida.

—No te creas... Menos mal que tengo a Rocío en mi equipo. No sé qué habría hecho sin ella.

—Tu padre la preparó muy bien, ¿verdad? Siempre hablaba maravillas de ella por el pueblo, algo peculiar, cuando ella siempre está en boca de todo el mundo, pero no precisamente para alabar sus facultades —añadió mirando hacia el lugar de donde su amigo no apartaba la vista, de la protagonista de esa parte de la conversación, que se hallaba corriendo por el campo intentando acercarse a la portería del contrincante.

—¿Tú sabes por qué hablan mal de ella?

—Bueno, Tobías —repuso sonriente—, ella misma se lo ha buscado con sus acciones... Ahora mismo me acaban de decir que ha vuelto con Anxo —confesó negando con la cabeza—. No entiendo qué ve en ese hombre, pero siempre recae...

—¿Recae?

—Sí... Por lo que sé, llevan juntándose y separándose casi un año. Ahora parece que vuelven a estar juntos.

—Pues me temo que será con otra Rocío, porque, con ella, te puedo asegurar que no —replicó con rotundidad.

—¿Por qué?

—Porque está conmigo —soltó Tobías, haciendo que su amigo lo mirase asombrado ante su revelación.

—Pero... ¿no la habías dejado porque era una pesada?

—Eso es lo que os dije para que nos dejarais en paz... —confesó mostrándole una sonrisa traviesa.

Aunque José era uno de sus mejores amigos, no se arrepentía de no haber sido sincero en ese aspecto con él. En su momento pensó que era lo mejor para ambos; ahora, simplemente quería gritarle al mundo que estaba feliz de tener en su vida a esa mujer cuya reputación intentaban oscurecer encarecidamente.

—Joder —resopló negando con la cabeza para después mirar cómo la pelirroja corría por el campo de fútbol—. Espero que no juegue contigo como ha hecho con muchos de por aquí... Ella es muy dada a hacer esas cosas, Tobías.

—No te preocupes por mí, José —contestó con una sonrisa—. Correré ese riesgo con gusto —añadió con rotundidad mientras aplaudía efusivamente el gol que había marcado el equipo de Rocío.

Se quedaron en silencio, observando sus movimientos, su lucha incansable, y Tobías sintió cómo se le quitaba un peso de encima al haber confesado que estaba con ella. No podía poner etiquetas a lo que sentía, pues todo era demasiado nuevo como para aventurarse a decir algo que a lo mejor no era. Lo que sí sabía era que, con ella, con su presencia, con sus conversaciones, estaba comenzando a vislumbrar al verdadero Tobías, y eso lo hacía sentirse bien. ¿Podría ser eso el amor? No tenía ni idea, pues él había creído amar a Iryna, aunque obviamente estaba equivocado, pues un amor jamás puede dañar, ni tampoco transformar tanto a la persona como para no reconocerse. Pensaba que el amor debía de ser algo distinto de lo que había vivido con ella, pero no podía asegurar que lo estuviera sintiendo hacia esa mujer que acababa de guiñarle el ojo, haciéndolo sonreír como un canalla con suerte.

—¡Estoy hambrienta! —exclamó Rocío nada más entrar en su casa.

Tobías sonrió al tiempo que cerraba la puerta.

—Ve a ducharte, que preparo la cena mientras tanto —dijo dándole un beso en los labios.

—¿Sabes cocinar? —preguntó con los ojos brillantes mientras se mordía ligeramente el labio inferior.

—Sí, no tan bien como tú o tu madre, pero me las apaño —comentó quitándose la chaqueta y dejándola en el perchero de la entrada.

—Hay muy pocos hombres que sepan cocinar, me gusta que tú seas uno de ellos —susurró acercándose a él para darle otro beso.

—Corre para la ducha, porque, si no, no respondo de mis actos —añadió jocoso mientras la estrechaba contra su cuerpo y ella reía divertida al darse cuenta de que su cuerpo comenzaba a calentarse y el de ella también sólo de imaginárselo delante de los fogones.

—¡Voy! —exclamó juguetona mientras se quitaba la camiseta delante de él y corría hasta el cuarto de baño, mostrándole una vez más lo maravillosa y natural que era.

Tobías sonrió mientras se encaminaba hacia la cocina para ver qué tenía en la nevera y en la despensa y así preparar algo de cena. Estuvo tan ensimismado cortando las verduras, echando un chorrito de aceite en una sartén, salteándolas, disfrutando de ese pequeño momento cotidiano que lo llenó de confort, que no se percató de que Rocío se encontraba observándolo apoyada en la puerta, con el cabello húmedo, descalza y vestida tan sólo con una camiseta y unas bragas. Al rato, ella se movió y fue entonces cuando la vio, y no pudo resistirse a echarle una buena ojeada.

—¿Te han dicho alguna vez que estás muy sexy mientras cocinas? —preguntó la pelirroja al verlo sonreír.

—No, jamás —contestó notando las manos de ella rodear su cintura y aproximarse a él por detrás, dándole un abrazo tierno, cómplice, que le llenó el alma y le caldeó todo el cuerpo.

—Pues muy mal. Suerte que estoy aquí para decírtelo —comentó mientras le daba un beso en la espalda—. Por favor, qué bien huele.

—Tú sí que hueles bien... Estás para comerte —susurró con voz ronca.

—No, no —repuso juguetona mientras se sentaba en la encimera para observar mejor sus movimientos—. Primero tengo que comer, después..., ya me comerás —soltó con coquetería, haciéndolo sonreír.

—Has jugado muy bien esta tarde.

—Gracias. La verdad es que tengo un equipo que vale su peso en oro... —dijo ella con orgullo—. Te he visto hablando con José.

—Sí. Me ha contado que ahora se dice por ahí que has vuelto con Anxo...

—Por favor —resopló disgustada—. Espero que no te lo hayas creído.

—Por supuesto que no —comentó contundente sin dejar de cocinar. En otra sartén estaba friendo unas patatas cortadas muy finitas con cebolla que dejaban un delicioso aroma en la cocina—. También me ha dicho que llevas saliendo y dejando a Anxo un año.

—¡Madre mía! ¿Eso te ha dicho José? —exclamó mientras negaba con la cabeza con disgusto.

—No te preocupes, que no le he hecho caso... Pero ¿quién crees que puede ser el que difunde esas habladurías?

—Ni idea. Puede ser el propio Anxo o cualquiera que quiera que mi imagen siga en declive... —susurró encogiéndose de hombros—. Llegó un momento de mi vida en que dejé de hacerme esas preguntas, pues nunca obtenía respuestas. Quieren hablar mal de mí..., ¡pues que hablen!, mientras tanto seguiré haciendo lo que creo que me conviene. Lo malo es que me pierdo a mucha gente por conocer, pero luego lo pienso fríamente y sé que si esa gente sólo hace caso de las habladurías y no se preocupa de sacar sus propias conclusiones después de conocerme, no tengo que preocuparme por perdérmeles. Como dice mi madre, al fin y al cabo, nos hacen un favor. La gente falsa, cuanto más lejos, ¡mejor!

—Pues sí... —dijo mientras echaba las verduritas en un plato.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —preguntó Rocío con curiosidad.

—En Bulgaria.

—Me encantaría poder ir un día contigo a esas ciudades que tan bien conoces para que me las enseñaras y saber un poco más de ti a través de sus calles.

—La verdad es que no me veo capaz de volver a esos sitios, Rocío. Demasiados recuerdos negativos. —Vertió el huevo batido en la sartén donde estaban las patatas y las cebollas fritas.

—¿Qué te pasó, Tobías? —preguntó ella con un hilo de voz, sin dejar de observar sus movimientos seguros y su gesto serio.

Él la miró fijamente mientras negaba con la cabeza. Rocío lo entendió, no quería hablar, y ella, aunque deseaba desgranar aquel misterio que suponía ese hombre, lo aceptó. Se quedaron callados unos segundos, pensando en las razones por las cuales Tobías no hablaba, mientras él terminaba de preparar la cena y se acercaban a la mesa para poder degustarla.

—Hace años —comenzó a decir Rocío, sentada a la mesa con los platos, el vino y los cubiertos dispuestos en ella—, tu padre contrató a un detective privado para encontrarte. —Él la miró con interés mientras cortaba un trozo de la deliciosa tortilla de patatas que había preparado con tanto mimo—. Estuvo semanas e incluso meses intentando hallar alguna pista de tu paradero, pero no encontró absolutamente nada... Era como si, al salir del pueblo, tu rastro hubiese desaparecido por completo.

—Cambié de nombre e incluso pagué para que me hicieran un pasaporte falso. No deseaba ser encontrado y por eso borré cualquier tipo de conexión con este pueblo... —dijo simplemente mientras degustaba la tortilla. Rocío lo imitó y se dio cuenta de que era un gran chef. ¡Estaba deliciosa!

—Tu padre lo pasó mal. La gente empezó a decir que podías estar muerto porque llevaba mucho tiempo sin recibir ninguna clase de información sobre ti, pero él jamás perdió la esperanza. Siempre me decía que algún día volverías a tus orígenes, a estas calles que te vieron crecer, y ansiaba que hubieses encontrado eso que te había hecho marcharte, porque, según él, hallarlo te haría volver...

—No lo encontré —resopló con disgusto—. Sólo intentaba huir de algo que me acompañaba allá donde iba, pues lo tenía en mi interior, algo que me costó entender... Luego, como te dije, todo se fue complicando a medida que mi relación con ella se iba estrechando...

—Olalla es como *ella* —confesó Rocío, que vio cómo él la miraba extrañado al variar ligeramente el tema de la conversación—. Tu padre cambió mucho por su culpa. Estaba más despistado, más ausente, y era como si no le importara nada. Intenté hablar con él, saber qué le ocurría, pero siempre me decía que era feliz y que por una vez en la vida iba a escoger su propio

beneficio.

—Olalla siempre ha sido una aprovechada, por eso me extrañó que mi padre se casara con ella.

—No tenía mucha opción si quería seguir viéndola. Un día los oí hablar —susurró Rocío, que no se sentía orgullosa de eso—. Estaban en el despacho y, antes de que Olalla mediara, mi mesa estaba pegada a la pared de éste... La oí darle un ultimátum: si quería seguir con ella, debían casarse, si no, ella saldría de su vida para siempre.

—Y ya sabemos lo que eligió —resopló él con apatía.

—Después de la boda, el cambio en tu padre fue más notable. Prácticamente se hacía lo que ella quería, sin importar que fuera una locura o una pérdida de dinero. La empresa se resintió, hablé con él intentando que se diese cuenta de su error y de que aquello estaba afectando a la rentabilidad ascendente de la empresa... Su relación comenzó a enfriarse, aunque él trataba de poner excusas a lo que en verdad ocurría entre ambos. Llevaban cuatro años casados y ese último año era como si Olalla fuera lo contrario de lo que le había mostrado para seducirlo. Aun así, él intentaba defenderla, diciendo que estaba atravesando una pequeña crisis al no poder quedarse embarazada de él... Sí, Tobías, parece ser que trató de concebir un hijo, pero no pudieron o ella no quiso, no lo sé... Lo único que tengo claro es que ella no lo amaba, sólo estaba con él por el dinero. Sin embargo, tu padre jamás me escuchó y yo dejé de decírselo... A los pocos meses murió.

—Y ella heredó buena parte de su patrimonio.

—Sí, y comenzó a meter mano en la empresa. Intenté hacerla razonar, hacerle comprender que si hundía el negocio no tendría después capital para fundirse. Pero ella no quería escucharme... Eso sí, a sus espaldas, yo cambiaba las órdenes que ella daba, hacía lo que era correcto para la empresa, tratando de que saliera a flote y que no se hundiera por sus malas elecciones. Sé que lo hice porque en parte estaba a salvo de su tiranía: podía decirme cualquier cosa, pero no podía despedirme. El único que podría hacerlo eras tú. Tu padre lo dejó estipulado en el testamento y ella tuvo que tragarme sí o sí. Y puedo asegurarte que mucha gracia no le hago —añadió con una sonrisa—. Y luego llegaste tú...

—Ya no va a trabajar, ¿no? —quiso saber Tobías.

—No, pero sigue de alta en la empresa, como si lo hiciese.

—Tendré que hablar con ella. Creo que debería estar lo bastante agradecida por todo lo que le ha dejado mi padre como para que, además, cobre sin trabajar.

—Si te contara lo que dice de él... —bufó con desaprobación.

—Me lo imagino. Olalla es muy dada a opinar sobre los demás, pero no se percata de cómo es ella. ¿Qué vería mi padre en esa mujer?

—Alguien que le daba cariño —contestó Rocío en tono triste—. Eso es lo que vio. Una persona que empezó dándole lo que él necesitaba y que se lo fue arrebatando cuando estuvo casada...

—Creo que me parezco más a mi padre de lo que creía... —resopló Tobías al darse cuenta de que a él le había ocurrido lo mismo con Iryna.

—En parte, todos anhelamos eso... Sentir ese cariño y poder darlo, pero antes tenemos que querernos a nosotros mismos, saber cómo somos en realidad y lo que de verdad queremos en nuestra vida —añadió con seriedad.

—¿Han intentado cambiarte? —preguntó observando su gesto severo, tan atípico en ella, que solía buscar siempre algún chascarrillo para romper el ambiente serio.

—Sí. Pero no lo conseguí. Aun así, seguí con él, procurando llenar esos huecos con cosas que debían hacer las parejas. Por eso no funcionó. Él no me conocía de verdad, sólo quería que yo fuera como él deseaba, como necesitaba que fuera. Como un títere, a merced de sus necesidades y sus pensamientos. Él me quiso, no tengo ninguna duda, pero no quería a la verdadera Rocío, sino a una mucho más cabal, más sensata y que no dijera las cosas tal como las pensaba. Esa mujer no era yo. Tuvimos muchas broncas por ese tema, pues, según él, debía mantener las formas, ser más comedida y pensar en el qué dirán... Lo intenté, ¿sabes? —resopló con desgana al recordar lo que le había costado ser alguien que no era—. Pero cada vez que reprimía mi verdadera naturaleza me sentía peor conmigo misma, como si fuera una farsante, y cuando él me pidió matrimonio..., lo tuve claro. No podía casarme con él, no podía unirme a una persona para siempre cuando ésta no me aceptaba como era, cuando intentaba moldearme a su gusto, además de que yo no lo amaba para dar ese paso.

—¿Se enfadó?

—¡Muchísimo! Acabamos mal, muy mal... Estuvimos casi un año sin hablarnos, como si no pudiéramos soportar al otro. Él hacía cosas que me abochornaban, más porque sabía que las hacía para que me molestaran que por el hecho en sí mismo, pues cada uno puede hacer lo que le plazca. Y te podrás imaginar la que se lio en el pueblo; parecía que no podía salir a divertirme, ni a bailar y mucho menos fijarme en otro hombre... Ahora nuestra relación es más cordial que antes, pero tampoco somos amigos. Nos saludamos cuando nos encontramos por el pueblo o nos buscamos si necesitamos algo del otro... Guardamos las formas y la gente ha dejado de hablar de nosotros, lo que facilita nuestra escasa relación.

—Entonces ¿vive aquí?

—Sí. —Rocío sonrió mientras negaba con la cabeza. Ya había intentado sonsacarle una vez quién era su ex, pero ella no podía decírselo, no quería que la relación de Tobías con éste se truncara por su relación fallida.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—Porque no lo veo necesario.

—Sabes que puedo preguntarlo por el pueblo y seguro que habrá alguien que me lo dirá, ¿no?

—Lo sé, pero también sé que no lo harás porque confías en los motivos que tengo para no querer decírtelo.

Tobías la miró y asintió. Sí, era lo mejor. No quería saber quién había tenido la suerte de estar con ella, quién había intentado cambiarla, cuando su personalidad era tan arrolladora y genuina que era un tesoro en bruto. Y si, como le había dicho Rocío, ese hombre vivía en el pueblo y él lo conocía, podía ser que tuviera que verlo a menudo, y no sabía cómo reaccionaría al toparse con él todos los días. Bebió de su copa sin dejar de mirarla. Estaba con ella, eso era lo único que necesitaba saber de su pasado, además, él tampoco podía ser sincero con ciertas partes del suyo, y no sería justo pretender que ella lo hiciera. No obstante, esa pequeña duda, saber que había sido alguien a quien conocía, le creó una ansiedad que jamás había sentido, pues ninguno de sus vecinos había hecho la más mínima mención a su relación pasada con la pelirroja, y eso sí que era extraño.

25

Llevaban sin esconder su relación dos días y, aunque las habladurías habían cruzado de punta a punta el pueblo, no habían vuelto a recibir ninguna nota amenazante ni tampoco habían vivido ningún suceso extraño, algo que los alivió y los hizo relajarse. Tobías se quedaba a dormir en casa de Rocío y salían juntos a trabajar por la mañana. Sus empleados ya sabían que tenían una relación extralaboral y nadie se atrevía a decir nada si él se encontraba cerca, pues el jefe no se achantaba y se encaraba con quien hablara mal de la pelirroja. Esa mañana tenía concertada una cita que esperaba con ganas, llamaron a la puerta de su despacho y la hizo pasar. Como era previsible, Olalla contoneó sus caderas enfundadas en un vestido rojo una talla más pequeña que la suya, agitó la melena, se lamió los labios y se sentó delante de él. Tobías sintió rabia por esa mujer que había seducido a su padre para quedarse con parte de su duro trabajo.

—Aquí me tienes —señaló Olalla con entusiasmo.

—Gracias por venir con tanta celeridad. Sé que estás muy ocupada... —replicó él con ironía, pues ambos sabían que ella no hacía otra cosa más que ocuparse de sí misma.

—De nada. Si puedo ayudarte, aquí estoy —indicó con coquetería, sin percatarse del tono mordaz de Tobías.

—Me he dado cuenta de que llevas varios días sin venir a trabajar.

—Sí... Bueno, antes venía a diario, pero al estar tú ya aquí... —susurró apartándose el cabello en un gesto seductor.

—Claro, es comprensible... Lo que no lo es tanto es que todavía sigas dada de alta en la empresa... Debes firmar este papel de baja voluntaria para remitírselo a mi asesor, para que, así, el mes próximo no se te ingrese la mensualidad que tú misma te asignaste, una cantidad que me parece muy elevada...

—Vaya, ¡menudo récord! —soltó malévola—. Ha sido entrar Rocío en tu vida y querer que me marche de la empresa, y no porque tú me despidas, sino que me haces pedir la baja voluntaria...

—Rocío no tiene nada que ver en esto, Olalla. Tú no vienes a trabajar, has heredado parte de los bienes de mi padre y creo que dinero no te va a faltar si lo administras bien. Es lo mejor para la empresa y tú deberías velar por ella, como la viuda que eres de su creador.

—Quiero que me recompenses por el tiempo que he estado trabajando aquí —replicó soberbia.

—¿Intentando hundirla? —soltó Tobías—. Como te he dicho, has cobrado demasiado bien para lo que hacías en la empresa, creo que ya te has beneficiado bastante.

—Espero que te des cuenta de cómo es en realidad esa mujer que habla más de lo que debería —añadió ofendida, pues para ella el sueldo que se había impuesto al poco de fallecer Santi era lo mínimo que le pertenecía por levantarse por las mañanas y desplazarse hasta allí.

—Olalla, yo sólo veo los números de la empresa —dijo tendiéndole un papel que reflejaba el descenso en capital de ésta justo en los meses en los que ella había ocupado su puesto—. Mira, podemos hacerlo por las buenas o por las malas, pero te aseguro que, elijas la opción que elijas, no te vas a llevar ni un euro más de lo que te has llevado en estos meses.

—Qué patéticos sois los hombres. Veis una chica joven y perdéis el culo por agradecerla, sin daros cuenta de cómo juega con vosotros —resopló molesta por no poder seguir cobrando sin trabajar o, en su defecto, cobrando una buena indemnización que la ayudaría a despejar un poco la mente, largándose lejos de ese pueblo y disfrutando en una playa de las Maldivas, por ejemplo.

—Olalla, no sigas por ese camino, porque tienes todas las de perder.

—¿Las de perder? Lo que no puede ser es que esa mujer —dijo señalando la puerta tras la que sabía que estaría sentada frente a su mesa— trate siempre de hundirme con su carita de ángel. Ya lo intentó con tu padre, malmetiendo en mi contra, diciendo burradas de mí, cuando yo adoraba el suelo que él pisaba, y ahora lo está consiguiendo contigo, con mi hijastro, el hijo de mi amado marido, que me dejó demasiado pronto —susurró al borde del llanto, uno que fingía de una manera un poco patética.

—¿De verdad crees que voy a sentir lástima de ti? —preguntó observando cómo se secaba con coquetería unas inexistentes lágrimas.

—No, claro que no. La verdad, Tobías, es que quien siente lástima soy yo, de ti. Espero que te des cuenta a tiempo de cómo es ella y que no juegue contigo como ha hecho con muchos del pueblo.

—¿Tanta envidia le tienes? Ver para creer, la gran Olalla está celosa de una mujer como Rocío.

—No le tengo envidia, ojalá se marche del pueblo y nos deje en paz. Si no me crees, ¿por qué no hablas con José? Seguro que estará encantado de contarte cómo es ella en la intimidad cuando tiene al hombre que quiere comiendo de sus manos —comentó malhumorada.

—¿José? ¿Y por qué tiene que decirme nada José?

—¡Ja! —soltó cínica—. Típico de ella. —Negó con la cabeza—. No te ha contado que estuvo a punto de casarse con él y que lo dejó plantado delante del altar porque esa misma noche se lio con otro tío, ¿no?, creo recordar que un extranjero que andaba por la zona. Si es que no lo puede controlar, lo lleva en los genes... —farfulló cogiendo un boli y estampando su firma en el documento en el que aceptaba la baja voluntaria para, después, dejar el bolígrafo de un golpe seco sobre la barnizada superficie de la mesa—. Espero que abras los ojos pronto, Tobías, y que la veas como es en realidad y no como ella se afana en demostrar.

A continuación, Olalla se levantó de la silla y salió del despacho dejando a Tobías meditabundo, pues lo que le había dicho distaba bastante de la versión que le había contado la pelirroja. ¿Quién mentía?, ¿Rocío o esa mujer? Y lo peor de todo era que esclarecer con quién había mantenido una relación no lo apaciguó, sino todo lo contrario. «Joder, fue con uno de mis mejores amigos...», pensó sintiendo cómo todo comenzaba a complicarse todavía más de lo que ya estaba.

Después del trabajo se dirigieron juntos al bar de siempre. Entraron y cada uno se acomodó al lado de sus amigos, haciendo que las miradas se dirigieran a ellos cuando se dieron un rápido beso en los labios antes de separarse.

—Por lo que veo, lo vuestro va para adelante —comentó Yago observando cómo Tobías se sentaba a su lado.

—Sí —dijo para después pedirle una cerveza a Ernesto, mientras se debatía entre preguntarle a Yago por la relación que la pelirroja había mantenido con José o, simplemente, hacer oídos sordos y seguir adelante.

—Ya te vale, cabronazo, ¿qué vamos a hacer sin ti los sábados?

—Seguro que ni siquiera notáis mi ausencia —comentó con una sonrisa. La batalla la ganó la razón, que le decía que era mejor dejar en paz el pasado y centrarse en el presente.

—No te creas. Eras una cara nueva y nos ayudabas a que las tías buenas se nos acercaran antes.

—Seguro que, con vuestro don de gentes, lo arregláis —añadió observando la puerta de acceso al bar, que se abrió de repente y por ella entró un hombre moreno que le resultó familiar —. ¿Ése es Roi? —le preguntó a Yago.

—Sí.

Tobías se levantó y caminó directamente hacia él, que, al verlo, dio media vuelta para salir de nuevo.

—¡Espera! —lo llamó Tobías en la calle.

—¿Qué quieres? —soltó de malas maneras.

—Saber por qué dijiste que Rocío intentó seducirte, cuando es mentira.

—¿Y cómo estás tan seguro de que miento? A lo mejor la que miente es ella. No sería la primera vez, y me temo que tampoco será la última...

—Vale, hagamos una cosa. Descríbeme cómo es el tatuaje que tiene en el culo. Como ya sabrás, yo también lo he visto —pidió, pues necesitaba esclarecer una de las incógnitas que sobrevolaban a la pelirroja.

—Es un símbolo celta.

—¿Qué símbolo celta?

—Uno que parece una espiral.

—¿Y cómo es exactamente?

—Pues negro, ¿cómo va a ser?

—Intenta ser más explícito.

—Es una espiral negra, nada más.

—Vale —sonrió triunfal—. Y ahora, Roi, dime quién te describió el tatuaje. Porque ambos sabemos que tú no lo has visto, si no, sabrías más cosas de él. Como, por ejemplo, que no es sólo una espiral negra en el culo.

Roi titubeó mirando a ambos lados de la calle desierta; luego observó el interior del bar, donde varios vecinos estaban pendientes de lo que sucedía fuera. Negó con la cabeza y agachó la mirada.

—¿Quién te obligó a mentir?

—No puedo decírtelo, sólo puedo aconsejarte que la dejes. Esto empeorará hasta que al final

se salga con la suya.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que la dejes.

—¿Quién? —pidió a la desesperada.

—Lo siento... Si te lo digo, mi carrera, mi vida... estará acabada.

—¡Joder! —bramó desesperado—. Dile a tu mujer que es mentira y lo dejaré correr... Si no lo haces, te juro que cada uno de los habitantes de este adorable pueblo sabrá que has mentido, y ya sabes que son muy dados a hacer conjeturas, sobre todo si uno los anima a ello.

Roi se envaró a punto de replicarle, pero después lo pensó mejor y giró sobre sus talones para dirigirse a su casa, donde su amada esposa lo estaría esperándolo echa un mar de lágrimas, pensando todavía que su única amiga la había traicionado. Tobías sonrió al haber solucionado uno de los misterios que rodeaban a la pelirroja. Aún le quedaban varios por descubrir, pero los dejaría para otro día.

Rocío acababa de salir del bar y lo miraba con curiosidad. Él se le acercó y la besó con adoración, sin entender por qué había alguien que deseaba que esa mujer fuera desgraciada. Tobías intentaría por todos los medios que fuera feliz, hasta que no tuviera más remedio que marcharse, y, si algún día eso ocurría, trataría de convencerla para que se fueran los dos juntos.

—¿Qué hacías aquí fuera? —le preguntó Rocío sintiendo los fuertes brazos de él estrechándola.

—Estaba hablando con una persona.

—¿Con Roi?

—¿Lo has visto? —preguntó escudriñándola, sus ojos verdosos reflejaban preocupación y curiosidad.

—No, me lo han dicho mis amigos... ¿Qué ha pasado?

—Nada... —contestó él con una sonrisa mientras le rodeaba la cintura con el brazo y entraban de nuevo en el local—. Algo que debería haber hecho antes.

—No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

Tobías sonrió mientras negaba con la cabeza, le dio un beso en el pelo y la miró con ternura. ¿Cómo era posible que se inventaran tantas cosas sobre ella? Si sólo con mirarla a los ojos uno veía el gran corazón que poseía.

—¿Nos vamos? —preguntó sin soltarla. Todos los vecinos se fijaron en la actitud cariñosa de ambos.

—Sí.

Se pusieron las chaquetas y salieron del bar, dispuestos a pasar una agradable noche donde los protagonistas fueran ellos dos, sin malentendidos, sin farsas, sin mentiras, sin nadie malmetiendo en su contra..., sólo dos personas dispuestas a conocerse, aunque todo a su alrededor estuviera en contra.

—¿Tienes hambre? —preguntó Rocío colgando su chaqueta en el perchero de la entrada de su casa.

—Sí, un poco.

—¡Genial! Pues vamos a ver qué hacemos. La verdad es que nunca he cocinado con un hombre y tengo ganas de experimentarlo —confesó con una radiante sonrisa que le contagió a

Tobías, que olvidó así la sensación de desconfianza que le había provocado la conversación con Olalla.

Estaban lavándose las manos cuando oyeron el timbre. Rocío lo miró extrañada, no esperaba a nadie, y mucho menos a esas horas. Se secó las manos y se dirigió a la puerta. Miró hacia la cocina, donde se encontraba Tobías, tras echar un vistazo por la mirilla. No se podía creer quién estaba en la calle. Inspiró profundamente y abrió la puerta.

26

Delante de ella se encontraba una llorosa Lúa, que la miraba como si fuera un cervatillo asustadizo, temerosa de su reacción y arrepentida de la suya propia. Rocío había perdido la esperanza de hablar algún día con ella para que la escuchara y la comprendiera, después de haber recibido la misma respuesta en todas las ocasiones que lo había intentado: el silencio. Y ahora la tenía allí, frente a su casa. ¿Qué había cambiado para que se presentara delante de ella? Volvió a mirar hacia la cocina, Tobías se asomó por la puerta y le sonrió. Y entonces lo supo: había sido él. Pero ¿cómo lo había conseguido?

—Rocío, yo... —sollozó Lúa.

—¿Qué haces aquí?

—Roi me ha contado la verdad —soltó en un acceso de llanto y congoja que la estremeció.

—Ya... —chasqueó la lengua con disconformidad—. Una verdad que yo intenté aclararte repetidas veces.

—Lo sé, lo sé y lo siento tanto, tanto, tantoooooooo —añadió entre hipidos, apesadumbrada por su mal hacer.

—Me has hecho daño, Lúa. Éramos amigas, yo confiaba en ti... Creía que me conocías, que sabías cómo era en realidad, y te dejaste llevar por una mentira, como si yo fuera capaz de hacerte tal cosa. Jamás te habría hecho daño, ¡jamás!

—Lo sé, lo sé —farfulló con los ojos anegados en lágrimas.

—Pero tú sí me lo has hecho y no te ha importado cómo me he sentido estos días, sabiendo que mi mejor amiga creía que era capaz de hacer algo así.

—Lo siento, Rocío, perdóname, por favor...

—No sé si podré, Lúa —susurró quedamente mientras se apoyaba en la puerta, observando a su amiga llorar sin consuelo. No obstante, ella también se había sentido herida al ver que no la creía, sin darle siquiera la opción de defenderse, y no podía simplemente olvidarlo tan rápidamente.

—Por favor, Rocío, por favor...

—Me alegro de que Roi haya sido sensato y te haya contado la verdad. Hazte un favor: averigua qué lo motivó a decir eso de mí y descubre por qué nos ha hecho esto, a ti y a mí.

—Sí, lo haré. Pero, Rocío, necesito saber que me perdonas, que volveremos a ser las de antes. Te he echado tanto de menos que creía que no podría volver a salir de mi casa, que no podría volver a reír y tampoco podría tener a nadie con quien hablar de mis cosas...

—Necesito tiempo, Lúa. Me siento herida... Deja que sanen mis heridas y volvemos a

hablar.

Ella asintió con la cabeza, había conseguido algo más de lo que se merecía, lo sabía. No se había portado bien con Rocío y ahora se sentía un ser miserable que había hecho, precisamente, lo que hacían todos los habitantes de ese pueblo: condenarla sin motivos, simplemente por un rumor, por una mentira que le había contado su propio marido. Rocío cerró la puerta y volvió a la cocina, donde Tobías la esperaba con la cena en el fuego. Al verla, sin mediar palabra, la estrechó con fuerza entre sus brazos y sintió cómo ella abandonaba esa fortaleza que se imponía para no demostrar su verdadera naturaleza y lloraba aliviada al ver que su amiga sabía al fin la verdad.

Abrió los ojos antes de que despuntara el alba. Estaba abrazando a Rocío, que dormía plácidamente; la observó gracias a la poca luz que entraba por una de las ventanas. No se cansaba de eso. De estar así con ella, de compartir esa intimidad que crecía con el transcurso de los días, de besarla, de sentirla, de verla reír, de oírla jadear, de ver cómo enloquecía cuando él le recorría el cuerpo con sus manos. Era pensar que la tenía desnuda debajo del cálido edredón y endurecerse, ansiando volver a amarla de todas las maneras que se le ocurriesen. Le dio un beso en la cabeza y oyó un dulce ronroneo que salió de su boca sonrosada. Sonrió sintiéndose un hombre con suerte al darse cuenta de que la imagen distorsionada de Rocío escondía a una mujer que le hacía latir con fuerza su adormilado corazón, que le daba motivos para volver a sonreír y que lo llenaba de energía para afrontar cualquier adversidad.

Dio un suspiro y se obligó a salir de la cama. Necesitaba arreglar todo aquel caos que la envolvía, limpiar su imagen y que todos se dieran cuenta de lo maravillosa que era, descubrir quién andaba detrás y hacérselo pagar. Oyó que Rocío se quejaba al notar cómo él abandonaba la cama y la miró un instante más antes de ponerse en marcha. Era sábado por la mañana, habían transcurrido dos días desde que Lúa había pedido perdón a la pelirroja, algo que la había sosegado y alegrado, aunque todavía no había rehecho aquella amistad tan importante para ella. En el fondo, la entendía, necesitaba tiempo para que esa falta de confianza por parte de su única mejor amiga no le doliese, para poder seguir adelante, aprendiendo de aquel traspié infundado. Tobías volvió a concentrarse en lo que quería hacer tan temprano. Si todo iba como tenía previsto, podría volver a casa de Rocío antes de que ella se levantara, para poder comenzar ese fin de semana de una manera enloquecedora para ambos. Era el primero siendo oficialmente... ¿pareja?, ¿amantes? ¡Daba igual! Lo principal era que estaban juntos y cada día era mejor que el anterior. Con ese tentador plan, se vistió y salió sin hacer ruido.

El sonido al recibir un mensaje en su teléfono móvil la despertó, abrió los ojos y se encontró sola en la cama. Observó extrañada la habitación, Tobías no le había dicho la noche anterior que tenía que irse temprano. Alcanzó el teléfono y lo leyó, era un SMS...

Estoy en la empresa. Creo que he averiguado algo. Ven y lo vemos juntos. Tobías.

Rocío enarcó una ceja extrañada. Era cierto que jamás se había comunicado con él por teléfono y mucho menos por SMS, y si hacía memoria podía asegurar que ni siquiera tenía su número, aunque podría haberlo conseguido de la base de datos del trabajo. Se levantó y se

preparó para acercarse hasta allí, aunque lo que menos le apetecía hacer un sábado era, precisamente, ir de nuevo a la empresa. No obstante, supuso que Tobías debía de tener un buen motivo para pedirle que fuera. Sin desayunar, se vistió y condujo hasta Textiles Piñeiro. Estacionó cerca de la puerta y abrió la puerta con su llave. Subió hasta la planta donde se encontraba el despacho sin ver ni luz ni oír ningún sonido.

—¿Tobías? —llamó a mitad del pasillo.

Pero no recibió respuesta, algo que en un primer momento le extrañó. Si se encontraba en el edificio, ¿por qué no le contestaba? Sin darle mayor importancia a ese hecho, pues podría estar enfrascado en algo y no oír su voz, siguió avanzando por el alargado pasillo flanqueado por mesas, estanterías y mobiliario de oficina. De repente oyó un ruido agudo, chirriante, que le puso el vello de punta. Caminó hasta el despacho de Tobías sintiendo cómo su corazón retumbaba en el pecho. Abrió la puerta y se lo encontró vacío, no había nadie, él no estaba... Entonces ¿quién la había hecho ir hasta allí?

iiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Aquel ruido otra vez, cada vez más nítido, cada vez más cerca. Intentó, inútilmente, mantener la calma pensando que eran imaginaciones suyas, o que estaba provocado por algún sonido externo de la calle, o incluso que eran los propios cimientos de aquel viejo edificio, que se resentía por culpa del duro invierno... De repente, aquel horripilante sonido se oyó tan nítido que la sobresaltó, haciendo que un escalofrío la recorriese de la cabeza a los pies y, sin poder evitarlo, se volvió por si divisaba al causante de aquella broma de mal gusto. No vio nada ni a nadie en aquel oscuro pasillo que comunicaba el despacho de Tobías con las diferentes oficinas de las distintas áreas que conformaban la empresa, con el ascensor y el hueco de la escalera. Salió del despacho a paso ligero, intentando serenarse a medida que avanzaba, pensando que tendría una respuesta lógica que descubriría en breve, sin dejar de oír los desbocados latidos de su corazón, que la ensordecían. Tenía las palmas de las manos sudadas por culpa de lo nerviosa que se encontraba y, por primera vez en muchos años, se sintió torpe e indefensa. Trató de poner en marcha su mente, inquieta y analítica por naturaleza, para poner sensatez a aquel sonido sin detener por un segundo el ritmo ligero de su caminar, que la llevaría lejos de aquella planta hasta la calle, donde podría coger su coche y salir de allí cuanto antes. De nuevo oyó aquel sonido, que parecía que la perseguía, era persistente e incluso podría decir que afilado —supuso que debía de tener un origen metálico—, que se aproximaba con lentitud hacia donde ella se encontraba, como si la estuviera persiguiendo, torturándola para verla flaquear, de forma alterna, como si quisiera asustarla, como si la estuviera acechando o arrastrando hasta algún lugar donde la esperaba a saber qué... ¿Qué era?, ¿unas llaves o un cuchillo arañando la chapa metálica que embellecía la pared? ¿O eran imaginaciones suyas? Y a todo esto, ¿dónde estaba Tobías? Nunca se había considerado una mujer asustadiza, sino todo lo contrario, su valentía y su manera de ser la habían acompañado durante muchísimos años ensombreciendo su fama... Bajó la escalera de dos en dos, dándole igual tropezarse y caer de bruces en el suelo, simplemente deseando llegar a la planta baja, donde se encontraba la salida. Tragó saliva cuando vio cerca la puerta que daba a la calle, sólo quedaban un par de pasos más y ya estaría relativamente a salvo, o por lo menos cerca de su camioneta. De pronto, un sonido muy cercano —parecido a un golpe contundente, metálico y pesado— la hizo correr sin titubeos, obviando que por culpa del encerado del suelo podría caerse al suelo y estar a merced de quien estuviera detrás de aquellos ruidos. Sin resuello, logró

abrir la puerta con torpeza, chocando con el marco, pero un musculoso torso la hizo retroceder hacia dentro. Era un hombre alto, rubio, de complexión ancha, que sonreía con socarronería, Rocío titubeó y trató de correr hacia dentro del edificio, pero se encontró con otro hombre de aspecto similar. Miró a un lado y a otro, estaba acorralada, y aunque sus amigos le habían enseñado a pelear, sabía que no tendría ninguna opción con semejantes hombres, por lo que debía mantener la cabeza fría y emplear bien el efecto sorpresa de que una mujer en apariencia enclenque tuviera las nociones básicas para enfrentarse a un tipo llegado el caso. Con suerte, podía derribar a uno, y se decantó por el que estaba más próximo a la puerta de la calle, para, así, despejarla y salir de allí cuanto antes. Con una fuerza que no sabía que tenía, comenzó a correr hasta a él, propinándole un enérgico puñetazo en la nariz que le hizo más daño a ella que a él, que prácticamente ni se inmutó. El otro hombre la cogió entonces de los brazos, impidiendo así que se moviera, mientras observaba al que había agredido sonreír divertido al tiempo que negaba con la cabeza, desaprobando su conducta.

—Tobías se la ha buscado peleona —dijo éste en inglés con un marcado acento que Rocío no supo ubicar mientras se limpiaba un hilito de sangre que le salía de la nariz con su dedo índice, para, después, lamérselo en una actitud intimidante que a ella le revolvió el estómago.

Mientras tanto, la joven intentaba zafarse del agarre del otro hombre, sintiendo que se encontraba en peligro. Oír el nombre de Tobías no la ayudó a mantener la calma, y mucho menos ver cómo la miraban, de una manera despectiva, como si no fuera importante, como si su vida estuviera pendiente de un hilo que ellos mismos sujetaban.

—¡¡¡¡Aaaaaaahhhhhh!!!! —gritó con todas sus fuerzas en un vano intento de que alguien la oyese, de que la ayudasen a salir de allí, de que la salvaran de esos hombres que no conocía.

De repente, el que se encontraba delante de ella le puso un pañuelo que le cubrió la nariz y la boca. Al inhalar, Rocío cerró los ojos y se desvaneció en los brazos del otro, que la cogió como si pesara menos que una pluma, para después meterla en una furgoneta negra que acababan de estacionar enfrente de la puerta de acceso al edificio y, así, poner rumbo a algún lugar que ella desconocía.

Tobías miró el taller de Anxo, que se encontraba cerrado en esos momentos. Rodeó la enorme propiedad hasta hallar otra puerta que daba acceso a la casa, llamó al timbre y esperó a que le abrieran. Sabía que era muy temprano para hacer una visita, pero había tardado demasiado en ir a buscar respuestas y no podía perder más el tiempo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anxo de malas maneras al abrir la puerta.

—Quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de que hablar.

—Es sobre Rocío.

—¿Le pasa algo? —preguntó con un matiz de alarma.

—¿Te parece poco que hablen mal de ella cuando todo es mentira?

Anxo sonrió mientras se apoyaba en el marco de la puerta, en una postura confiada e intimidante.

—¿Y no te parece extraño que se hable más desde que tú te has fijado en ella?

—¿Y eso por qué?

—Porque queremos que te marches de este pueblo y que dejes en paz a Rocío. No merece estar con un hombre como tú —confesó Anxo con rotundidad.

—Mira, en eso tengo que darte la razón... Sé que no la merezco, pero también sé que no voy a renunciar a ella.

—Entonces lo pasaréis mal.

—¿Estás tú detrás de todo ese tema?

—No —respondió con una sonrisa socarrona—. Pero hay varias personas en el pueblo que están interesadas en que te marches y ella siga estando soltera.

—¿Varias personas?

—Sí —contestó para después cerrarle la puerta sin mediar más palabra.

Tobías se quedó allí unos segundos confundido, llamó varias veces al timbre para averiguar quiénes eran esas personas, pero Anxo no volvió a abrirle... No entendía nada de lo que le había dicho, pues, al parecer, no sólo había una persona que quería separarlos, sino varias... Montó en su destartado coche y se dirigió a la casa de Rocío pensando en la pérdida de tiempo que le había supuesto esa conversación.

Entró en la casa de la pelirroja gracias al juego de llaves que ella le había dado para que pudiera entrar y salir libremente, se acercó al dormitorio sin hacer ruido, quería meterse en la cama con ella y pensar que lo ocurrido ni siquiera había pasado, pero al entrar se encontró la

cama vacía.

—¿Rocío? —llamó buscándola por toda la casa sin encontrarla.

Se quedó de pie en el salón pensando dónde podría haberse metido, ni siquiera le había dejado una nota...

—A lo mejor ha salido a correr... —murmuró dirigiéndose al garaje para comprobar si su coche seguía allí.

Al entrar, maldijo por dentro: no estaba. Volvió de nuevo al salón, cada vez más nervioso. No entendía dónde estaba y por qué no le había dicho nada. Era cierto que él tampoco lo había hecho, pero sabía que volvería pronto, antes de que se despertara, cosa que no había llegado a suceder... Miró la hora en el reloj, era muy temprano para ir a hacer una visita, y se tranquilizó pensando que seguramente en breve entraría en su casa, llenándolo todo con su luz y su fuerza.

Aguantó quieto hasta el mediodía. Cuando se hartó de no hacer nada, se levantó del sofá para dirigirse a casa de Toñi, a lo mejor ella sabía dónde podía estar...

—Buenas tardes, Tobías —dijo la madre de Rocío al verlo delante de su puerta con el rostro cetrino y sin brillo en los ojos—. ¿Ocurre algo?

—¿Está aquí tu hija?

—No... ¿No está contigo?

—Esta mañana he salido temprano de su casa y al volver no estaba, ni ella ni su coche.

—¿Y no te ha dicho dónde iba a estar?

—No, de lo contrario, no estaría aquí... —susurró entrando al ver que Toñi le dejaba espacio para pasar.

—¿Habéis tenido alguna discusión?

—No, ¿por qué?

—Sólo desapareció una vez y fue cuando tuvo una fuerte bronca con su ex... Estuvo un par de días fuera y volvió como si nada.

—Entonces ¿me estás diciendo que a lo mejor se ha cabreado conmigo y hasta dentro de unos días no volverá?

—No lo sé... ¿Has hablado con sus amigos?

—No, iba ahora a hacerlo.

—¿Y con José? A lo mejor él puede ayudarte...

—Ya... —bufó Tobías. Lo que menos le apetecía era hablar con él—. Voy a hablar con sus amigos. Toñi, si te enteras de algo...

—Sí, tranquilo, te lo diré —dijo mientras lo observaba salir de nuevo de su casa.

Se dirigió al bar, pero los amigos de Rocío no estaban, por lo que fue al campo de fútbol. Al verlo muy serio, fueron a hablar con él, pues Rocío debería haber estado esa mañana jugando con ellos, algo que no había llegado a suceder. Todos, sin excepción, se preocuparon por la repentina salida de la pelirroja y prometieron a Tobías que, si se enteraban de algo, se lo comunicarían a la mayor brevedad. A continuación se dirigió a casa de su amiga Lúa, pero ella tampoco sabía nada de Rocío. Según ésta, desde la noche en que había ido a hablar con ella no había vuelto a saber de la pelirroja... Con cada minuto transcurrido, Tobías estaba más y más nervioso, más ansioso y asustado, y se le ocurrió volver de nuevo al bar, por si algún vecino la hubiese visto salir esa mañana.

—Menuda cara traes —soltó Yago cuando lo vio entrar.

—¿Has visto a Rocío?

—¿Ya se te ha escapado? —preguntó jocoso.

—No estoy para bromas, Yago —bufó nervioso—. No la encuentro y nadie sabe de ella.

—¿Has intentado llamarla por teléfono? —preguntó sacando su móvil y tendiéndoselo.

—No tengo móvil.

—Pero ella sí —indicó mientras negaba con la cabeza. Marcó el número y esperó—. No lo coge... —susurró extrañado al cabo de unos segundos, volviendo a marcar de nuevo.

—Esto es muy raro —resopló Tobías frustrado—. ¿Sabes dónde está José?

—Se ha cogido el *finde* libre... Creo que se iba a escalar por las montañas o algo así. Ya sabes que es muy aventurero...

—¡Joder! —resopló angustiado.

—No te preocupes. Rocío sabe cuidarse sola, ya verás cómo dentro de poco volverá como si no hubiese ocurrido nada...

—¡Al fin doy contigo! —exclamó Aleixo, uno de los amigos de la pelirroja—. Acabamos de encontrar su coche.

—¿Dónde? —soltó esperanzado.

—En tu empresa.

Tobías enarcó una ceja sin entender nada. ¿Qué hacía la camioneta de Rocío allí? Sin más, salió del bar y cogió su coche para dirigirse a la empresa, dejando a Yago y a Aleixo pendientes de sus movimientos y extrañados ante aquel descubrimiento.

Se bajó del coche rápidamente tras estacionarlo al lado de la camioneta de Rocío para después dirigirse al edificio prácticamente corriendo. Sacó las llaves para abrir la puerta, pero entonces vio que estaba abierta. Un mal presagio lo sacudió con virulencia, como si tuviera un *déjà vu*, como si aquello lo hubiese vivido antes, pero con otra persona que no le llegaba ni a la suela del zapato a esa pelirroja que le había recordado lo que era ser uno mismo. Recorrió toda la planta de abajo intentando encontrar algo fuera de su sitio y, al no hacerlo, subió por la escalera. La quietud que reinaba allí era espeluznante. La oscuridad vaticinaba cualquier fatalidad y él sólo deseaba ver la sonrisa de Rocío, cualquier cosa que lo hiciera darse cuenta de lo equivocado que estaba al preocuparse por ella. Pasó por su mesa, todo estaba intacto, y entonces se percató de que la puerta de su despacho estaba abierta. Hizo memoria, la había dejado cerrada el día anterior antes de marcharse. Las palmas de las manos le sudaban y se esperaba lo peor, cualquier atrocidad que lo llevara a revivir lo sucedido en Bratislava, pero, esta vez, en lugar de una cabellera rubia vería una pelirroja, su cuerpo inerte, su sonrisa congelada... Entró sin respirar, como si no quisiera hacer ningún ruido que alertase de su presencia, como si temiera que su intromisión acelerara aquel dantesco final que se esperaba pero que a la vez deseaba que no sucediese. Sin embargo, para su sorpresa, no vio nada. Todo estaba en orden...

Peor de lo que se había encontrado al traspasar el umbral de su despacho, salió a la calle, sin tener ni una pista insignificante para dar con el paradero de Rocío, sólo su coche, cerrado y sin nada a la vista que lo hiciera pensar a qué había ido un sábado por la mañana a la oficina. Montó de nuevo en su coche y se dirigió a su casa. No podía acudir a la policía, pues no sabía qué debía decir, habían pasado muy pocas horas para darla por desaparecida y seguramente se reirían de él cuando les confesara que se temía que le había pasado alguna atrocidad, pues él las atraía, como le había ocurrido a Iryna... Entró de nuevo en la casa de Rocío con la tonta esperanza de

encontrársela allí, semidesnuda en el sofá, sonriéndole de esa manera que haría que se le olvidara de un plumazo el mal trago que estaba pasando en ese día interminable, pero, para su desgracia, no estaba ahí. Así pues, alicaído y desesperado, se marchó a su casa.

Al llegar se encontró con la puerta abierta y eso lo alertó todavía más si cabe en ese extraño día que parecía que le tenía guardada alguna sorpresa más. Tragó saliva, armándose de valor mientras caminaba hacia el interior, esperando ver al causante de todo aquello, reteniendo a su chica. «Su chica»..., pensar en ella en esos términos lo hizo sonreír, aunque lo que menos le apeteciera fuera eso. Sin embargo, nunca antes había pensado en ella con un apelativo que tuviera tanto significado. Para él siempre había sido Rocío, su pelirroja, la persona que le daba calor y que lo había hecho revivir; pero, además, había descubierto que era su chica y haría todo lo necesario para encontrarla. Encendió las luces a medida que avanzaba por la casa y, de repente, algo le llamó la atención. Estaba sobre la encimera de la cocina; era un bulto, por lo que vio desde esa distancia. Se aproximó y, al hacerlo, tuvo que agarrarse con fuerza al borde de ésta, porque, en un charco de sangre, sin compasión y con una violencia nauseabunda, vio esparcidos los restos de un pobre conejo descuartizado. Al lado de él, en una hoja manchada de sangre, una nota en inglés escrita a ordenador con negritas y en mayúsculas:

SI NO QUIERES QUE TU AMIGA ACABE ASÍ, ENTRÉGANOS LO QUE NOS PERTENECE.

—¡Mierda! —bramó Tobías con impotencia al no tener ya dudas de quién retenía a Rocío.

Tobías se amasó el cabello sin dejar de caminar en círculos por la cocina, observando la nota con la amenaza. Resopló con frustración al no saber qué tenía que darles a esas personas para que soltaran a Rocío. Cuando se había marchado de allí a la carrera no había cogido nada, simplemente sus escasas pertenencias y poco más. Entonces ¿era posible que eso que le pedían estuviera entre sus enseres? Lo dudaba, pues, llegado el caso, esas personas no habrían dudado en registrar su casa en su busca, y todas las cosas se encontraban en su sitio. Entonces ¿qué querían? Y lo que más lo angustiaba, ¿por qué habían cogido a Rocío?

Una idea comenzó a florecer en su mente. No podía quedarse quieto en su casa a la espera de que ellos se dignaran darle otra pista más, pero podía ir en busca de respuestas e incluso adelantarse a ellos, ir donde estuvieran escondidos para ofrecerles un pacto que salvaguardarse a la pelirroja. Cerró la puerta de la entrada y arrancó el coche poniendo de nuevo rumbo a un lugar donde esperaba hallar lo que buscaba.

Llamó al timbre y esperó con impaciencia verlo aparecer. Él no disimuló su desagrado cuando abrió.

—¿No te has dado cuenta esta mañana de que no quiero hablar contigo y no quiero verte más delante de mi casa? —soltó Anxo malhumorado.

—Han cogido a Rocío y necesito saber dónde la tienen —contó visiblemente preocupado.

—¿Estás loco o qué?

—Mira, Anxo, tenemos poco tiempo. Rocío lleva todo el día desaparecida y ahora sé quién la tiene. Sólo necesito saber dónde están, para poder ayudarla.

—Pero ¿quién la tiene?

—Los hermanos Chownyk —confesó ansiando que él pudiera darle alguna pista.

—No sé de quiénes me hablas.

—Anxo, tú mismo me dijiste que había varias personas que querían que me marchara de aquí, que no deseaban que estuviera con Rocío, seguro que sabes de quiénes te hablo —añadió anhelando estar en lo cierto y no equivocarse ante su intuición, que le gritaba que Anxo sabía dónde se hallaba Rocío—. Son dos hombres rubios, altos y corpulentos, y tienen un fuerte acento ucraniano.

—¿Esos hombres la tienen retenida? —preguntó visiblemente preocupado al recordar cuando habían ido a su taller preguntando por él.

—Sí. Tengo en mi casa un conejo descuartizado con una nota en la que confiesen que tienen a Rocío.

—Pero ellos venían buscándote a ti —titubeó asustado porque fuera verdad lo que le decía.

—Entonces, los conoces... —susurró Tobías con una pizca de esperanza al darse cuenta de que había hecho bien en seguir su intuición, pues a lo mejor Anxo sabía dónde encontrarlos.

—Sí, vinieron hace unos días preguntando por ti, pero no utilizaron tu nombre, sino otro.

—¿Les dijiste dónde podían encontrarme?

—Sí.

—Cojonudo, Anxo. ¿Y no podías pensar que a lo mejor me estaba escondiendo de esa gente? —soltó molesto porque ese hombre hubiese puesto en peligro a Rocío.

—Quería que te cogieran a ti y que así te largaras de una vez por todas —añadió envalentonado.

—Muy bien, pues, en vez de eso, tienen a Rocío y han amenazado con hacerle lo mismo que a ese indefenso conejo que tengo sobre la encimera —murmuró con seriedad.

—Joder —resopló nervioso al imaginarse aquel desenlace.

—Dime dónde están.

—No lo sé.

—Esto no es un juego, Anxo. Esa gente no se anda con tonterías y es capaz de cumplir su amenaza...

—Pero ¿qué quieren?

—No lo sé, por eso necesito saber dónde están, porque se lo daré, lo que sea, ¡me cago en la hostia! Lo único que quiero es ver a salvo a Rocío —soltó Tobías desesperado. Los segundos pasaban veloces y continuaba sin saber dónde se encontraba su chica—. No lo hagas por mí, sino por ella. Tú la quieres, ¿no? —añadió observando cómo él bajaba la mirada al suelo y asentía con la cabeza.

—¿Por qué no vas a la policía? —sugirió entonces Anxo.

—Porque, como se enteren de que acudo a ellos, entonces sí que cumplirán su palabra, y eso es lo último que quiero. Los conozco, sé cómo son, y sé que si la policía se entera... Rocío estará muerta antes de que lleguemos a ella.

—Vale, está bien, indagaré. Si me entero de algo, te lo digo —replicó con rotundidad. Lo último que deseaba era que Rocío saliera lastimada.

—No tardes. El tiempo apremia —indicó mientras se daba media vuelta y volvía al coche, ansiando que Anxo cumpliera su palabra y le facilitase lo que había ido a buscar: el paradero de los hermanos Chownyk.

Abrió los ojos y sintió que los párpados le pesaban demasiado, como si los tuviera pegados. Observó a su alrededor. Estaba a oscuras, encima de un camastro sucio, pequeño, que olía a moho y a suciedad. Intentó tragar saliva, pero incluso la garganta la tenía seca. Entonces vio una pequeña botella de agua sobre una diminuta mesita. Comenzó a moverse para sentarse, pero, al hacerlo, la cabeza comenzó a darle vueltas y tuvo que respirar profundamente para poder controlar el mareo. Suspiró con impotencia, se hallaba en una habitación sin ventanas, sin luz exterior, tan sólo una pequeña linterna con pie alumbraba el lugar, que estaba descolorido y ennegrecido por la falta de cuidado. Cogió la botella, pensando en que, si la quisieran muerta, ya la habrían matado, y bebió un poco. Dejó de nuevo el agua sobre la mesita e intentó pensar por qué se encontraba allí, retenida por esos hombres, sin darle una explicación, sólo un nombre...

Resopló nerviosa, había intuido que Tobías escondía algo de su pasado, ese algo que lo hizo volver al pueblo, pero jamás pensó que se vería afectada por él. Dejó de respirar al oír unas voces hablando en un idioma que no entendía. Parecía que estaban discutiendo, hablando a gritos, propinando golpes, y Rocío, en ese instante, temió de nuevo por su vida.

—¿Qué coño quieres? —soltó molesto al verlo delante de él. Había quedado con el mecánico en que no hablarían más y mucho menos que él iría a buscarlo, algo que había hecho en contra de sus indicaciones.

—Joder, ¿no te has enterado? ¡La han cogido! Eso no fue lo que hablamos y se lo voy a contar todo a Tobías —confesó Anxo, que temía por la integridad de Rocío.

—A ver, vayamos por partes, ¿quién tiene a quién? —replicó intentando tranquilizarlo.

—¿¿No te has enterado?! —exclamó mientras negaba con la cabeza, asombrado de que ese hombre que había ideado un plan para separarlos no supiera que aquellos tipos la tenían a ella—. Los dos hombres rubios han secuestrado a Rocío.

—No puede ser... Hablé con ellos, pero en ningún momento me dijeron que la utilizarían a ella. Es más, les dije que Rocío tenía que estar al margen de todo esto, que no pintaba nada con Tobías y que lo único que deseábamos era que él se marchara de nuevo del pueblo.

—Pues han pasado de ti.

—Vale, vale... —bufó pensativo, tratando de analizar la situación—. ¿Cómo sabes eso?

—Tobías ha venido a decírmelo a mi casa. Quiere saber dónde se esconden para hacer un trato con ellos.

—¿Un trato, dices? —preguntó con curiosidad—. Vaya, por lo que veo, a nuestro amigo le interesa más Rocío de lo que creíamos. Había supuesto que, cuando se enterara de que esos hombres estaban por aquí, volvería a huir, importándole bien poco todo lo demás... —añadió extrañado por el comportamiento de éste—. Vale, dame unos minutos, voy a hablar con los hermanos Chownyk. Si les sonsaco dónde se encuentran escondidos, te aviso para que se lo digas a Tobías.

—Asegúrate de que ella esté bien y de que no le toquen ni un pelo. Tobías me ha dicho que lo han amenazado con matarla.

—Joder, con los gemelos, no dan puntada sin hilo... —resopló nervioso—. Vale, tranquilo, voy a llamarlos ahora mismo y me aseguraré de que Rocío salga indemne de todo esto.

Las horas pasaban tortuosas y lo único que podía hacer Tobías era esperar. El sonido del timbre de su casa lo hizo dar un salto que lo ayudó a levantarse del sofá y dirigirse a la carrera a la puerta. Delante de él se encontraba Anxo, cabizbajo y más serio de lo habitual, como si aquello realmente lo afectase, como si estuviera batallando entre hacer lo correcto o no.

—Sé dónde están.

Al oír esas palabras, Tobías se armó de valor. Había llegado el momento de entrar en acción, y no desperdiciaría una oportunidad como ésta. No le preguntó cómo había dado con la dirección, ni tampoco por qué se había aliado con ellos; lo único importante para él en aquel momento era encontrarla y, por eso, bajo la atenta mirada de Anxo —que se debatía entre confesar quién había detrás de todo aquel embrollo que estaba poniendo en peligro a Rocío o mantener el silencio impuesto para deshacerse de él—, se subió a su coche sin ni siquiera despedirse. Con el papel de

la dirección en la mano, salió de allí con una única idea en mente: liberar a Rocío.

Media hora después, en mitad de un bosque oscuro, tomó la salida hacia una pequeña carretera rural que lo llevaría al paradero de esos hombres y, por ende, de ella. Tras veinte minutos más conduciendo por aquel tramo repleto de baches vislumbró un pazo ruinoso y cubierto de helechos y musgo que, visto desde fuera, podía ser la casa perfecta para rodar cualquier película de terror. Detuvo el coche y se apeó sintiéndose observado pero sin llegar a verlos aún, algo que sabía que hacían; los conocía lo suficiente como para saber que estarían asegurándose de que había acudido solo, como realmente había hecho, pues lo último que deseaba era poner todavía más en peligro a la pelirroja. Caminó hasta la puerta principal, que encontró abierta, y entró en la deteriorada propiedad, iluminada parcialmente por velas y linternas con pie.

—Andriy..., Dmytro... —llamó sin dejar de caminar—. Sé que estáis aquí, dejad de jugar conmigo —añadió en inglés, el idioma que siempre había utilizado para comunicarse con ellos.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo Dmytro en tono ronco—. Daniel nos mintió...

—Hermano, Daniel no es su nombre —terció Andriy socarrón acercándose a la vez que Dmytro, acechándolo cada uno por un extremo, algo que tampoco lo asombró, pues era su manera habitual de intimidar—. Por lo que dicen en ese pueblo, su nombre es Tobías...

—Me gustaba más Daniel, te pegaba más —indicó Dmytro colocándose muy cerca de él, a pocos pasos, acorralándolo con su imponente altura.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Tobías harto de ese jueguito psicológico.

—Oh, la pelirroja —dijo Dmytro relamiéndose de una manera obscena que a Tobías le dio repugnancia—. Te la has buscado peleona, hizo sangrar a Andriy.

—Sí —asintió el aludido mientras se tocaba la nariz, que no tenía ningún signo de haber sido golpeada, mientras sonreía pérfidamente.

—Soltadla, ya me tenéis a mí.

—No, Tobías..., tenemos que asegurarnos de que nos des lo que es nuestro.

—¡Pero yo no tengo nada!

—Lo sabemos —indicó Andriy con una sonrisa petulante—. Pero eres el único que sabe dónde debemos buscar.

—No entiendo nada... Dejadme verla, por favor, necesito saber que está bien.

—Lo está —soltó Dmytro con rotundidad—, aunque eso puede variar si tú no quieres colaborar con nosotros.

—Haré lo que sea.

—¡Vaya! —terció Andriy guasón—. Por lo que veo, has olvidado ya a nuestra querida hermana.

—Iryna murió hace dos años.

—Por tu culpa —añadió Dmytro desafiante.

—¡Mentira! Por la vuestra —escupió Tobías envalentonado.

—No... Ella intentó salir de este mundo por ti, para volver a conquistarte... Tenía la tonta esperanza de que, si dejaba atrás todo esto, tú volverías con ella, y por eso, por tomar esa decisión, murió —explicó Dmytro con voz pausada.

—¡Era de vuestra sangre! —exclamó sintiendo repugnancia por esas personas.

—Su sangre era débil, su madre no era como la nuestra, fuerte y sagaz; además, se enamoró

de ti —expuso Andriy con desgana, desvelándole a Tobías que eran hermanos sólo de padre, cosa que él no sabía.

—Ella no me quería.

—Sí, sí que te quería; eso sí, a su manera... Por eso escondió algo para ti cuando se dio cuenta de que, para tenerte, tenía que abandonar esta vida, algo que nos pertenece y que sabemos que sólo tú podrás encontrar —señaló Andriy.

—¿Algo para mí? Ella no me habló de nada de eso.

—Pero te dejó una carta en la que creemos que está descrito el lugar donde lo escondió —intervino Dmytro—. La encontramos escondida en vuestra habitación de hotel.

—Yo no vi nada —dijo Tobías haciendo memoria.

—Pobre Iryna, te dejó unas últimas palabras y tú sólo pensaste en salvar tu cuello —añadió Andriy jocoso.

—Y ¿por qué no la habéis leído antes? —soltó desesperado.

—No somos tan imbéciles... Por supuesto que la hemos leído, pero no dice lugares concretos. Son rincones vuestros... Sólo tú puedes saberlo —señaló Dmytro con rotundidad.

—Llevamos dos años intentando encontrarte, saltando de un país a otro, a punto de cazarte, pero tú siempre ibas un paso por delante de nosotros... Hasta cometer el peor error de todos: volver a tu pueblo natal... —explicó Andriy.

—Vuestra hermana no sabía que había vivido aquí.

—No... Pero sabía que eras gallego y que tu pueblo estaba cerca de una playa. Nos ha costado, pero al final te hemos encontrado y ahora no podrás volver a escaparte si no nos llevas hasta lo que es nuestro —añadió Dmytro socarrón.

—Vale, dadme la carta, la leo, os digo el sitio y nos dejáis libres.

—No, no... —replicó Dmytro mientras negaba con la cabeza con prepotencia—. Vendrás con nosotros y tu amiga se quedará aquí hasta que tengamos en nuestro poder lo que es nuestro, lo que nos pertenece y lo que nuestra hermana, en un vulgar intento de jodernos la vida, escondió para ti.

—Pero... si os vais los dos, ¿quién cuidará de Rocío? Podría morir de hambre o de sed, o de frío, ¡joder!... Y, como le ocurra algo, os juro que no os llevaré a ningún lado, me importa una mierda que hagáis conmigo lo que sea. ¿Ha quedado claro? —soltó Tobías con valentía, enfrentándose a esos dos hombres que lo miraban como si fuera un ser insignificante.

—Vaya, vaya, hermano..., parece que el españolito tiene agallas —soltó Andriy cínico.

—Una valentía que nunca sacó por nuestra hermana...

—¡Idos a la mierda! —bramó Tobías de malas maneras.

—No está bien enfadar a quien tiene entre sus manos lo que más quieres —indicó Dmytro, mostrándole una sonrisa confiada y perversa—. Porque la quieres, si no, no estarías aquí, dispuesto a darnos lo que deseamos.

Tobías no dijo nada, pero esas palabras se le clavaron en el alma, porque acababa de darse cuenta de que la quería hasta el punto de ponerse a merced de ese pasado del cual había estado huyendo todo ese tiempo, sólo para salvarla, sólo para que estuviera fuera de peligro, sin importarle nada más que su seguridad.

—Toma la carta, léela —apremió Andriy, cansado de aquella conversación, mientras le tendía una hoja doblaba con pulcritud.

Tobías la cogió con un movimiento rápido y conciso, la desdobló y comenzó a leer bajo la atenta mirada de aquellos hombres que no habían tenido compasión, a los que ni siquiera les tembló el pulso para acabar con la vida de su hermana pequeña, Iryna...

No sé si me dará tiempo a acabar de escribir todo lo que quiero que sepas. Ahora mismo estoy escondida, sentada en el frío suelo, mientras garabateo mis últimas palabras, sabiendo que ha llegado mi final, uno que me he buscado y que me merezco...

Daniel, mi querido Daniel, aunque sepa que no es tu verdadero nombre, no me importa no haber sido merecedora de saber el auténtico, porque para mí siempre formarás parte de mi destino... Me lo dijiste multitud de veces, pero yo no quise escucharte, ¿cómo iba a imaginar que mis propios hermanos me estarían buscando para que reconsiderase mi decisión de abandonar el negocio familiar? Sin embargo, no voy a volver, aunque eso me cueste la vida, aunque sea lo único bueno que haya hecho desde que tengo memoria, eso, y conocerte... Aún recuerdo tu gesto perdido y tu mirada vacía aquella mañana que te encontré vagando por las calles de Madrid. Al verte, lo supe, tenías que ser mío, y no descansé hasta que aceptaste acompañarme. Sé que me porté mal contigo, que te arrastré a una vida que tú no deseabas, que te instigué y te preparé concienzudamente para convertirte en algo que no iba con tu manera de ser. Tú siempre me lo decías, no habías nacido para esto, pero yo no quería darme por vencida. Aun así, tampoco podía obligarte, por eso, siempre te quedabas en la sombra, mientras nosotros hacíamos todo el trabajo sucio. Claro que me tocó enfrentarme a mis hermanos en repetidas ocasiones, no paraban de criticarte, de intentar que espabilaras para empezar a ganarte el sueldo, para conseguir su respeto e incluso para merecer mi compañía... Pero yo no podía persuadirte para dar ese paso, ya habías hecho demasiado por mí, por nosotros...

Ahora, mientras oigo cómo Dmytro y Andriy se aproximan a mí, recuerdo los maravillosos momentos que vivimos juntos en nuestro decimosegundo aniversario, junto a ese monumento donde nos dimos un beso, uno de verdad, que me hizo abrir los ojos a todo lo que estaba haciendo con mi vida. Me encantaría que un día fueras allí, que me recordaras como creías que era y no como realmente fui, una egoísta, una aprovechada y una mala mujer que tuvo la suerte de que un hombre como tú se enamorara de mí.

Antes de despedirme de ti, quiero que sepas que entiendo por qué quisiste dejarme en repetidas ocasiones, aunque después consiguiera obtener una oportunidad más para tratar de hacerte cambiar de opinión. Sin embargo, te juro que no te reprocho nada; en tu lugar, yo habría dado ese paso mucho tiempo atrás, incluso antes de que te introdujera en este mundo que no te pertenece, obviando mis malas artes, desapareciendo de mi vista... Por lo menos puedo decir que lo intenté. Intenté ser una buena chica, la mujer que te merecías, pero la vida que elegí me impidió una segunda oportunidad para demostrarte que podía cambiar.

Tengo que darme prisa, ya están cerca, pero no tengo miedo. Ahora no. Por favor, huye de ellos y jamás

—¿Faltan hojas? —preguntó Tobías al observar que la frase estaba inacabada y que la última letra era más larga de lo habitual.

—No le dio tiempo a terminar de escribir. La encontramos —terció Dmytro mostrándole una sonrisa ladina, sin un ápice de arrepentimiento.

Tobías los observó para después mirar de nuevo la carta.

—Sé qué lugar es, pero, antes de nada, quiero ver a Rocío —apremió tendiéndole la carta mientras sentía un nudo en el estómago al darse cuenta de que Iryna una vez lo amó lo suficiente como para intentar salir de ese mundo que ahora volvía a engullirlo, poniendo en peligro la vida de otra mujer.

29

Rocío oyó pasos cada vez más cerca; éstos eran pesados, seguros, intimidantes... Se abrazó las piernas con la vista clavada en la puerta, esperando a que llegase su hora, aunque le quedaran tantas cosas por vivir, tantos besos que dar y tanto que decir a las personas que de verdad le importaban. Oyó el sonido de la llave al girar y contuvo la respiración. Uno de los hombres abrió la puerta y le dedicó una sonrisa pérfida y sagaz que le puso la carne de gallina. Se acercó a ella en un suspiro, la levantó del camastro, haciendo que con el movimiento acelerado se resintiesen sus músculos y sus huesos, y, sin soltarle el brazo, la sacó de allí, arrastrándola sin miramientos, como si fuera un mueble envejecido que hubiesen decidido tirar al contenedor. Rocío aprovechó para observar dónde se encontraban. Todo estaba parcialmente oscuro, supuso que sería de noche por la nula claridad que entraba por las ventanas. Las habitaciones estaban vacías, sin prácticamente muebles, y los que habían estaban maltratados por el paso del tiempo. El olor a húmedo, donde el moho se mezclaba con el polvo de años, creaba una atmósfera casi irrespirable que la mareó ligeramente, provocándole náuseas y un ligero mareo. Llevaba sin comer nada desde la noche anterior y estaba famélica.

—Aquí la tienes —oyó que decía la voz de su carcelero mientras se detenían en mitad de un amplio salón.

Levantó la mirada y lo que vio la dejó aturdida. Estaba soñando, sí..., o era posible que el mareo le estuviera creando visiones, porque no podía ser él... No podía tenerlo delante de ella. Era imposible..., ¿o no?

—Rocío. —¡Era su voz!—. ¿Estás bien?

Abrió la boca, quería hablar, pero no le salían las palabras. ¿Cómo podía ser que estuviera delante de ella?

—¿Qué le habéis hecho, hijos de puta? —soltó Tobías en inglés, visiblemente cabreado al ver la debilidad de Rocío.

—Nada, la hemos tratado de una manera suave y delicada —se jactó Andriy, que se encontraba a su lado, observando cómo su hermano cogía con fuerza a la pelirroja, pues las piernas no la sostenían.

—Rocío, escúchame, voy a sacarte de aquí, ¡te lo juro! —dijo Tobías aproximándose y acariciando su rostro.

Al sentir su contacto, ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Tobías? —balbuceó con voz pastosa. No estaba soñando. Era él, estaba delante de ella, y aquello la alivió tanto que no supo la razón de tal desvarío, pues aún se encontraban en peligro,

aún seguían esos dos hombres demasiado cerca como para aventurarse a decir que todo había concluido.

—Sí, soy yo —sonrió—. Voy a hacer que todo esto acabe, que te liberen y que no te ocurra nada, pero para eso tengo que marcharme, aunque volveré a por ti, ¿me has entendido?

—Sí —susurró perdiéndose en su mirada ansiosa, en la que se reflejaba el temor que sentía de que a ella le ocurriese alguna atrocidad.

—No te voy a abandonar, no podría hacerlo, yo...

—Vale, ya está bien, Romeo —bufó Andriy de mala gana, interrumpiendo así su confesión—. Dmytro, acompaña a nuestra invitada a sus aposentos —terció socarrón.

—No, no, ¡no! —bramó Rocío empleando las pocas fuerzas que poseía al ver que su carcelero la separaba de Tobías para volver a llevarla a aquel lugar sucio, sin luz y tan gélido que le paralizaba los músculos.

—¿Le habéis dado de comer? —preguntó Tobías preocupado. Se la veía tan débil y sin fuerzas, tan distinta de cómo era ella que su corazón se rompió por dentro, pues sabía que, en parte, era por su culpa. Él la había arrastrado a eso, por fijarse en ella, por no poder controlar lo que sentía, por intentar hallar una felicidad que creía que no merecía—. Tenéis que dejarle comida para estos días. ¡Joder! Tenemos que salir de España, ¿lo comprendes?

—Sí, sí... —respondió Andriy con dejadez—. Le dejaremos provisiones, no te preocupes. Y, dime, ¿adónde tenemos que ir?

—A la capital de Lituania, a Vilna...

—Sé más concreto.

—Tenemos que ir a la iglesia de Santa Ana, hay un árbol que se encuentra enfrente de ésta, decorado con telas, donde tu hermana, con una navaja, dibujó un corazón con nuestras iniciales para inmortalizar así nuestra unión...

—Perfecto. No perdamos tiempo —soltó cogiendo el teléfono para comprar tres billetes de avión *online*—. Espero que tengas a mano tu documento de identidad.

—Sí... Lo llevo conmigo. ¿Le has dicho a Dmytro que le deje comida a Rocío?

—Sí, no te preocupes por eso. ¡Vamos! —indicó al ver cómo su hermano se acercaba de nuevo a ellos.

Tobías dudó un segundo, pero supo que no tenía escapatoria. Debía llevarlos hasta allí, a esa ciudad donde Iryna supo que tenía que cambiar para seguir con él. Por lo menos, al hacerlo, se aseguraba de que los gemelos no estarían cerca de Rocío, aunque para eso tuviera que dejarla en aquel lugar apartado de cualquier civilización, sola, sin nadie, en un viejo pazo, sin calefacción... Anhelaba que estuviera bien, porque haría lo imposible por volver con ella, para rescatarla de aquel inhóspito lugar, aunque supiera, en lo más hondo de su ser, que estaba firmando su defunción nada más entrar en la furgoneta de los hermanos Chownyk.

Anxo salió de detrás de un árbol cuando vio el vehículo alejarse lo suficiente como para que no lo vieran. Caminó hacia aquella casa, anhelando verla, saber que estaba bien, pues, aunque lo había intentado, no había podido encontrar dónde la tenían retenida, hasta que la vio aparecer, entre la mugre de las ventanas, llevada por uno de esos hombres ante Tobías. Se quedó quieto al lado de la ventana, escuchando la conversación que estaban manteniendo en inglés, menos mal que sabía un poco ese idioma y pudo enterarse de lo que decían, hasta que oyó que se marchaban

y entonces corrió de nuevo a esconderse.

—Rocío —gritó mientras entraba en el pazo—. Rocío, soy Anxo, ¿dónde estás?

Pero lo único que oyó fue el silencio. Siguió inspeccionando la propiedad, abriendo todas las puertas, buscándola, aunque sabía que, cuando él se enterara de su decisión de ir a rescatarla, no le haría mucha gracia, pues le había ordenado que no se entrometiera en aquel asunto de esos hermanos... Sin embargo, lo que no podía consentir era que por culpa de ese hombre que se había subido a la furgoneta de los gemelos ella estuviera en peligro. Anxo la quería y su conciencia no estaría tranquila sabiendo dónde se hallaba y sin hacer nada para salvarla de esos extranjeros despiadados que no habían tenido consideración al meter a la pelirroja en aquel lío...

—¡Rocío! —la llamó de nuevo sin dejar de buscar.

Intentó abrir una puerta, pero ésta no cedió como las anteriores. Estaba cerrada con llave, y así supo que la había encontrado. Un cierto alivio lo reconfortó al saber que en breve la sacaría de aquel lugar gélido y nauseabundo, repleto de suciedad e insectos.

—Rocío, soy Anxo... —dijo hablándole a través de la puerta—. Voy a sacarte de aquí, por favor, hazte a un lado.

Esperó por si oía una contestación por parte de la pelirroja, pero ella no le respondió. Agarró el pomo de la puerta y, con la ayuda de su hombro, dio un fuerte golpe que hizo que ésta se resintiera. Volvió a intentarlo un par de veces más, notando cómo comenzaba a moverse ligeramente, quedaba poco para conseguir romperla. Miró a su alrededor y no vio nada que lo ayudase en aquella difícil tarea. Cogió aire y esta vez trató de romperla a patadas, fuertes y concisas, hasta que al final, de un golpetazo que retumbó por toda la vasta propiedad, la abrió, provocando tan ruido que podría alertar a cualquiera que se encontrara cerca. Lo que vio allí lo dejó helado. Sobre una cama repleta de suciedad se encontraba Rocío, quieta, colocada de una manera imposible, como si alguien la hubiese dejado caer. Se acercó a ella conteniendo el aire, anhelando no haber llegado demasiado tarde, pues ni siquiera hizo el amago de moverse, como si no pudiera, como si se encontrara sin vida.

—Rocío... Rocío —la llamó con suavidad mientras la zarandeaba con mimo.

Pero ella no respondía, y estaba tan helada que Anxo se temió lo peor.

—Joder, por favor, que esté viva —susurró para sí mientras comprobaba si tenía pulso en la yugular. Al sentir el suave y rítmico latido, respiró con tranquilidad—. ¿Qué te han hecho? —dijo mientras la cogía en brazos, notando cómo su cuerpo temblaba a causa del frío y de alguna droga que le habían dado para adormecerla.

Se quitó la chaqueta y la tapó con ella, necesitaba entrar en calor y él la cuidaría hasta que se despertara, hasta que se recuperara, y haría todo lo necesario para que esos hombres no volviesen a apresarla.

Observó a su alrededor en un vano intento de comprobar si se dejaba algo importante para ella, pero sólo vio en una pequeña mesa un par de botellas de agua y una bolsa de patatas fritas. Negó con la cabeza. ¿De verdad pensaban que sobreviviría comiendo eso? La sacó de aquel agujero apestoso importándole muy poco que supieran que había sido él quien la había rescatado de aquel lugar donde habría muerto de frío y de hambre. Caminó hasta el interior del bosque, donde había escondido su todoterreno, abrió la puerta trasera y metió con cuidado a Rocío, tapándola con su chaqueta. Parecía tan vulnerable en aquellos momentos que Anxo se sintió culpable de haber tomado parte en aquel plan... La miró unos segundos más, visiblemente

preocupado y arrepentido, anhelando que se encontrara bien y que recordara aquello como un susto. Luego cerró la puerta y se dirigió a la del conductor. Arrancó el motor, que desafió el silencio reinante en aquel lugar, y condujo hacia su casa, donde la cuidaría y la defendería de cualquiera que intentase hacerle daño.

Se removi6 adormilada mientras sentía el cálido edredón sobre ella. Ronroneó de gusto. Estaba cómoda, caliente y...

—¿Dónde estoy? —susurró abriendo los ojos de golpe, sintiendo un leve mareo por la rapidez del movimiento.

Se encontraba en una habitación amplia, luminosa, con las paredes blancas y una enorme ventana por la que entraba el sol. Miró a su alrededor temerosa de volver a ver a esos hombres que la mantenían cautiva, pero al hacerlo no vio nada, sólo la puerta cerrada y otra al lado que daba al cuarto de baño. Intentó sentarse en la cama sintiendo cómo la cabeza le daba vueltas con rapidez y tuvo que tumbarse de nuevo para no desplomarse. No reconocía ese dormitorio. No sabía dónde estaba y no confiaba en encontrarse a salvo, pues lo último que recordaba era que ese hombre que la había llevado delante de Tobías la devolvió al camastro entre empujones. Ella intentó liberarse varias veces. Aunque sus fuerzas se encontraban bajo mínimos, no podía mantenerse quieta, necesitaba salir de allí y averiguar qué tenían en común esos hombres con Tobías. No obstante, no pudo hacer mucho, pues el corpulento hombre le tapó la nariz con un pañuelo empapado en cloroformo y Rocío cayó dormida... De repente comenzó a oír voces que se aproximaban a donde ella se encontraba y se mantuvo quieta, disimulando que dormía; quería saber qué había ocurrido para no estar ya en aquella asquerosa habitación.

—Hace unos minutos he pasado a verla y seguía dormida, por eso te he llamado, estoy preocupado por ella.

—No te alarmes, ¿vale? ¿Qué viste cuando entraste allí? A lo mejor había una jeringuilla o unas pastillas...

—No, no... No vi nada de eso —dijo abriendo con delicadeza la puerta—. Sigue dormida... —indicó apesadumbrado entrando en la habitación.

—¿Ha comido algo?

«Joder, joder... ¡Son Roi y Anxo! ¿Qué hago aquí con ellos?», pensó Rocío, intentando encontrar una respuesta plausible.

—No... Como te he dicho, la encontré dormida y ha seguido durante toda la mañana...

—Ay, Roi, está muy pálida —gimoteó Lúa acercándose a ella para observarla mejor. Al hacerlo, Rocío abrió los ojos y su amiga se asustó, llevándose la mano al corazón—. ¡Rocío! —exclamó aliviada.

—¿Qué hago aquí? —preguntó sintiendo su voz débil, casi en un susurro.

—Te saqué de allí y te traje a mi casa —contestó Anxo, que sonreía dichoso al ver que al fin había despertado.

—¿Y Tobías?

—Antes de nada —cortó Roi—, ¿cuánto hace que no comes?

—No sé, ¿qué día es?

—Rocío, es domingo... —gimoteó Lúa asustada.

—Desde el viernes por la noche que no como nada.

—¡Enseguida vuelvo! —exclamó su amiga resolutiva—. No te importa que le prepare algo de comer a Rocío, ¿verdad? —le preguntó a Anxo.

—Coge lo que necesites —contestó él sentándose en la silla que había delante de ella.

—Voy a hacerte una pequeña exploración, para saber cómo estás, ¿de acuerdo? —indicó Roi mientras abría su maletín de médico.

—Estoy bien... Cansada, pero bien —susurró Rocío, restando importancia a su salud—. Anxo..., ¿dónde está Tobías?

—Se fue con esos hombres.

—¿Por qué?

—Escúchame, Rocío —intervino de nuevo Roi—. ¿Te hicieron algo esos tipos que te tenían retenida?

—No, no... Sólo dormirme con cloroformo, pero nada más.

—Si quieres puedo hacerte una analítica completa para descartar posibles enfermedades contagiosas —comenzó a decir en tono profesional.

—Roi, ¡estoy bien! —soltó con las pocas fuerzas que tenía, clavando su dura mirada en él—. Anxo, por favor... Dime qué pasó.

—Sé poco... Lo que oí tras la ventana. Estaba esperando a que se marcharan para ir a por ti. Se subió a la furgoneta de esos hombres y se marchó con ellos, la razón no la sé...

—¿Por qué no entraste a ayudarlo? Tobías vino a rescatarme, me lo dijo, como también me dijo que regresaría a por mí...

—Dudo que lo haga, Rocío... —bufó Anxo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Acaso no has visto cómo son esos hombres? Seguro que Tobías no vuelve, como seguro es que te dejaron allí encerrada para que murieras de inanición —añadió molesto porque ella sólo pensara en ese hombre que había puesto en peligro su vida y no se diera cuenta de que, por su culpa, había estado a punto de morir.

—¿Cómo supiste que estaba allí?

—Ehh..., seguí a Tobías. Él lo sabía.

—¿Y cómo podías estar seguro de que él lo sabía? No me mientas, Anxo... —añadió sin dejar de mirarlo a los ojos. Él desviaba los suyos nervioso, temiendo que supiera que, en efecto, le mentía.

—Vamos a recuperar fuerzas, Rocío —soltó Lúa, apareciendo de nuevo en la habitación con una bandeja en la que llevaba un plato humeante de macarrones recién hechos—. Estoy preparando una sopa para la cena, ya verás qué bien te va a sentar.

—Sí, comeré, pero no creas que me voy a olvidar de este tema. Cuando acabe, quiero que me cuentes la verdad —soltó desafiante sin dejar de mirar a Anxo, que bajaba la cabeza, sopesando si esclarecer o no todo aquel embrollo.

—Antes de nada, come, porque luego llamaremos a la policía. Me parece increíble que mi amiga estuviera retenida por unos bestias sin compasión y que no avisaras a las fuerzas del orden —lo regañó Lúa, haciendo que Anxo se volviera y observara a través de la ventana.

30

Rocío escuchó pacientemente a Anxo, intuyendo que éste le ocultaba partes de la historia, pues le parecía incompleta, con muchos flecos sueltos que intentaría sonsacarle más adelante, ya que lo primero era encontrar a Tobías y el tiempo corría en su contra.

—No puedes levantarte aún. Estás muy débil —pidió Lúa al verla salir de la cama.

—Ya he estado demasiado tiempo tumbada. Necesito saber que está bien, ¿no lo entiendes?

—¿Y si se ha ido porque no quiere volver? No sería la primera vez que lo hace...

—Lúa, si hubiese querido eso, no me habría prometido que volvería a por mí —añadió poniéndose de pie con dificultad. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiese hecho un ejercicio extremo y ahora estuviera sufriendo las consecuencias. Sin embargo, lo consiguió con ayuda de la pared que tenía cerca.

—Pero él ha sido quien te ha metido en este lío —soltó Anxo, molesto porque ella tomara aquella decisión que la alejaría de nuevo de él.

—Y yo percibo que no me has contado toda la verdad —replicó Rocío mientras negaba con la cabeza.

—Te he dicho adónde han ido y es la verdad, lo oí mientras esperaba a que salieran de la casa —refunfuñó mirándose las manos, dándole la respuesta que ella temía. Sin duda, había cosas que ocultaba.

—Sí, es cierto, después de habértelo pedido mil veces... Mira, Anxo, de verdad que te agradezco que me hayas sacado de ese agujero, sé que sin ti aún estaría allí, muriéndome de frío y de hambre... Pero, entiéndelo, sé que Tobías se escondía de ellos, lo sé, aunque él jamás me lo contara, y, aun sabiendo eso, ha decidido ir con ellos a Lituania, a buscar a saber qué. Y todos sabemos cómo acabará esto... —resopló sintiendo que comenzaba a recuperar las fuerzas perdidas: comer y haber dormido en una cama caliente habían sido vitales para sentirse así.

—¿Y si ya lo han hecho y pones en peligro tu vida? —escupió Anxo de malas maneras.

—¿De verdad crees que, si han conseguido lo que han ido a buscar, seguirán allí? No... Pero puede que hayan sido benevolentes y que Tobías no esté muerto, sólo malherido, o, tal vez, haya conseguido escapar... No sé. Lo que tengo claro es que no me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que caiga la respuesta del cielo. Tardó quince años en regresar al pueblo, no voy a esperar otros tantos para que vuelva a hacerlo, no puedo volver a perderlo... Me niego a resignarme —farfulló con dolor sólo de pensar en aquella posibilidad remota, volver a pasar por aquel infierno. Sin embargo, ahora ya no era una adolescente loca por su amor platónico, sino una mujer que había conocido al hombre que se escondía tras éste, con el que había compartido

momentos íntimos y con el que había experimentado lo que era sentir de verdad y no a medias, como siempre había ocurrido.

—Escúchate, Rocío —pidió Roi en un vano intento de que razonara—. Él no es como creíamos que era. Tú misma lo has visto. Esos hombres lo conocían, lo tuteaban, e incluso Anxo ha dicho que Tobías se sabía sus nombres... Él tenía otra vida y a lo mejor, como dice Lúa, ha querido volver a ella.

—¡No! —bramó con impotencia, dándose cuenta de que nadie la entendía—. Da igual lo que penséis. Me marcho de aquí... Lúa, ¿me llevas al trabajo, donde dejé mi coche?

—Sí, claro —dijo con un hilo de voz.

—Por lo menos no vayas sola, que alguien te acompañe. Si quieres puedo ir contigo... —sugirió Anxo cabizbajo, anhelando, en un vano intento, que ella aceptara su ayuda.

—O podemos llamar a la policía y ponerla sobre aviso —comentó Roi.

—¿Y decirles qué? —soltó Rocío de malas maneras mirando con dureza a Roi—. Anxo, te lo agradezco, pero no... Hablaré con José. Él sabrá lo que hay que hacer en un caso tan delicado como éste —indicó con seguridad—. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho por mí —comentó dándole un beso en la mejilla.

Anxo asintió y miró al suelo sin atreverse a decirle todo lo que sabía, sintiendo que los remordimientos eran cada vez más patentes, dudando si dar o no ese paso que destaparía un plan en el que había más personas involucradas, deseando que hubiese sucedido precisamente eso que habían logrado los gemelos: que Tobías estuviese lejos del pueblo y fuera del alcance de ella.

—Coge las llaves de mi coche, me quedará un rato más con Anxo —dijo Roi dándole las llaves a Lúa, que las cogió.

—¿Vamos? —preguntó ésta a Rocío, que comenzaba a ponerse la chaqueta.

La pelirroja asintió y salió de la casa de Anxo dispuesta a hacer lo necesario para recuperar a Tobías.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó Lúa ya en el interior del coche.

—Sí.

—¿Y por qué vas a hacerlo? Es una locura. Esos hombres te encerraron en una casa abandonada en mitad del bosque y tú ahora vas a ir en su busca, poniéndote de nuevo en peligro, sin saber si Tobías sigue vivo o si quiere que alguien lo encuentre...

—Ya lo hemos discutido antes, Lúa —replicó con determinación—. Mira, sé que estás preocupada por mí, pero debo hacerlo.

—No te habrás enamorado de él, ¿verdad? —soltó con seriedad.

Era cierto que en un principio a Lúa la había seducido la idea de que su amiga volviera a enamorarse del único hombre por el que había sentido algo, pero Tobías no era el mismo chico que había vivido allí: tenía un pasado turbio que por poco le había costado la vida a Rocío. La pelirroja estaba en silencio, observando el paisaje por la ventanilla del pasajero, sin responder a aquella cuestión, pues ni ella misma sabía la respuesta, o tal vez sí, pero le daba miedo aceptarla cuando desconocía si Tobías seguía vivo o no, sólo anhelaba volver a tenerlo delante para poder responder a aquella cuestión que había cruzado por su mente varias veces en aquel interminable día de cauterio.

—Mi camioneta sigue ahí, menos mal —resopló con alivio al verla en el mismo lugar en el que la había estacionado.

—No me has contestado, Rocío —añadió Lúa, temiéndose lo peor.

—No te preocupes por mí —dijo forzando una sonrisa.

—Uf... ¡Lo estás! —afirmó mirándola a los ojos después de detener el coche cerca de su camioneta. Rocío le sonrió vagamente, sin poder afirmar o negar aquella cuestión, pues era tan complicado verbalizar cómo la hacía sentir Tobías que prefería callarse y centrarse en encontrarlo—. Ten cuidado, ¿vale? —susurró angustiada por su amiga

—Sí, de camino llamaré a José, pero primero quiero ir a casa a ducharme. Ahora mismo doy asco —bufó sintiéndose sucia—. Gracias por traerme, Lúa. Te mantendré informada.

—Cualquier cosa, ya sabes que me tienes aquí.

Antes de bajar del coche, Rocío la miró y sonrió tímidamente. Habían pasado tantas cosas entre ellas, buenas y menos buenas, incluido aquel pequeño episodio de falta de confianza, pero, aun así, con todo aquello tan reciente, sabía que Lúa era sincera al ofrecer su ayuda, como también sabía que su amiga haría cualquier cosa para que no corriera peligro, para que se mantuviera a salvo en el pueblo y abandonara la temeraria idea de ir en busca de Tobías. Rocío esperaba que no se inmiscuyera en su decisión; era lo que quería y no descansaría hasta llevarla a cabo. Se dirigió hacia su camioneta pensando cómo se tomaría José su propuesta. Esperaba que aceptara viajar con ella, si no, estaba dispuesta a coger un vuelo sola hasta ese país para buscar cualquier pista que la llevara hasta él.

La ducha la despejó lo suficiente como para preparar una pequeña mochila, comer algo mientras hablaba con su madre, tranquilizarla y hacerle creer que se encontraba bien —aunque su mente aún no había asimilado todo lo que le había ocurrido y en ella sólo había espacio para Tobías—, y llamar por enésima vez a José, con el que aún no había podido hablar. Dio vueltas por la casa, miró los vuelos hasta Vilna, volvió a llamar, hasta que el sonido del timbre de su casa la sobresaltó. Se acercó extrañada de que a esas horas alguien le hiciera una visita; era muy tarde, casi medianoche.

—¡José! —exclamó aliviada al verlo delante de su puerta—. Te he estado llamando toda la tarde.

—Lo sé. Perdóname, estaba haciendo escalada y no tenía cobertura. Acabo ahora mismo de ver tus llamadas y las de casi medio pueblo... ¡Joder! ¿Estás bien, Rocío? Me he enterado de lo que te ha ocurrido, mientras yo estaba por ahí divirtiéndome... —añadió con pesar al tiempo que negaba con la cabeza.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. Pero... —Bufó mientras lo hacía pasar para después contarle todo lo que sabía e intuía.

—¿Y crees que corre peligro? —preguntó él después de haberla escuchado con atención.

—Sí, por supuesto, voy a ir a buscarlo, y he pensado que me acompañaras tú.

—Lo que me estás pidiendo es una locura, Rocío. No tengo jurisdicción allí, no puedo hacer nada si, llegado el caso, encontramos a esos hombres que se han llevado a Tobías. Además, tú misma me has contado que él se fue con ellos por voluntad propia. No podemos alertar a la policía de ese país por posible secuestro...

—¡Pero se fue con ellos para salvarme! —exclamó nerviosa. Parecía que nadie entendía que Tobías se escondía de esa gente por algo y que había dado ese paso para ayudarla a ella.

—Escúchame... —dijo con voz calmada, intentando apaciguar a la pelirroja, que se

encontraba cada vez más alterada—. Quédate aquí, mañana a primera hora haré un par de llamadas, intentaré saber de él y averiguaré quienes son esos dos hombres. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo.

—No puedo quedarme aquí cuando sé que él está en peligro —confesó con impotencia y dolor; parecía que nadie entendía lo que ella se temía. No quería perderlo, no podría soportar pasar de nuevo por aquella situación.

—Tú no podrás salvarlo, Rocío, no seas kamikaze e intenta pensar fríamente. Además, si él te ve..., imagínate, intentará salvarte aun poniendo en riesgo su vida. Es una locura, tienes que quedarte aquí y esperar a que vuelva. Tú misma me has dicho que te lo prometió antes de marcharse con esas personas.

—No puedes pedirme eso, José... No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que vuelva. ¿Y si...? —soltó, interrumpiéndose mientras se mordía el labio inferior.

—¿Y si no vuelve? —terminó él la pregunta por ella—. No sería la primera vez que lo hace... —añadió con seriedad.

—¡No importa! —replicó molesta mientras se acercaba a la puerta para abrirla—. Buenas noches.

—¡Siempre has sido una cabezota! —exclamó el policía, temiéndose que ella cumpliera su palabra—. Te acompañaré.

—No, no hace falta. Gracias de todas formas —contestó con seriedad mientras le señalaba la calle para que él saliera de su casa.

José la miró y negó con la cabeza, desaprobando su conducta.

—Él no se merece que pongas en peligro tu vida.

—Yo tampoco me merecía que él saliera de su escondite para salvarme —confesó Rocío con un hilo de voz, observando cómo José se iba de su casa para, después, sin decir nada más, cerrar de un fuerte portazo y comenzar a prepararse para viajar sola hasta Lituania.

Salió al rato, con una pequeña mochila colgada al hombro, se subió a la camioneta y se dirigió al aeropuerto de A Coruña. Era de madrugada, ni siquiera se atisbaba ningún indicio de claridad en el cielo, pero era preciso salir tan temprano, sin ni siquiera dormir un poco, pues no podía pensar en relajarse mientras no supiera cómo se encontraba Tobías. Sabía que sería buscar una aguja en un pajar, no era tan inconsciente y tan estúpida, pero lo que también sabía era que no podría quedarse en su casa esperando a que él volviese...

Después de dos escalas, primero en Madrid y más tarde en Ámsterdam, y de casi doce horas, llegó a la capital lituana. Estaba agotada, aunque entre vuelo y vuelo intentó dormir un poco. Sin embargo, los nervios le dificultaban esa empresa, pues en lo único que podía pensar era en Tobías y en si se encontraría bien... Cogió un taxi y dio la única dirección que tenía. Miró el cielo de aquel atardecer mientras pensaba que había tardado demasiado en ir hasta allí y se temía no encontrar nada que la ayudara a saber que Tobías estaba bien.

El coche se detuvo delante de la iglesia de Santa Ana, en Vilna. Rocío pagó la carrera y bajó del vehículo. Hacía mucho frío y el cielo gris auguraba un gran aguacero en breve. Comenzó a caminar en dirección a aquel árbol que le había indicado Anxo, observando los alrededores, pendiente de cualquier movimiento extraño, rostro conocido o cualquier pista que Tobías pudiera haberle dejado en aquel lugar. Hasta que encontró el sitio que le había descrito Anxo y se acercó

hasta él. El árbol centenario se encontraba envuelto en telas coloridas. Rocío lo rodeó prestando atención a cada tela, a cada color, a cada marca en aquel tronco repleto de estrías causadas por el paso del tiempo y de las inclemencias meteorológicas. Descubrió varios nombres e incluso un corazón en el que se podía leer «Iryna y Daniel», para después pasar a observar detenidamente el césped que lo bordeaba. Se agachó al ver un agujero justo a los pies del árbol. El hoyo era bastante grande como para guardar en su interior una caja del tamaño de una carpeta escolar. La profundidad era considerable, allí podría caber perfectamente una plancha o una tostadora. Se levantó de nuevo y miró a su alrededor, no había nada, ninguna pista de Tobías, ninguna marca, nada que se le hubiese caído... Estuvo unos minutos barajando sus posibilidades. Sabía que habían cogido lo que habían ido a buscar, pero Tobías no se encontraba por allí, como tampoco había ningún rastro de sangre ni cualquier signo de violencia. Se volvió hacia la fachada de la preciosa iglesia y comenzó a andar hacia allí. Tenía que intentarlo, a lo mejor alguien lo había visto...

Entró en el templo mientras observaba el suelo cerámico en blanco y negro, que se asemejaba a un gran tablero de ajedrez, las grandes vidrieras, por las cuales entraba una luz tenue salpicada de colores gracias a los cristales de diferentes tonalidades, las vigas de madera oscura que contrastaban con el blanco de las paredes y el techo, las imágenes religiosas y el olor a incienso, tan característico de aquel lugar de oración.

—Buenas tardes —saludó en un cuidado inglés al sacerdote—, quería saber si ayer o anteayer vio a dos hombres muy similares, rubios, altos y corpulentos, junto a un hombre castaño, con barba, por los alrededores de su iglesia.

—Buenos tardes —susurró él sin dejar de observar a Rocío con atención—. Por aquí pasa mucha gente, no sabría decirle...

—Es muy importante que haga memoria... Ese hombre, el castaño con barba, corre peligro con esos dos hombres rubios —añadió en un vano intento de que éste recordara algo crucial para encontrarlo.

—Lo siento, señorita, pero no puedo ayudarla —repuso para después dar media vuelta y dejarla sola.

Salió de la iglesia sin querer rendirse todavía y comenzó a dar vueltas por las proximidades de aquel precioso lugar, preguntando a las personas con las que se cruzaba. Sin embargo, nadie había visto nada extraño, nadie recordaba a los dos hombres junto a Tobías... Era como si no hubiesen estado allí, como si él jamás hubiese pisado aquella ciudad. Era todo tan extraño, tan peculiar, que no sabía qué pensar al respecto. A lo mejor habían ido allí de noche, ocultos por las sombras y sin testigos, y esa posibilidad creció considerablemente en su mente. Harta de dar vueltas sin obtener respuesta, se sentó en un banco próximo a los jardines de Bernardine, muy cerca de donde se encontraba la iglesia, pensando qué podría haber pasado en aquel sitio y qué habría hecho Tobías si hubiese logrado escapar. ¿Habría regresado a España? ¿Estaría todavía en aquella ciudad escondido? ¿O tal vez lo tendrían retenido? O, peor aún..., ¿estaría muerto? No, no podía barajar esa posibilidad, no podía resignarse a pensar que no volvería a verlo. Le había prometido que regresaría a por ella... Esas preguntas sin respuesta la carcomían por dentro, y lo peor de todo era que no sabía por dónde seguir. Como había dicho José, había sido una locura intentar encontrarlo en una ciudad tan grande con una pista tan diminuta... Rocío observó el cielo sintiendo cómo las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer lentamente sobre su rostro y

suspiró sintiéndose una tonta por suponer que podría salvarlo, que podría ayudarlo a escapar de todo ese pasado que había vuelto a arrastrarlo, que había vuelto a separarlo de ella, sin saber con seguridad si algún día él regresaría de nuevo a su vida. Sólo deseó que Tobías hubiese sido capaz de salir de allí con vida, necesitaba creerlo con todas sus fuerzas. Ella... necesitaba tenerlo delante una vez más, quería cerciorarse de una cosa, algo que había sentido al verlo en aquella casa abandonada, cuando creyó que jamás lo vería de nuevo, cuando él le habló, cuando estuvo a punto de decirle que la quería, ¿o tal vez quisiera decirle otra cosa?...

31

Abrió la puerta de su casa totalmente exhausta. El viaje había sido eterno, como también la incertidumbre de no saber qué le había ocurrido a Tobías. Se dirigió directamente a la ducha, pensando que había perdido dos días y muchas horas de sueño para intentar encontrarlo y había vuelto a su casa peor de lo que se había marchado. Después de una ducha rápida, fue a la cocina para cenar algo, pero el timbre de la puerta la desvió casi en el último momento. Al ver quién había llamado, cogió una bata y se la puso, pues tampoco era cuestión de que la viese en ropa interior.

—¿Estás bien? —preguntó José en cuanto abrió.

—Cansada, pero bien —dijo haciéndolo pasar.

—He intentado llamarte varias veces.

—Se me acabó la batería del móvil y, con las prisas, olvidé coger el cargador. ¿Has averiguado algo? —quiso saber con una pizca de esperanza.

—Esos dos hombres que me comentaste, los hermanos Chownyk, están en busca y captura por robo, extorsión y asesinato —dijo observando cómo Rocío contraía el gesto y adoptaba uno todavía más preocupado del que ya tenía.

—¿Y Tobías?

—Nada. Es como si no hubiese salido del pueblo...

—Es posible que utilizara un pasaporte falso —susurró intentando seguir alentada costara lo que costase.

—Es posible. ¿Encontraste algo en Vilna?

—Sólo el agujero de donde sacaron lo que fueran a buscar... Pregunté por los alrededores, pero nadie había visto a Tobías.

—Te dije que sería como buscar una aguja en un pajar... ¿Cómo estás?

—Preocupada.

—Si quiere volver, lo hará; en cambio, si ha decidido no hacerlo...

—Ya —bufó de mala gana. No hacía falta que nadie se lo recordara, sabía que, si él no quería volver, haría todo lo necesario para desaparecer sin dejar rastro, como había hecho hacía quince años.

—Si sé algo más, te lo diré, pero no vuelvas a irte del pueblo. Hemos estado muy preocupados por ti —añadió visiblemente angustiado.

—Alguno habrá también que se haya alegrado de que me fuera, incluso que tuviera la esperanza de que no volviera...

—No digas eso —replicó con seriedad.

—Es la verdad. Sé que hay alguien en el pueblo que no quería que estuviéramos juntos. Alguien que ha intentado asustarnos, primero pintando mi casa, después enviándole notas y fotos amenazantes a Tobías, y todo para que nos alejáramos del otro.

—¿Y por qué no me lo dijisteis antes? —replicó José atónito.

—¿Y qué íbamos a decirte? ¿Que había un demente suelto que quería jodernos la vida? —soltó Rocío envarada.

—Pues sí —contestó mientras asentía con la cabeza—. Cuando ocurrió lo de la fachada de tu casa, te dije que cualquier cosa que ocurriese tendríais que contármelo...

—Pensamos que era absurdo alertarte de algo cuando ni siquiera nosotros mismos teníamos pistas para saber quién se escondía detrás de todo eso —susurró agotada de aquel tema.

—Pero a ti te secuestraron.

—No creo que tenga relación una cosa con la otra. Esos hombres eran extranjeros...

—Bueno, pero ¿y si la tiene? ¿Y si detrás de todo esto se esconde una persona que acaba de desaparecer sin dejar rastro?

—¿Me estás diciendo que el propio Tobías puede ser el artífice de todo esto? —preguntó Rocío al intuir por dónde iba el policía.

—¿Por qué no? Mira, cuando asesinaron a su madre, las únicas pruebas que se encontraron en el lugar del suceso apuntaban a él y, de repente, desapareció sin dejar rastro. ¿No te parece extraño? Y, cuando sólo han pasado unos pocos meses del entierro de su padre, va y vuelve al pueblo... ¿Casualidad? Sabes que yo no creo en las casualidades —añadió con seriedad.

—José, se trata de Tobías, de tu amigo. No puedes estar hablando en serio... —dijo asombrada mientras negaba con la cabeza. Era absurdo pensar que detrás de todo aquel lío estuviera el propio Tobías. Se negaba a creerlo.

—Piénsalo fríamente, Rocío. ¿Llegaste a ver esas notas o esas fotos de las que él te habló?

—No, pero...

—Incluso podría ser él mismo el que te pintó la fachada, aprovechando tu vulnerabilidad, para poder meterse en tu casa... No tenía coartada esa noche —señaló en tono profesional.

—¿Y con qué motivo?

—Tú eras la secretaria personal de su padre. Tú podías saber si Santi escondía alguna cuenta en el extranjero o incluso si tenía dinero guardado por casa o en la oficina...

—José, ¡esto es de locos! Tobías jamás haría eso —reiteró ella, convencida de sus palabras.

—¿Y cómo es que lo sabes con tanta seguridad?

—¡Lo conozco!

—No, Rocío. Conoces la parte que él ha querido mostrarte. Joder, que conocía a esos dos tipos e incluso los tuteaba, según Anxo... A saber qué ha hecho en estos quince años para codearse con semejantes delincuentes.

—Puedes pensar lo que quieras, José... Yo confío en él —replicó con rotundidad.

—Espero que la caída no sea muy dura, Rocío, porque me temo que Tobías no va a volver jamás —dijo mientras se dirigía a la puerta.

—Eso ya lo veremos.

—Ojalá me equivoque y quien tenga razón seas tú, no sabes cuánto me alegraría. Pero esta vida —dijo señalándose el uniforme de policía— me ha demostrado que las personas tienen

diferentes caras y quien menos te lo esperas acaba defraudándote.

Rocío abrió la puerta sin decir nada más y él salió a la calle para, después, montarse en el coche de patrulla. Mientras cerraba, la joven negó con la cabeza. José estaba equivocado al pensar así de Tobías. Ella lo conocía lo suficiente como para saber que no era un delincuente, aunque sus palabras cuando le había confesado que él no era un buen chico volvieron con fuerza a su mente...

El miércoles llegó apático, y encontrarse en el trabajo no la ayudó mucho, pues en cada esquina, en cada estancia, lo recordaba, como si todavía estuviera presente. Al salir de la oficina se encontró con la mirada tierna de Lúa, que, al verla, sin decir nada, la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Espero que aceptes venir conmigo a tomar algo —le dijo con cariño—. He venido andando.

Rocío sonrió mientras se dirigían hacia su camioneta. La verdad era que no tenía ganas de tomarse nada, pero no aceptar equivalía a encontrarse sola en casa, sin mayor entretenimiento que darle vueltas a un hecho para el que no conseguía hallar lógica alguna.

Los días pasaban demasiado deprisa para Rocío, que intentaba seguir con su vida: ir a trabajar, comer con su madre, jugar al fútbol con sus amigos e incluso tomar algo en el bar con Lúa. Sin embargo, nada la llenaba, nada era suficiente para apaciguar aquel vacío que sentía al ver cómo pasaba el tiempo y seguía sin tener noticias de Tobías. Harta de todos y de todo, comenzó a ir cada vez menos al bar, e incluso salir de su casa le suponía un esfuerzo descomunal. No tenía ganas de nada, sólo de volver a verlo, de cerciorarse de que se encontraba bien, a salvo, aunque fuera sin ella... En un acto desesperado por averiguar algo, aunque fuera insignificante, volvió a hablar con Anxo, al que le suplicó repetidas veces que le contara toda la verdad, pero no consiguió nada del mecánico, que se cerró en banda y sólo repetía hasta la extenuación que él ya le había contado todo lo que sabía, que Tobías era un mentiroso que se había marchado porque su novia estaba embarazada de él, algo tan inverosímil como falso.

—Bueno... ¡Pues aquí estoy otra vez! —soltó Olalla haciendo sonar sus pulseras al colocar la mano sobre su cadera. Se encontraba delante de la mesa de Rocío, sonriente y, como siempre, perfecta para ir a una boda.

—¿No habías renunciado a trabajar en la empresa? —preguntó ella con seriedad.

—Sí, claro... —chasqueó la lengua mientras se apartaba su sedoso cabello con la mano—, pero Tobías ha vuelto a desaparecer y alguien tiene que tomar las riendas de todo esto, ¿no?

—Qué suerte tenemos, ¿verdad? —bufó con ironía.

—Bueno, aquí quien tiene suerte eres tú... —replicó mostrándole una sonrisa maliciosa—. Menos mal que Anxo te sacó de aquel lugar, si no, ahora mismo estarías con mi amado maridito, criando malvas —añadió con sorna, lo que hizo que Rocío se irguiese en su silla.

En parte, tenía razón, Tobías no había vuelto, como le había prometido, y, sin la ayuda del mecánico, ella no hubiera sobrevivido mucho tiempo sin comer, pasando frío, y ya llevaba una semana sin saber nada del heredero de la empresa.

—Qué pena, ¿verdad? Y ahora te toca seguir soportándome...

—Bueno, espero que dentro de poco te des cuenta de cuál es tu lugar en esta empresa y que

incluso encuentres algo más interesante que venir a trabajar aquí...

—¿Algo más interesante? ¿A qué te refieres?

—El amor podría llamar otra vez a tu puerta, ¿no? —indicó Olalla petulante mientras le sonreía divertida sin que Rocío entendiera nada de lo que intentaba decirle—. Estaré en mi despacho —anunció contoneando sus caderas hasta ese lugar que no le pertenecía, pues el único que debería estar allí era cierto hombre con el cabello alborotado, de mirada almendrada, que la hacía suspirar pero que había desaparecido sin dejar rastro.

Rocío se quedó observando sus movimientos sin entender nada, ¿qué habría querido decirle con lo de que el amor podría volver a llamar a su puerta? Cabeceó desechando aquella estupidez y se concentró en hacer su trabajo, aunque no tuviera ganas de estar allí ni en ningún otro lugar.

Después de una jornada laboral tediosa y absurda por culpa de las continuas interrupciones de Olalla, Rocío salió de la oficina cabizbaja, arrancó su camioneta y se dirigió a casa de su madre.

—Por tu cara, sigues sin saber nada de Tobías —dijo Toñi después de darle un abrazo a su hija.

—Nada... —susurró ella dejándose caer en el sofá. Su madre se sentó a su lado y le cogió la mano—. Y parece que Olalla ya sepa que no vaya a volver, ha vuelto a coger las riendas de la empresa...

—Nunca me ha gustado esa mujer... —añadió Toñi mientras negaba con la cabeza—. ¿Has conseguido averiguar algo más de lo que ocurrió aquel día en el que te secuestraron esos dos desalmados?

—No... Anxo sigue diciéndome que me lo contó todo, pero sé que miente... Sé que hay algo más, mamá, algo que se me escapa.

—¿Y José ha averiguado algo más?

—No, nada.

—Seguro que al final consigues resolver este galimatías... Por cierto, ¿Lúa logró saber por qué razón su marido mintió sobre ti?

—Pues no lo sé... —murmuró Rocío al darse cuenta de que había dejado aparcado ese tema, centrándose en exclusiva en lo concerniente a Tobías—. ¿Por qué lo dices?

—¿Has pensado que podría tener relación una cosa con otra? —añadió su madre después de haberle dado mil vueltas a ese tema que había arrastrado a su hija a vivir una situación peligrosa.

—¿Lo que le ha pasado a Tobías con ese bulo? ¡No creo, mamá! Sería demasiado enrevesado, ¿no te parece?

—Tú misma me contaste que, desde que empezó a circular por el pueblo el rumor de que estabas con Tobías, comenzaron a ocurrir cosas extrañas...

—Sí, es verdad, pero ése es otro tema. Es imposible que una cosa tenga relación con la otra.

—Ay, hija, no hay nada imposible si el ser humano está detrás... —bufó Toñi negando con la cabeza, lo que hizo que Rocío barajara esa remota posibilidad.

—¡Voy a llamarla! —exclamó cogiendo el teléfono móvil. No perdía nada por preguntar—. No, mejor... —dijo mientras volvía a guardarlo y se levantaba del sofá— mejor voy a su casa. Quiero que me lo diga Roi en persona. Si tienes razón, puedo conseguir una pista que me lleve hasta Tobías. ¡Eres la mejor, mamá! —soltó mientras le daba un beso en la mejilla, sintiendo cómo un atisbo de esperanza volvía a llenarla de fuerzas.

—Sólo es una suposición y, en parte, espero que no tenga relación. No sabría qué pensar si alguien del pueblo estuviera detrás de todo esto...

Rocío asintió, la entendía, por eso ella misma no había pensado en ese supuesto, porque imaginar que alguien del pueblo estuviera detrás de aquel despropósito era terrible. Montó de nuevo en su camioneta y se dirigió a casa de Lúa. Estacionó justo en la entrada y se aproximó a la puerta, esperando que Roi tuviera un motivo distinto que no englobase un plan elaborado para que Tobías se marchara para siempre del pueblo.

—Hola, Rocío —la saludó Lúa con alegría—. ¿Estás bien? —preguntó al verle el gesto serio.

—¿Llegaste a preguntarle a Roi por qué se había inventado que intenté seducirlo? —soltó ella de carrerilla, haciendo que su amiga agachase la mirada al suelo y la dejara entrar.

—No...

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que temía que me mintiese o que la verdad no me gustase... —susurró avergonzada de haber dejado ese tema olvidado.

—¿Está él en casa?

—Sí —dijo mientras caminaba hacia el salón, donde Roi estaba sentado en el sofá.

—Hola, Rocío, ahora mismo os dejo solas —comentó él al verla aparecer mientras se levantaba, algo que siempre hacía cuando ella visitaba a su amiga; según él, era para que tuvieran intimidad, aunque la pelirroja se temía que no le gustaba que ella fuera a ver a su mujer.

—Vengo a hablar contigo, Roi —confesó, haciendo que él tragase con dificultad mientras volvía a sentarse. Se había temido que llegaría ese momento. Conocía lo suficiente a la amiga de su mujer como para saber que no dejaría correr aquello y, aun así, le había dado una tregua muy larga.

—Siéntate, Rocío —dijo Lúa señalando el sofá. Ella también se sentó, al lado de su marido.

—¿De qué quieres hablar conmigo?

—Creo que no hace falta que te lo pregunte. Es algo que deberíamos haber hablado hace días, pero con todo el tema de Tobías, fue perdiendo importancia...

—No puedo contestarte a esa pregunta, Rocío —repuso él con rotundidad.

—¿Por qué no?

—Porque me estás poniendo ahora mismo entre la espada y la pared.

—Te pones tú solo. Yo únicamente quiero saber la verdad. Quiero entender la razón que tuviste para mentir y hacer que tu mujer y yo nos enemistáramos.

—Yo no quería haceros daño, a ninguna de las dos —dijo Roi mientras miraba con adoración a Lúa, que estaba pendiente de cada palabra pronunciada.

—Pero lo hiciste —soltó Rocío con firmeza—. ¿Por qué, Roi?

—No, no puedo... Lo siento.

—¡No me jodas! —bramó la pelirroja, perdiendo la poca paciencia que tenía—. ¿Alguien te dijo que lo hicieras?

Él agachó la cabeza y comenzó a mirarse las manos, que no paraban quietas, frotándose una con otra, reflejando lo nervioso que estaba en esos momentos.

—Vale, sí, alguien te lo dijo —contestó Rocío por él al ver que Roi no se pronunciaba—. ¿Quién?

—No puedo...

—¡Roi, por favor, dilo! —exclamó Lúa desesperada por su mutismo.

—Si lo digo, todo cambiará entre nosotros —murmuró él mirando a su mujer, temiéndose su reacción cuando supiera la verdad.

—Si no lo dices, cambiará sin remedio; tú eliges —añadió Lúa en un suspiro, debatiéndose entre saber o seguir haciéndose la loca, pero ahora que había comenzado..., ¡quería saberlo todo! No le estaba gustando que su marido dudase tanto antes de confesar los motivos que había tenido para cometer semejante sandez.

—Áurea —soltó al fin cerrando los ojos avergonzado.

—¿Y por qué quería Áurea que la gente creyera eso? —quiso saber Rocío, observando cómo a Lúa le cambiaba el semblante a medida que desgranaban aquel tema.

—No lo sé, simplemente me pidió que lo hiciera...

—Pero... —dijo Lúa, temiéndose su respuesta—, ¿por qué lo hiciste?

—Por favor, no me pidas... —añadió él apesadumbrado.

—¡Dilo! —le ordenó sin achantarse.

—Ella... —Tragó saliva, viéndose acorralado por esas dos mujeres que no se perdían detalle de todos sus movimientos, de sus balbuceos, de su nerviosismo y de la vergüenza que le suponía confesar lo que había hecho, sobre todo delante de su amada mujer.

—Va a ser peor si no lo dices, Roi —susurró Rocío al observar el enfado creciente de su amiga y el mutismo de él, que hacía presagiar cualquier fatalidad.

—Ella me chantajeó.

—¿Con qué? —pronunció Lúa despacio, casi masticando las palabras que se había tragado durante todos esos días, pues pensaba que sería mejor para ella seguir sin saber nada, viviendo en la inopia, intuyendo que él escondía algo gordo, como estaba comenzando a averiguar.

—Cariño, yo... —balbuceó Roi mientras le cogía la mano.

Sin embargo, ella la apartó en el acto. ¡Necesitaba respuestas, no cariño!

—¿Con qué, Roi? —volvió a preguntar.

—Con unas fotos mías...

—Tuyas —susurró Lúa casi en un suspiro, sintiendo cómo se desmoronaba su castillo perfecto encima de unas nubes algodónadas, donde todo estaba bien y eran felices para siempre, pues se había casado con un hombre maravilloso y perfecto.

—Sí... —susurró él cabizbajo, avergonzado por aquello.

—¿Qué clase de fotos? —gruñó en un suspiro.

—Yo, Lúa... Lo siento, lo siento tanto, tanto —murmuró intentando tocarla, cogerle la mano, para que se diese cuenta de lo arrepentido que estaba, del calvario que estaba viviendo por haber hecho semejante cosa, por haberse dejado arrastrar por un instante, algo momentáneo, que ahora iba a jorobar toda su vida.

—¡Dilo! —bramó Lúa anhelando saber toda la verdad, aunque ello significase que ya no podría volver a mirar a Roi como antes.

—Unas fotos comprometidas en las que salgo yo y... Áurea —confesó Roi arrepentido—. Pero ella no significa nada para mí, Lúa, fue una noche, algo que no ha vuelto a pasar, porque yo te quiero, te quiero a ti... —soltó desesperado, casi de carrerilla.

—¿Te acostaste con ella?... —preguntó levantándose del sofá y enfrentándose a él—. ¡Joder, contesta!

—Sí... —susurró Roi avergonzado—. Pero no fue nada, cariño. Sólo sexo, y jamás lo he repetido...

—Ay, Dios mío —sollozó Lúa tapándose la boca con la mano, mirando a su marido, el que creía un marido ejemplar, la persona que jamás le habría hecho daño, alguien en quien podía confiar ciegamente—. Dios mío...

—Lúa, no significó nada para mí —repitió él con pesar al observar el daño que le estaba haciendo a su mujer saber la verdad.

—¡Cállate! —espetó ella, sintiendo cómo las lágrimas caían sin control por sus mejillas—. Te acostaste con ella, Roi... ¡Con Áurea! —soltó llevándose las manos a la cabeza. Todo comenzaba a darle vueltas, había empezado a hiperventilar nerviosa sólo al imaginárselos desnudos, besándose...—. ¿Cuándo fue?

—Lúa, no... —protestó afligido.

—No me lo hagas repetir...

—Hace casi un mes.

—Y yo pensando que estabas preocupado porque no podía quedarme embarazada, creyendo que me estabas culpando por no poder darte un bebé, mientras tú... te acostabas con Áurea —murmuró sintiendo cómo la desolación la envolvía en un manto turbio y doloroso.

—Lo siento mucho, Lúa. Perdóname, por favor, fui un imbécil, un tonto... Yo sólo te quiero a ti —añadió intentando de nuevo tocarla, hacerle ver que hablaba en serio, que él la quería y que aquello había sido una gilipollez que ansiaba arrancar de su vida, pues aún no entendía cómo había sido capaz de hacerle algo así a su adorada Lúa.

—Vámonos, Rocío —dijo ésta a la pelirroja, que se había quedado en el salón por si su amiga la necesitaba.

—¡Lúa, no te vayas! Intentemos arreglarlo, hablemos —suplicó Roi, levantándose del sofá para acercarse a ella.

—No, habla con Áurea si quieres, pero a mí ni me mires a la cara —soltó ella con rotundidad, dejando a su marido allí de pie, destrozado al ver la frialdad con la que le había hablado ella, dándose cuenta de que la estaba perdiendo por dejarse embaucar por una mujer que después había utilizado aquel desliz para destrozarse a Rocío y, de paso, su propio matrimonio.

Sin decir nada más, cogió su chaqueta y ambas salieron de la casa. Subieron a la camioneta y, antes de arrancar el motor, Rocío la miró. Lúa estaba intentando retener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos, le cogió la mano y ella, simplemente, dejó salir aquel dolor que sentía tras verse engañada por alguien que pensaba firmemente que jamás le haría daño.

—Lo siento —susurró Rocío mientras la estrechaba con fuerza.

—Tú no tienes la culpa de nada —sollozó compungida—. Era yo la que no quería ver los signos evidentes de que a Roi le ocurría algo, de que nos pasaba algo...

—Pero si yo no lo hubiese obligado a hablar...

—No habrías sabido que Áurea está detrás de algo... —murmuró mientras se secaba las lágrimas—. ¿Por qué crees que chantajeó a Roi? —preguntó intentando encontrarle lógica a todo aquel despropósito.

—No lo sé, pero te aseguro que no me quedaré de brazos cruzados para averiguarlo —dijo mientras se ponía el cinturón de seguridad y arrancaba el vehículo.

32

—No hay luces en su casa... —susurró Lúa, mucho más tranquila.

Habían estacionado cerca de donde vivía Áurea, llevaban más de media hora en el interior del coche y no habían visto movimiento ni fuera ni dentro, algo extraño para ser un día entre semana y bastante tarde como para estar tomando algo en el bar.

—Vámonos —dijo Rocío poniendo de nuevo en marcha la camioneta y dirigiéndose a su casa.

—¿Crees que he hecho bien en dejar a Roi? —preguntó Lúa con un hilo de voz mientras se miraba las manos avergonzada—. ¡No me hagas caso! Dios... —resopló hecha un lío—. Ya no sé lo que digo ni lo que hago. ¡Pues claro que he hecho bien! Jolines, se ha acostado con Áurea, ¡con Áurea! Pero ¿en qué cabeza cabe eso, Rocío? Yo estoy muchísimo mejor que ella...

—Por supuesto que sí —aseguró su amiga, intentando levantarle el ánimo.

—Entonces ¿por qué lo hizo? ¿Qué le ha dado ella que yo no haya podido darle?

—No lo sé, Lúa, eso se lo tendrás que preguntar a Roi...

—¡No quiero volver a verlo! —bufó cabreada observando cómo su amiga metía el coche en el garaje.

—Vamos a cenar algo y a recuperar fuerzas, creo que las dos lo necesitamos, y con urgencia.

—Rocío sonrió para animarla mientras bajaba del vehículo y Lúa la imitaba, aunque lo que menos le apetecía en esos momentos era comer nada...

Entraron en la cocina y comenzaron a preparar la cena, cada una absorta en sus pensamientos: los de Rocío, centrados en saber qué razón habría tenido Áurea para involucrar en todo ese tema a Roi (era cierto que no se llevaban bien, pero crear una farsa así para desprestigiarla lo veía incluso demasiado para ella), y Lúa dándole vueltas al hecho de que la imagen de su marido idealizada hasta la extenuación había sido derribada en pocos minutos, dejándola aturdida y desesperanzada al no saber qué hacer a partir de ese momento. Llevaba demasiado tiempo con él, toda la vida, un largo noviazgo, un matrimonio que pensaba que era perfecto, y ahora se veía sola, sin saber ni siquiera cómo moverse, pues Roi siempre había estado a su lado para darle el apoyo que necesitaba, las palabras que precisaba oír... ¡Incluso trabajaban juntos! Todo su mundo, su comodidad, había sido derribado al saber que su Roi, su amado esposo, la había engañado con una mujer despiadada que había utilizado su escarceo sexual para malmeter en contra de su única amiga...

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Lúa mientras se sentaban a la mesa para cenar.

—Mañana intentaré buscar respuestas —dijo Rocío, sabiendo a qué se refería con esa

cuestión.

—¿Sigues creyendo que Tobías volverá algún día?

—Sí... —susurró dejando su bocadillo sobre el plato—. Me lo prometió, Lúa.

—Pero ha pasado una semana desde que se marchó...

—Lo sé.

—Si tú hubieses estado todavía en aquella casa esperándolo...

—Lo sé, Lúa, no soy idiota.

—¿Entonces?

—Voy a averiguar quién está detrás de todo este tema. Según mi madre, una cosa puede tener relación con la otra y, ¡chica!, por probar que no quede.

—Rocío... —susurró su amiga temiendo hacerle aquella pregunta—, ¿y si Tobías no vuelve jamás?

—Ahora mismo no puedo pensar en esa posibilidad, Lúa. Simplemente, no puedo...

Ella asintió despacio, dándose cuenta de que Rocío, al fin, había descubierto lo que era el amor, aunque éste había sido efímero, y sólo esperaba que ese hombre que había vuelto a desaparecer de la vida de Rocío no volviera a destruirla por dentro. La primera vez que ocurrió estuvo meses esperando a que él volviera, cuando Tobías ni siquiera sabía que ella estaba locamente enamorada de él. Ahora, después de que su amiga viviese aquella atípica relación, ansiaba que Rocío no sufriera demasiado por un hombre que todavía no había cumplido su palabra de volver...

Pulsó el timbre y esperó a que le abriera. Era temprano, algo que le facilitaría la tarea de encontrarla en casa. Después de haber estado la noche anterior esperando a que apareciese y no haber conseguido lo que había ido a buscar, esperaba tener mejor suerte. Oyó cómo Áurea abría la puerta y la encontró despeinada, llevando encima tan sólo una corta bata de satén de color rojo.

—¿Qué quieres? —escupió de malas maneras.

—Quiero hablar contigo.

—No estoy sola —repuso apoyándose en la puerta con arrogancia.

—¡Santa Áurea tiene a un hombre en su casa! —bufó Rocío con ironía—. ¿Le has dicho a tu conquista que hace un mes te follaste a Roi? —soltó prestando atención a sus gestos, que pasaron del endiosamiento a la sorpresa en décimas de segundo.

—Eso es mentira —susurró con soberbia.

—No es lo que dice Roi —añadió sin achantarse.

—También dijo que tú intentaste seducirlo...

—Algo que tú lo obligaste a decir a cambio de no mostrar unas fotos en las que se os ve juntos —informó mientras negaba con la cabeza, desaprobando su proceder—. Dime por qué lo hiciste, Áurea, y nadie sabrá que te acostaste con un hombre casado.

—¿Crees que me preocupa lo que vayas contando por ahí? ¿No te das cuenta de que no tienes credibilidad? Por favor, Rocío, todo el mundo sabe que estás loca, como lo está tu madre, y que además eres una buscona. ¡Deja de inventarte historias! —añadió con arrogancia.

—Joder, Áurea, ¡basta ya! —soltó ella, elevando la voz más de lo necesario—. Ya está bien de gilipolleces. No somos unas crías y esto no es un puto juego para divertirse. Dime por qué

chantajeaste a Roi, quién está detrás de toda esta mierda —añadió con coraje, enfrentándose a su mirada divertida y su actitud altiva.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo José de repente, apareciendo por detrás de Áurea mientras se subía los pantalones y mostraba su torso desnudo.

Rocío parpadeó confundida mientras miraba a uno y a otro. Áurea sonreía satisfecha al ver la cara de sorpresa de la pelirroja y José la observaba sin entender qué hacía allí tan temprano, visiblemente molesta con la dueña de la casa.

—¿Qué haces aquí, Rocío? —preguntó.

—Intentar averiguar por qué Áurea chantajeó a Roi para que dijera que yo había intentado seducirlo —resopló ella, dándose cuenta de que ésta no iba a hablar, y mucho menos delante del policía.

—¿Eso es verdad? —preguntó José mirando a Áurea interrogante.

—No le hagas caso... —terció Áurea seductora—. Parece ser que Rocío se ha levantado con ganas de guerra, y yo, ¿qué quieres que te diga?, lo único que deseo es volver a meterte en la cama —soltó mientras sonreía pérfidamente y cerraba la puerta ante la mirada furiosa de la pelirroja, que había perdido la oportunidad de conseguir que ésta hablara.

—¡Mierda! —maldijo mientras volvía a subir a su camioneta y se dirigía a su casa, sintiendo que aquello estaba cada vez más enmarañado.

Dejó el vehículo estacionado fuera, porque debería utilizarlo en breve para dirigirse al trabajo, algo que no le apetecía hacer. Entró en su casa y observó que todo estaba en silencio.

—¡Lúa! —la llamó mientras se dirigía a la cocina para prepararse el desayuno.

Sobre la encimera encontró una nota suya:

He ido a casa a por mi ropa y después me iré a trabajar. Luego hablamos. ¡Deséame suerte!

LÚA

Suspiró mientras comenzaba a prepararse el café, presintiendo que jamás encontraría ninguna pista ni ninguna razón coherente para descubrir quién se hallaba detrás de todo ese tema, pues cuando daba con algún indicio del que tirar, se deshilachaba con la misma celeridad como había surgido. Maldijo mil veces su suerte, pensando en lo injusta que estaba siendo la vida con ella. Siempre había intentado no meterse en problemas, porque ellos mismos surgían sin siquiera buscarlos, la razón no la sabía, pero era absurdo decir lo contrario. No tenía ni idea de por qué querían verla sola, sin nadie a su alrededor, desdichada y marginada. Miró la ventana que daba a la calle, pensando en marcharse de ese pueblo de una vez por todas, abandonar todo aquello, sin importarle nada más que su propio bienestar. Ya había aguantado demasiado allí, y ahora que no estaba Tobías, permanecer en ese pueblo era como recordar todos los momentos únicos que había compartido con él y con nadie más. Esa vez, se temía, no podría volver a soportarlo. Ya había experimentado lo que era la pasión y disimular no entraba en sus planes. Reprimió un sollozo, se sentía tan sola, tan desamparada que sólo quería verlo una vez más, saber que lo que sentía no era un espejismo, sino la realidad. Sí..., era absurdo negar algo que llevaba latiendo bajo su ser, llenándola de calor, de excitación y de dicha. Podía decir que ya sabía lo que era el amor, pero el de verdad, el que te llena, el que te hace sonreír sin motivos, el que te enfoca a lo

que realmente quieres y te desprende de lo que sobra, el que relaja y el que reconforta... Quería a Tobías, y no como cuando era una adolescente, de esa manera idealizada y absurda; ahora era distinto, sabía que él era imperfecto, como lo era ella, y, aun así, su corazón latía con fuerza al recordarlo, su cuerpo se erizaba nada más al pensar en su proximidad y su ser se marchitaba al temerse que nunca volvería a sentir algo parecido por nadie. Porque ella no estaba hecha para enamorarse de nadie más que de él, pues, aunque lo había intentado en multitud de ocasiones, jamás lo había conseguido. En cambio, con Tobías fue todo tan distinto, tan natural, que cuando se dio cuenta ya estaba perdidamente enamorada de ese hombre complejo, misterioso y roto, como lo era ella...

Resopló con frustración mientras tomaba la decisión de marcharse de allí, desayunó y salió hacia el trabajo. Se había cansado de pelear contra todos y contra todo, estaba harta de intentar disimular que estaba bien, porque no era así, para nada, y aunque separarse de su madre le costaría demasiado, permanecer allí era inviable. Se subió a su camioneta y se dirigió por última vez a su trabajo, pensando en Santi, en cómo habría sido todo de diferente si él hubiese estado vivo, y en Tobías, su único amor, el único hombre que la hacía sentir lo que era estar enamorada...

Subió directamente a la segunda planta y fue a recursos humanos, donde avisó de que quería la baja voluntaria. Después esperó pacientemente a que llegara Olalla. Por lo menos habría alguien que se alegraría esa mañana...

—De verdad, es verte, y se me van las ganas de sonreír —bufó la mujer a modo de saludo en cuanto la tuvo delante, sin disimular ni un segundo la inquina que le tenía, que era recíproca.

—Pues creo que a partir de ahora vas a sonreír mucho —replicó Rocío con seriedad—. He presentado la baja voluntaria en el trabajo. Me voy —dijo haciendo que Olalla la mirase atónita.

—¿Te vas? No será una especie de broma, ¿no? —añadió mirando hacia los lados, por si encontraba algún compañero grabando la escena o cualquier cosa que le diese una pista de que la pelirroja mentía.

—Puedes hablar con recursos humanos, si quieres. He renunciado a parte de mi finiquito porque quiero irme hoy mismo, han aceptado con la condición de que tú estuvieras de acuerdo. Al fin y al cabo, soy la secretaria de dirección.

—Por supuesto que acepto —añadió con emoción al ver que Rocío iba a marcharse de la empresa—. Ahora mismo los llamo. Pues nada, te diría que te vamos a echar de menos, pero no quiero mentirte —indicó mostrándole una amplia sonrisa.

—Ni yo verte más. Al fin y al cabo, ganamos las dos —repuso ella con rotundidad.

Olalla sonrió dichosa mientras se dirigía al despacho y Rocío se preparaba para comenzar su último día en Textiles Piñeiro.

La noticia de su renuncia se propagó por el pueblo rápidamente, tanto que incluso su madre se enteró antes por los vecinos que por la propia Rocío, a la que no le dio tiempo de ser la primera en contárselo...

—Le has dado las riendas a Olalla para que haga lo que desee con la empresa —le dijo Toñi, reprochándole su decisión alocada.

—Me da igual, mamá... Como si la hunde o la calcina. Me he cansado de batallar en una guerra que no es la mía —bufó ella con desidia.

—Pero Santi se portó tan bien contigo que me da pena que hayas acabado así.

—Lo sé. Pero estoy harta de salvar algo que quieren hundir... Ella es su viuda, que haga lo que quiera, como si quiere venderla y gastarse todo el dinero en las Bahamas...

—¿Y si Tobías vuelve?

—Olalla tendrá que marcharse de la empresa y entonces ésta estará a salvo.

—¿Y no reconsiderarás tu vuelta?

—Ahora mismo no puedo pensar en esa opción... Han pasado muchos días y él no ha regresado, y parece que los vecinos estén ansiosos por recordármelo a cada segundo... Necesito poner distancia con todo esto, sopesar las alternativas que tengo e intentar que mi vida continúe sin... —dijo quedándose callada de golpe.

—Sin Tobías —completó su madre la frase por ella, haciendo que Rocío cerrara los ojos sintiendo cómo un dolor punzante la atravesaba de lado a lado sólo al pensar en esa posibilidad cada vez más cercana, pues se había dado cuenta de que era absurdo suponer que iba a volver cuando aún no había dado señales de vida, y ella sentía tanto dolor por ese hecho que necesitaba poner remedio a su situación—. ¿Adónde irás?

—A Escocia —dijo mirándola a los ojos, observando su reacción.

—¿Y qué se te ha perdido allí? —preguntó a la expectativa, haciendo que Rocío sonriese mientras le cogía la mano con cariño.

—Allí vive mi padre, mis abuelos, mis tíos... —susurró despacio, haciendo que su madre abriese los ojos sorprendida de que su hija supiera eso.

—Pero ¿cómo...? —titubeó—. ¿Desde cuándo sabes...?

—Desde hace diez años... —dijo con una sonrisa, sintiéndose bien al confesarle la verdad a su madre—. Vino un día a casa, cuando tú no estabas, y hablamos...

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque sé cómo eres, mamá. Ahora mismo estás creando una historia paralela en tu cabeza —añadió con una tierna sonrisa—. Siempre te voy a querer y jamás te echaré en cara que no quisiste que lo conociera, porque creo que tus razones tendrías para actuar así... Sin embargo, quiero que sepas que me hizo bien verlo, hablar con él, saber que mi padre no me abandonó, que tengo más personas que me quieren y que me aceptan como soy... Además, que quede entre las dos —agregó guiñándole un ojo con una amplia sonrisa—, toda la familia de mi padre es pelirroja, allí no desentono.

—Tuve miedo, cariño —susurró Toñi, sintiendo cómo la emoción se agolpaba en sus ojos al saber que su hija había descubierto la verdad—. Fui una egoísta, no quería que él te conociera, que tú supieras de su existencia, porque no quería perderte, como va a suceder ahora...

—No seas melodramática —dijo dándole un beso en la mejilla—. No me vas a perder. Sólo me voy a marchar una temporada, pero... ¡volveré! —soltó haciendo reír a su madre al imitar la voz grave de la famosa escena de *Terminator*—. Sé que tuviste que vivir un momento delicado cuando decidiste seguir con el embarazo. Los vecinos no te lo pusieron fácil y, cuando nací, creo que las habladurías aumentaron todavía más. Aun así, me educaste para que no sintiera aversión hacia ellos, para que comprendiera que nuestros vecinos no podían aceptar que las personas son libres de elegir su destino, sin importar ningún camino previamente estipulado, sin que hubiese una razón verdadera para lo que estaba bien y lo que estaba mal. Me criaste con la fuerte convicción de que tenía que seguir siempre mis deseos, sin importar nada más que mi persona, y

eso es lo que voy a hacer.

—No te puedes ni imaginar lo orgullosa que siempre he estado de ti, Rocío. Eres la versión mejorada de una Toñi joven y alocada que pensaba que era capaz de comerse el mundo, y a veces creo que el mundo me ha engullido a mí un poco...

—Anda, pitufina —dijo mientras la abrazaba con cariño—. Eres la mejor madre que he podido tener.

Toñi la acogió entre sus brazos y ambas se quedaron calladas un momento, sintiéndose, desnudando sus almas como jamás lo habían hecho antes.

—¿Cuándo te marchas? —susurró conteniendo las lágrimas.

—No lo sé, supongo que dentro de un par de días. Quiero dejarlo todo arreglado por aquí... —dijo separándose un poco de ella, pero sin dejar de cogerle la mano.

—Te voy a echar muchísimo de menos.

—Y yo a ti, mamá.

—Espero que tu padre se porte bien contigo, porque, si no, soy capaz de irme para allá y cogerlo de los huevos —declaró con rotundidad.

—Siempre se ha portado bien conmigo, mamá... Pero, en cuanto le diga de lo que eres capaz, seguro que se portará todavía mejor si cabe —comentó entre risas.

—Me alegro de que así sea... Entonces ¿ya has ido a Escocia antes? —preguntó, haciéndola reír de nuevo.

—Sí, cuando te dije que me iba a Noruega, en realidad fui de vacaciones a su pequeño pueblecito escocés.

—Hay que ver... Y yo engañada como una tonta —bufó mientras negaba con la cabeza.

—Podríamos decir que estamos en paz —indicó mientras le guiñaba un ojo—. Además, piensa que así podrás verte con tu chico sin interrupciones —soltó haciendo que Toñi comenzara a reír a carcajadas.

—Pero ¿de verdad sabes que estoy viéndome con alguien?

—¡Pues claro!

—Y yo creyendo que me lo decías de cachondeo... ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que tus ojos brillan más que antes —repuso Rocío con una sonrisa.

—Menudas somos, cariño... Enamoradas hasta el tuétano y sin poder confesarlo por miedo.

—Creía que tú no eras de las que se enamoran, mamá —comentó asombrada por ese hecho.

—Todas nos enamoramos cuando llega el indicado...

—Pues, si es así, espero que no la cagues, pitufina mía, y que dejes entrar a ese hombre en tu vida, digan lo que digan —repuso con firmeza—. Por cierto, ¿quién es? —añadió, haciendo reír a su madre—. Sé que nosotras no solemos preguntar, pero, chica, me voy a ir y quiero saber quién es..., ya sabes, para amenazarlo con estrujarle los huevos si se le ocurre hacerte daño.

—¡Eres igual de bruta que tu madre! —añadió entre risas—. Es Ernesto, el dueño del bar...

—¡No me jodas! —exclamó Rocío al no haberse imaginado que era él quien visitaba a su madre por las noches—. Me gusta para ti, mamá —añadió con sinceridad. Ese hombre nunca se mete con nadie y es una bellísima persona.

—¡Y a mí! —soltó con gracia, haciendo que su hija se riera a carcajadas.

Rocío la miró con adoración, saber que tenía a alguien en su vida le hacía mucho más sencilla la idea de marcharse de allí. Por lo menos su madre no se quedaba sola, sino con

Ernesto.

Al final, la conversación se alargó tanto que se quedó a cenar y, entre risas, confesiones y palabras de cariño, se les pasó la velada sin darse cuenta, compartiendo junto a Toñi unos momentos que guardaría en su memoria con cariño, pues jamás habían hablado de esa manera tan honesta y sincera con la otra. Antes de que Ernesto hiciera acto de presencia, Rocío se fue de allí, no sin antes prometerle a su madre que se acercaría al día siguiente.

Cuando llegó a su casa se encontró con un todoterreno estacionado cerca de la puerta y resopló de fastidio al reconocer el modelo, pues lo último que deseaba era tener que verlo de nuevo. Intentó calmarse pensando que, en breve, ya no tendría opción de ir a verla, pues Rocío estaría demasiado lejos como para que él se dejara caer de vez en cuando. Con ese pensamiento en mente, accionó el botón que abría el garaje. En ese instante, el ruido del mecanismo de la puerta alertó al conductor del coche, que se bajó en el acto y la miró con remordimiento mientras se metía las manos en los bolsillos de su chaqueta.

«A ver qué quiere ahora Anxo», pensó Rocío mientras introducía la camioneta y luego se apeaba para encontrarse con él en la calle.

33

—¿Es cierto que te vas? —quiso saber él nada más ver cómo la pelirroja salía del garaje.

—Sí.

—Es por Tobías, ¿no?

—Es por un cúmulo de circunstancias, pero, sí, también es por él —confesó, pues era absurdo ocultar la realidad.

—¿No te das cuenta de que no te quiere? ¡Joder, Rocío! Yo...

—A ver, Anxo —repuso ella con tranquilidad—. Sé que me quieres y, ¡joder!, ojalá pudiera decirte que yo también siento lo mismo por ti, pero sería mentirte y mentirme, y ya aprendí esa lección, ¿sabes? No voy a disimular algo que no siento, aunque esa persona lo merezca por ser buena gente, por quererme o por ofrecerme la luna repleta de diamantes centelleantes. No puedo. No sería justo ni para ti ni para mí...

—¿Lo quieres? Digo a Tobías...

—Sí.

—¿Y él te quiere a ti?

—No lo sé... Pero ahora mismo no está aquí para poder averiguarlo —dijo con resignación.

—No quiero que te vayas, Rocío... No es justo que lo hagas —susurró angustiado.

—Necesito alejarme de todo esto —susurró cansada, haciendo que él se moviera nervioso, como si estuviera sopesando las opciones que tenía—. No puedo continuar aquí como si nada. He cambiado y ya no hay vuelta atrás.

—Tobías volvió —soltó Anxo con seriedad, casi en un susurro.

Rocío se aproximó a él, como si no lo hubiese oído bien, o como si quisiera asegurarse de que había oído aquellas palabras que lo cambiarían todo.

—¿Cómo? —susurró atónita.

—Tú estabas en Vilna cuando apareció —resopló, sintiendo que estaba haciendo bien en detener aquella locura que parecía no tener freno y que ahora empujaba a Rocío fuera del pueblo.

—¿Y por qué nadie me lo ha dicho antes? —preguntó ella comedida, aunque en su interior estuviera bullendo, pero necesitaba que él siguiera contándole más.

—Porque sólo lo vimos dos personas... Nadie más sabe que estuvo aquí.

—Pero, Anxo... —bufó intentando tranquilizarse para poder asimilar todo lo que le estaba diciendo—. ¿Dónde está ahora?

—No quiero que corras peligro, Rocío —dijo agachando la mirada al suelo, avergonzado por participar en aquel plan descabellado—. Pero voy a parar todo esto... Ya ha ido demasiado lejos,

jamás pensé que llegaría hasta este extremo y que tú te verías afectada...

—Pero ¿por qué? —murmuró mientras sentía que aquella noticia la zarandeaba hasta el punto de aturdirla.

—Porque no queríamos que Tobías estuviera en tu vida...

—¿Quiénes no queríais?

—Ahora no te lo puedo decir —repuso mirando hacia los lados, como si temiese que alguien los estuviera espiando—. Confía en mí, Rocío. Voy a hacer lo correcto, voy a detener todo esto, te lo juro —susurró atormentado.

Y, sin más, comenzó a caminar hacia su todoterreno para montarse en él y salir rápidamente calle abajo, sin darle opción a indagar más, dejándola temblorosa en mitad de la calle, dándose cuenta de que Tobías había cumplido su palabra, había vuelto a por ella.

Rocío entró en la casa sintiendo cómo todo se desmoronaba a su alrededor, sin entender nada y sin saber si podía confiar en Anxo, quien le había ocultado esa información hasta ese momento y había seguido un plan con varias personas más para que Tobías y ella no estuvieran juntos...

—¡Esto es una locura! —gimió alterada.

Al poco, el timbre de la puerta la sobresaltó y se encaminó casi a la carrera para abrir. Cuando vio quién era, su rostro se contrajo desilusionado.

—Yo también me alegro de verte —dijo Lúa mientras su amiga la dejaba entrar para después cerrar la puerta.

—Perdóname, estaba esperando a Anxo.

—¿A Anxo? —preguntó extrañada.

—Sí... —resopló mientras se sentaba en el sofá y su amiga la imitaba—. Lúa..., me ha confesado que Tobías volvió a por mí.

—No puede ser —susurró llevándose la mano a la boca, reprimiendo su sorpresa.

—Roi no sabrá nada de esto, ¿no?

—No lo sé. Hoy ha intentado hablarme de lo nuestro, me ha dicho que quería que volviera a casa y que lo perdonara... Pero yo no he querido escucharlo. Aún no puedo.

—Claro...

—Hace unos días te habría dicho que Roi sería incapaz de hacer nada; ahora, en cambio, no podría poner la mano en el fuego por él.

—Ya... No sé qué hacer, Lúa. No sé si recurrir a José, ya que tampoco confío en él... Verlo en casa de Áurea me hizo dudar... ¡Joder! No sé por dónde empezar, y sólo puedo esperar a que Anxo vuelva y me diga lo que está pasando...

—Estás en una encrucijada —susurró al entenderla, pues ella misma tampoco sabía qué pensar al respecto.

—Y de las grandes —suspiró con pesar.

—Vamos a intentar cenar un poco. Con el estómago lleno se piensa mejor —dijo Lúa mientras le cogía la mano para levantarla del sofá y llevarla a la cocina.

Rocío intentó comer algo, aunque no tenía apetito y sólo podía pensar en dónde se encontraría Tobías en esos momentos.

De repente, su amiga se levantó de la mesa, a medio cenar, y corrió hasta el baño. Cuando regresó, estaba muy pálida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Rocío preocupada.

—Acabo de vomitar todo lo que tenía en el estómago.

—Ve al sofá, que ahora te preparo una infusión —añadió ella.

Lúa asintió e hizo lo que le sugería su amiga. De repente se encontraba mal, como mareada y angustiada.

Estuvieron viendo la televisión, aunque Rocío prácticamente no pudo centrarse en la pantalla, pues su mente iba a mil revoluciones, dándole vueltas a todo lo acontecido. Al rato miró a su amiga, que se había quedado profundamente dormida después de haberse tomado la infusión. Sonrió al ver su serena imagen y la despertó con dulzura para que se fuera a la cama. Lúa se levantó encontrándose mucho mejor del estómago, pero, en cambio, estaba agotada, y no dudó en hacerle caso una vez más. Rocío también intentó dormir, pero le fue imposible conciliar el sueño, demasiadas preocupaciones y muchos frentes abiertos sin resolver la hacían mantenerse despierta e inquieta.

La mañana llegó y su frustración alcanzó niveles inhumanos. Se levantó de la cama para desayunar con su amiga, pero ésta tenía náuseas y no consiguió probar bocado, pues era ver la comida y le entraban más ganas de vomitar. Rocío, preocupada, intentó convencerla para que se quedara en casa, pero Lúa no quiso oír ni hablar de faltar al trabajo, por eso, le hizo prometerle antes de marcharse que hablaría con Roi en cuanto llegara a la consulta, por si estaba incubando algún virus estomacal, y que él le recetara algo para detenerlo antes de que fuera a más. Cuando la vio marchar con su coche se fue de nuevo a la cocina, observando por la ventana cómo se alzaba el astro rey en el cielo, con el café enfriándose y sin ganas de comer nada; a lo mejor ella también había pillado el mismo virus que su amiga...

El sonido de un vehículo deteniéndose a escasos pasos de su casa la hizo acercarse a la ventana del salón para averiguar quién era. Tragó saliva al ver a José salir del coche patrulla y aproximarse a su casa con paso seguro y el rostro cetrino. El timbre de la puerta resonó con violencia, haciendo que Rocío mirase hacia los lados, temiéndose cualquier emboscada, cualquier trampa ideada por él y por más vecinos, pues, desde que lo había visto con Áurea, temía que estuviera compinchado con ella... Se acercó titubeante para abrirle, pero, al verle el gesto consternado, no supo qué pensar.

—Buenos días, Rocío.

—Hola...

—¿Puedo entrar?

—Claro... —susurró dejándolo pasar.

—¿Estás sola?

—Sí... —dudó un instante—. ¿Por qué?

—Sentémonos.

—Estoy bien de pie —comentó ella. Lo que menos le apetecía en esos momentos era sentarse.

—Como quieras —convino con seriedad—. Hemos encontrado a Tobías —informó observando cómo Rocío contenía la respiración al oírlo.

—¿Está bien? —dijo con un hilo de voz, temiéndose lo peor.

—Ahora mismo está en el hospital... No quiere hablar con nosotros, sólo quiere verte —indicó contrariado.

—¿Qué hace en el hospital? ¿Qué le ha pasado?

—No lo sabemos. Simplemente llegó allí tambaleándose...

—¿Llegó solo?

—Eso es lo que me han dicho.

—Vale —dijo mientras cogía su bolso y la chaqueta que colgaba del perchero de la entrada—. Voy a por mi camioneta.

—Ahora mismo no estás en condiciones de conducir, déjame que te lleve y así, hablamos de camino.

Rocío lo miró un segundo a los ojos. Fiarse de él o no, ésa era la cuestión... Tragó saliva, temiendo equivocarse, mientras asentía con la cabeza y ambos salían de la casa para dirigirse al coche patrulla.

—¿Está muy grave? —preguntó en un susurro al observar cómo él abandonaba el pueblo para dirigirse al hospital de A Coruña.

—No... Está malherido y desnutrido —comentó sin apartar la vista de la carretera.

—Dios mío, esto es una locura —añadió mortificada.

—¿Sabes quién puede estar detrás de todo esto?

—Sé que varias personas del pueblo, pero no sé con certeza sus nombres.

—Tienes que hacerlo hablar, que confiese qué le ha ocurrido. No sabemos si está así por culpa de esos hombres que te secuestraron o por otras personas...

—Lo intentaré —susurró, deseando verlo para comprobar con sus propios ojos que se encontraba bien y a salvo—. José...

—Dime.

—Es posible que me equivoque, pero Áurea chantajeó a Roi para que dijera que yo lo seduje, y sé que esconde algo. Es posible que esté detrás de todo esto.

—Lo sé... Hablé con Roi en cuanto salí de casa de Áurea. Él me aseguró que tú decías la verdad —añadió con el rostro pétreo, sin demostrar ninguna emoción.

—¿Hablaste con Áurea? —preguntó asombrada de que él la creyera.

—Sí, pero no me dijo gran cosa... Sólo que era una broma.

—Menuda broma... —resopló Rocío—. José, tú no estarás metido en todo esto, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Jamás haría nada en contra de la ley. Además, somos amigos y vecinos, ¿no? —señaló con rotundidad.

—Yo ya no sé en quién confiar... —murmuró ella afectada.

—Te entiendo... ¿Rocío? —Ella lo miró—. Anxo ha desaparecido... No saben nada de él desde anoche.

—Vino a verme... —confesó nerviosa, al temerse que le hubiese ocurrido algo—. Me dijo que sabía que Tobías volvió al pueblo a por mí y que iba a arreglar las cosas...

—¿Y eso por qué no lo sé yo?

—Ni idea... Yo me enteré ayer. Sólo me pidió que confiara en él, que iba a hacer lo correcto.

—Esto no me gusta nada, Rocío —susurró el policía mientras negaba con la cabeza.

—Ni a mí.

Se quedaron en silencio mientras José conducía. Todo aquello era demasiado extraño y peligroso como para hacer conjeturas. Esperaba que Tobías tuviera la solución a aquel galimatías y poder poner punto final a esa pesadilla que se tornaba cada vez más oscura y peliaguda.

Rocío siguió a José por los asépticos pasillos del hospital. Estaba nerviosa, más por ver en

qué condiciones lo iba a encontrar que por lo que él tuviera que confesarle. Sólo ansiaba verlo con sus ojos, todo lo demás podía esperar.

—¿Preparada? —preguntó José deteniéndose ante la puerta de la habitación 49. Rocío asintió, notando cómo el corazón se le salía por la boca.

Abrió y comenzó a andar hasta la cama que presidía la estancia. Rocío observó su quietud sin llegar a ver todavía su rostro, se acercó más y entonces vio su cabello castaño revuelto, su gesto tranquilo y unos visibles cardenales en los pómulos, en el ojo derecho, y el labio partido con sangre seca en un extremo. En su brazo izquierdo, que descansaba sobre la blanca sábana, tenía puesta una vía por la que le suministraban suero y un calmante... Rocío lo alcanzó rápidamente de varias zancadas largas. Tobías dormía plácidamente y la joven sintió cómo de sus ojos caían sin permiso varias lágrimas de alivio al tenerlo de nuevo delante, demacrado pero vivo.

—Tobías, ya está aquí Rocío —avisó José, colocándose al otro lado de la cama.

Él se movió en sueños, haciendo que ella sonriese al ver su gesto de cansancio. Miró a José y negó con la cabeza al ver que el policía tenía intención de tocarlo para despertarlo. Tobías necesitaba descansar y ella podía esperar a tener respuestas a sus preguntas. Se sentó en el sillón que se encontraba al lado y no dejó de mirarlo ni un segundo, cerciorándose de que era real y no era un sueño. José miró la hora y le hizo gestos para avisarla de que salía un momento de la habitación. Ella asintió sin prestarle mucha atención, pues toda se la llevaba él, ese hombre que dormía plácidamente a escasos centímetros y por el cual había sido capaz de viajar a un país extranjero intentando encontrarlo. Sabía que habría sido capaz de sobrevivir sin él, continuar con su vida, intentar encontrar otro trabajo, rodearse de sus amigos, nuevos o no, y avanzar... Pero también era consciente de que entonces su vida no habría sido la misma. Lo quería, jamás había sentido eso por nadie, volver a verlo reafirmaba su suposición, y lo único que deseaba era que abriera los ojos para poder besarlo y confesarle que él hacía su mundo mucho más bonito.

Abrió los ojos sintiendo cómo las piernas le pesaban y el rostro le ardía. Al hacerlo, una imagen lo impactó tanto que tuvo que volver a cerrarlos porque pensaba que era una alucinación, producto de aquella pesadilla que parecía no tener fin, de aquel encierro que presentía que sería su final. Volvió abrirlos despacio, temiendo que esa ilusión se evaporase demasiado rápido como para grabar en sus retinas su cálida y perfecta imagen, pero no fue así, sino que unos ojos verdosos y una sonrisa tentadora lo recibieron, haciendo que él sintiese una paz que creía perdida.

—¿Rocío? —susurró confundido intentando alcanzar su mano. Ella se levantó rápidamente para sentarse en la cama, muy cerca de él.

—Sí, Tobías, soy yo —dijo con un hilo de voz, perdiéndose en sus ojos almendrados, en sus labios, que comenzaban a esbozar una sonrisa de júbilo al tenerla delante.

—Dios mío, no puede ser, ¡estás viva! —soltó con alivio mientras le cogía la mano para arrastrarla hasta su regazo y abrazarla, sentirla pegada a él, notar que no era un sueño, sino la realidad. Oler su dulce aroma, sentir su suave y pálida piel y observarla de cerca lo llenó de nuevo de esa sensación que creía que no volvería a experimentar.

—Sí... Pensé que te habían matado esos desalmados... —confesó con dolor mientras se acercaba a sus labios para darle un dulce beso que a él le supo a poco. Aunque, al sentir la boca de Rocío pegada a la suya, un dolor punzante lo recorrió por entero, no le importó, sobre todo cuando podía volver a besarla, podía volver a tenerla con él.

—Lo intentaron, Rocío..., pero escapé. Tenía que cumplir mi palabra, corrías peligro, no podías quedarte allí sola mucho tiempo —resopló cerrando los ojos sin dejar de acariciarle un segundo la cara, sintiéndola cerca, pegada a él, llenando su cuerpo malherido, su destrozado corazón, de nuevo con su luz y su calor—. No lo entiendo... Me dijeron que estabas muerta, que te habían matado —balbuceó mientras entrelazaba su mano con la de ella, sin dejar de mirar sus ojos verdosos, tan brillantes como recordaba, tan luminosos como había soñado en esos días eternos en los que había creído que la había perdido para siempre, a la única mujer que le había devuelto la esperanza de vivir y la única que había penetrado en su maltrecho corazón.

—¿Quién te dijo que estaba muerta?

—Anxo... —repuso él mientras fruncía ligeramente el ceño mirando a su alrededor—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos... Fue él quien te trajo aquí, ¿verdad?

—Sí... Me prometió que volvería a verte y pensé que quería matarme. Traté de escapar, pero

estaba débil, llevaba muchos días sin comer, atado a una silla, muerto de frío... Pero al final me dijo la verdad —susurró sin dejar de mirarla, cerciorándose de que, en efecto, se encontraba allí, con él—. ¿Por qué cambió de opinión? Él estaba con ellos...

—No sé por qué cambió de opinión, pero me prometió que solucionaría las cosas... —afirmó Rocío—. Cuéntame todo lo que te ocurrió, dime quiénes están detrás de todo esto, Tobías. Ayúdame a entender por qué he llegado a creer que jamás volvería a verte —susurró consternada mientras se le acercaba de nuevo para darle otro beso en los labios. Él la cogió de la nuca y alargó un poco más aquel beso. La necesitaba, ésa era la verdad, y tenerla de nuevo allí era maravilloso.

Le acarició la mejilla, sintiendo su calor y percibiendo la angustia que había vivido Rocío al no tener noticias de él, aunque ella, en esos momentos, le dedicó una sonrisa que lo ayudó a armarse de valor para verbalizar todo lo que le había ocurrido. Entrelazó su mano con la de ella e inhaló profundamente para después exhalar despacio, desprendiéndose de paso del infierno que había vivido al creer que ella había muerto por su culpa.

—Cuando me marché del pazo con los hermanos Chownyk, creí que jamás volvería a verte. Sé cómo son esos dos hombres, y también sabía que, cuando les dijera dónde se encontraba aquello que los había hecho buscarme, me matarían. No obstante, era consciente de que, si no lo hacía, te matarían a ti, y eso no lo podía permitir, ni siquiera lo podía pensar, por eso me fui con ellos... Llegamos a Vilna al día siguiente, nos dirigimos a un árbol en el que Iryna, mi ex, escribió nuestros nombres. Debajo había enterrado una caja de hojalata repleta de diamantes y fajos de dinero. Era un tesoro escondido para mí, para que pudiera salir adelante si a ella le ocurría algo, como en efecto sucedió. Cuando los gemelos vieron lo que había dejado su hermana para mí, poco les faltó para matarme allí mismo, pero tuve suerte y, aprovechando que unas personas se aproximaban a la iglesia a esas horas de la noche, me escondí de ellos. Hartos de buscarme por los alrededores, se marcharon, no sin antes decir en voz lo suficientemente alta como para que los oyese que, si algún día se me ocurría hablar de ellos o testificar en su contra, volverían a por mí y no serían tan benevolentes... Creo que me dejaron con vida porque consiguieron su tesoro. Sabían que jamás los delataría porque eso sería firmar mi defunción; ellos estaban al corriente de dónde podían encontrarme llegado el caso y, aunque me escondiera, sabrían encontrarme... Lo cierto es que no ganaban nada con matarme, en cambio, en el viaje que compartí con ellos, averigüé que sí tenían un motivo para deshacerse de su hermana, y éste no era el que yo había creído en un primer momento... —dijo negando con la cabeza, todavía extrañado de aquel desenlace que no esperaba—. Luego fui al aeropuerto, conseguí un billete y volví a por ti.

—Y yo había viajado hasta Vilna con la tonta esperanza de encontrarte...

—No puede ser... —susurró Tobías perplejo al oírla.

—Sí —dijo Rocío con una sonrisa, dándose cuenta de lo absurdo que había sido marcharse del pueblo cuando él iba en su busca—. José intentó hacerme recapacitar, pero no podía quedarme aquí de brazos cruzados. Necesitaba encontrarte.

—¿Cómo saliste del pazo?

—Anxo me rescató. Me dijo que te había seguido y que esperó hasta que os marchasteis para sacarme de allí... —dijo con una diminuta sonrisa, haciendo que Tobías frunciera ligeramente el ceño—. Pero, dime, ¿por qué Iryna te dejó esa fortuna enterrada bajo un árbol?

—Rocío, nunca te he contado a qué se dedicaba ella porque me avergüenzo de todo lo que hice por estar a su lado... Iryna era una ladrona de guante blanco, capaz de seducir a cualquiera para robarle sin que se diera cuenta y, aunque a mí no me robó nada material, sí que se llevó mi esencia, mi manera de ser, las ganas de vivir y mi fuerza. Me metí de lleno en un mundo que sólo había visto en la televisión. Oía cómo ella y sus hermanos organizaban el atraco días antes, cómo espiaban minuciosamente a los empleados de las grandes entidades bancarias o cómo rondaban por las grandes mansiones para averiguar cómo entrar. Analizaban hasta el más mínimo detalle para conseguir un gran botín, barajando los pros y los contras e incluso creando planes alternativos por si el principal les fallaba... Al principio, yo no protagonicé ningún atraco. Iryna me permitía quedarme en la sombra, dentro del coche, a pocas calles de dónde estuvieran, para ayudarlos a escapar. Yo los cubría... —comentó abochornado—. Estuvimos funcionando así durante los primeros años. Era ella quien plantaba cara a sus hermanos, que comenzaban a quejarse de que yo no participara activamente en sus planes... Un día, lo intenté por ella... Aunque me defendía de sus hermanos, también sabía que anhelaba que entrara en el negocio, como ellos lo llamaban. Iryna soñaba con que trabajáramos los dos solos, sin los gemelos, que siempre se entrometían en nuestros planes y en nuestra relación. Pensaba que, gracias a mi atractivo y al suyo, podríamos dejar sin blanca a las grandes familias ricas seduciendo a sus cándidos hijos, pero, antes de llegar a eso, debía comprobar que yo servía para mentir y estafar a cualquiera... Así pues, me armé de valor y me convencí de que lo hacía por amor, para que nuestra relación siguiera avanzando, para que lo nuestro tuviera un futuro y no se quedara estancado por mi culpa. Preparamos un golpe, en una sala de fiestas en la que sabíamos que acudirían varios personajes con grandes fortunas, donde sus mujeres llevarían sus mejores joyas expuestas para que todo el mundo suspirara por ellas, y ellos, sus mejores relojes... Yo sabía lo que tenía que hacer, Iryna me lo había repetido hasta la extenuación. Debía seducir a una mujer bastante mayor que yo, hacerle creer que la deseaba, para después aprovechar la soledad de cualquier rincón oscuro y sustraerle todo lo que portaba de valor, sin que se diera cuenta, ayudándome de cualquier acción para que estuviera lo suficientemente distraída como para llevar a cabo el encargo y luego salir de allí sin llamar la atención... —Tobías se quedó callado sin dejar de mirarla a los ojos, para después armarse de valor y continuar—: Lo hice, Rocío. Cumplí el plan, sustraje las joyas sin que nadie pudiese impedírmelo y nos marchamos como si nada. En cuanto salí de allí, supe que yo no valía para ese mundo, que no podía seguir adelante, que yo no era ese hombre en el que Iryna pretendía convertirme como si fuera un trozo de barro, moldeándome a su antojo, repitiéndome sin cesar lo orgullosa que estaba de mí por haberlo conseguido. Pero yo no lo estaba, los remordimientos me mataban y sentía que me estaba engañando a mí mismo... Ese día empecé a abrir los ojos a la realidad y a darme cuenta de que no la quería tanto como creía, pues su manera de amarme, egoísta y materialista, fue haciendo mella en mí... Ya sabes que intenté dejarla varias veces y ella, al final, siempre lograba convencerme para que siguiéramos juntos. Estuvimos así un tiempo, hasta que le di un ultimátum. Me había cansado de tantas excusas y ya no quería oír hablar de algo que ella no cumplía, pues, aunque me prometía que iba a dejar ese mundo por mí, jamás vi que tuviera intención de hacerlo... Ese día salí del hotel molesto con ella, cansado de todo y dándome cuenta de que era un débil que siempre recaía en el mismo engaño. Después de un largo paseo, regresé decidido a hacer las maletas y marcharme lejos, convenciéndome de que no intentaría escucharla,

pues ella era una experta en camelarse a cualquiera, incluido yo... Sin embargo, cuando llegué a nuestra habitación, la encontré tumbada en el suelo, junto a la cama. Me acerqué a ella y comprobé asustado que estaba muerta. Ni siquiera había sangre para no tener que limpiarla después: la habían matado asfixiándola... Supe quién había sido sin tener pruebas, no me hacían falta, pues ella misma me había repetido en multitud de ocasiones que sus hermanos no le permitirían abandonar esa vida, sólo que yo jamás la creí. Sabía que eran peligrosos, pero ¿cómo iba a pensar que la matarían? Me marché y la dejé allí, en el suelo, como un cobarde, como una persona vil, temiendo que, si volvían y me veían allí, me matarían igual que a ella, porque por mi culpa ella había querido dejar ese mundo que le habían impuesto... —susurró arrepentido por su proceder—. Todo este tiempo he pensado que sus hermanos me estaban persiguiendo por ese motivo, pero no... Dmytro y Andriy me contaron que Iryna los traicionó, habló con la policía de Bratislava para tenderles una emboscada y apresarlos, pero un amigo de los gemelos los avisó a tiempo. Después, cabreados hasta límites insospechados, chantajearon a un policía, que les reveló el nombre de la persona que había testificado en su contra. Cuando se dieron cuenta de que era su propia hermana la que estaba detrás de todo aquel tema, no dudaron un segundo en ir a verla..., y el resto ya lo sabes... —resopló Tobías, todavía extrañado por aquello. Jamás habría pensado que Iryna fuese capaz de delatar a sus propios hermanos para conseguir su propósito—, por lo que supuso que nunca se habría detenido ante nada ni nadie para alcanzar sus objetivos—. Ahí empezó mi huida y al final volví aquí, Rocío. No porque quisiera intentar reconciliarme con mi padre, al que al final no pude volver a ver; no vine porque quería hacer las paces con mi pasado, no... Volví porque me gasté el poco dinero que tenía escondiéndome por Europa, intentando que esos dos hombres no me encontraran, malviviendo, trabajando de cualquier cosa que me diera para comer, hasta que pasó un tiempo que creí apropiado para volver a moverme, sin prácticamente dinero, sin nada de valor, sólo con un puñado de euros en el bolsillo y el miedo latente de encontrármelos en cualquier esquina... No sabía adónde dirigirme, dónde esconderme, y entonces recordé la casa de mi madre, que era de mi propiedad, y me dirigí hasta aquí pensando en lo acertado que había sido no haberle dicho jamás a Iryna el nombre de mi pueblo, aunque, claro está, ella sabía que era gallego y que vivía cerca de una playa... —dijo al darse cuenta del fallo que había cometido—. Debía ser sólo momentáneo, quería estar unos meses aquí para luego volver a marcharme y que ellos no me encontraran. Pero entonces... todo se complicó aún más. Mi padre había muerto, me había dejado la empresa y... te vi —confesó haciendo que ella sonriese.

—Entonces ¿los gemelos sólo volvieron a por ti para que los llevaras hasta esa caja de hojalata?

—Sí... Dentro habría millones de euros en diamantes y miles en billetes... Era demasiado tentador como para no perder un poco de tiempo en buscarme. Yo era el único que sabía dónde encontrarla, y ellos sabían que no dudaría en decirles dónde estaba si daban con algo que yo deseara proteger.

—Entonces ¿qué pasó cuándo llegaste al pueblo y no me localizaste? —preguntó con curiosidad.

—Lo que te dijo Anxo de que me había seguido era mentira. Fue él quien me dio la dirección para encontrarte, sin él no habría llegado a ese pazo —confesó, haciendo que ella asintiera; se imaginaba que el mecánico tendría que ver en ese tema—. Él fue también quien me dijo que los

gemelos te habían matado.

—¿Cuándo hablaste con él?

—A los dos días de irme de aquí con los hermanos Chownyk... No estabas en el pazo, te busqué en tu casa, incluso fui a ver a tu madre, pero no estaba ni en su casa ni en la ferretería. Me volví loco, no sabía por dónde buscarte, y entonces recurrí a Anxo...

—¿Y por qué fuiste a hablar con él?

—Supuse que sabría de ti... No tenía a otra persona a la que recurrir.

—¿Y luego qué pasó?

—Me marché a mi casa... —susurró con pesar—. No sabía qué hacer ni qué pensar. Lo creí y pensé que te había perdido, Rocío —murmuró con la voz rasgada por el cúmulo de emociones que se le agolpaban al recordar aquello—. Que habías muerto por mi culpa, por no haber podido frenar esto a tiempo, por haberme permitido ser feliz por una vez en mi jodida vida... Cuando vinieron a por mí, no puse resistencia —confesó con serenidad—. Fue un alivio ver que me ataban, que me cubrían los ojos y me sacaban de mi casa. Cuando me quitaron la venda, había vuelto al pazo, y sonreí al creer que moriría en el mismo lugar que tú...

—¿Quiénes eran?

—Anxo —susurró despacio—; después vino a verme Áurea, como si fuera una atracción de feria, contoneándose, refregándose por la cara que jamás podría volver a tenerte en mi vida... —Negó con la cabeza, todavía sin llegar a creerse aquella escena surrealista—. Me dijo que no debería haber vuelto al pueblo, que yo había atraído los problemas y que, por mi culpa, tú ya no estabas viva... Luego intentó besarme, intentó que la tocara... —susurró con cara de asco.

—Joder —bufó ella, sintiendo cómo la rabia, al saber quién estaba detrás de todo aquello, la cegaba—. ¿Y Olalla?

—No... Sólo los vi a ellos dos —confesó haciendo memoria—. Pero ellos sólo acataban órdenes, Rocío.

—¿Había alguien más metido en todo esto?

—Sí, pero jamás lo vi, sólo hablaban de él...

—Vale —dijo mientras cavilaba lo que era mejor para ambos—. Voy a salir a avisar a José, está fuera, vamos a explicarle todo esto y a zanjarlo de una vez por todas. Tiene que arrestarlos. Esto no puede quedar así.

—¿José? No, Rocío —repuso Tobías, visiblemente alarmado—. No puedes hablar con él. No debe saber nada, ¿me entiendes? No sé cómo ha podido presentarse esta mañana aquí como si nada...

—¿Por qué no?

—Ellos me dijeron que quien no quería vernos juntos era tu ex..., que había ideado todo este endiablado plan para separarnos, y que Áurea se había unido a él para boicotear lo nuestro, porque, según ella, yo la herí cuando la dejé por otra... Pero la verdad es que no recuerdo nada de eso. Creo que la besé una vez y nada más —susurró haciendo memoria.

—¿Mi ex? —susurró Rocío atónita.

—Sí, no puedes decírselo a José, porque es él quien está detrás de todo esto —añadió envalentonado—. ¡Y está aquí! Tenemos que irnos ya, no puede saber que estamos al corriente de que es el culpable. Nos mataría a los dos, y yo no puedo volver a perderte.

—Tobías —susurró ella intentando tranquilizarlo mientras le cogía el rostro con las dos

manos para que la mirara a los ojos—. José y yo jamás hemos estado juntos.

—Pero Olalla me dijo... —titubeó al no entender nada, pues ésta le había dicho claramente que el ex de Rocío era el policía.

—Te mintió, para que precisamente sospecharas de él y no acudieses a José para atraparlos... Por tanto, ella también estaba metida en este tema, como Áurea y Anxo —susurró negando con la cabeza al darse cuenta del enrevesado plan de esas personas.

—Entonces ¿quién es tu exnovio? —murmuró él despacio, haciendo que Rocío cerrase los ojos todavía sin poder creerse que él estuviera detrás de todo eso.

—Yago.

Oír ese nombre lo zarandeó con fuerza, dejándolo tan aturdido como asombrado. Había sospechado de cualquiera menos de él. Su amigo, la persona que siempre había estado a su lado, para lo bueno y para lo malo, ¿había confabulado en su contra?

—Pero no puede ser —añadió Rocío—. Él no puede estar detrás de todo este tema. Es verdad que tuvimos una relación y que lo dejé cuando me pidió que me casara con él, pero nunca me ha molestado ni ha intentado nada raro; es más, nos llevamos mejor que antes...

—¡¡Qué hijo de la gran puta!! —soltó Tobías, dándose cuenta de lo equivocado que había estado con respecto a su amigo—. Es él, Rocío. ¡Joder! Es que ahora todo encaja —resopló sintiéndose un bobo al no haberse dado cuenta antes—. Me dijiste que empezaron a hablar mal de ti cuando dejaste a tu novio, que desde entonces no habías tenido pareja, hasta que llegué yo y comenzaron a hablar de nosotros. Ahí empezaron a complicarse las cosas, querían que me marchara para dejarte sola. ¿No te das cuenta? Yago no deseaba que estuvieras con nadie, por eso difundía esas barbaridades de ti, por eso nadie quería acercarse a ti, porque pensaban que atraías los problemas, esas complicaciones que incitaba Yago, esos rumores que esparcía él sin escrúpulos... Por eso Roi sabía que tenías un tatuaje en el culo, por eso intentaba sin cesar que yo creyese que eras alguien que no eres, aunque lo hacía disimuladamente, para que no sospechase de él...

—Pero ¿por qué quería hacer algo así? Ya no estamos juntos y él no tiene ningún problema para ligarse a cualquier mujer que se le ponga por delante.

—No lo sé, eso deberíamos preguntárselo a él. Pero es él, Rocío. Anxo me lo contó antes de dejarme libre...

—Pero no te dijo su nombre.

—Me dijo que era tu exnovio y tú sólo has tenido uno, ¿no?

—Sí... —susurró. Todavía le parecía increíble que detrás de todo ese lío estuviera Yago, la única persona con la que había convivido y de la que había intentado enamorarse, aunque jamás lo había logrado—. Tobías, ¿sabes dónde está Anxo? No ha aparecido.

—No lo sé... Me dejó en el hospital y se marchó. Supongo que se habrá escondido. Si han sido capaces de secuestrarme, es posible que sean capaces de buscarlo a él y hacer que no hable... —dijo mientras intentaba sentarse en la cama, reflejando el suplicio que era moverse—. Tenemos que marcharnos de aquí. Cuando descubran que no estoy en el pazo, vendrán a buscarme...

—¿Ellos te han hecho esto? —susurró Rocío señalando los signos evidentes de violencia.

—Exactamente no sé quién me pegó, pero ahora creo que puedo imaginarme quién fue... Me taparon los ojos, sólo oía su respiración agitada mientras me propinaba la paliza. No habló, sólo me pegó hasta que me desvanecí inconsciente en la silla... Cuando desperté, estaba solo en el pazo.

—Joder... —bufó ella nerviosa, levantándose de la cama.

—¿Adónde vas?

—José tiene que saber todo esto.

—¿Confías en él?

—Creo que sí —susurró no muy convencida mientras abría la puerta y buscaba con la mirada al policía, que se encontraba hablando por teléfono.

Al verla, colgó y se le acercó.

—Ha despertado —lo informó haciendo que él asintiera con la cabeza—. José, necesito creer en ti, por favor, no me falles... —añadió con seriedad.

—Jamás haría nada que lastimara a un inocente —dijo con sinceridad, haciendo que Rocío se apartase para que entrara en la habitación—. Tobías, te prometí que te la traería y aquí la tienes. Ahora tienes que cumplir tu parte del trato... —declaró a pocos pasos de él.

Éste había conseguido sentarse en la cama, aunque le doliese todo el cuerpo por culpa de los días que había permanecido encerrado en aquella fría y oscura habitación.

—Creí que estaba muerta, por eso dudé de tu palabra —confesó mirando cómo Rocío se acercaba a él y se sentaba en la cama, para después cogerle la mano y sonreírle.

—Dime qué te ocurrió —pidió el policía.

Tobías suspiró despacio y miró a Rocío, que asintió dándole la fuerza necesaria para volver a contar aquello que todavía no entendía. ¿Cómo podía explicarle a José que el mejor amigo de ambos se había confabulado con varios vecinos para impedir que estuviera con Rocío? Incluso a él le parecía surrealista, pero era la verdad, una verdad que dolía y aturdía.

—No tienes ninguna prueba que los impute, ¿verdad? —preguntó el policía visiblemente nervioso al saber lo que le había ocurrido a Tobías y, sobre todo, al enterarse de los nombres y apellidos de los causantes de todo aquello, todos vecinos del pueblo y amigos suyos.

—La única persona que podría corroborar lo que te he dicho es Anxo, pero Rocío me ha contado que ha desaparecido...

—Sí... —bufó José negando con la cabeza mientras intentaba pensar en lo que podían hacer para arrestarlos y que cumplieran el castigo que se merecían—. Si de verdad Yago está detrás de todo esto, hay que estar preparados para que intente darle la vuelta a la situación. Es listo y sabe de leyes, no va a ser fácil que confiese, sobre todo cuando me has dicho que tú nunca llegaste a verlo...

—Pero ellos sí, —añadió Tobías—. Áurea y Anxo hablaban de él, del ex, jamás decían su nombre, y supongo que Olalla también estará al corriente, pero a ella no la vi en el pazo.

—Vale —dijo José cavilando—. Dame media hora. —Echó un vistazo a su reloj—. Rocío, ¿has traído tu teléfono?

—Sí —contestó señalando su bolso, que se encontraba sobre el sillón.

—Os llamaré dentro de un rato. Voy a intentar algo —resopló José visiblemente nervioso—. Rocío, quédate con él.

Ella asintió mientras observaba cómo el policía salía de la habitación dejándolos de nuevo a

solas.

—Aquí corremos peligro —señaló Tobías mirándola a los ojos.

—Estamos en un hospital, aquí no vendrán a por nosotros. Relájate, necesitas descansar y recuperar fuerzas. Ya verás cómo dentro de un par de días estás bien.

—No quiero perderte otra vez, Rocío —susurró él afligido al pensar en esa posibilidad.

—Nunca me has perdido —repuso ella acercándose para darle un beso en los labios.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —confesó con dolor—. Ha sido una pesadilla pensar que no podría volver a verte, tocarte ni decirte todo lo bueno que me has dado sin darte cuenta, sin pretenderlo. Has conseguido que creyera en mí, que me aceptara y que dejara atrás el rencor del pasado, la incertidumbre de lo que ocurrió. Todo pasó a un segundo plano sólo al sentirte —dijo mientras le acariciaba la cara, embebiéndose de su mirada sincera, de su sonrisa franca—. Ahora entiendo que tuve que volver al pueblo para encontrarme de nuevo contigo, porque tú eras la cura para todos mis problemas, la única que me ayudaría a avanzar.

—Tobías —susurró ella dichosa al darse cuenta de lo importante que era para él—. Siempre has sido tú... No he podido querer a otra persona porque inconscientemente te esperaba a ti, anhelaba tu vuelta, y pensaba, ¡ilusa de mí!, que no podría enamorarme jamás, que tenía algún fallo o alguna carencia que me hacía imposible experimentar el amor... Qué equivocada estaba. Sólo podía quererte a ti, únicamente a ti.

Él sonrió feliz mientras le cogía la cara entre las manos para darle un beso en los labios, notando cómo aquel amor fluía sin impedimentos, pues cuando era real, cuando sumaba, todo era más sencillo y bonito, todo era especial.

—Ven, tumbate conmigo. Necesito sentirte cerca... He estado demasiado tiempo sin ti —comentó mientras se movía en la cama para dejarle un hueco, que ella aprovechó para estrecharse contra su cuerpo—. Me haces bien —susurró cogiéndole la mano y levantándosela para observar su agarre, sintiendo esa tranquilidad que siempre notaba cuando estaba a su lado, cuando la tenía cerca.

Rocío sonrió mientras apoyaba la cabeza en su pecho, relajándose al fin y volviendo a percibir ese amor que los cubría de dicha y de paz.

Se despertó sintiendo el abrazo protector de Tobías envolviendo su cintura y sonrió al darse cuenta de que se habían quedado dormidos mientras hablaban entre susurros, haciendo planes, como si fueran una pareja normal y corriente y sus vidas no estuvieran pendientes de un fino hilo que sostenía una persona que todavía no había llamado... Miró la única ventana que poseía la habitación. Fuera era de noche, algo que le extrañó, pues José le había dicho que la llamaría mucho antes. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si todavía estaban en peligro?... Volvió la cabeza para buscar su teléfono móvil y así salir de dudas, cuando una mirada fría y calculadora la sobresaltó. Se encontraba sentado en el sillón, observándolos en silencio. No supo cuánto tiempo llevaba allí espiándolos, pero se imaginó que el suficiente como para darse cuenta de que ellos jamás se separarían, y mucho menos por su culpa.

—Humm... —ronroneó Tobías estrechándola más contra sí cuando notó que ella se movía, nerviosa y temerosa de tener al causante de todo aquel embrollo delante de sus narices.

—¿A qué has venido? —preguntó Rocío sin dejar de mirarlo.

—A terminar lo que empecé —susurró él despacio sin despegar su mirada de ella—. Pero te

he encontrado aquí..., con él, y me has jodido los planes —bufó con rabia—. ¿Por qué, Rocío? Jamás dormías así conmigo, pegado a mí, dejándome que te rodease la cintura..., siempre me decías que necesitabas tu espacio para quedarte dormida. En cambio, con él... —señaló con rencor.

—Sé que no me porté bien contigo, Yago, y no sabes cuánto lo siento, porque no era mi intención hacerte daño... Realmente pensé que lo nuestro podía funcionar y lo intenté con todas mis fuerzas, te juro que lo intenté, pero no eras para mí, como yo tampoco lo soy para ti... He comprendido en estos días que el amor es parecido a un zapato, no hay que forzarlo para que te quepa, ni tampoco puedes intentar que te valga uno demasiado grande, necesitas el indicado para ti, el que te haga sentir bonita, especial y tú misma. El que te encaje sin que te haga daño, ni tampoco que te quede tan suelto como para perderlo con los primeros pasos. Nosotros no éramos perfectos para el otro...

—Fuimos felices, Rocío, no me digas que no —soltó él molesto al oír esas palabras que le herían el orgullo.

—Fuimos felices a medias... Tú estabas demasiado pendiente de que yo me convirtiera en la mujer que no soy y yo intentaba complacerte porque creía que el amor era eso, hasta que comprendí que ese sentimiento no podía arrebatar nos nuestra esencia. Y ahora sé que no me equivocaba en mis suposiciones. Cuando estás enamorado de verdad, no intentas cambiar a la otra persona, pues, al hacerlo, cambias precisamente lo que te ha arrastrado hasta ella... Cuando quieres de verdad, amas incluso sus defectos, pues todos los tenemos, y es absurdo negarse a aceptarlo. Cuando amas de verdad, sólo deseas ver feliz a esa persona, aunque eso signifique que no quiera estar a tu lado. La quieres tanto que ansías verla bien, y no envuelta en un cúmulo de mentiras, ni arriesgando su vida, ni mucho menos pasando frío y hambre. Cuando estás enamorado de verdad, sólo piensas en el bienestar del otro. Al verlo bien, tú también estás bien... Y tú, Yago, eso no lo has hecho... Tú no me has querido de verdad, sólo me deseabas como si fuera un trofeo o un trozo de carne que debía estar a tu lado.

—¡Eso es falso! Yo te quiero, Rocío —gritó él.

—¿Qué quieres, Yago? —preguntó Tobías, incorporándose en la cama para clavar su dura mirada en él, sin darle tiempo a que Rocío replicase.

—A ella —dijo con una sonrisa ladina mientras se levantaba del sillón y se situaba al lado de ellos intimidante—. No sé por qué tuviste que volver, Tobías... Estábamos tan bien sin ti y tú tuviste que joderlo todo con tu presencia...

—Yago... —susurró Rocío despacio mientras se sentaba en la cama, sintiendo cómo Tobías le cogía la mano. Se notaba que quería protegerla, aunque no pudiera casi ni moverse por culpa de la paliza que le había dado ese hombre que ahora los miraba con aversión—. ¿Todo esto ha sido por mí?

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —soltó él mientras negaba con la cabeza sin dar crédito a sus palabras—. Por supuesto —afirmó con una amplia sonrisa, orgulloso de su plan—. Cuando me dejaste, intenté olvidarte con cualquier mujer que se me cruzara, y se me cruzaron muchas, te lo aseguro. Pero no pude, era imposible apartarte de mi mente, y la rabia me cegaba porque no entendía la razón que te había llevado a no casarte conmigo. Entonces me di cuenta de que no podría querer a otra persona que no fueras tú, que no podría casarme con nadie que no fueras tú. Tú deberías haber sido mi mujer, ahora mismo tendríamos ya un par de niños preciosos

con el mismo color de tu pelo y esos bonitos ojos que me hechizaron hace tanto tiempo. Pero no fue así, y lo único que deseaba era que te dieras cuenta de que no podrías ser feliz sin mí, porque sin mí tu vida estaba vacía y repleta de bulos que yo mismo había generado para que nadie se te acercara, para que todos creyeran que no merecías la pena, porque para mí lo eras todo —susurró para después hacer una pequeña pausa—. Y entonces, cuando pensé que ibas a dar ese paso, a suplicarme que te diera otra oportunidad, Tobías volvió... —añadió con amargura—. Con lo que me costó que te marcharas de este pueblo, para que al final volvieras y me arrebatasas lo único que he querido por encima de todas las cosas.

—¿Te costó que me marchara? —preguntó Tobías, extrañado por sus palabras.

—Claro... —respondió Yago mostrándole una sonrisa tan desquiciante como las afirmaciones que estaba haciendo. Tobías agarró entonces con más fuerza a Rocío, como si temiera que se la arrebatase delante de sus narices sin poder hacer nada por evitarlo—. Necesitaba que te fueras, ella estaba enamorada de ti, aunque tú ni siquiera habías reparado en su belleza porque estabas más centrado en coleccionar novias que en darte cuenta de quién suspiraba por ti. Pero yo sí que me había fijado en ella, en su elevado potencial, sólo estaba esperando a que creciera lo suficiente como para acercarme y conquistarla... —explicó mientras la señalaba—. Rocío debía ser mía, y sabía que, cuando ella se hiciera lo suficientemente mayor como para quitarte la venda de los ojos, me la arrebatarias con facilidad, por eso, antes de que ocurriera esa fatalidad, te ayudé a que tomaras la decisión de irte del pueblo para siempre...

—Me marché únicamente porque mi madre murió... —replicó Tobías en un susurro, temiéndose lo peor.

—Lo sé. Cuando aún vivías aquí no parabas de decirme que ella era la única persona que te retenía en este pueblo... Que, si por ti fuera, te habrías marchado hacía mucho... Al fin y al cabo, te hice un favor —dijo con una amplia sonrisa, sin un ápice de remordimiento.

—¡Madre mía! —exclamó Rocío, tapándose la boca al darse cuenta de que Yago acababa de confesar que él había asesinado a Antía para que Tobías se alejara del pueblo.

—No te asustes... —susurró Yago despacio mientras se acercaba a ella—. A ti no te ocurrirá nada si aceptas ser mi mujer. En cambio, a Tobías... —Negó con la cabeza con desaprobación—. No debería haberle hecho caso a Áurea, que me hizo prometerle que no te tocaría un pelo hasta que consiguiera que le suplicasas su perdón... Aunque la verdad es que sí te toqué un poco... ¿Cómo te encuentras después de la paliza que te di? —añadió con malicia, haciendo que Tobías apretara los puños frenando su carácter—. En fin, por lo menos me desquité un poco contigo, pero lo que no entiendo es cómo Áurea sigue aún pillada por ti... De verdad, esa mujer se quedó un poco trastocada desde que la dejaste por su querida amiga Olalla —afirmó con pedantería—. Si no la hubiese escuchado, ahora mismo estarías junto a tus queridos padres, y no aquí, al lado de mi calabacita —dijo con una sonrisa despiadada—. Supongo que ahora a ella le dará igual que al final cumpla mi palabra... Acaba de ser arrestada junto con Olalla. ¡Menudas dos idiotas! Enamoradas del mismo tío y confabuladas para arruinar te la vida. Ya se lo dije yo: «No mostréis la cara, que no sepan quiénes sois...». Pero que supieras que eran ellas las causantes de tu desdicha las ha llevado a estar entre rejas. En fin, ¡ellas sabrán!

—¿Y Anxo? —preguntó Rocío.

—Anxo... —repitió Yago mientras negaba con la cabeza—. El muy cabrón se escapó antes de darme cuenta de lo que había hecho. No debería haberle dado tanto poder a un hombre que

sabía que estaba loco por ti... Pero no te preocupes, Rocío, en cuanto vuelva, pagará por todo lo que ha hecho. Tú eres mía, y nadie puede tocar lo que es mío...

—Estás loco... —susurró asustada al darse cuenta de cómo era en realidad ese hombre con el que había compartido cinco años de su vida.

—Por ti, calabacita —añadió él jocoso haciendo que Rocío se irguiese, pues ese apelativo, en apariencia cariñoso, la había perseguido durante toda su relación y a Yago le había dado igual que ella lo odiase, ya que siempre lo utilizaba.

—No voy a permitir que le hagas nada a Tobías.

—No la escuches —dijo éste dirigiéndose a Yago mientras intentaba levantarse de la cama. Aún se encontraba débil, pero haber dormido un rato junto a Rocío le había sentado bien—. Haz lo que has venido a hacer, pero a ella, déjala libre. Deja que se marche, que rehaga su vida, que se vaya a otro país si quiere... Pero no la obligues a hacer algo que no desea.

—¡No! —exclamó ella poniéndose de pie para sujetar a Yago por los hombros—. Por favor —dijo mientras lo miraba a los ojos—, escúchame. Si quieres que acepte ser tu mujer, no puedes matarlo, ¿me has oído? Si lo matas, no conseguirás que sea tu esposa.

—Pero, si sigue vivo, tendrás la tentación de volver con él, calabacita —murmuró Yago despacio—. Lo mejor es cortar por lo sano, para poder empezar de cero tú y yo. Vamos a ser tan felices, Rocío, que vamos a ser la envidia de todo el pueblo —comentó mientras le tocaba la mejilla, haciendo que la pelirroja sintiera repulsión al sentir su contacto—. En fin, ¡ya está bien de tanta cháchara! —exclamó sacándose del pantalón una pequeña pistola que hizo que la joven ahogara un grito de pánico.

En ese mismo momento, Tobías se arrancó la vía de un movimiento seguro, obviando el dolor que le causó el zarpazo, y se puso de pie para proteger lo único valioso que tenía en su vida.

¿Era posible que ambos estuvieran a punto de morir a manos de Yago?

36

—No, Yago, por favor, piénsalo —suplicó Rocío a la vez que lo cogía de los hombros mientras él intentaba separarse de ella para apuntar a Tobías.

—Aunque me mates, no conseguirás que ella te quiera, lo sabes, ¿no? —replicó Tobías acercándose a ellos, tambaleante pero decidido a no morir y mucho menos a que le ocurriese algo a la pelirroja.

—Oh... ¡Cierra el pico! —soltó mientras lo apuntaba sin titubeos, intentando esquivar a Rocío, que trataba de interponerse entre la pistola y él—. Calabacita, no quiero hacerte daño, ponte detrás de mí —le pidió—. Tobías debe morir.

—No, Yago. No lo hagas, deja la pistola y vayámonos ya. Nos iremos donde tú quieras. Empezaremos de cero, como si no hubiese ocurrido nada —declaró sin dejar de moverse en la misma dirección que el arma.

—¡Tira la pistola! —exclamó entonces con dureza José a sus espaldas.

Yago se giró y distinguió al policía, que no se encontraba solo, sino flanqueado por varios compañeros. Volvió de nuevo la vista al frente, donde se encontraba Tobías y, en medio de éste y la pistola, Rocío, intentando que no le disparase.

—¡Yago, suelta el arma! —repitió José con decisión.

—O eres mía o no eres de nadie —susurró él cambiando de objetivo y apuntándola directamente a ella.

—¡Nooooooooooooooooo! —gritó Tobías al darse cuenta de sus intenciones.

Todo pasó demasiado rápido, como un centelleo, y en ese momento se oyó el ruido inconfundible de un disparo. Tobías empujó rápidamente a Rocío para apartarla de la trayectoria del proyectil y esperó a sentirlo en su piel, pues no le daría tiempo a desviarse de ésta. En cambio, observó los ojos de Yago, que lo miraban atónitos; después se llevó la mano a su hombro derecho y observó cómo los dedos se teñían de sangre. Con los ojos inyectados de rabia, Yago apuntó entonces a Tobías a la cabeza para poder acabar lo que había empezado, pero otro disparo certero a su pierna izquierda hizo que gritara de furia mientras él apretaba el gatillo sin detenerse siquiera a buscar el objetivo.

—¡¡Tiraos al suelo!! —bramó José.

Los gritos, el ruido ensordecedor de las balas, la incertidumbre y el miedo llenaron la pequeña habitación, creando caos y confusión. El olor a sangre, el humo de las pistolas y el olor a pólvora, a quemado, lo llenaban todo.

Rocío se levantó temblorosa del suelo cuando reinó de nuevo la calma y buscó con

desesperación a Tobías, pero no podía verlo, algo que la llenó de angustia al temerse lo peor. En ese momento José y sus compañeros se dirigieron al lugar donde se encontraba Yago abatido. Le quitaron la pistola y le pusieron velozmente las esposas, mientras uno de ellos llamaba a un equipo médico para que pudieran tratarle las heridas de bala que ellos mismos le habían infligido. Mientras tanto, Yago maldecía a todos los presentes con la cara desencajada por el odio, al darse cuenta de que su perfecto plan había fracasado y que lo estaban arrestando.

—¿Estás bien, Rocío? —preguntó José mientras la inspeccionaba por si la habían herido.

—Sí, sí... Pero ¿y Tobías? —susurró temiendo su respuesta.

—Estoy bien... —dijo éste mientras se levantaba del suelo y se tocaba el hombro izquierdo, donde una de las balas que había disparado Yago lo había alcanzado.

—¡Estás herido! Dios mío, Tobías... —jadeó ella mientras se le abrazaba con desesperación, pues había creído que ése era el final de ambos.

—Estoy bien, Rocío —comentó él con una sonrisa al sentirla de nuevo pegada a su cuerpo.

—¡¡Hijos de puta!! —gritaba Yago mientras varios policías lo sujetaban para sacarlo de la habitación—. Ella es mía, Tobías, miiiiiaaaa —sentenció intentando escapar del fuerte agarre de los policías.

—Ahora te curarán —dijo José negando con la cabeza al ver a Yago enloquecido—. Gracias por hacerlo hablar —susurró mientras le guiñaba un ojo a Rocío—. Sé que debería haberte avisado antes, pero no quería que él intuyera que estábamos esperándolo...

—¿Sabías que estaban fuera? —preguntó Tobías dirigiéndose a ella.

—Sí, los he visto cuando Yago se ha levantado del sillón. Estaban espiando tras la puerta, y entonces he comprendido lo que querían hacer...

—Y menos mal —comentó José, orgulloso de la perspicacia de la pelirroja—. Sé que os he puesto en una situación un poco tensa, pero necesitábamos que Yago confesara para poder tener las pruebas necesarias y que no tuviera ningún recurso legal para salir indemne... La verdad es que fue un plan ideado a última hora, después de arrestar a Áurea y a Olalla, que confesaron que Yago estaba detrás de todo esto. Entonces se me ocurrió utilizar el mismo recurso que usó él para ensombrecer a tu persona —señaló a Rocío—. La verdad es que añadí un poco de drama a tu estado, Tobías, dije que estabas en coma y que esperábamos que despertaras pronto para que testificases en contra de las personas que te hicieron esto... La noticia, cómo no, voló rápidamente por el pueblo y simplemente esperamos a ver lo que hacía Yago, que no tardó en venir aquí... Ahora sí que os puedo asegurar que no saldrá en años de la cárcel, y espero que el rumor de su arresto haga que Anxo salga de su escondite para que pueda testificar en su contra.

—Pero, José, por poco nos mata —susurró Rocío al recordar lo a punto que había estado.

—No sabíamos que tenía una pistola, estaba de espaldas, pero cuando la hemos visto al decirlo tú, hemos procedido lo más rápidamente posible... —explicó observando cómo uno de sus compañeros le hacía una señal para que se acercara hasta él—. Tengo que marcharme. Sólo quiero daros las gracias por vuestra ayuda y pidiros disculpas por no haberme dado cuenta antes de todo por lo que estabais pasando a manos de Yago... —informó con seriedad para después salir de la habitación.

—Qué miedo he pasado —confesó Rocío sintiendo cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas al darse cuenta de que todo había acabado, de que ellos se encontraban bien y al final Yago había confesado su implicación en ese caso e incluso de otro pasado—. Joder, Tobías,

Yago mató a tu madre... —añadió temblorosa mientras negaba con la cabeza y sentía cómo él la estrechaba más fuerte contra su cuerpo.

—Está loco, Rocío... Jamás pensé que Yago podría ser capaz de hacer algo así...

—Ni yo... —susurró todavía atónita al percatarse de que nunca lo había conocido realmente—. Túmbate en la cama, voy a llamar a la enfermera. Estás sangrando mucho —dijo observando la herida de bala que comenzaba a empapar la bata de hospital.

—Estoy bien. Ahora sí estoy bien, Rocío —dijo él aliviado al poder zanjar al fin algo que llevaba persiguiéndolo todos esos años, como una sombra que le impedía poder continuar de verdad, como si su mente le estuviera pidiendo que lo resolviese. Y todo había sido culpa de Yago, uno de sus mejores amigos, alguien en quien creía podía confiar ciegamente, casi un hermano. Se lo había arrebatado todo, su pasado, su presente, pero no había conseguido arrebatarse su futuro junto a esa pelirroja que lo miraba con amor—. Ven aquí —dijo mientras volvía a abrazarla, sabiendo que su futuro era ella, esa mujer que lo había ayudado a reencontrarse consigo mismo y que había logrado que hiciese las paces con todo lo que le había hecho daño en el pasado—. Pensé que Yago iba a matarte, que te perdería para siempre... Joder, Rocío, te quiero tanto que no sabría qué hacer sin ti.

Ella sonrió mientras lo estrechaba con fuerza. Nunca habría pensado que oiría esa confesión saliendo de los labios de su único amor, primero platónico y después tan real que incluso la sorprendió sentirlo, pues jamás había creído que podría enamorarse de verdad, con todo su ser y todo su corazón. Y se dio cuenta, mientras él le daba un dulce beso en la cabeza sin dejar de abrazarla ni un segundo, de que no por buscar obsesivamente algo —en su caso, enamorarse— se puede hallar antes, pues simplemente aparece cuando tiene que aparecer, cuando pensamos que nunca conseguiremos lograrlo, casi a punto de perder la esperanza de hallarlo... Eso mismo le había sucedido a ella: cuando menos lo esperaba pero más lo necesitaba, se había reencontrado con un amor único, verdadero, de los que sanan de dentro hacia fuera, de los que ayudan a creer que todo es posible, de los que te hacen sentir bien tal y como eres, aunque haya alrededor personas que intenten una y otra vez derribar ese maravilloso sentimiento con envidias, celos y amor tóxico.

Tobías le alzó el rostro y la besó con devoción, sellando así el amor que sentía hacia ella y prometiéndole con cada beso que la cuidaría el resto de su vida, como también sabía que ella lo haría con él.

Epílogo

Sonríó sin darme cuenta cuando se vuelve para buscarme con la mirada. Está a pocos pasos de mí, lleva un precioso vestido blanco que se entrevé por debajo de su cálido abrigo gris. Su cabello rojo se mece a causa de la brisa y habla animadamente con las personas que tiene a su alrededor. Es posible que, como dice Rocío, aquí no desentone tanto, pues todos los que están a nuestro lado tienen el cabello del mismo color que ella, pero para mí, incluso así, destaca por encima de todas las cosas. Porque ella lo llena todo con su luz, con su calor, con su presencia, como si fuera el mejor remedio para una enfermedad, para la mía, que andaba perdido, vagando por Europa, sin hallar mi sitio, creyendo que estaba condenado a vivir así perpetuamente, sin tener opción a sentirme bien, en paz, y hallar algo de felicidad... No obstante, ahora sé que era imposible encontrarlo antes... Tenía que volver al pueblo, verla de nuevo, darme cuenta de que ella era lo que andaba buscando sin percatarme, la única persona que me ayudaría a sanar mis heridas, una compañera que me daría lo necesario para hacer las paces con mi pasado y resolverlo al fin, la única que ha hecho que mi corazón lata desbocado cuando la tengo cerca. Mi pelirroja. Mi chica.

—¿Qué haces aquí solo? —me pregunta mostrándome una maravillosa sonrisa que me hace sonreír como un bobo, pero, joder, qué bien me hace sentir cuando me sonríe así.

—Estaba admirando las vistas —digo, y entonces Rocío cae en que sólo la estaba admirando a ella, se acerca a mí y me da un beso que me deja con ganas de más, mucho más—. ¿Nos vamos? —susurro haciendo que ría a carcajadas, aunque la verdad es que hablo muy en serio. La quiero a ella, a solas, y cuanto menos ropa lleve, mejor que mejor.

—Si mi padre aún no ha abierto los regalos —dice entre risas—. Nos queda, como mucho, una hora y luego seré toda tuya —añade con coquetería haciendo que me excite como un adolescente sólo de pensar en todo lo que haremos cuando estemos a solas. Pero es que Rocío tiene ese poder sobre mí, y creo que ella es consciente de hasta qué punto me tiene a sus pies, rendido ante su manera de vivir, libre y espontánea.

Se me acerca, me da otro beso de esos sólo aptos para mayores de dieciocho años y se aleja grácilmente hasta donde se encuentra su padre, un hombre alto, pelirrojo y fortachón que adora hasta límites insospechados a su única hija. Al verse, se sonríen y comienzan a bailar en esta fiesta al aire libre, muy cerca del lago Lomond, en las Highlands escocesas... Qué precioso lugar es este rincón del mundo y qué diferente se ve todo desde aquí, volviendo irreal lo que hemos vivido hasta llegar a este preciso momento. Parece increíble que haya pasado ya un año entero desde que nos dimos cuenta de que había gente en el pueblo que deseaba separarnos para impedir

que sintiéramos este amor natural y tan gratificante. Un año que ha dado para mucho, la verdad... Yago, Olalla y Áurea cumplen condena por todo lo que nos hicieron, sobre todo él, que tardará mucho en salir de prisión. Anxo volvió al poco al pueblo y testificó en contra de ellos. Fuimos benevolentes con él al no presentar cargos en su contra; al fin y al cabo, fue un títere de Yago y sus amigos, alguien a quien les vino bien tener al lado, pero que, ¡menos mal!, recapacitó y se dio cuenta de que lo que estaban haciendo era un delito y me ayudó a salir de aquel lugar. Tiempo después nos enteramos de que las habladurías que envolvían a Anxo en una red de falsificación de coches no eran ciertas, sino que habían sido difundidas, cómo no, por Yago cuando el mecánico comenzó a fijarse en Rocío. Aún me quedo asombrado al pensar de lo que fue capaz el que pensaba que era mi amigo, un hombre leal e inteligente, por tener a Rocío a su lado... Jamás habría imaginado que fuera capaz de matar a mi madre para conseguir que me marchara del pueblo; de intentar asesinarme para volver a conquistar el corazón de Rocío, e incluso a ella misma, en un acto desesperado de que no fuera de nadie..., y todo por su fijación insana con mi pelirroja.

Después de unos días en los que pasó todo demasiado rápido, intentamos regresar a la normalidad. Lúa volvió con Roi. Me contó mi chica —sé que suena muy adolescente, pero permitidme que la llame así, jamás he podido llamar a una mujer de esa manera y ahora simplemente me encanta hacerlo— que su amiga se quedó al final embarazada de su marido. Se enteró a los pocos días del encarcelamiento de Yago y sus secuaces, al darse cuenta de que no lo venía el período y las náuseas no se le iban, por ese motivo, decidió darle otra oportunidad a su marido. Sin embargo, Rocío cree que fue una excusa para poder hacerlo, pues esa posibilidad llevaba días rondándole por la cabeza. Lúa amaba a su marido y sabía que Áurea se había aprovechado de él en un momento un poco delicado de su relación... Según mi pelirroja, Roi besa el suelo por donde pisa ahora Lúa y están tan dichosos de haber tenido una preciosa niña con la misma mirada de su madre que aquel turbio episodio ha quedado relegado al olvido, centrándose en la pequeña y en que su matrimonio vuelva a ser sólido.

Madre mía, aún recuerdo cómo reaccionó Toñi al enterarse de quién estaba detrás del infierno que nos tocó vivir. Era la primera vez en mi vida que veía a esa mujer enfadada. Rocío tuvo que cogerla del brazo porque poco le faltó para estamparle a Yago en la cabeza algún martillo de esos enormes que vende en su tienda. Pero es normal, había jugado con su hija, malmetido durante todo ese tiempo en su contra sólo para arrastrarla hasta sus brazos... Se había comportado como un auténtico cabrón, ¿para qué voy a tratar de dulcificar su comportamiento?

Así pues, los días pasaban intentando volver a una normalidad que no sentíamos ninguno de los dos. No nos llenaba estar en la empresa ni tampoco hablar con los vecinos, y mucho menos caminar por esas calles en las que la traición se había forjado a fuego lento. No estábamos a gusto allí... Entonces, tomamos una decisión de la cual no me arrepiento ni un segundo, y creo que Rocío tampoco. Vendí la empresa de mi padre y mi casa, Rocío hizo lo propio con la suya, y nos marchamos sabiendo que su gente estaba dichosa de verla feliz conmigo. Y nos venimos aquí, ¡a Escocia! A vivir sin mirar atrás, a reírnos, a disfrutar de cada segundo que nos dé la vida, a amar de verdad, sin limitaciones, sin habladurías, sin reglas, y a conocernos cada día un poquito más. Nos compramos una autocaravana y vamos descubriendo el mundo a medida que nos vamos enamorando más si cabe del otro. Vinimos hasta Escocia tras recorrer parte de España, Francia e Inglaterra, parando para descansar y visitando las ciudades por las que

pasábamos, descubriendo lugares maravillosos que junto a ella son ya especiales para mí. Dentro de unos días nos iremos a Noruega, a ver los fiordos y, después, ¿quién sabe? Hemos hecho un gran paréntesis para disfrutar de todo lo que anteriormente nos estuvo vedado, y la verdad es que, gracias al dinero que conseguimos con la venta de nuestras propiedades, podemos permitirnos no pensar en trabajar durante una larga temporada.

Rocío me hace una señal para que nos marchemos. Me despido de toda la familia de su padre, unas personas muy cariñosas que nos han acogido con los brazos abiertos, y voy hasta ella. Entrelazo mi mano con la suya y nos alejamos del bullicio dando un paseo.

—Hoy estás muy raro —me dice, y entonces sonrió, porque ella es de decir las cosas sin más, sin adornos y sin darles vueltas, algo que me encanta.

—He estado pensando en todo por lo que hemos pasado hasta llegar hasta aquí —la informo mientras la acerco para darle un beso en la cabeza.

—Uf... ¿Y no te han entrado ganas de salir corriendo como un loco? —suelta, y, joder, me echo a reír, porque Rocío es capaz de darle la vuelta a cualquier situación para conseguir disipar la negatividad. Según ella, prefiere reírse a llorar, algo con lo que estoy completamente de acuerdo; ya nos hemos preocupado demasiado como para estar mustios por algo que ha pasado.

—¿Y dejarte sola? —replico—. ¡Ni de coña! Con lo que me costó darme cuenta de que estaba loco de amor por ti.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—Ya sabes de qué... Si no te hubieses fijado en mí, nada de todo eso habría ocurrido. Yo habría seguido más sola que la una, porque lo que tengo claro, aunque Yago no lo intuía, es que jamás habría vuelto con él. Y tú..., pues no sé, supongo que alguna lagartona te habría encandilado con sus artes de seducción fatal.

—¿Lagartona? —repito entre carcajadas. Si es que no la puedo querer más—. No podría haberme fijado en otra, Rocío. ¿No te has dado cuenta de que eras tú o ninguna?

—Humm... Eso me gusta —dice con voz sugerente mientras abre la puerta de nuestra caravana—. Vamos dentro y me das una clase práctica de eso, que creo que no me ha quedado lo suficientemente claro.

Entramos entre risas, caricias y besos, y comenzamos a desnudarnos. Nos miramos a los ojos, todo es perfecto. Estamos solos, semidesnudos, excitados, y sé con seguridad que con ella todo será mucho más fácil, que seremos felices de verdad, sin complicaciones ni falsedades. Me mira a los ojos mientras mete una mano por dentro de mi pantalón, me agarra la polla y jadeo. Ella sonríe y yo la quiero tanto que creo que no podría querer a nadie más con esta intensidad, con esta franqueza y esta libertad. La beso, para después volver a mirarla a los ojos. Ella me observa curiosa, sin dejar de acariciarme, de tentarme, sin dejar un segundo de volverme loco.

—Cásate conmigo —le digo de pronto, y ella frunce el ceño ligeramente al no esperarse esa proposición, mucho menos en un momento como éste.

Me mira, la miro, y entonces ella sonríe ampliamente, deshaciéndome por dentro, inflándome de alegría y recomponiendo los pocos trozos rotos que quedaban en mi interior, esos que he ido reparando a su lado, dándome cuenta de que el Tobías de ahora es justo el hombre que siempre he querido ser.

—¡Casémonos! —exclama juntando con desesperación sus labios con los míos, jugando con

mi lengua, tentándola, arrancándome jadeos de excitación y de dicha—. Con una condición — dice separándose un poco de mí, haciendo que enarque una ceja expectante por lo que va a decir —. Será aquí, en Escocia, cerca de este lago. Sólo vendrán mi madre, José, Lúa, mis amigos y mi familia paterna. Nadie más. No quiero una gran boda, nunca me han gustado, pero sí quiero casarme contigo...

—Acepto —susurro, pues lo que anhelo es unirme a Rocío de todas las maneras posibles, sin importarme nada más que ella y yo. Como si quiere que nos casemos ahora mismo, en esta autocaravana, con la ropa que tenemos puesta o, más bien, con lo poco que llevamos encima...

—No sabes las veces que he soñado que me pedías matrimonio —suelta entre risas, contagiándose de su buen humor.

—Y yo como un pánfilo, sin darme cuenta de que la traviesa Pippi suspiraba por mí.

—Sí que eras un pánfilo —añade haciendo un mohín adorable—. Pero ¿sabes qué? Creo que fue necesario que cada uno viviera por separado lo que era estar sin el otro, porque, así, al encontrarnos tiempo después nos hemos dado cuenta de que no puede haber otra persona capaz de hacernos sentir especiales.

Asiento con la cabeza dándole la razón. Yo también creo que, si no me hubiese marchado del pueblo, si no hubiese vivido con Iryna y todo aquel mundo no me hubiese engullido y regurgitado, no me habría dado cuenta de lo que realmente deseaba en mi vida.

Entonces, Rocío se separa un poco de mí, me guiña un ojo y se quita la ropa interior bajo mi atenta mirada. No me canso de verla desnuda, no me canso de tenerla así para mí, tan natural, tan genuina, tan ella que tan sólo con mirarme ardo. Le cojo la cara con desesperación, la beso, la lamo, le muerdo, y ella gime sin control. Llevo una mano a su coño..., joder, está mojado, y me siento un canalla con suerte, un hombre al que le ha tocado pasar por un puto infierno para poder saborear el cielo con esta mujer, que es mi debilidad.

Entre besos y caricias, acabamos cayendo en la cama. La beso despacio, le recorro con mi boca todo el cuerpo, le arranco gemidos, la saboreo y le proporciono el primer orgasmo con la lengua. La miro, está jadeando y está preciosa. Llevo mi polla a su interior y, de un movimiento, encajamos a la perfección, como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Me muevo y la oigo gemir mi nombre, abriéndose más para mí, notándola húmeda, abierta y cachonda. Me vuelvo loco, tenerla así, tenerla conmigo es lo mejor de mi vida, y me muevo cada vez más rápido hasta que saboreo un orgasmo que compartimos a la par. Nos miramos mientras alcanzamos el nirvana de la mano, sus ojos verdosos son mi perdición, y sé que sería capaz de volver al infierno sólo por poder verla una vez más.

La quiero.

Me quiere.

No nos hace falta más para ser felices.

Agradecimientos

La historia de Rocío y Tobías late aún en mi interior mientras escribo estas últimas palabras. Mis chicas/os, mis maravillosas/os lectoras/es que me acompañan en esta travesía, votaron en una encuesta que realicé en mi grupo en Facebook, para saber qué les apetecería que escribiera. Di varias opciones, y eligieron una novela romántica con mucha intriga y, gracias a ellas/os, nació *Sería más fácil odiarnos*. Tengo que confesaros que he disfrutado muchísimo al crear esta trama, sobre todo, intentando daros pistas, buenas y malas (tenía que tratar de despistaros), para que averiguarais quién estaba detrás de todo aquel caos que envolvía a los protagonistas. Desde aquí quiero pedir os un pequeño favor: no le digáis a nadie el nombre de la persona que está detrás de todo, no desveléis la intriga, pues lo mejor es ir desgranándola poco a poco, hasta darte cuenta de que la solución la tenías delante de tus ojos. Sabéis que me encanta saber vuestra opinión de mis novelas, si queréis hablarme de ese personaje, hacerlo por privado o sin decir su nombre. ¡Gracias por ayudarme! ¡¡SOIS LAS/LOS MEJORES!! No sabéis la suerte que tengo de teneros a mi lado.

Quiero aprovechar estas líneas para poder explicar los motivos que tengo para no haber dado, en ningún momento, el nombre del pueblo en el que viven los protagonistas, cosa rara en mis novelas, en las que siempre nombro la localidad y hago una descripción un poco más exhaustiva de lo que rodea a mis personajes, nombrando parajes, monumentos... Sin embargo, en esta ocasión quería que la intriga fuera la protagonista indiscutible de esta historia, junto con el amor, por supuesto. Quería que la acción se centrara en Galicia, una tierra maravillosa que he tenido el placer de visitar y de la cual me enamoré perdidamente, pero también por eso no quise focalizarla en un punto exacto, para crear todavía más intriga y darle un toque de misterio añadido a toda esta historia, que espero que os haya gustado.

Quiero dar las gracias a mi marido, que tiene el cielo ganado conmigo, por acompañarme a cualquier feria del libro o presentación, por darme su consejo cuando estoy hecha un lío, por animarme a continuar, a no rendirme, por ayudarme cuando más lo necesito y por estar ahí siempre. Eres el mejor. ¡Te quiero!

A mis hijos, gracias por ser como sois, por comprender que mamá necesita tiempo para trabajar, corregir o hablar con mis lectoras/es. Gracias por las risas, nuestras conversaciones y nuestras tonterías compartidas. ¡¡Os quiero tanto que es imposible cuantificarlo!!

A mi gran y maravillosa familia, gracias por tanto, gracias por vuestro apoyo.

A mis amigas, mis *cococalas*, mamis del cole, profes de mis hijos, vecinos, compis y amigos de familiares, gracias por todo lo que me dais sin daros cuenta. ¡Sois la caña!

A mi querida editora, Esther Escoriza: sin ti esto no habría sido posible. Gracias por confiar en mí, por hacer que creyera que los sueños se cumplen, por tu cariño, por tus palabras de ánimo y por tu amistad. ¡Eres muy grande!

Al gran y maravilloso equipo del sello Zafiro, del Grupo Planeta, gracias por vuestra profesionalidad y vuestra calidad humana.

A ti, que lees estas líneas, que te has adentrado en la historia de Rocío y Tobías, que has sufrido con ellos, que te has reído, has suspirado, te has enamorado, te has enfadado y te has emocionado: gracias por leerla, gracias por permitir que vivan estos personajes a través de ti, gracias por dejarme contarte su historia. Espero que, al acabarla, te haya dejado con una sonrisa en el rostro.

Gracias por tanto, gracias por todo.



Loles López - Nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos. Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*, *Una irresistible excepción*, *El amor se ríe de mí*, *No me avisaste, corazón* y *Ni un flechazo más*.